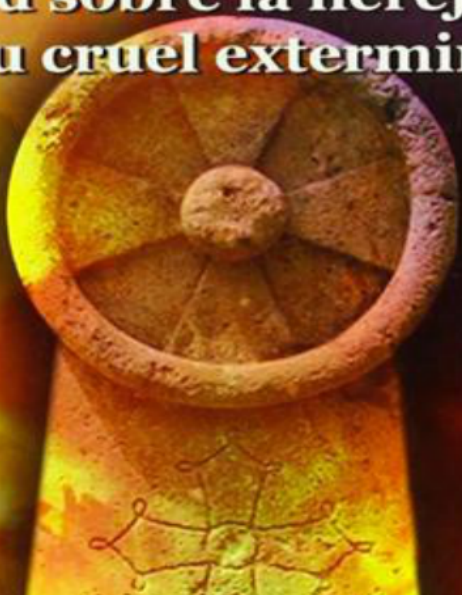
Adriano Petta

¡MUERTE A LOS CÁTAROS!

La verdad sobre la herejía cátara y su cruel exterminio



¿Quiénes eran?
¿Qué defendían?
¿Por qué los asesinaron?

Montségur, 1243. Las tropas del senescal de Carcasona, Hugues des Arcis, y el obispo de Narbona, Pierre Amiel, se preparan para el asedio del último bastión del catarismo. En pocos meses, la que fue una de las expresiones más refinadas de la razón y la fe cristiana quedará reducida a cenizas y, con ella, las últimas esperanzas de una de las figuras más importantes y enigmáticas del pensamiento occidental, Giordano Nemorario.

La lucha será encarnizada a muerte. El Papa Inocencio III dejó bien clara su decisión de acabar con la herejía cátara para consolidar todo su poder en el orbe cristiano. Con el exterminio de los últimos focos de resistencia, la Iglesia católica se convertirá en la única depositaría de la palabra de Dios y, con ella, del poder de administrarla entre reyes y príncipes. La razón y la libertad están en juego, y nadie podrá evitar su derrota. Sin embargo, Giordano ha urdido un plan que asegurará la victoria final… más allá de la muerte.

Adriano Petta

¡Muerte a los cátaros!

La verdad sobre la herejía cátara y su cruel exterminio

ePub r1.2
Titivillus 27.08.18

Título original: *Eresia pura*
Adriano Petta, 2009
Traducción: Francisco Javier Lorente Puchades
retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A los académicos de ninguna Academia.
A Concepció, mi Esclarmunda.
A mi madre.

«Uno de los temas recurrentes en las novelas históricas de Adriano Petta es la divulgación de los instrumentos culturales y del saber científico como arma para combatir la opresión».

La Rinascita della sinistra «El autor, con un profundo sentimiento, da luz a la figura humana y trágica de Giordano Nemorario, que tiene la apariencia de científico y precursor similar a la de un Leonardo da Vinci (…). Un pequeño gran libro, una perla para custodiar, un libro que no debe olvidarse».

«El estilo del libro es el de una novela histórica. Su lectura es amena; los saltos temporales —que recorren un arco de cuarenta años— resultan muy interesantes; el reclamo cultural es estimulante pero no pedante».

L'ateo
«Petta, con un lenguaje fluido, nos introduce en un momento complejo de la historia de la humanidad: la herejía de los cátaros y la reafirmación del pensamiento libre».

Punto d'Incontro
«Un apasionante viaje en un periodo fascinante de la historia durante el cual, la razón, la ciencia y la disidencia religiosa y política se alzaron contra el poder encarnado en la figura del Papa Inocencio III, uno de los personajes más sanguinarios de todos los tiempos, inspirador de una guerra fratricida (…). Un libro ágil, impregnado de una ambientación fascinante».

Nota del autor

> Todos los mártires de las fes religiosas, de la libertad y de la ciencia han debido desobedecer a quienes han querido amordazarlos si deseaban mantenerse fieles a su propia conciencia, a las leyes de la humanidad y la razón. El ser humano capaz sólo de obedecer, y no de desobedecer, es un esclavo.
>
> ERICH
> FROMM

«Por una parte, tenemos la novela y, por otra, la historia. Algunos críticos sagaces han definido la novela como un fragmento de historia que habría podido ser y la historia, como una novela que se desarrolla en la realidad».

Esta reflexión de Gide podría, por sí sola, levantar el telón de cualquier novela histórica. Sin embargo, en La herejía pura, se pide algo distinto al lector que se apresta a seguir este camino, no tan sencillo.

Casi la mitad del manuscrito era completamente irrecuperable: se había disuelto en el aire sin haber podido revelarme su contenido. He echado mano de la historia para completar las lagunas del códice (al final de los capítulos VI, VII, VIII y IX). A punto de terminar el trabajo —mientras lo leía todo— me di cuenta de que, además de enmendar las frases deturpadas e interpretar ciertas palabras muertas con el paso de los siglos, he impreso a LA HEREJÍA PURA un ritmo propio al traducir *su* rabia con mi esperanza. También, mediante la consulta de textos muy autorizados, he querido conservar la impronta de mi corazón ardiente. Con la traducción terminada, intenté aplacar mi ansiedad indagando entre las páginas de la historia: debía asegurarme de que no había caído en una falsedad artificiosa o en un pesado documento histórico.

Para comenzar, consulté el famoso diccionario estadounidense *Who in Science*
Who's
. La búsqueda me decepcionó: Jordanus Nemorarius (o Jordanus Teutonicus, Jordanus Saxo o de Sajonia, Jordanus de Nemore), según aclaraba a continuación, era matemático y físico, nacido en Borgentreich (Westfalia), segundo general de la orden de los dominicos desde 1222, muerto en un naufragio a la vuelta de Tierra Santa en 1237… y con quien «la orden dominica había experimentado un fuerte impulso». Pasaba, a continuación, a describir sus obras y su pensamiento científico. Pero no me proponía examinar una sola fuente, por muy autorizada que fuese. De ahí llegué a descubrir un artículo de O. Klein publicado en *Nuclear Physics* en 1964, en el que se preguntaba (sin poder ofrecer una certeza aceptable): «¿Quién era Giordano Nemorario?». Poco después examiné minuciosamente la *Breve historia de las matemáticas*, de Egmont Colerus, en cuya página 138 dice que, al inicio del siglo XIII, Leonardo de Pisa —mientras vivió — fue un poderoso rival del «alemán Giordano, hermano dominico de gran influencia en todos los ámbitos». Obstinado contra todas aquellas razones, deseé profundizar aún más consultando la *Historia de las matemáticas* de Carl B. Boyer, que en la página 300 afirmaba: «Giordano Nemorario o de Nemore (de quien son inciertas las fechas de nacimiento y muerte) fue identificado con un tal Giordano Teutónico o de Sajonia, miembro de la orden dominica, muerto en 1237; a él se debe la primera formulación del plano inclinado». Las notas 8 y 9 del pie me remitieron a *La ciencia de la mecánica en el Medioevo*, de Marshall Clagett, donde, en la página 92, pude saber que Crutze creía que Giordano de Nemore y Giordano de Sajonia eran la misma persona, mientras que Denifle sostenía lo contrario.

¡Un estudioso que no se unía al rebaño! ¿Cómo pudo nacer aquella voz? ¿Quién sostuvo por primera vez aquella identificación? Me convertí en un ratón de biblioteca: descubrí, de este modo, que el primero fue, en 1314, un historiador inglés, un tal Nicholas Trivet de Norwich, teólogo y… ¡fraile dominico!

A partir de él, buena parte de las enciclopedias, textos científicos y biografías de todo el mundo daban casi por cierto que Giordano Nemorario no podía haber sido otro que el beato alemán Giordano de Sajonia. Pero ¿cómo era posible que la copiosa obra científica de este *oscuro* Giordano —¡el precursor de Leonardo da Vinci!— hubiese sido transmitida y, en cambio, no se supiese nada de su vida? ¿Y quién era el tal beato Giordano de Sajonia con el que se lo identificaba? Un fraile negro… ¡el mayor inquisidor de todos los inquisidores de

Lombardía, Toscana, el reino de Sicilia, Alemania, España y Francia! Intenté imaginarme a este científico inmerso en el estudio de las matemáticas, de la ciencia que —según decía— podía dar, a todo lo que la rodeaba, «la belleza de la verdad y la verdad de la belleza» e intenté que se pusiese de pie, que tomase una antorcha, que prendiese fuego a una de aquellas hogueras horribles, que contemplase los espasmos mortales de las pobres criaturas de Dios que ardían ante sus ojos.

No. El Giordano que imaginé nunca blandió una de aquellas teas.

En aquel punto, la curiosidad y las ganas dejaron paso al deber de ir hasta el fondo y, finalmente, consulté la biografía científica moderna más autorizada del mundo, el *Dictionary of Scientific Biography* de la Universidad de Princeton, que toma una postura muy clara: de acuerdo con el estudio de las fuentes, los textos y la obra completa de ambos personajes, excluye con absoluta certeza que Giordano Nemorario pueda ser confundido con Giordano de Sajonia. La enciclopedia *Treccani* concluye: «Puesto que, en algún manuscrito del siglo XIII, se lo denomina *Nemore*, es plausible que Giordano fuera natural de Nemi».

Éste fue el inicio. A partir de entonces, comenzaron a encajar las piezas de aquel gran mosaico que albergaba la historia del manuscrito. El argumento pertenecía a la historia conocida; la de Giordano, sin embargo, era una tragedia que habían intentado sellar con sangre. Después de tantos siglos, me corresponde a mí desenterrarla. Si alguien hubiese guiado mi mano dentro de esa oscura grieta —en las entrañas de la tierra— para recoger el testimonio de la masacre de un pueblo, tan sólo habría contado con mi conocimiento del occitano… y mi modo de concebir la escritura, que debe ser «aguzada por el conocimiento y plena de nostalgia si quiere despertar al hombre de su sopor».

El eminente profesor de historia de la ciencia A. Rupert Hall, tras preguntarse pleonàsticamente, «¿por qué ahora y no antes o después?» y «¿por qué aquí y no allá?», creyó haber resuelto la cuestión afirmando: «El hecho de que un acontecimiento ocurra tiene, sencillamente, su opuesto en el hecho de que no ocurra tal acontecimiento» para concluir: «La revolución científica del inicio de la Edad Moderna pudo no haber tenido lugar».

No. Se trata de una hipótesis demasiado simplista.

En los años que precedieron a la publicación de la primera edición de *La herejía pura* (con el título de *La vía del sole*, en Edis, 1996) me volqué en cuerpo y alma en el estudio de la historia de la ciencia, una materia fundamental para escribir la historia del hombre porque, de

manera inevitable, lleva al conflicto entre la razón y la religión, un conflicto que ha marcado el destino de la humanidad. Mientras actualizo esta nota para la nueva edición de La herejía pura, en el Museo Arqueológico de Nápoles todavía puede verse una exposición denominada *¡Eureka! El genio de los antiguos*. Los periodistas que han cubierto la noticia del acontecimiento, renunciando a su espíritu crítico, han hecho suyas las palabras del ministro de Cultura, Rocco Buttiglione, quien en la página introductoria del catálogo escribe: «La gran biblioteca de Alejandría desapareció» y, sí, «en aquella época se produjo una revolución científica fundamental» si bien «aquella época declinó por motivos que todavía suscitan preguntas y para los cuales difícilmente hallaremos una respuesta única y satisfactoria».

He dedicado parte de mi vida a explicar los motivos por los que aún nos hacemos preguntas, valiéndome incluso de textos como *La revolución olvidada. El pensamiento científico griego y la ciencia moderna*, del profesor Lucio Russo, titular de Cálculo de probabilidades en la Universidad de Roma, una obra que demuestra de manera indiscutible el nivel alcanzado por la revolución científica iniciada por los griegos hace dos mil cuatrocientos años, en el siglo IV antes de nuestra era, y que ardió en el crisol de los científicos de la escuela alejandrina durante siete siglos.

Y he hallado una sola, aunque satisfactoria respuesta, amplia y detalladamente documentada en mi trilogía histórica (La *herejía pura, Roghi fatui* e *Ipazia, scienziata alessandrina*), en la que narro cómo el camino filosófico y científico del hombre se interrumpió a causa del pacto perverso (como lo denomina Gibbon) entre un Imperio romano agonizante y una Iglesia católica naciente que culminó en el año 415 con la aniquilación de la científica alejandrina Hipatia y toda su escuela. Ese mismo año comenzó el oscurantismo cristiano que privó al género humano de otros mil doscientos años de progreso.

Ocho siglos después del asesinato de Hipatia, otro científico desconocido intentó mostrar al mundo «las llaves del saber» arrancándolas del polvo ensangrentado de las bibliotecas: Giordano Nemorario, el predecesor de Leonardo da Vinci. Ésta es su historia.

Roma, noviembre de 2005

Capítulo I

El papa Inocencio III.

En el momento en que tomo el cálamo, me doy cuenta de que no será fácil desmadejar las historias que se entrelazan en la crónica de mi vida. Una tarea más ardua, si cabe, exigirá aplacar mi ánimo, transido por el horror y anegado de sangre y lágrimas. Y sin embargo, debo volver sobre este camino, hacia atrás, con la lucidez suficiente para no perder de vista el sentido que ha animado mi lucha. Y cuanto más consiga refrenar la rabia y la conmoción, mejor servicio haré a la historia y mayor será mi homenaje a la memoria de todos los que han encontrado la muerte en una masacre sin precedentes; una matanza que, mientras escribo, no ha llegado aún a su último acto.

La historia, esta historia, no puede sino comenzar en una larga noche de verano.

Nos encontrábamos a finales de julio de 1207. La luna iluminaba el *espejo de Diana*, el lago de Nemi. Me encontraba cansado: aquel día nos habíamos deslomado abrillantando todo el castillo, de arriba abajo. Pero aquella noche de verano era espléndida y una leve brisa misericordiosa soplaba entre los chopos y los castaños del *bosque sacro*, de ahí que me encontrase apoyado en el ventanuco. Nuestra cabaña era la última del poblado, en la cima de aquella roca de lava que formaba el acantilado sobre el lago.

Aquel era el lugar donde Girolamo —o *el viejo*, como simplemente lo llamaba— había permanecido toda su vida. A pesar de que juraba y perjuraba que tan sólo tenía cincuenta primaveras, prácticamente nadie conocía su verdadera edad. Siempre ceñudo, rezongaba sin parar, soltando palabrotas a más no poder, rumiando su rabia y su rencor contra el mundo entero.

En aquel momento se encontraba descansando. Probablemente no dormía, pues pude intuir que se movía de un lado a otro en su lecho por el ruido que hacía la paja del jergón. Por lo menos no refunfuñaba. Aproveché la ocasión para permanecer un poco más en el ventanuco, siguiendo con la mirada los puntos de oro incandescente

que descendían hacia el lago. Mas poco después una voz bronca tronó a mis espaldas, en la oscuridad.

—Y bien, Giordano, ¿te apartarás del agujero o no? ¿O es que quieres matarme quedándote con todo el frescor? Ven a descansar… y no le des más vueltas: ¡Jamás conseguirás reflotar esas malditas naves!

Se trataba de una manera como cualquier otra de comenzar alguna de nuestras interminables charlas nocturnas; el tono, más propio de una breve escaramuza, las hacía más entretenidas. Aquella noche el viejo se mostraba más pendenciero que nunca, a pesar de estar muy cansado. En la cabaña continuaban flotando los restos del sofocante bochorno del día. Aún quedaba mucho para que el verano se extinguiese, momento en el que el abad y los monjes abandonarían el castillo para volver al monasterio de
Sant'Anastasio,
en Roma, y nosotros lanzaríamos al aire el hábito blanco y seríamos libres durante otro larguísimo invierno.

Me eché al lado de Girolamo mientras la brisa, caprichosa, cambiaba de dirección, entraba por uno de los lados de la cabaña y agitaba las pieles de cordero puestas a secar. La última vaharada que me llegó a la nariz me dio náuseas.

—Viejo, no te olvides de que un día sacaré aquellas naves de allá abajo. Te lo aseguro.

—¿Y cómo, mi valiente discípulo? ¿Con la ayuda de Diana… o recurriendo a las artes mágicas? ¿O quizá con alguno de tus misteriosos cálculos? —Y acompañó esta palabra con una risotada tenebrosa, una especie de gruñido.

—Sin magia. Con un sistema de levas y poleas. Sea como fuere, el proyecto pronto estará a punto y, si no lo consigo, habrá que fabricar una máquina. Sería fantástico construir un barco que fuese bajo el agua para sujetar las naves romanas y arrastrarlas hasta la orilla.

—Un barco… ¡Una nave que viaja por debajo del agua y no por encima! Por los Campos Elíseos… *hic homo sanus non est!* Temo que un día te vuelvas loco… y todo por mi culpa, por los libros que te he dejado leer. Tienen razón… Claro que la tienen: los libros conducen a la locura —su congoja parecía sincera.

—Que no, viejo, puedes estar tranquilo: estoy perfectamente cuerdo. El problema es que no sé por dónde comenzar… Y sin embargo sé que no es imposible. Verás, un día sacaremos esas naves, tú y yo, y ganaré para ti un altísimo honor: de humilde lego cisterciense pasarás a ser abad, pero no de Acque Salvie, no: ¡de Cistercium!

Aunque se reía mientras hice esta predicción, no tardó en rezongar

con más fuerza, escupiendo imprecaciones:

—¡Por Aqueronte! Me parece que no hice nada bueno al sacarte de aquella cesta para convertirme en tu padre y tu madre. ¡Abad! ¡Yo, un abad! —Y, bajando el tono de voz—: Curas, monjes, abades, obispos, cardenales, papas… ¡Santo Padre!

—Viejo, ¿a qué ese temblor? ¿Por qué ese susurro? ¿Comienzas a presentir las brasas bajo los pies? Hay que ver. Quién diría que eres medio fraile.

—Soy un lego, un fraile laico. ¡Soy libre!

—Pero llevas el hábito blanco de los monjes.

—¿Y tú no? ¿Acaso no haces lo mismo?

—Pero yo no me quejo. No acabaré en la hoguera. Tú, en cambio, ya conoces tu fin.

—¡He criado una serpiente, un áspid bajo mi techo…!

Habíamos entablado aquella discusión innumerables veces. Poco después continuó, refunfuñando:

—No es justo: los señores monjes calentitos todo el invierno, en el monasterio de Roma, arropaditos con esculturales samaritanas… Poco *ora* y mucho *labora*… Y después, en verano, aquí, ¡a tomar el fresco! Porque en Nemi no hay peligro de pestes, no. ¡Y mientras, este viejo medio cojo, trabajando sus condenadas tierras a la orilla del lago! ¡Bajo este sol! ¡Deslomaos vosotros también! ¡Poned a secar esas pieles de cordero en vuestras celdas! ¡Compartid con nosotros vaharadas de tan balsámica fragancia! ¡Malditos secuaces de Lucifer! ¡Se comerán los corderos mañana, asados, como si fueran señorones…! Ah, pero Dios los castigará. Dios es justo y pasarán la eternidad en el infierno. Y su pena será permanecer sumergidos en montones de carne podrida. Ya vendrá el día del Juicio, ¡vaya si vendrá!

—Aquel día incluso a ti te condenarán al fuego eterno. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sí que lo sé. Pero antes de ir allá abajo me gustaría decirle dos palabritas a san Pedro. Ah, sí, ¡vaya si se las diré! Para que vea que el mundo es grande, que rebosa de criaturas que lo necesitan más que nuestros latines. Y piensa que hubiese pasado de poner *esa piedra* en medio de los tártaros. ¿Te das cuenta? Allí sería más justo, en medio de los bárbaros; allí era donde debía fundar su Iglesia y no aquí, en Roma. En el fondo, aquí las gentes ya estaban avezadas en lo tocante al cielo y el infierno. ¡Incluso al purgatorio! ¡Piénsalo!

—Pero ¿qué dices?

—Oh Señor Dios, perdona su arrogancia, así como su ignorancia. ¡Hete aquí las nuevas generaciones! Pero ¿qué te crees? ¿Que por cuatro números que hayas aprendido crees saber más que yo? Me he

leído a conciencia los libros de los monjes y los curas: conozco la historia; sé lo que ha pasado. Tú, en cambio, siempre a la búsqueda de fórmulas matemáticas, de números, símbolos, elementos muertos, sin vida. ¡Pero bueno! ¡Somos los únicos afortunados en este condenadísimo mundo, los únicos que tenemos a nuestra disposición una biblioteca entera en la que hay de todo un poco! Y eso porque has tenido la suerte de encontrarme.

—No, viejo. Si aquel día el abad hubiese encontrado el cesto y no tú… Ahora, como mínimo, sería secretario particular del Santo Padre.

Me había burlado con la intención de interrumpir aquellas jeremiadas que ya me sabía de memoria, aunque él también conocía, de cabo a rabo, mis pullas. Por eso conseguí evitar, de un salto rápido, el bastonazo habitual, mientras él, siempre muy acalorado, proseguía:

—¡Pero no has sabido aprovecharlo! Además del romance, he conseguido enseñarte un buen latín y un poco de griego… ¿Y para qué? ¡Para verte enloquecido por los números! ¡Y también me has enredado! Me has hecho copiar páginas enteras de esos malditos números arábigos y esas fórmulas de física. ¿Y de qué han servido? Jamás has abierto un libro de historia o de filosofía.

—Contigo a tu lado, conozco el color del pelo de todos los emperadores… y cómo murieron: envenenados. Sé cuál es la causa de todos los males de la tierra: los monjes y los curas, ¿vale? En dos palabras te he contado toda la historia de la humanidad —y me reí, intentando huir del inevitable bastonazo que estaba a punto de caerme.

—Hideputa… ¡Cómo comprendo a tu santa madre! Pero ¿no lo entiendes? Te he dado la posibilidad de leer, de estudiar, de comprender cuanto pensaba el hombre más grande que ha existido en la tierra después de Nuestro Señor Jesucristo: Aristóteles. ¿Y qué haces tú? ¿Dónde metes la nariz? ¡En sus libros de física!

—Pero, viejo, ¡si a ti también te gustan los números!

—Pero no sólo: he aquí la diferencia. A ti te importan tanto esos malditos garabatos que te desentiendes por completo del mundo en el que vives. Te has lanzado de cabeza en el estudio de los números porque con ellos puedes jugar a placer, sin tener en cuenta a Dios ni a tu propia conciencia. No sabes nada de lo que te rodea. Todo podría acabarse mañana y te daría igual. Podrían anunciarte que dentro de poco descenderías al infierno para toda la eternidad… ¡y no dudo de que irías con gusto si te dejasen un ábaco con el que llevar la cuenta de todas las almas condenadas! ¿Es cierto o no? Al menos sacarías algo de ello…

Al intuir que estaba a punto de replicar, apretó con fuerza su mano

contra mi boca:

—¡Vale! Una vez que hacía falta comprar un brasero… Maldita sea, ¡pues no habrías preferido morirte de frío antes que separarte de aquel libro! ¿Y luego? Un mozuelo de catorce primaveras consigue escribir un texto tan importante como para llenar de orgullo, por fin, al viejo Girolamo… ¿Y qué hace? Lo vende por pocas monedas para comprarse un trozo de hierro. Y, por si fuera poco, ¿a quién se lo vende? ¡A un fulano amigo de nuestro erudito abad Rainiero! ¡Pues da gracias a Dios de que hasta ahora nadie haya descubierto al tontísimo matemático Jordanus da Nemore y al lego tontorrón del castillo de Nemi! ¿Sabes lo que hizo, en cambio, el pisano? ¡Al parecer, reescribió tu libro a su manera! Y ahora, hinchado de su soberbia luciferina, va diciendo por ahí que ha sido el primero en descubrir las cifras arábigas y el cero. ¡Por los Campos Elíseos! Para una vez que habías adivinado alguna cosilla… *nugae non erant!*

—Ha sido lo mejor: ¿qué podría haber hecho yo? Las nuevas cifras indias, con el cero, sirven sobre todo para el comercio. Y el hijo de Bonaccio es mercader, viaja mucho y puede llevar a todas partes el uso de esos números. ¿Qué importancia tiene que diga que los ha descubierto él? Si fuese por ello, yo tampoco lo habría hecho. Por cierto, ¿de qué libro copiaste aquella página? ¿No lo recuerdas?

—¡No, por Hércules! Y si lo hiciera, no te lo diría jamás para que no pudieses encontrar cualquier otra diablura…

—… Y escribir otro libro, venderlo y comprar un mullido colchón de lana para el próximo invierno.

—¡Por Dios! ¡No cabe duda de que los números te han trastornado! ¡Pensar en un colchón de lana con este calor! ¡Por Aqueronte! —suspiró abatido.

Mientras el viejo continuaba rezongando, pensé de nuevo en aquel día de hace seis años. Era a principios de verano y viajaba, por cuenta del abad Berardo, los monjes cistercienses de la iglesia de Santa María de Fulano, en Ostia. Dentro del zurrón, mi primer libro. Girolamo me lo había encuadernado y había anotado en el frontispicio: *Mi pequeño ábaco, por Jordanus de Nemore*. ¡La alegría que sentí cuando, en la taberna, intervine en la agria discusión entre aquel joven pisano y un anciano presuntuoso que se las daba de sabelotodo, acalorados por tantas jarras de cerveza! El pisano me había ofrecido también un vaso de julepe de rosas. Se contaban sus viajes. Oí hablar de Oriente; me sentía fascinado. Después el viejo comenzó a darse aires de gran entendido en cálculo, de alguien que manejaba el ábaco como un

caballero la espada, y el joven, quizá por excesivo respeto, no encontraba nada con que rebatirlo y argumentaba sólo de manera muy refinada, pero sin orden, sobre la posibilidad de aplicar la matemática a todas las ciencias.

En ese momento puse una incógnita al sabelotodo: que intentase calcular cuántas parejas de conejos nacerían en un año a partir de una sola pareja si cada mes cada una de ellas pariese una nueva que, a su vez, tuviese otra al mes siguiente.

El viejo se quedó, literalmente, con la boca abierta. Me llamó malcriado mientras el pisano, al que le brillaban los ojos, me preguntaba si en verdad era capaz de resolver el problema. Y cuando el posadero me dio un tizón y escribí sobre el pavimento, con los nuevos números, la serie 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, explicando que cada uno, desde los dos primeros, era la suma de los dos términos precedentes, el joven pisano comenzó a decir que no era posible. ¿Cómo había conseguido conocer aquellas cifras árabes? Quiso que fuese a su nave. Me explicó tantas historias… Hablamos sobre todo de números y no le dije nada de mi vida. Le vendí, sin embargo, el libro porque intuí que haría buen uso de él. Y con las pocas monedas compré, a un mercader judío, un bellísimo brasero de hierro para mi viejo cascarrabias.

Una luciérnaga entró por la ventana, aunque se apresuró a volver hacia la luz de la luna.

—Giordano.

—Qué.

—¿Te cuesta mucho aguantar a un viejales como yo?

—Al contrario: es un honor.

—Giordano… No pierdas el tiempo: debes volver a Ostia, embarcarte hacia Pisa y encontrar a tu amigo Leonardo. Así harás grandes cosas.

—Otro año. Todavía tengo muchas… demasiadas dudas.

—Supongo que se trata de dudas matemáticas… y no morales o filosóficas. ¿Me equivoco?

—No, viejo, no te equivocas en absoluto —y nos reímos con aquellas carcajadas que nos reconciliaban con el mundo entero—. No te amargues la existencia. Crees profundamente en Dios y en la otra vida: es lo más importante. Déjate de curas, monjes, papas, reyes y emperadores.

—No puedo. No nos podemos aislar como haces tú.

—De acuerdo, Girolamo… Pero prefiero estudiar antes que llorar o

desesperarme. Sí, soy un siervo como todos esos pobres campesinos que viven aquí. Soy un lego de la residencia estival del monasterio de Sant'Anastasio,
escupo sangre todos los días para comer y se me ha prohibido estudiar. Pero todos los veranos pasan. Y cada invierno continúo trabajando como una bestia. Y los días son cortos, pero los monjes ya no están, pues han vuelto a Roma. Y mientras nuestros amigos campesinos echan sus cuerpos en lechos húmedos y fríos, a la espera de un amanecer que nunca les llegará, yo comienzo a vivir. Puedo entrar en el castillo, quitarme la máscara de bobo que se me obliga a llevar durante los veranos y… ¡embriagarme con el polvo de la bien provista biblioteca! Puedo estudiar, viejo, e intentar de verdad dar vida a una nueva aurora. Y mientras estudio soy libre; mientras mi mente indaga y aprende, venzo la esclavitud.

Noté que se estiraba, que apoyaba la cabeza sobre la madera de la cabaña. Tocaban a rebato. No cabía duda: se preparaba para cantarme las cuarenta.

—Así pues, tienes completa conciencia de que no somos más que esclavos, al igual que estos otros desgraciados que viven en barracas inmundas como ésta, en los alrededores de la *pullarella*… Porque, es verdad, ¡parece un gallinero! Esclavos de los curas o de los nobles, tanto da: todos son esclavos. Siempre oprimidos. ¿Y por qué? Para proveer el lujo de nuestros señores. Godofredo de Troyes decía: «los campesinos que trabajan para todos, que se cansan a todas horas, en todas las estaciones, que se rebajan a las labores serviles que desdeñan sus señores, siempre están oprimidos. Y todo para garantizar la vida, los vestidos, y las frivolidades de los dueños. Se les azuza con fuego, se los obliga a humillarse o se los mata con el hambre o la violencia, sometidos a toda clase de suplicios. Los pobres gritan, las viudas lloran, los huérfanos gimen y los torturados derraman su sangre». A los débiles, los enfermos, los tullidos, se los excluye de este mundo. Y también los leprosos. Y a los judíos. La enfermedad es el signo del pecado que cargamos: por el mero hecho de ser cojo, se me considera maldito por Dios y por los hombres… y apenas me toleran el abad y los monjes. La palabra *libertad* no existe: tan sólo es libre el hombre que tiene un protector poderoso. Y como si no hubiese bastante con príncipes, duques, condes, reyes y emperadores… ¡los curas! Roban una religión, se apoderan de las palabras de amor de Cristo y se encaraman sobre ellas para alcanzar el trono, junto con los demás poderosos. Y no se contentan con vivir rodeados de lujos y comodidades, ni de agobiar al pueblo con impuestos… ¡Qué va! Están cambiando la imagen y la voluntad de Dios, hacen que de él nazcan el

terror y el miedo, y no el amor. Están transformándolo no en el más bueno, sino en el más fuerte, al cual ningún otro dios podrá oponerse nunca. Están convirtiendo el amor de Cristo en un cristianismo del miedo. En lugar de exhortar a las gentes a volver la mirada hacia el cielo, hacen todo lo posible para que lo hagan hacia abajo, hacia el infierno. El pueblo debe vivir en el miedo a Satanás. Dicen que se nace siervo, campesino o noble, o bien sacerdote, abad u obispo. Y ninguno puede mejorar su condición porque es pecado mortal, el más grave: cualquier novedad se considera una culpa monstruosa. ¡La Iglesia la condena! ¡La Iglesia condena cualquier invención! ¿Que el pueblo suda para arrebatar un poco de tierra al bosque? Pues se aplica la noval y se recauda un nuevo diezmo sobre los nuevos terrenos. ¿Que se recolecta miel? Se paga el diezmo. Y nuestro señor abad, ¿qué hace? Viene por san Martín, recoge todo cuando hemos obtenido, ordena las nuevas tareas… y hasta el verano siguiente. Usureros, ricos y ladrones: basta con que hagan testamento en favor de la Iglesia y, apenas muertos, al cielo, directamente, ¡sin ni siquiera pasar por el purgatorio! ¡Venden la vida eterna! Y no bastan todas las hambrunas y las guerras que aquejan a este pobre mundo: también el papa con las cruzadas, con la aprobación de nuestro líder espiritual —el señor Bernard de Claraval—, quien definió la cruzada como una invención exquisita del Señor, gracias a la cual se admiten a su servicio asesinos, violadores, adúlteros, perjuros y delincuentes de toda ralea y de esta manera les ofrece la posibilidad de salvarse.

Retomó el aliento; sentí que se volvía hacia mí:

—Giordano, ¿nunca te he contado cómo empezaron las cruzadas?

Y sin esperar mi respuesta, sabiendo que, si me lo había narrado daba igual, pues tenía que hacerlo de nuevo, continuó:

—En 1096, mientras iban de camino hacia Tierra Santa, los cruzados se ejercitaron en la Lorena asesinando a doscientos judíos y saqueando casas y sinagogas para repartirse después el botín. Se abalanzaron más tarde sobre Maguncia, descubrieron otros setecientos judíos y los estrangularon a todos, del primero al último, mujeres y niños incluidos. Muchas madres, antes de ver cómo sus criaturas serían echadas vivas a las llamas, degollaron a sus hijitos antes de suicidarse. Los no circuncisos, mientras proseguían hacia Tierra Santa, se enorgullecían por haber comenzado la expedición de la manera más justa, ¡matando a los enemigos de Cristo! El 15 de julio, otros cruzados, a cuya cabeza marchaban duques y condes prestigiosos, conquistaron Jerusalén y masacraron a toda la población judía y sarracena. Y esto por no hablar de lo que sucedió hace tres años —gruñó antes de escupir—. ¿Recuerdas que siempre te había contado

hacia dónde miraban los cruzados? ¡A Bizancio! ¡El verdadero objetivo de los papas y los cruzados! Y ya lo dije desde el primer momento en que fue elegido: Inocencio III se saldrá con la suya, y así ha sucedido. Ahora comienzan a llegar las primeras noticias: hace unos pocos días he oído cómo el nuevo abad Raniero hablaba con el hermano Anselmo, a quien contaba que Zara, ciudad infestada de herejes bogumiles, finalmente ha sido reconquistada por la católica Venecia y que los cismáticos de Bizancio habían pagado su pecado de haber querido separarse de la Santa Iglesia Romana. De este modo, los griegos aprendían a hacer hostias con pan de levadura y no con ácimo, tal como hacemos nosotros. ¿Lo entiendes, Giordano? Bizancio, ciudad cristiana, ha caído *¡bajo los soldados de Cristo!* Bajo los esbirros que han tomado la cruz de manos de los legados del papa, quienes aseguraron la eternidad en los Cielos a quienes han incendiado casi toda la ciudad, violando, sea en las calles o en los altares, a monjas y doncellas, pisoteando santas reliquias, saqueando palacios y templos, matando y robando, destruyendo monumentos, obras de arte, bailando y cantando con las prostitutas en las iglesias. Y en medio de todo este infierno, los monjes que seguían a los cruzados, también escondieron bajo sus hábitos oro y reliquias que habían tomado en las iglesias —se detuvo un instante y continuó de inmediato—. ¿Y sabes lo que dijo el abad Rainiero? Que tal vez algunas de aquellas piezas preciosas acabarían en Acque Salvie. Un cáliz de sardónice, esmalte, plata dorada, cristal y perlas. Una maravillosa patena con un Cristo de alabastro y esmalte, cristal de roca y perlas, y por fin, un preciosísimo icono con la crucifixión sobre lapislázuli. Oro, plata dorada, esmalte, cristal… ¡y lapislázuli!

—Pero nosotros también hemos recibido una pequeña parte del botín: aquella caja de manuscritos que he tenido que guardar en la torre procede del saqueo de Bizancio… como regalo del Santo Padre. Si no los hubiesen encerrado en aquel maldito cofre, podríamos pasar un invierno como dos verdaderos clérigos.

—¡Que Aqueronte te proteja toda la eternidad! Siempre ves el lado bueno de las cosas… y no me digas que era una broma porque estoy seguro de que esos manuscritos han hecho que te olvides de toda la sangre inocente que se ha vertido por ellos. ¿Acaso no te dice nada que una ciudad que por sí sola tenía más historia y cultura que todo Occidente y Oriente juntos…? ¿Que esa ciudad, ahora, no sea, más que cenizas?

Sin darme tiempo a replicar, continuó:

—Es necesario tener una visión amplia de la historia como la que tengo yo para comprender tantas cosas. El poder de la Iglesia y los

sacerdotes procede de una falsedad: la falsa Donación de Constantino. Se han confabulado para mentir. Escribieron que el emperador dejó Roma, la península itálica y todas las provincias del Imperio… ¡al papa! Y como si no fuese suficiente, el papa Gregorio VII dictó un memorando, el *Dictatus Papæ*, en el que se dice que la Iglesia Romana nunca ha cometido errores ni los cometerá nunca; que sólo ella puede, si se considera oportuno, establecer nuevas leyes y acoger nuevos pueblos; su nombre, además, es el único en todo el mundo; está en su mano deponer a los emperadores; sus sentencias no deben ser modificadas por nadie… Poco después, en 1099, Pascual II… el primer papa que se ciñó la corona imperial. En 1130, bajo Inocencio II, la curia pontificia estableció que Constantino había concedido también al papa el poder de conferir la corona y la espada al emperador; en la práctica, ¡el pleno derecho de disponer del dominio del mundo! Con estas condiciones, puedes imaginar cuántas esperanzas puede tener ese pobre diablo de Arnaldo de Brescia… Arnaldo el asceta, *el hombre que no come ni bebe*, el revolucionario, viene a Roma, intenta despertar la conciencia de los romanos y hacer comprender que la Donación de Constantino es falsa. Obliga al que fue abad de Acque Salvie, Bernardo Paganelli, el papa Eugenio III, a dejar Roma. Pero Bernardo de Claraval lo detiene y le entrega las dos espadas: la del poder temporal y la del poder espiritual. Se asegura la supremacía en ambos campos mientras Arnaldo sueña con una Roma libre de papas y emperadores.

Girolamo respiró hondo:

—Y ya vemos cómo el poder se coaliga cuando el pueblo intenta sublevarse. En 1155, Federico Barbaroja ayudó al papa Adriano IV y le entregó Arnaldo. El héroe solitario fue condenado como hereje por el tribunal eclesiástico. Lo ahorcaron, después lo quemaron y sus cenizas fueron arrojadas al Tíber. Pobre Arnaldo: había osado predicar que la curia era una lonja, un refugio de ladrones… y que los clérigos que poseían tierras, los obispos que disfrutaban de feudos y los monjes que disponían de propiedades, serían condenados —lanzó un salivazo y refunfuñó—. Mientras tanto, los escándalos, los atropellos y la opresión de los sacerdotes se fue haciendo más gravosa y por eso apareció la herejía: humillados, valdenses y, sobre todo, cátaros. ¡El espantajo de la Iglesia! El papa Alejandro III, de hecho, los condenó oficialmente en el tercer Concilio de Letrán, en 1169. Una fecha difícil de olvidar, pues por primera vez en la historia se proyecta la idea de desencadenar una cruzada contra los herejes. ¡Una guerra! ¡Un ejército! Su sucesor, Lucio III, pide ayuda al emperador Federico Barbarroja. Tras el encuentro de Verona, en 1184, se establece la primera gran condena religiosa, y a la vez política, de los herejes. El

terreno ya está preparado: tan sólo falta un caudillo, un gran político… Y helo aquí: Lotario de Conti, de los Segni, ¡el actual papa Inocencio III! ¡Elegido por la Divina Providencia! —soltó una risotada y dio un puñetazo sobre el jergón—. Piensa que, desde hacía tres años, Lotario adiestraba una paloma… ¡Tres años! Pero el día de la elección… ¿Qué hizo la condenada? Voló sobre una mesa donde había tinta de saúco y quedó completamente negra. Al haberla adiestrada el propio cardenal, no pudo retorcer el cuello a aquella criatura diabólica, por lo que llamó a un pintor que, con la pintura más blanca y resistente, restituyó el candor del animal. Todo fue bien porque, durante la elección, en el templo del Sol, se lanzaron tres pobres palomas, una de las cuales estaba amaestrada y voló de inmediato hasta el hombro de Lotario. ¡Cuán divino prodigio! ¡Milagro! ¡Dios lo ha escogido! La más blanca de las palomas se posó sobre él. ¡El elegido! ¡Que sea investido papa! Pero el pajarraco impertinente, tal vez porque estaba mareado por el olor de la pintura o porque había intuido la naturaleza satánica del nuevo elegido, depositó sobre la cabeza del gran Lotario una portentosa cantidad de excremento. La palomita fue justamente cocinada y tuvo un gran éxito en el banquete, ¡más que como mensajera divina!

Finalmente, Girolamo dejó de graznar. Pensaba que había terminado su lección de historia, pero me equivocaba por completo; sentí cómo se movía y, poco después, se encendió una vela.

Trajinaba algo bajo el jergón: alzó el torso, me clavó dos ojos endemoniados, y sacó unas hojas de pergamino que tenía envueltas con un paño de lino. Echó una ojeada a los escritos: parecía su letra. Eran apuntes que de vez en cuando tomaba aunque no le hiciese falta, pues el viejo poseía una mente preclara, reforzada por una memoria excelente. Se pasó una mano callosa sobre sus largos cabellos blancos y después por el rostro arrugado y reseco. En sus ojos, inyectados en sangre, vibraba una mirada cautelosa y desconfiada. Me miró fijamente, murmurando:

—Se trata de algunos fragmentos tomados del *Tratado de la miseria del hombre*, un libro que el actual papa escribió cuando era cardenal. Escucha con atención. Soy viejo y he vivido demasiado, pero tu vida no acabará en esta sucia barraca. Y por ello es mejor que comiences a conocer a tu jefe… El que manda sobre todo lo que hay fuera de la cabaña: lo quieras o no, de manera directa o indirecta, tu vida dependerá sólo de ese demonio. Recuerda que, gracias a él, el pecado ya no es una cuestión que afecta a nuestra conciencia cristiana, sino un problema de derecho público: es la *ratio peccati*. Ya no se considera vicario de Pedro, ¡sino del mismo Cristo! Rápidamente, está

sometiendo a todo el mundo. Uno a uno, hace que los reyes y los emperadores se postren a sus pies.

El tono de su voz, la expresión de su rostro, eran muy graves:

—Pero, oye, ¿qué hay de extraño en todo ello? No es el primero ni será el último. Todos los papas lo han demostrado. Éste sólo irá un poco más lejos que los anteriores.

—Presta atención a estas citas: «El hombre está formado de polvo, barro y cenizas y, lo que aún es más miserable, de semen inmundo. Ha sido concebido en el estímulo de la carne, en el ardor de la libido, en el hedor de la lujuria y, peor si cabe, con la mancha el pecado. Nace para la fatiga, el dolor, el miedo y, más triste aún, la muerte. ¿Por qué no habré muerto en el útero de mi madre o, al menos, por qué no expiré al nacer? ¿Por qué no morí en su seno? Así su cuerpo se habría convertido en mi sepulcro y mi concepción en su vagina hubiese sido eterna. ¿Cuál es el primer ropaje del hombre? Oh, miserable, nada más que un repugnante amasijo de carne sanguinolenta. Los vegetales dan flores y frutos, pero tú, hombre, ¿qué produces? Gusanos, esputos, heces. Produces liendres, piojos y lombrices. No das más que esputos, heces y orina. Expandes el hedor de la corrupción. Vuelve al pecado como el perro a su propio vómito, concebido con sangre corrupta en la fetidez libidinosa… a tu cadáver acuden los gusanos en la tumba. Vivo, generaste piojos y lombrices; muerto, tábanos y gusanos».

La voz del anciano se detuvo. Mi mirada estaba fija en la luna que se asomaba por la ventana. De pronto, aspiré un hedor de carne podrida. Un malestar de otra clase se apoderó de mí: jamás habían aflorado a mi mente unos pensamientos como aquéllos. Aquel hombre se estaba apoderando del mundo entero.

—Esconde esas hojas, Girolamo, y apaga la vela. Sabes muy bien que, salvo el permiso para aprender de memoria el *Miserere*, el *Credo* y el *Pater*, se nos ha vedado el uso de libros, así como cualquier forma de estudio o saber. ¿O quizá te gustaría probar el fuego? Viejo, más que de alcanzar un poco de sabiduría, me parece que tienes la vocación de una de estas pobres palomillas que vuelan atraídas por la llama de una vela.

Parecía haberse tranquilizado: comenzó a ordenar las hojas de pergamino y después, con cuidado, las envolvió con el mismo paño para esconderlas bajo el jergón. Después, apagó la luz.

—Giordano…

—Dime.

—Estás cansado y tienes sueño. ¿Quieres dormir? Dímelo y me coso esta bocaza.

—Sí, viejo: estoy cansado y tengo sueño. ¡Pero no quiero dormir! Y

no tienes por qué coserte la boca. Gracias a ella me mantengo ligado al mundo en el que vivo.

Un gruñido de satisfacción.

—¿Hasta dónde has llegado con los triángulos? ¿Te decidirás algún día a explicar incluso a mí qué diablos quiere decir eso de que un punto establece la continuidad simple? —Y se rió.

—Ya he terminado el libro, pero jamás podrás entender lo que significa la continuidad, la imposibilidad de poner un límite.

—¿Acaso soy tonto?

—Tu mente se dispersa, viejo; no se concentra. Somos muy distintos. Cuando yo me enfrento a un problema, me aíslo del mundo entero: ni oigo nada, ni siento cansancio, ni la peste, ni frío ni hambre. ¡O tú o yo! Debo hacerlo mío. Descubrir el secreto, apoderarme de él, transformarlo, dominarlo, usarlo. Las leyes de la naturaleza están ahí, escritas para siempre. Somos nosotros quienes no sabemos leerlas. Y quiero interpretar cada una. Pero ¿cómo podría explicarte por qué un ángulo se genera a partir del encuentro de dos figuras continuas en un punto final de su continuidad?

Empleaba un tono sincero, sin ápice de irónica alegría. El anciano calló mientras el fulgor plateado de la luna diluía las tinieblas del interior de la cabaña. Alguna que otra luciérnaga remolona e insomne se acercó al ventanuco. Girolamo gruñó. Sus dientes rechinaron.

—Viejo, escúchame bien. No pienso que estés equivocado por el hecho de que siempre estés solo contra todo y contra todos. Sin embargo, tus parlamentos están llenos de jeremiadas y panegíricos que conducen al fuego. Los nobles caballeros tan sólo participan en las cruzadas para matar y robar. Ya no se concibe la idea de una causa noble. Y un mundo como éste no necesita tontos como Arnaldo de Brescia. O te apresuras a bajar la cabeza, encerrando tus pensamientos en un joyero de estiércol y tinieblas, o luchas. Pero no como se ha hecho hasta ahora. No a tu manera.

—¿Y cómo, pues, mi sabiondo joven? Desvélame ese misterio. Tengo curiosidad…

Jamás me había sentido tan emocionado al discutir con Girolamo.

—Con números, viejo, con números. Fórmulas de Pitágoras, Arquímedes, Euclides, Tolomeo, Eratóstenes, Filópono, Boecio, Gerberto…

—… y Giordano Nemorario, por supuesto.

—Sí, también aportaré algo. Y estate tranquilo. Si el mundo cambia, será gracias a mis números y no a tus ideas. Los inventos liberarán al hombre de la esclavitud. Será el aparejo que en Oriente usan desde hace mucho lo que permitirá navegar no sólo en verano,

como es habitual, sino también en invierno. La época de los héroes ha terminado. Son contraproducentes para los pueblos. Además de hacerse matar junto con los que les siguen, sólo consiguen que los poderes se coaliguen para descubrir nuevas formas de opresión y represión. Es típico de ti mostrar cómo el mundo siempre ha sido igual, que la historia de la humanidad ha sido escrita y dirigida por unos cuantos hombres que vivieron siempre del sudor de los demás. Desde siempre. En cualquier lugar.

Recobré el aliento:

—Cierto. Un día apareció un pueblo que pudo cambiar el mundo: ¡los griegos! ¡Platón! ¡Aristóteles! Sin embargo, los romanos acabaron con todo. Adoptaron el cristianismo y asestaron un durísimo golpe a la cultura pagana prendiendo fuego a las bibliotecas de Pella, Atenas, Antioquía, Pérgamo, Éfeso y Alejandría. Lo poco que quedaba se hallaba en Bizancio. Y ahora Inocencio III ha enviado a los cruzados para acabar la tarea. Para quemar la ciencia de los hombres más grandes de la historia. Ahora bien, todo esto Dios no se lo perdonará jamás. Jamás.

El viejo no daba crédito a sus oídos.

—*¡Papas!* ¡Entonces hay algo de los religiosos que no te convence! Loado sea Dios. Son los libros tu talón de Aquiles —y se oyó un profundo suspiro de alivio.

—Sí, y no los de filosofía, sino los de matemáticas, física, astronomía… En esos textos se encuentra la clave del progreso de la humanidad. Al quemarlos, se da al traste con mil quinientos años de historia. Como si el hombre, durante un milenio y medio, no hubiese dado un solo paso adelante. Y esto sí que lo saben los curas. Éste es su principal objetivo: mantener el mundo inmóvil… porque saben que si va hacia delante, tarde o temprano se los quitarían de encima. Y por eso estudia tu modesto discípulo. Yo también lucho, viejo, aunque a mi modo. Sin hacerme el héroe. No puedo enfrentarme a un poder frío y calculador, no soy un soñador exaltado. No puedo luchar contra una balista, un trabuco o un mangonel. Con una honda. —En aquel momento lo veía todo muy claro—. La carretilla y los cabrestantes que he construido nos han evitado, a nosotros y a los campesinos, una parte de nuestro duro trabajo. El nuevo ataque para el arado ha mejorado mucho las labores del campo. La invención del batán nos ha evitado que continuemos haciendo con los pies el trabajo de enfurtido. Y esto no es más que una estupidez en comparación con lo que podría hacerse para aliviar la fatiga del hombre y sacarlo de la esclavitud y el hambre. Girolamo, no puedes imaginar la importancia que tuvo Aristóteles. Fue el primero en aplicar las matemáticas a los fenómenos

físicos. Pobre de mí. ¡Quién sabe lo que pasa cuando se descubre la solución de una vulgar ecuación de segundo grado! Éste es mi problema: estoy solo, me falta la ciencia de los antiguos. La poca que tú me has procurado no me basta. De vez en cuando una pequeña luz inflama mi mente. Ocurre durante un momento. Por ejemplo, de pronto, no soporto la idea de que la velocidad de un cuerpo sea proporcional al espacio recorrido. Cuanto más lo pienso, menos me convence.

La voz burlona del viejo se entrometió en mis desvaríos. Nunca perdía la ocasión para burlarse:

—Sí. Ahora que lo pienso, me pasa lo mismo. Tal vez sea ésta la causa de mis frecuentes insomnios. Oh Señor Dios, haz un milagro para estos tus humildes siervos pecadores. Haz que tu omnisciencia ilumine nuestras mentes y que, esplendorosamente envuelta en un manto purísimo, descienda sobre nosotros la verdad y la luz. Dinos, oh Señor, a qué es proporcional la velocidad de la caída y así alcanzaremos la felicidad eterna —y estalló en una risotada compasiva.

—Viejo, eres un blasfemo, un sucio gibelino, pero Dios seguro que tendrá en cuenta la confusión que se apoderó de tu mente desde que te caíste de pequeño. De todos modos, aunque no puedo comprender las implicaciones de mis ideas, creo que la velocidad de caída es directamente proporcional al tiempo ¡y no al espacio recorrido! ¡Ah, lo que daría por tener los libros de los grandes maestros!

—¿Incluso el alma? —Y concluyó la larga risotada que había comenzado poco antes.

—Sí, viejo, ¡incluso el alma! —Y me detuve, asombrado por haber mostrado tanto ardor.

—Bien, Giordano. A fin de cuentas, creo haber hecho bien mi trabajo. Y si he conseguido hacerte entrever al menos el aspecto de la palabra libertad, creo haber impartido algunas de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo —suspiros, bostezos, alguna tos—. Pero ahora ya es demasiado tarde. Intenta dormir si puedes. Mañana será otro día. Como bien sabes, el papa ha adoptado la humildad en el vestir… para él y para toda la curia: nada de armiños ni colores vistosos. Sólo capas de piel de cordero. ¡Cordero de Nemi! Ya tenemos pieles maceradas en cal que aguardan a ser dulcemente rasuradas, estiradas, secadas, frotadas con piedra pómez… y que serán entregadas en parte a los señores monjes letrados de Grottaferrata y en parte a nuestro señor abad, Raniero Capocci, quien las donará al ilustrísimo y santísimo padre Inocencio III para que pueda escribir tantos bellos mensajes de muerte y destrucción, así como sacar los

cuartos a todo el mundo. Dios concedió el perdón para esto que estamos haciendo. Incluso nosotros colaboramos en el triunfo del Anticristo.

—¿A santo de qué hoy, más que nunca, la has tomado con el papa?

—¿Acaso no te lo he dicho? ¡Mañana, entre tercia y sexta, aquí mismo, a nuestro modesto castillo de Nemi, llegará el papa Inocencio III! Y, por si no bastase, vendrá también el superior de los cistercienses, el abad de Cîteaux, Arnauld-Amaury. Y comerán un tiernísimo cordero asado.

Permanecí estupefacto, en cuerpo y alma, por la sorpresa:

—¿Bromeas? Pero ¿qué vienen a hacer aquí, a Nemi?

—A decir verdad, los ha convocado Lucifer y ni siquiera nos permiten salir al campo: debemos permanecer aquí, a disposición del rey de reyes. Que Dios nos asista y nos perdone —otro suspiro seguido por un bostezo.

—Eres el mismo rebelde y hereje de siempre. Pero ¿qué quieres? Será un día como otro cualquiera, ni más ni menos. Ahora durmamos. Y que la paz te acompañe en tu sueño, viejo.

—Igualmente, Giordano. Igualmente.

Y ninguno de los dos dijo nada más.

Pensaba en las luciérnagas. En la luz dorada que llevan en su seno. Con la vista en el ventanuco, me abstraje de todo: letras doradas… una corona del martirio, roja y dorada… De improviso, recordé: a saber qué caminos había seguido la luz en mi mente.

—Viejo… ¿Duermes?

—No, pero lo intento —gruñó.

—Algo extraño. Nunca te lo he dicho pero, ahora que lo pienso, me parece muy extraño.

Suspiró con impaciencia:

—Pero de qué hablas…

—Poco después de Pascua, me dirigía hacia Acque Salvie a entregar los fardos de pergamino y lana, ¿te acuerdas? Aproveché para dar una vuelta por Roma…

—Pues no; no me acuerdo.

—Me acerqué al monte Oppio para visitar la basílica de San Pietro in Vincoli. Cerca de la entrada hay un altar dedicado a san Sebastián con una imagen del santo: un bello mosaico. El santo aparece con una túnica y una clámide, vestido como un dignatario bizantino. En las manos, una corona de espinas, roja y dorada. Sabes que no entiendo nada de arte. No obstante, sentí una gran curiosidad por aquel mosaico y permanecí ante él bastante tiempo. En un cierto momento, advertí la presencia de alguien a mi espalda. Me volví. Se trataba de

un prelado que me miraba con sus ojos escrutadores. Sentí que debía justificar mi repentino interés… y le pregunté por el autor y la procedencia del mosaico. ¿Y sabes qué me respondió? «¿A qué viene tanto interés por esto, con la de cosas bellas que hay en esta basílica?». No supe qué contestar, aunque mi cara de tonto debió de ser más elocuente que cualquier aclaración. Tranquilamente, me dio una clase sobre el arte bizantino, la consagración de la abadía de Montecassino, acaecida en 1071, del abad Desiderio y la decoración de la abadía a cargo de artistas bizantinos. Según él, en aquella ocasión, uno de ellos, muy devoto de san Sebastián, creó aquella imagen votiva y la donó a la basílica de San Pietro in Vincoli. Y poco más. Le di las gracias y me marché.

Un gruñido del viejo me animó a continuar:

—Hace dos meses, un poco antes de que llegasen los monjes, mientras rebuscaba en la biblioteca de la torre sarracena, a diferencia de lo que solía hacer, me encontré hojeando un libro sobre iglesias y arte. Tenía entre las manos un volumen sobre la basílica de San Pietro in Vincoli… y el rostro curioso de aquel obispo volvió a mi mente. Busqué y encontré una nota muy breve que se refería a la imagen votiva de san Sebastián. Según decía, contrariamente a cuanto afirmaban las tradiciones orales y algunos códices apócrifos, el mosaico podía atribuirse al período de la gran peste acaecida a finales del siglo VI, en época del papa Gregorio Magno. Según la inscripción, la imagen fue realizada para que san Sebastián intercediese ante Nuestro Señor Jesucristo para que alejase la peste para siempre, sobre todo en aquellos años en que se consideró como una señal del Juicio Universal. Abajo, con letra menuda, unas cuantas líneas más: la atribución de la imagen a un período posterior, unos ochenta años después, cerca de 680, año en el que, entre junio y septiembre, se difundió de nuevo una terrible peste sobre Roma, era absolutamente falsa. El mosaico era, en cualquier caso, obra de un artista romano, de ahí que se debiera excluir categóricamente la posibilidad de que viniese de Oriente.

Por mi tono, la narración estaba a punto de terminar. Girolamo, tras refunfuñar, prosiguió con su voz fastidiada y somnolienta:

—¿Y qué? Alguien se habrá aburrido: el obispo o el autor del manuscrito. En ambos casos, dos curillas, dos criaturas vulgares del Anticristo, que disponen de tiempo para preocuparse de los mosaicos porque tienen siempre la panza bien llena. ¿Qué es lo que no te cuadra en una historia tan insulsa como ésta? Por Aqueronte, ¡vaya efectos tienen los números y los triángulos! *Vade retro*, Euclides, Arquímedes y Pitágoras… ¡*Vade retro* de mi pobre Giordano! Bueno,

que duermas tranquilo.

—Tú también, viejo. Pero hay algo que no me cuadra.

—Por la cola del Anticristo, ¿qué es lo que no te cuadra?

—Su pregunta: una pregunta fuera de lugar, a destiempo. Y, además, su voz. «¿A qué viene tanto interés por esto, con la de cosas bellas que hay en esta basílica?».

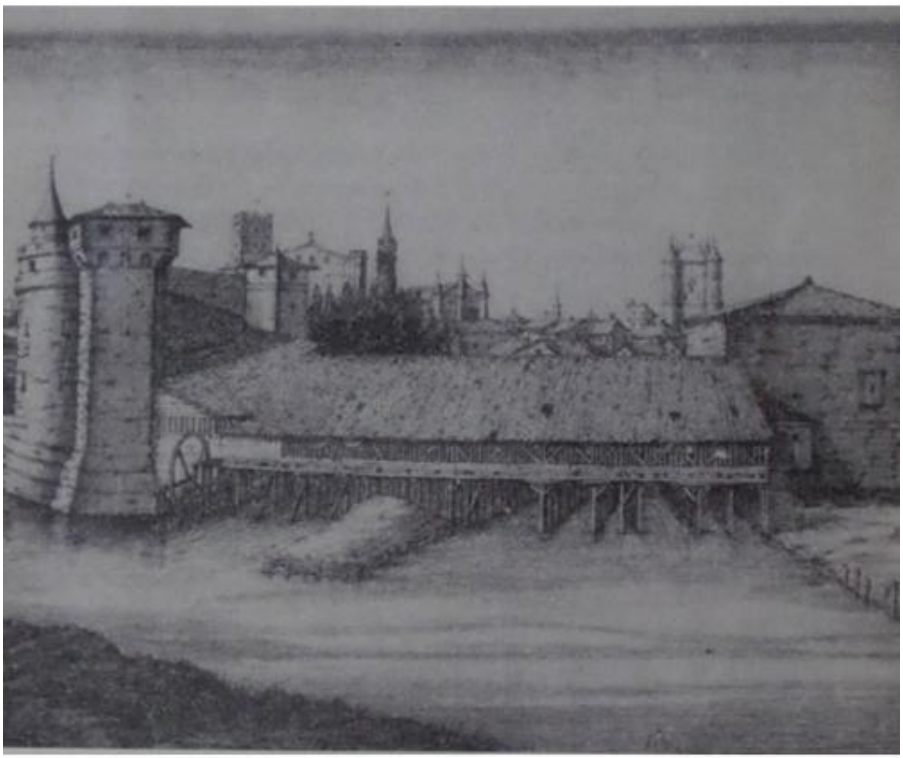
—Giordano… Pero tú, que nunca vuelves la mirada al cielo, que eres ateo, matemático y bastardo; tú, que tienes la sensibilidad artística de un asno, ¿por qué te quedaste mirando dos veces aquel dichoso mosaico?

Al oír su tono de vieja plañidera, prorrumpí en una carcajada.

—Es una larga historia, viejo. Una larga historia —y me enjugué las lágrimas de alegría con el dorso de la mano.

Después, también la luz de la luna dejó de entrar por el ventanuco.

Capítulo II



Toulouse, vista desde el río, grabado del siglo XIX.

Poco duró el sueño. Apenas soplaba una brisecilla misericordiosa por entre los álamos y los castaños. Alcé los brazos para pasar las manos bajo la nuca. Crujió la paja del jergón y Girolamo se volvió mientras continuaba roncando. Con la mirada, me refugié en el puñado de estrellas enmarcadas por el ventanuco. Sentía una opresión en la garganta que me impedía tragar. Un pensamiento aparentemente desordenado vagaba, de manera incierta, aunque recurrente, por no sé por qué senderos de mi mente y acababa por llevarme siembre allá, a la basílica de San Pietro in Vincoli.

Había sido poco después de Pascua. El prelado había fruncido el ceño y me había mirado con aquellos ojos negros, inquisidores, al verme parado ante la imagen de san Sebastián.

Pero aquella no era la primera vez que me quedaba allí parado: seis años antes había ocurrido lo mismo. Todavía era un jovenzuelo. Fue en invierno. Un invierno muy frío. Después de entregar unos rollos de pergamino en Acque Salvie y Santa María in Cosmedin, entré en San Pietro in Vincoli para descansar. El mismo prelado —con aquellos ojos negros que no podían olvidarse tan fácilmente— se me acercó más de una vez escrutando la expresión de mi rostro mientras observaba aquella imagen.

Y aquella tarde, el viejo y yo, envueltos en sendas capas, nos acurrucamos delante del hogar mientras rezábamos a Dios para que ardiese el tronco hasta el alba. Girolamo leía un aburridísimo tratado de filosofía sacado de no sé cuál agujero de la torre sarracena. Varias veces había intentado llamar mi atención interrumpiendo su parloteo solitario, intentando por todos los medios arrancarme de *mi pequeño ábaco* que estaba intentando escribir, aunque sin conseguirlo. Aquellos *altísimos pensamientos* me aburrían hasta la muerte y me sentía devorado por una verdadera fiebre por el librillo de números que estaba componiendo por aquellos días, aprovechando la idea de las revolucionarias cifras indias. ¡Con el *cero*! Las había copiado para mí Girolamo de un libro, una paginilla escrita en griego que el viejo ya había traducido para aplacar mi hambre de números.

Temblaba de frío. Debía de tener fiebre. La tinta prácticamente se había helado en la punta del cálamo mientras trazaba mis luminosos garabatos. De pronto, Girolamo comenzó a resoplar, a romper las hojas del libro que tenía en la mano y las lanzaba a las brasas. Consiguió distraerme de mis números. Blasfemaba contra aquellos condenados que habían osado deturpar páginas tan elevadas con estúpidas anotaciones históricas. No sé cuántas llegó a rasgar. Algunas acabaron por reavivar las llamas del tronco que comenzaban a languidecer, otras me cayeron encima. Y yo, antes de tirarlas al fuego, les eché una ojeada. Se habían quemado muchas palabras y era casi imposible disponer los nombres y otros datos con un cierto orden. *Año 662, Kibossa, Armenia, Shirak, Aser, el emperador bizantino Constante II, Eznik, Ananías de Shirak, David…* Después otra historia, dentro de aquella… *Aryabhata, Paulisa, llaves del saber, Brahmagupta, los paulicianos, una secta religiosa…* Y aún más fragmentos de historia en otra historia más. *Aristarco de Samos, una nueva teoría de los movimientos planetarios… y se* mencionaba una máquina ingeniosísima. Y después, *Zai Lun* e incluso *China*.

Intenté arrebatar el texto de las manos del viejo, pero sólo conseguí enfurecerlo más: me lanzó un correazo, que falló, aferró la hebilla de bronce con motivos dorados y, al verlo temblar por el frío y con el rostro desencajado, comencé a reír. Y mis lágrimas lo contagiaron, sustrayéndolo de la lectura. Finalmente se avino a contentarme: por mucho que hojease, en aquel texto sacro no hallé ni un solo elemento *extraño* a la filosofía. Girolamo continuó leyendo y yo, escribiendo. Temblaba y tenía fiebre. De vez en cuando me quedaba con el cálamo en el aire, la cabeza apoyada en el arca que habíamos colocado detrás de nosotros. La mirada fija en el tizón menguante.

Y se me vinieron a las mientes los ojos negros de San Pietro in Vincoli. Me adormecí y *mi pequeño ábaco* se mezcló con las eternas disertaciones de Girolamo, con los fragmentos del texto de filosofía. Fue un sueño nítido: debía de ansiar tanto un poco de tibieza, que mi mente situó la acción en pleno verano. El verano del año 662.

El aire era purísimo. Sobre el azul terso del cielo se recortaban, nítidos, los montes lejanos.

Ananías desvió la mirada hacia otra parte, hacia las cumbres que comenzaban a enrojecer, por donde el sol se escondía. Pero ¿realmente el astro se ocultaba? Dejó de lado aquellos pensamientos para no empañar la alegría que experimentaba al contemplar la

belleza del paisaje y de aquel atardecer. Estaba apoyado sobre el murete que circundaba el caserío, deleitándose con las tonalidades del cielo, cuando comenzó a distinguir el caballo y, poco después, al jinete. Luego, el joven de cabellos rizados y aspecto orgulloso abandonó de un salto la grupa del purasangre y corrió a abrazar al viejo.

—¡Ananías, maestro, tenéis el mismo aspecto juvenil de siempre!

—Aser, hijo, nunca has sabido mentir. Me hago viejo. Y es justo que así sea, pues la naturaleza debe seguir su curso.

El rostro del joven perdió un poco de su alegría:

—Sí, maestro, pero no es justo que hombres insensatos y malvados se permitan perseguir a Ananías de Shirak como si fuese un peligroso agitador.

—Veo que también te han llegado las noticias, mi buen Aser. Dime, ¿de dónde vienes?

—De Kibossa, maestro. Quizá sepas lo que hacemos. Pero contadme, habladme de vos, de los otros discípulos.

El viejo se pasó una mano por sus largos cabellos blancos y lisos, pasó un brazo por los hombros del joven y lo invitó a entrar. En silencio, compartieron un pescado y una orza de cuajada. Al final, Ananías se excusó con el joven porque «la trucha no sólo era pequeña; tampoco era tan sabrosa como las del lago Gökcia». Después comenzó a hablar al joven de sus otros compañeros, en un intento de zanjar tantos años de separación.

—Mi querido Aser, ¿querrías explicarme ahora vuestra doctrina? ¿Quiénes son los paulicianos, hijo mío? Pese a que apenas habéis echado a andar, ya hay quien habla de acabar con vuestra comunidad.

El rostro afilado y abierto del joven se contrajo levemente. Sus ojos azules lanzaron un destello de dulzura y rabia:

—No nos llaméis así, maestro. Ése es el nombre que nos han dado nuestros adversarios. Nosotros nos llamamos *cristianos*, nada más. En cuanto a nuestra doctrina, seguimos las enseñanzas de Pablo y creemos que no hay un solo Dios, sino dos entidades supremas: el Dios de la justicia de los hebreos y el Dios del amor de los cristianos. El Dios del Mal, amo y señor de este mundo, y el Dios del Bien, que envió un ángel a la tierra, Jesucristo, para enseñarnos el amor hacia la realidad espiritual y repudiar así la material. No aceptamos el Viejo Testamento y seguimos el Nuevo. Nos abstenemos de los sacramentos y rechazamos la veneración de la Cruz y las imágenes sacras. Deseamos un cristianismo más puro, por eso negamos también las enseñanzas de las cartas de Pedro, símbolo de la jerarquía eclesiástica. Estamos contra el clero y el monacato, así como contra su corrupción.

Y con este espíritu queremos erigir una nueva Iglesia.

El joven calló mientras miraba a Ananías con temor. Éste, dulcemente y sin dudar, añadió:

—Hijo, quizá sea justo que todo esto ocurra. ¡No en vano eres uno de mis mejores discípulos! Puede que sea una lección para tu maestro, siempre dispuesto a posponer la divinidad a la naturaleza, el alma a la ciencia. Sabes que creo firmemente en un origen divino de todo cuando es, aunque según un punto de vista muy particular. Pienso que nuestro primer deber es descubrir lo creado y las leyes que lo gobiernan. Y este espíritu de investigación también te ha fascinado. Al menos hasta hace poco. No quiero decir nada a favor ni en contra de tu nueva comunidad. Pero tu maestro, además de vivir por la ciencia, es también un ciudadano… armenio. Y no podemos borrar nuestros orígenes.

Sus ojos eran penetrantes y su voz, grave.

—¿Qué queréis decir, Ananías?

—¿Tu comunidad no tiene otra motivación, no se fija en nada más que en la eterna lucha entre el Bien y el Mal? Aser, nuestro país jamás ha podido gozar de un poco de paz. Hemos estado bajo el duro yugo asirio, sometidos a su crueldad. Nuestros antepasados siempre intentaron liberarse. Durante otros mil años más hemos estado bajo el dominio de los persas y los partos. Yo mismo nací durante esta última dominación. He vivido también bajo los bizantinos y ahora han llegado los árabes. Nuestra pobre tierra no ha sido más que un campo de batalla. Nuestra gente nunca ha saboreado la libertad. Nuestros abuelos se vieron obligados a hablar casi siempre la lengua de los conquistadores, fuese latín, siríaco o griego. Finalmente, hoy poseemos nuestro propio alfabeto… y una lengua que hace que nos consideremos un pueblo… y quizás incluso más oprimido. Es humano que en tu joven corazón convivan sentimientos como el amor y el ansia de libertad. Tan sólo quería decirte esto, mi dilecto Aser.

El joven amagó una sonrisa:

—Sí, Ananías. Tenéis razón. Me uní a la comunidad llevado también por un profundo amor a nuestro país. Y todos mis hermanos, aun desconociendo la palabra odio, demuestran el mismo resentimiento contra árabes y bizantinos —contestó con una voz límpida, vibrante.

—Del mismo modo en que deseas liberar el alma de la esclavitud del cuerpo, deseas liberar a tu gente de la opresión de los invasores. ¿No es cierto?

Aser no respondió, pero la expresión de su rostro lo delataba.

—Hijo, escúchame con atención. Por el mero hecho de combatir la

corrupción del clero y de los monjes, estáis destinados a sufrir un duro castigo. Si a ello sumamos que vuestra comunidad, además de la depravación y el Mal, combate a los invasores… Mi pobre Aser, acabaréis siendo exterminados. Basta, amigo mio, ¡basta! Bastante sangre derramaron nuestros abuelos. Han pasado miles de años. Ha llegado la hora de decir adiós al patriotismo. Y no te quepa duda de que no seremos nosotros dos los que permitiremos que nuestros corazones armenios venzan a nuestra inteligencia, a nuestra mente. Porque en ti, al igual que en mí, tanto en el alumno como en el maestro, existe la conciencia de que no somos como los demás. Estamos llenos de conocimiento… y también de respeto por nuestros iguales. Y Cristo ha revelado su palabra y su amor a todos los hombres, no sólo a los de su tierra. En nuestro pobre país sólo unos pocos conocen la escritura y casi ninguno la ciencia. Los únicos depositarios somos tú, Eznik, David y yo. Y por eso nos corresponde vigilar la marcha del mundo. Porque hasta que la tierra sea liberada de las tinieblas de la ignorancia, nuestro pueblo, al igual que todas las gentes, continuará oprimido por unos pocos hombres que detentan las llaves del saber. Por ello tu deber como cristiano consiste en poner tu conocimiento a disposición de los tuyos, si bien debes amar a todos los pueblos, Aser. Creo que un hombre capaz de amar a un solo hombre, no ama a ninguno.

El rostro del joven traslucía una lucha interior muy intensa. Ananías prosiguió:

—Piensa cómo habría sido todo si los pocos hombres depositarios del saber y el poder hubiesen dedicado su vida a la divulgación del conocimiento: habríamos tenido pueblos cultos. Pueblos que no habrían aceptado la idea de tomar a otros como esclavos por seguir una ideología, una bandera. Y, sin embargo, lo han hecho… Porque un pueblo inculto es como un rebaño de ovejas muy particular. Un rebaño que cuando oye la voz de su amo, se transforma en una jauría de lobos hambrientos, olvidando su propia naturaleza. Estoy plenamente convencido de cuanto digo: he indagado en la historia del hombre, he interpretado el libro de Ahmes, las tablillas de arcilla de Mesopotamia, he estudiado la historia de Egipto, de Babilonia, de la India… En resumidas cuentas, he estudiado a los grandes hombres que han cambiado la humanidad. ¡Los helenos! Comenzaron con la escritura horizontal de izquierda a derecha, lo cual favorecía la lectura y la escritura, porque intuyeron que éste era el mejor modo para penetrar con los ojos en la mente. Y ya no se pararon más. Hicieron el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad: ¡el poder de la razón! Tales, Demócrito, Platón, Aristóteles, Hipócrates, Aristarco,

Pitágoras, Arquímedes, Hipatia… Sentaron las bases para transformar el mundo. En pocos siglos sembraron tanto saber que tan sólo hubiera sido suficiente proseguir su obra para llegar a una civilización muy distinta, mejor y probablemente libre. Por desgracia, surgió Roma y, con ella, el cristianismo, cuyos representantes oficiales detuvieron de manera inexorable el camino de la ciencia quemando la biblioteca de Alejandría y asesinando a Hipatia, algo que Cristo no había imaginado, ni predicado, ni mucho menos querido. Y, no obstante, ocurrió. Hace un siglo que Justiniano, emperador de Oriente, temeroso de la ciencia griega, al verla como una amenaza para él y para la ortodoxia cristiana, consagró el último acto con la clausura de la Academia platónica de Atenas. Sus miembros fueron dispersados. De este modo, el año 529 puede considerarse el final de una era. Habían detenido el camino del saber, sobre todo el de la madre de todas las ciencias, la matemática. Pero los caminos del Señor son infinitos. Dispersa la Academia ateniense, nacieron Filópono, Aryabhata, Paulisa, Eutocio, Simplicio, Boecio, Brahmagupta… y tu maestro, Ananías de Shirak, así como tantos otros. Intentábamos transmitir el saber de los griegos. Mientras estábamos inmersos en esta obra de continuación, hará ya veintitrés años que los árabes conquistaron Egipto y parece que Omar se ha librado de los pocos papiros que se salvaron del incendio de la biblioteca de Alejandría provocado por los romanos y los cristianos.

Ananías parecía cansado. Su mirada voló sobre el cielo violáceo que se veía a través de la ventana y se perdió tras el vuelo de los murciélagos que danzaban frenéticamente a la caza de insectos. Después, posó de nuevo sus ojos en el rostro de Aser.

—Una vida dedicada al estudio de la matemática, de la astronomía, de la historia, de la geografía… Y, sin embargo, estoy mal visto. Expreso nuevas ideas y me miran como si fuese un agitador. El clero y el poder me persiguen. Por haber insinuado la posibilidad de que la Tierra se mueve, he estado a punto de acabar en prisión. Basta, Aser. Es cierto que el mundo y la civilización han nacido en Oriente, en la India, en Asia Menor, en la Hélade, en Alejandría… Pero ahora todo ha terminado. Ha llegado el momento de que Europa inicie su camino hacia la ciencia y abandone su estado de barbarie.

En los ojos escrutadores del joven se adivinaba una expresión cautelosa y atenta a la vez.

—Aser, no se puede prever el papel que desempeñarán los árabes en la historia del hombre. Por el momento, se limitan a conquistar. Pero las palabras de Omar, quien ha sacrificado al fuego decenas de miles de manuscritos, dejan esperar bien poco. «O bien los libros

contienen cuanto está escrito en el Corán, en cuyo caso no es necesario leerlos, o bien contienen cuanto contradice al Corán, en cuyo caso no debemos leerlos». Aquí, en Oriente, la ciencia ha terminado. Lo único que podemos y debemos hacer es transferir *las llaves del saber* a Europa.

—¿Que pretendéis decir? —El joven hablaba con el tono de quien ya ha abrazado una nueva fe.

—Imagina, Aser. Supón que las gentes de todo el mundo fuesen cultas, que cada hombre supiese, al menos, leer y escribir, y que en cada casa hubiese libros.

—Ananías, ¿por qué soñar?

Con una nueva luz en el rostro, el maestro lo tomó del brazo.

—Aser, es posible. ¡Te lo aseguro! ¿Cuál ha sido, hasta ahora, el freno principal a la divulgación y el camino del saber? La técnica para componer un manuscrito. El pergamino es costoso y difícil de encontrar. Aser, nosotros escribimos aún a mano, tras siglos y siglos de ciencia. Para escribir un texto se necesita, al menos, una persona… y muchísimo tiempo. Imagina que pudiese escribirse no sobre un caro pergamino, sino sobre una sustancia fácil de producir. Y supón que no debes hacerlo tú, sino una máquina capaz de escribir, ¡de una sola vez!, una hoja entera. Y que en un día no sólo pueda producir un texto, ¡sino muchos y muchos libros!

—Se daría un vuelco, maestro. ¡La mayor revolución de todos los tiempos! Pero sacerdotes, reyes y emperadores echarían la máquina al fuego junto con el hombre que la emplease.

—Por ello debemos proceder con cautela.

Aser permaneció con la boca abierta.

—Maestro… Habláis como si esta máquina existiese realmente… ¿Estáis jugando conmigo, verdad?

—¡No, no! Todavía no se ha construido la máquina, pero el sistema es excelente. Pero Armenia no es el lugar más indicado, y menos en estos tiempos.

Ananías dejó que el alumno se recuperase de su estupor. Después descolgó de la pared una bolsa de piel oscura y la puso en las manos del joven, quien, antes de abrirla, se sintió atraído por la hebilla de bronce. Sobre el metal oscuro brillaban dibujos dorados. Una serie de triángulos grabados, algunos con signos horizontales y otros con un solo signo vertical. La abrió y tomó su contenido: dos manuscritos encuadernados. Hojeó el primero, leyó algún pasaje… Pero cuando alzó la vista, su expresión era aún más confusa.

—No te asustes, Aser. No se trata de un juego. Es una colección de epístolas de temática diversa, amorosas, rústicas, morales, de muy

poco valor literario y filosófico que me fueron entregadas por su autor, Teofilato Simocata, quien fue prefecto y secretario imperial. Nos encontramos hace muchos años en Bizancio. Tuvimos la ocasión de conversar e intercambiarnos informaciones, sobre todo de historia y geografía. Por aquel entonces él estaba componiendo una historia sobre el reino de Mauricio y yo, mi geografía. Se alegró tanto por el bagaje de datos que le ofrecí que se empeñó en entregarme estas epístolas suyas. Y he aquí el artificio: quien hojee el manuscrito, difícilmente se dará cuenta de que allí, hacia el final, se han insertado algunas hojas cuyo contenido no debería ser completamente nuevo para ti. ¿Te acuerdas de Aristarco?

Aser pasó una a una las últimas páginas del texto y, de pronto, alzó la mirada, sorprendido:

—Aristarco de Samos… Hace casi mil años ya. La nueva teoría del movimiento planetario.

—Sí, hijo. Ahí está toda su teoría. Aunque corregida por una serie de cálculos y completada por el comentario de un seguidor de Aryabhata. Se trata de ideas que podrían sacudir el mundo y que un hombre osó proponer casi hace un milenio, pero que no gozaron del crédito de los estudiosos de la Escuela de Alejandría.

Ananías invitó al joven a tomar el otro manuscrito y abrirlo.

—Pero si es un palimpsesto, es el Antiguo Testamento.

—Sí, Aser. Del primer *Libro de los Reyes* al segundo de los *Paralipómenos*, uno de los tantísimos ejemplos del vandalismo cristiano, si bien en este caso no han cercenado una gran obra, sino sólo alguna comedia de Tito Maccio Plauto. Bien, incluso en este caso, y con la técnica del otro texto, he añadido algunas hojas hacia la mitad y el final. Observa —tomó el libro de las manos del joven—: aquí hay un resumen de cómo, hace cinco siglos, en China, Zai Lun utilizó redes de pesca, fibras de cáñamo y cortezas de árbol para producir una nueva materia sobre la que escribir. ¡El papel! En la actualidad, ese material se emplea muchísimo en toda China. Mira: ésta es una descripción minuciosa de las diversas fases de la preparación, de la elaboración de la pasta, el refinado y elaboración de la hoja. Yo mismo lo he producido en pequeñas cantidades. Y después… Después el pequeño secreto que hará estallar la matemática y, con ella, todas las ciencias: el nuevo sistema de numeración. ¡El sistema indio! Observa: diez. ¡Diez cifras! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y, al final, ¡el pequeño, y a la vez magno, cero! ¡El cero! Un símbolo diferente para cada cifra, una notación posicional y, en fin, una base decimal. Por primera vez, tres principios conjugados. ¿Qué te parece? Fíjate en este ejemplo.

Aser examinó el manuscrito con atención. Sus ojos brillaban.

—¡Qué ingenio! ¡Qué talento, simple y agudo a la vez! ¿Cómo no habíamos pensado en ello hasta hoy?

—Tú lo has dicho, hijo: genial en su simplicidad. Y sólo los indios han podido conseguirlo. Hace dos años, estuve en Siria, donde conocí a Severo Sebokt. Piensa: un obispo. Pero muy apegado a su tierra y un poco resentido contra los filósofos griegos emigrados después de la clausura de las escuelas de Atenas. Y ese resentimiento lo llevó a afirmar que había otros pueblos, además de los helenos, que poseían conocimientos científicos. Por él, y gracias a un discípulo del indio Brahmagupta, he aprendido todo cuanto he escrito en estas páginas: los números negativos, el cero, las ecuaciones de segundo grado… Y esta tabla de senos y tangentes que será utilísima en astronomía. Y del mismo alumno de Brahmagupta, que apenas había visitado China, aprendí esto —hojeó el manuscrito en el que, un poco más allá de la mitad, había algunas hojas con escritos y figuras—. He preferido escribir yo mismo estas notas en griego. Aquí, ¿ves? Éste es el chibalete y éstos algunos ejemplos de caracteres móviles. ¿Lo comprendes, Aser?

—Sí, Ananías. Pero me temo que la realización práctica sea muy difícil. Con todo, es una idea genial. ¡Genial! —El joven estaba verdaderamente excitado: su voz temblaba y sus ojos ardían—. Maestro, una vez realizada, esta máquina puede en verdad transformar el mundo.

—¡Esta máquina cambiará el mundo, Aser! Nos corresponde a nosotros que esto ocurra cuanto antes. La India y China siguen destinos y caminos demasiado distintos, tanto de nosotros como de Occidente. Los chinos no aciertan a comprender el enorme valor de sus invenciones y, para los indios, la matemática es como la poesía. Brahmagupta asigna a las incógnitas diversos colores. Hijo, debemos estas geniales intuiciones y descubrimientos a la magia de Oriente, pero nosotros hemos de proyectarlas allí donde continuará la historia del hombre: Europa.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No puede ser de otro modo. Además de las conquistas militares de los romanos, en el campo de la ciencia y la cultura Europa siempre ha prestado atención a cuanto venía de Oriente o de Alejandría, en Egipto. Es hora de que contribuya también ella a labrar el camino de la civilización. Por un proceso histórico. Nos corresponde a nosotros transmitirle al menos *las llaves del saber*.

Cerró los dos libros y miró atentamente al joven.

—Aser, ya no queda ni un resquicio de libertad en esta tierra. Mis

ideas ya pasaron por revolucionarias en los tiempos del *huevo* —y sonrió mientras el discípulo continuaba de memoria.

—«La Tierra parece tener la forma de un huevo: como en una forma esférica, la yema está en el centro, la clara la recubre y la cáscara lo rodea todo. De este modo la Tierra se encuentra en el centro como si fuese la yema, el aire es como la clara y el cielo la contiene al igual que la cáscara».

La cara del anciano se iluminó con ternura:

—Aún recuerdas mis palabras exactas, hijo… Pero ¿te acuerdas también de cómo nos miraban? ¡Nosotros, los subversivos que queríamos redondear esta dócil Tierra plana! Imagina ahora que he osado hablar de la rotación de la Tierra, insinuando la teoría de Aristarco. Sí, quizás he sido imprudente, pero ¿cuántos milenios deberán pasar aún? —Y sostuvo la mirada sobre el joven.

—¿Deseáis que sea yo…? ¿Que yo transmita estas ideas a Occidente?

—Sí, Aser. Éste es mi deseo… y lo que de ti espero. Eres joven: viajar, compartir tus experiencias con las de otros, te será de gran ayuda. Tan sólo te pido que lleves esta bolsa, esperes a la persona que consideres más adecuada y le entregues las llaves. He encargado a David y Eznik que hagan lo mismo. Recorrerán otros caminos y se dirigirán a otros países de Occidente. Pero lo conseguiréis, de ello estoy seguro. Ésta será la contribución de nuestra tierra al futuro de la civilización humana.

—Maestro, puesto que lo habéis previsto todo, ya sabréis que partiré con esta bolsa. ¿Adónde he de dirigirme?

—De entrada, a Roma. En el séquito del papa Vitaliano hay un prelado, su hombre de confianza, muy docto y amante de las ciencias. Te parecerá increíble, pero es así: también entre ellos hay hombres con una visión muy amplia de la vida —le palmeó un hombro con afecto—. He estado en Bizancio y he hablado con el emperador Constante II: está a punto de partir hacia Roma con la idea de llevar allí la capital del imperio. Necesita a un hombre joven, leal, de gran cultura y que conozca bastantes lenguas. Formarás parte de su séquito, como su hombre de confianza. Es un buen jefe y os llevaréis bien, ya lo verás…

Ananías vertió en dos jarras la leche cuajada que quedaba en el jarro. Bebió mientras lo observaba con ojos penetrantes. Después, se abrazaron.

—Hace una noche clara, Ananías, y hay luna. Prefiero partir de inmediato. No te arriesgues demasiado.

—Adiós, Aser. Sé prudente tú también. Que tu corazón pueda

reconocer la sinceridad y la lealtad.

El joven introdujo los dos manuscritos en la bolsa de piel oscura y la cerró con la hebilla de bronce con motivos dorados.

Ananías estaba en lo cierto: Constante II y Aser no tardaron en congeniar. El emperador se mostraba despótico y prepotente con todos, salvo con Aser, a quien pronto dio muestras de su simpatía.

Estaba harto de verse rodeado de personas ineptas, incultas, serviles y traidoras. No soportaba a los sacerdotes y mucho menos a los monjes.

—¿Sabes cuántos hay sólo en Bizancio? ¡Diez o quince mil! Quince mil monjes que no trabajan. Están por todas partes, corrompen todo y a todos, hacen creer al pueblo que una astilla de madera podrida, que a saber de dónde la habrán sacado, es la Cruz de Cristo y, por lo tanto, necesitan muchas perlas y piedras preciosas para adornarla. Que un cráneo encontrado en un muladar es una reliquia del perro de Pedro y que, por ello, es preciso colmarlo de perlas y piedras preciosas para que aleje la peste de la ciudad. Que se debe frotar una pezuña de la burra, sobre la que Jesús entró en Jerusalén, contra el vientre de las mujeres que no pueden tener hijos. Y, de este modo, ¡milagro! Nueve meses después nacerá el niño. Pero, claro, sólo pueden frotarla ellos y deben quedarse a solas con la interesada. Les encanta pleitear, emborracharse y meterse en camas ajenas, incluidas las de la corte. No en vano, han frotado su uña a muchas cortesanas y emperatrices. Y, como si no bastase, han terminado por pelearse entre ellos, creando un ambiente de luchas, conjuras, litigios y depravaciones. Y ten cuidado con los calcedonios, que afirman la naturaleza humana y divina de Cristo, o con sus rivales, los severos monofisitas. No te olvides del monoergismo o el monotelismo, ni del Verbo encarnado sí o el Verbo encarnado no, del peligro de caer en el nestorianismo, de la doctrina de la única voluntad ni de la energía hipostática de los monofisitas nestorianos. Una energía. Dos energías. Verbo encarnado, sí. Verbo encarnado, no. Sergio, Sofronio, Honorio I, Severino, Juan IV, Teodoro I… ¡Basta! ¡Se acabó! He intentado, decretando el *Tipo*, acabar con esta historia de las dos voluntades de Cristo y, por ello, los sacerdotes de tu tierra han condenado el decreto, mientras el papa Martín se enfurecía y el patriarca me excomulgaba. Intenté que lo matasen, pero en Roma estaban al tanto y se inventaron una historieta salpicada con no sé qué prodigio. Pero, la segunda vez, lo conseguí. Hice que lo prendiesen y lo confinasen en el Quersoneso, donde murió de hambre. ¡Y me acusaron de no haberle enviado un buen cocinero!

»Mi buen armenio, ¡vaya vida de perro la de un emperador! Estoy cansado, odio a esta gente y soy bien correspondido. Los árabes me dan miedo, también es cierto. Por eso ha llegado la hora de abandonar Oriente. Vamos, Aser, vamos a devolver la capital a su lugar. Vamos a restaurar el gran imperio de Occidente. Necesitamos sangre joven, gente capaz. Sobre todo, hombres que no tengan muchas simpatías por los monjes y los curas. ¡Hombres como nosotros!

Aquel día Aser se encontraba en Acque Salvie para rezar en el lugar donde san Pablo fue martirizado. Se detuvo a charlar un rato con los monjes armenios.

Estaba a punto de terminar el mes de julio de 663. Ya estaban a 22. El calor en Roma era agobiante. Por las cloacas ascendía un hedor horrible. Enormes ratas entraban y salían tranquilamente. En Armenia también hacía calor en verano, pero era seco, muy distinto. El emperador había partido hacia Sicilia por unos pocos días y pronto volverían a encontrarse. Sus esperanzas en Roma habían desaparecido. No había ocurrido nada.

Aser estaba esperando la llegada del docto prelado romano sentado sobre las escaleras de San Pedro Apóstol en Vincoli, en el monte Oppio. Pensaba en el viaje, en la niebla de Bizancio, en Táranto, donde habían desembarcado. Después vino el asedio de Benevento. Y allí ocurrió algo que le estremeció.

Mientras era sitiada la ciudad, Constante II, al aproximarse el rey Grimaldo, había enviado una embajada a las filas enemigas para establecer un acuerdo con el duque Romualdo. Aser formaba parte de la legación imperial. Mientras los legados bizantinos discutían, se fijó en la mirada del hombre sentado al lado del duque, el conde Trasmondo de Capua.

Jamás había visto unos ojos como aquéllos: verdes, fríos, inhumanos. Ojos que sostenían la mirada sin apenas moverse. Ni siquiera se ocultaban tras los párpados. Sus labios eran finos, secos. Sintió que lo invadía un malestar desconocido: intentó mantener la mirada, pero no lo consiguió. Debió ceder: los fríos ojos continuaban fijándose en él, sin emoción, sin vida.

Tras la llegada del rey Grimaldo, el emperador bizantino fue derrotado y huyó. Finalmente, Roma. El senado y el pueblo romanos lo recibieron con gran pompa. Almorzó con el papa Vitaliano en el oratorio de San Juan de Letrán. Constante II se dispuso a llevarse las estatuas de la ciudad. Incluso mandó quitar las tejas doradas que recubrían el techo y la cúpula del Panteón. Intentó que perdonasen sus

saqueos ofreciendo donativos a las iglesias. El más importante fue el mosaico de san Sebastián, que entregó a la iglesia de San Pedro Apóstol en Vincoli. Recordaba las carcajadas del emperador durante el viaje a Roma, cuando lo evocaba:

—Verás, Aser. Permanecerá aquí en los siglos futuros como una típica obra de arte bizantino. Y probablemente nadie imaginará que la ha hecho un romano.

Aser no hacía más que comparar el esplendor de Bizancio con la pobreza material e intelectual de Roma. Y pensaba en Ananías. ¿Aquél era el Occidente que debía heredar el saber de Oriente? A medida que pasaban los días, las dudas lo asaltaban.

—La decepción y la duda se reflejan en tu rostro, hermano Aser. Te habías hecho demasiadas ilusiones con este viaje, ¿verdad?

Aser no dijo nada. Ni siquiera advirtió la llegada de aquel hombre, tan absorto estaba en sus pensamientos. Se levantó para saludarlo fraternalmente.

—Sí, mi buen amigo, no puedo ocultar la verdad. Pero he tenido la ocasión de conocer Roma y a vos. Sólo con esto me considero satisfecho.

Los ojos negros del recién llegado adoptaron una expresión amigable.

—Hermano Aser, unes un gran intelecto a un gran corazón. Y te lo agradezco. Pero mi mente es libre, mi ánimo desconoce la soberbia y sé reconocer mis limitaciones. Poseo una erudición elemental, mientras que la tuya linda con la genialidad. Me daré por satisfecho si al menos pudiese mostrarte algún manuscrito valioso, mas, como puedes ver, nuestra biblioteca es bien mísera. En Montecassino he podido comprobar que los libros son objetos de lujo, bien encuadernados y bellos de ver, pero pocos hay de ciencia. Esto es lo que ha dejado el gran Imperio Romano: escombros, ignorancia y miseria. ¿Querrías mostrarme cómo se ha realizado la imagen votiva de san Sebastián?

Entraron y se detuvieron para observar el mosaico. El calor asfixiante del verano no conseguía penetrar en la iglesia. Hacía fresco. Aser sintió un escalofrío: experimentó un malestar desconocido, semejante al que había vivido en Benevento cuando vio aquellos ojos verdes.

La vista del lago de Nemi compensó a Aser del cansancio del viaje y el

calor. La luz violenta del sol creaba reflejos purísimos sobre el espejo azul. Ya habían visitado la desembocadura del afluente que conducía al valle Aricina. Ahora se dirigían hacia el castillo. De vez en cuando se detenían para observar los montones de granates, los peñascos de lava, sílice y piedra pómez. Discutían sobre cuánta roca pudo llover, aunque, ya en época de Livio, el volcán se había extinguido.

—Hermano Aser, querría mostrarte ahora el lugar donde se dan esas explosiones subterráneas. También se han observado columnas de fuego que emergen de improviso. Si ocurriese en otro sitio, no dejaría de ser una curiosidad. Pero aquí, donde una vez hubo un volcán, es distinto. Me has comentado que, en tu tierra, fuiste a ver un fenómeno similar y descubriste su origen. Ahora podías buscar alguna semejanza.

—Cierto, nos encontraríamos con el mismo fenómeno —repuso Aser, mientras la incertidumbre afloraba en su rostro—. Pero creo que se produce durante el verano, cuando el calor es más intenso. Se trata, sin duda, de vapores y partículas sulfurosas subterráneas que se inflaman y producen los estallidos que habéis oído. Y no es casual que sean más frecuentes en pleno día que durante la noche, cuando el aire es más fresco.

Se acercaron a un trozo de tierra sin cultivar. Al lado de un cerezo, había un angosto agujero, en el terreno.

—¿Seríais capaz, hermano Aser, de entrar en esa cueva?

—Por supuesto, amigo mío. En el peor de los casos, será la morada del diablo y… ¡podremos ver al fin cuál es su verdadera cara!

—¿Quieres darme la bolsa para moverte con mayor comodidad? —preguntó el religioso al joven.

—No, se lo agradezco.

Y como si quisiera asegurarse de ello, apretó la hebilla de bronce con los dedos. Después, entró por el angosto agujero.

Luego el cielo se oscureció y lo engulleron las tinieblas.

La noche avanzaba. La luz violenta del sol fluctuó de improviso: un desgarro entre las nubes… No, un agujero en la tierra. Un fuerte dolor en la cabeza. El calor de la sangre en un oído… en una mejilla. Aser recuperó el conocimiento. Se encontraba cubierto de hojas secas, ramas y maleza. Tenía las manos atadas detrás de la espalda, y los pies también. Lo habían atado de pies y manos. Tuvo ganas de vomitar. El olor del azufre lo sofocaba.

El hombre se presentó en el agujero. En su rostro había desaparecido todo rasgo de lealtad o bondad: dos ojos negros, fríos como el hielo, observaban a Aser.

—En verdad, verás el rostro de Satanás.

Incluso su voz había cambiado: fría, sin entonación. Mostró al joven los dos manuscritos.

—Ingenioso, debo reconocerlo. A primera vista, no supe qué hacer con ellos. Pero debía de haber algo importante. No podía ser de otro modo, pues no te has separado de ellos ni un instante. Ahora he de examinarlos con atención, aunque ya he visto bastante: ideas e invenciones geniales. Demasiado geniales. Te debo al menos una explicación —tragó saliva; entreabrió los labios con una mueca—. Te proponías dividir, despedazar, repartir el poder entre el pueblo. Se trata de una revolución y morirás como un héroe revolucionario. El papa Gregorio Magno estaba consternado al ver qué había sido de Roma, que en sus tiempos era una guarida de leones dispuestos a conquistar el mundo. Y tenía razón. Si Roma se agarró a la navichuela de Pedro fue para no perder su imperio agonizante. Por eso nos vimos obligados a entregar a las llamas la biblioteca y la Escuela de Alejandría. San Agustín dijo estas precisas palabras: «Si los filósofos paganos han pronunciado en alguna ocasión verdades útiles a nuestra fe, sobre todo los platónicos, no hay por qué temerlas, aunque es preciso arrebatárselas a quienes las detentan ilegítimamente». ¿Lo entiendes ahora? Roma volverá a ser la guarida de leoncitos que partirán para conquistar el mundo. Pero no serán legionarios paganos, sino sacerdotes y obispos cristianos. Hay que vigilar, pues no siempre los jerarcas de nuestra Iglesia prestan atención a este objetivo. Uno de ellos es el buen Vitaliano. Pero no hay nada que temer. Serán pocos y a su lado siempre habrá hombres de confianza que no perderán de vista el objetivo final. Nuestra corte será la más esplendorosa y nunca más volveremos a mendigar un lugar de culto para glorificar la grandeza de Dios y de la Iglesia, tal como tuvimos que hacer con el Panteón. Nos hemos visto obligados a transformar un templo pagano y callar y aplaudir a tu emperador mientras expoliaba el tejado —alargó las manos y fijó su fría mirada sobre el rostro ensangrentado de Aser —. De manera simbólica, tomo estos manuscritos como un gesto sacro, del mismo modo en que los judíos llevaron desde Egipto los vasos de plata, oro y piedras preciosas con las que construyeron el tabernáculo. El fuego que consumirá tu cuerpo acabará también con el mundo de la investigación, el conocimiento, la duda creativa, la protesta, la rebelión y, en suma, la revolución. Será el triunfo de un sólo dios: el mío. El dios romano conquistará el orbe y, para que ello ocurra, las mentes de los hombres deben ser puras, libres, dispuestas a aceptar sólo a nuestros ángeles, a nuestros demonios, a nuestras esperanzas, tal como les indicaremos. El hombre no debe pensar, sino seguir a la grey. El mundo se convertirá en un inmenso rebaño de mansas almas

cristianas que nosotros, los sacerdotes, depositarios de la Verdad y de la Palabra de Dios, conduciremos a su salvación eterna —abrió aún más los ojos y los fijó en Aser de manera despiadada—. Por todo ello debes ser sacrificado. Nadie debe turbar a este espléndido pueblo, a esa mansa grey que trabaja al son de nuestras campanas. Debes ser sacrificado porque has optado por el Mal: has usado tu voluntad, has tomado decisiones sin tener en cuenta la guía de la Iglesia y, por supuesto, del mismo Dios. Tu emperador ha inmolado a mi papa, Martín, en el Quersoneso Táurico. Ha escogido el lugar más indicado, allí donde se honraba a Diana con la sangre de los extranjeros que se acercaban a aquellas tierras. ¿Sabes dónde nos encontramos ahora, verdad, Aser? Sobre los restos del templo de Diana. Como entonces, también hoy el forastero ha sido derrotado en su duelo con el sacerdote. Y así tomo posesión de estos textos de saber pagano, del bosque y del reino. Y no temas: también hemos pensado en tu emperador. Aser, el duelo que hemos entablado ha sido desigual, pero no había otra manera. Desde el principio ya se sabía quién vencería. Y así será. Por los siglos de los siglos. El saber y el poder recogidos en estos libros nunca hallarán la victoria mientras estén en nuestras manos.

Aser estaba aterrorizado no sólo por la idea de que había fracasado en su empresa y de que su muerte era inminente, sino también por el tono de voz seco y helado de aquel hombre y, sobre todo, por la frialdad de sus ojos.

Lo último que vio fue la hebilla de bronce con dibujos dorados.

El hombre prendió fuego a la oquedad. Las llamas, violentas, se extendieron por las hojas y el ramaje. Comenzó a oler a azufre.

Después, envolvieron el cuerpo del joven.

Las llamas me martirizaban. Aullaba. No podía hacer nada para acabar con aquel suplicio. Gritos desesperados ardían en mi garganta. En aquel infierno monstruoso, en medio del horror de la carne viva que ardía, se oía un lamento:

—¡Giordano, Giordano!

Hubo un estallido de desesperación y tormento. ¡Llamaban a otro hombre!

—¡Giordano…! ¡Giordano…!

Las llamas parecían vacilar; en mi oscuridad entró un poco de luz. La faz arrugada de un anciano, dos manos que me sacudían, una voz que continuaba llamando a Giordano. Al final, las lenguas de fuego se desvanecieron en mi mente.

—Por todos los diablos. ¿Qué pasa, viejo?

—¡Loado sea Dios! —dijo con el rostro desencajado y una mirada de espanto—. Por fin he podido librarte de semejante íncubo. Pero ¿qué diablos estabas soñando? Siempre he dicho que los números acabarían por enloquecerte. ¡Y mira! ¡Se está cumpliendo!

Me erguí un poco. En el camino sólo había cenizas. Aún hacía frío, pero estaba completamente sudado y jadeaba, asustado. Por la ventana se filtraban las primeras luces del alba. Estaba feliz de no haberme quemado, aunque no le conté nada al viejo. Girolamo salió a la nieve y volvió con un buen tronco y unas cuantas ramas. Atizó el fuego y puso a calentar una olla con vino tinto.

Capítulo III

Santo Domingo y la quema de los libros heréticos, Pedro Berruguete (1450-1504).

Se me habían dormido los brazos. Deslicé las manos por detrás de la nuca e hice crujir la paja del jergón. Esta vez Girolamo dejó de roncar y se volvió hacia mí. El alba de verano, que también había irrumpido en el interior de la cabaña, mostró una cara extrañamente tranquila, libre de cualquier rastro sombrío.

—Viejo, ahora por fin puedo desvelártelo. El mosaico de san Sebastián no fue donado en 1071, ni tampoco durante la gran peste de 600 y menos durante la de 680 —Girolamo me miraba confundido—. Fue una donación del emperador bizantino Constante II al papa Vitaliano durante su visita a Roma. Probablemente lo instaló en la basílica de San Pedro en Vincoli un joven armenio llamado Aser, discípulo del gran matemático armenio Ananías de Shirak.

Ahora Girolamo me observaba circunspecto. Sus arrugas se abrieron en una sonrisa.

—Y seguro que podrías decirme el día, el mes y el año en el que ocurrió este acontecimiento que cambió el curso de la historia.

—A finales de julio. El 22 del año 663, más o menos.

Al decirlo, me sentí un poco desconcertado. También el anciano se dio cuenta de la coincidencia.

—Es decir…

No dejé que prosiguiese:

—Ayer estábamos a 24 de julio, pero con la corrección del calendario de Albatenio, era el 22. El 22 de julio de hace cinco siglos.

En su rostro reseco afloró una expresión burlona:

—En estos últimos tiempos, has llevado una vida infernal: el castillo, el campo, los pergaminos… y el estudio. Primero las matemáticas y, ahora, ¡la física y la mecánica! Has tirado demasiado de la cuerda, hijo.

—Pero no, no tiene nada que ver con todo esto. Nada en absoluto —continué palpando nerviosamente el jergón con una mano temblorosa— y ni siquiera acierto a explicarte por qué te había ocultado el sueño. Creo que ha llegado el momento de contártelo. ¿Te acuerdas de aquella noche, hace ya tantos años? ¿Una tarde de

invierno en que sacaste de aquel tratado de filosofía todas aquellas hojas *extrañas*?

—¿Aquella en la que se te ocurrió la genial idea de cambiar un tratado de matemáticas por un brasero? —Gruñó secamente.

—Esa misma, viejo. Pero ahora escucha y procura tener cerrada tu bocaza —y le conté, a grandes rasgos, el delirio en el que me ensimismé tanto tiempo atrás.

Cuando terminé la narración, sólo su mirada parecía distanciarse un poco de su aspecto socarrón.

—Te has inventado todos esos nombres: Ananías de Shirak, ¡un armenio! ¡Pobre Armenia! —Y dilató las comisuras de sus ojos, apretando los labios y escupiendo al suelo.

Las palabras del viejo me habían impresionado. Casi todos aquellos nombres me eran desconocidos. Sí, los había leído en aquellas hojas arrancadas, aunque en ninguna otra parte había oído hablar de Ananías, Paulisa, Aryabhata o Brahmagupta. Girolamo tenía razón: ¿era posible que sus obras jamás llegaran en Occidente? Y, sin embargo, los colores, las sensaciones de aquel sueño, las montañas de Armenia, el puerto de Bizancio, los manuscritos…

—Viejo, aquellos apuntes que tomaste hace tantos años, ¿recuerdas? De donde aprendí los nuevos números, las nuevas cifras y el cero… Con los que comencé el libro que vendí al pisano: nunca has sabido decirme de qué libro los copiaste.

—Pienso que se trataba de uno de los textos guardados en aquel maldito armario en el segundo piso de la torre sarracena.

—¿No te suena un palimpsesto con el Antiguo Testamento, desde el primer *Libro de los Reyes* al segundo de los *Paralipómenos*?

Su rostro arrugado adoptó un aire ascético. Negó con la cabeza. Me sentí derrotado. Luego recordé: *Titus Maccius Plautus*…

—Tito Maccio Plauto.

—Plauto —los ojos del viejo se iluminaron—. ¡Sí! ¡Era un texto con muchas comedias de Plauto! Pero no era un palimpsesto. ¡En absoluto! El que tuve entre las manos era bastante reciente. Recuerdo la caligrafía: una carolingia menuda muy clara… Pero no era un palimpsesto, te lo aseguro. Encoladas al final… Sí, estaban cosidas al final del libro.

—¿Y a santo de qué, viejo, los apuntes de matemática, completamente revolucionarios, en lengua griega, se habían escrito en los márgenes de algunas comedias de Plauto escritas en latín?

Sus ojos, sanguíneos, se hicieron oblicuos y su mirada se dilató:

—Bah, ahora me acuerdo de que eso me llamó la atención también a mí, pero nunca he vuelto a tener la ocasión de echar un vistazo a

aquel armario con dos cerraduras. Siempre está cerrado y es robustísimo. Pensaba que lo utilizarían para guardar cálices de oro y preciosos relicarios. Tú, en cambio… ¿Tu cabeza sopesa la idea de que pueda albergar libros tan valiosos y peligrosos que no desean tenerlos en la biblioteca de la planta baja? ¿Insinúas que no se fían de nosotros aun creyendo que somos iletrados?

—Sí, viejo. Comienzo a pensar que pasa eso precisamente.

Girolamo se mesó los cabellos y frunció el ceño, y añadió más arrugas a las muchas que surcaban su reseco rostro.

—Tal vez tengas razón. He visto a los señores monjes ordenar, limpiar, encuadernar… Y siempre lo han hecho a solas. ¡Y sólo con los textos guardados en aquel armario! Sin embargo, todos los demás libros de la biblioteca están bajo nuestra custodia. No se puede negar que es algo extraño.

Nos miramos a la cara, atónitos. Fue Girolamo quien, en ese momento, me rogó que le explicase de nuevo todo mi sueño. También él quería ver claro a propósito de aquella frase.

—¿Qué frase, viejo?

—Ésa de «¿A qué viene tanto interés por esto, con la de cosas bellas que hay en esta basílica?».

Retomé la historia desde el principio. Esta vez sin omitir ningún detalle, desde el ocaso en las montañas de Armenia hasta el momento en que el sacerdote quema vivo al joven Aser.

—Viejo, tú conoces bien la historia. ¿Qué final tuvo el emperador Constante II?

—Desde Roma fue a Siracusa para establecer su sede, tras haber visto cómo se desvanecía su sueño de reformar el imperio. Cinco años después, siempre en el mes de julio, fue asesinado mientras tomaba un baño. Dicen que fue su chambelán, un tal Andrés, hijo de Troilo, quien le asestó un fuerte golpe en la cabeza. También se mencionó una conjura. No se sabe nada más, pues no se volvió a saber nada de ese Andrés.

No conseguía escapar del hielo de aquellos fríos ojos verdes que continuaban fijándose en Aser.

—Y dime, viejo, ¿quién era el conde Trasmondo de Capua? ¿Por qué Aser sintió tanto miedo? ¿Qué tiene que ver con toda esta historia de muerte, iglesias y papas?

—¡Malvado espíritu del Averno! Trasmondo… Trasmondo de Capua. Obtuvo el ducado de Spoleto en el año 663 de mano del rey de los longobardos, Grimaldo. El mismo año que ocurrieron los hechos que soñaste. Trasmondo, conde de Capua, el hombre de los fríos ojos verdes, era antepasado de Lotario de Conti, hijo a su vez de

Trasmondo, conde de Segni también. Hoy, el papa Inocencio III.

El aura de misterio comenzaba a diluirse en un sentimiento de opresión que no me abandonaba.

—Viejo, dentro de poco llegará aquí, a Nemi, al castillo, el papa que está a punto de obtener el dominio del mundo. Vale que se tratase de sólo un sueño. Vale que sólo seamos hombres de ciencia. Pero la visión fue debida sin duda, a las notas que tú mismo tomaste de aquel libro. Y ¿por qué hoy he vuelto a acordarme de todo? ¿Por qué precisamente hoy, después de tantos años? Girolamo, tengo vergüenza de decirte estas cosas, pero me encuentro muy mal, de veras, debes creerme. Tengo la sensación de que algo o alguien me indica un camino que debo recorrer. Una misión que he de cumplir. Bueno, ya te lo he dicho. ¡Ahora, ríete si quieres!

Acabé de ceñirme el viejo cinturón con la hebilla con dibujos dorados que había encontrado cerca de las ruinas del templo de Diana. Nos abrazamos.

—Giordano —me recomendó—, ¡nada de heroicidades! Desde hoy tu vida podrá ser aún más preciosa y, si el diablo quisiese meter la pezuña, acuérdate de que el emisario es la mejor escapatoria. Nadie tiene el coraje suficiente como para pasar. Adiós, hijo mío. Ahora ya sabes que tu mundo de números también necesita la ayuda del buen Dios.

—Adiós, Girolamo. Pase lo que pase, gracias. Me has enseñado muchas cosas, las más importantes. Y si no volviese, quema todos mis libros. Los llevo en mi mente. Adiós, viejo. Estoy seguro de que nos veremos en alguna parte.

—Cierto, hijo. Si no es aquí, tal vez sea en el Aqueronte. Pero ya verás cómo nos encontraremos en cualquier otro lugar. Que Dios te asista. E intenta contener la respiración cuanto puedas. El hedor de Lucifer es horrible.

Salí de la cabaña mientras el sol comenzaba a despuntar detrás del bosque sagrado.

Estaba quitando las últimas motas de polvo a los muebles de la salita redonda cuando, a lo lejos, se elevaron los gritos de Girolamo que pedía ayuda. Un poco después, otro grito. Bajé a la carrera de la torre mientras los monjes acudían corriendo a la salida del castillo: enfrente, unas llamas altísimas se alzaban por encima de una cabaña. El viejo había hecho un buen trabajo. Ayudé a los monjes y aproveché

la confusión para escabullirme hasta el segundo piso de la torre sarracena. Me costó mover el enorme mueble lleno de libros, pero logré esconderme detrás. Había una entrada en la pared y, más allá, una estrecha grieta por la que pasaba una corriente de aire. Hube de sudar para colocar de nuevo el mueble en su lugar. Debía permanecer encogido. Parecía la estatua de un santo en una pequeña hornacina. En la parte alta del mueble faltaba el panel posterior y, a través de una rendija que quedaba entre los libros, pude contemplar casi toda la sala. Poco después, los gritos y el alboroto que venían de abajo se atenuaron hasta desaparecer.

De pronto, caí en la cuenta del peligro, pero lo desterré de inmediato. ¡Nada de pensar! Había llegado el momento de actuar. No recuerdo cuánto tiempo pasó. Probablemente estábamos entre la hora tercia y la sexta. Había adoptado una postura muy incómoda, pero al menos el bochorno podía soportarse. La toba con la que se había construido la torre sarracena conseguía menguar casi todo el calor de julio.

Reconocí la voz grave y profunda del abad Rainiero. Al poco, oí otras dos. Una, potente y cavernosa; la otra, menos fuerte, aunque sonora y aguda. Cuando se sentaron, quedaron casi de frente al mueble en el que me había escondido. La luz que entraba por la pequeña ventana era más que suficiente y no encendieron velas. La voz cavernosa pertenecía a un hombre alto, de complexión robusta y cabellos rojizos, que hablaba mientras gesticulaba continuamente. Movía los ojos con nerviosismo. Daba la impresión de ser un hombre apasionado, fuerte, sin incertidumbres. A la izquierda de su boca, había una cicatriz grande, casi una cruz. Era el ministro general de la orden cisterciense. El abad de Cîteaux, Arnauld Amaury.

La voz aguda pertenecía a Inocencio III. De pequeña estatura, todo su cuerpo irradiaba orden y limpieza. Las manos blancas, sobre las que destacaba el rojo de un anillo enorme; la nariz, afilada y larga; las orejas, grandes; los labios, encarnados y muy finos. Y los ojos, claros. Los ojos que ya había visto en sueños. Sin emoción. Fríos.

Sobre la mesa ante la que se hallaban sentados había un cesto lleno de fruta.

Estaban hablando del viaje. Después Arnauld felicitó al abad Rainiero por el espléndido lugar y el buen aire que se respiraba en Nemi. Bromeó con la idea de que le cambiaría gustoso el puesto, pero el abad Rainiero, con una expresión de espanto en su rostro rollizo y los ojos lacrimosos, respondió que no habría sido ni digno ni capaz de dirigir seiscientas abadías. Entretanto, el papa comía una naranja. A continuación, inquirió a Arnauld por la reciente muerte del legado

Raúl. Arnauld contó brevemente lo ocurrido. Luego éste preguntó al pontífice por la vida en Roma y, cuando éste comenzó a responder, pensé que me había arriesgado para nada.

—Mi fiel Arnauld —dijo el papa mientras tomaba otra naranja—, el pueblo romano es el más difícil de cuantos conocemos. Al cabo de tantos siglos, no se resigna a la pérdida del imperio. Sus gentes son tremendamente ociosas y vanidosas, cuando no orgullosas. No hacen más que pedir *panem et circenses*, sin embargo, el pan ya de por sí les tendría que bastar. Con todo, no son más que ocho mil almas desdichadas. Por desgracia, mientras toda la cristiandad comienza a arrodillarse ante nuestra humilde persona como vicario de Cristo en la tierra, ellos a menudo siguen a hombres a nosotros hostiles, como el pariente rebelde de nuestro abad Rainiero Capocci aquí presente, ¡el Giovanni Capocci que está dando un dedo de la mano por injuriar a nuestra persona y diciendo que nuestra boca es de Dios mientras que nuestras obras son del diablo! Pero todo esto nos lleva a pensar en el insondable designio del Creador, que ha hecho nacer en una misma planta un fruto bueno y otro malo. ¿No es cierto, hermano Rainiero? Y así, mientras uno es devorado por la soberbia y nos combate, el otro, acepta humildemente la mayor de las cargas: escuchar la confesión del vicario de aquel cuyo reino no conoce límites —acabó de pelar el fruto y comenzó a desgajarlo lentamente—. Mi fiel Arnauld, justo cuando el pueblo romano nos concede una breve tregua, nos vemos asaltados por una gran variedad y cantidad de asuntos. Debemos pensar en el remedio para que la religión no decaiga, desde Islandia hasta las orillas del Éufrates y de Palestina hasta el reino de Escandinavia. Debemos enviar emisarios para lograr la paz entre los contendientes, expresar nuestro parecer sobre mil y un problemas, hacer justicia con los oprimidos, satisfacer las necesidades de templos y monasterios, y todo ello sin olvidar nunca que Tierra Santa no ha sido liberada y que debemos contribuir a la ayuda para los ejércitos cruzados. Asimismo, debemos afrontar varios procesos y a veces estamos tan sumidos en tales asuntos, que creemos que no conseguiremos cumplir con nuestro cometido. Apenas tenemos tiempo para respirar y, aun así, disponemos de algún instante para pensar en los asuntos del cielo. El deber nos impele a vivir por los demás, a dar consejo, asistencia y juicio, hablar al vulgo y al rey, proteger, reconciliar, avisar y castigar, de ahí que nos hayamos convertido en unos extraños para nosotros mismos. En estos tiempos de corrupción soportamos una carga tal, que el mero hecho de tener a nuestro lado vuestra Orden nos consuela y nos hace esperar que podamos absolver nuestro apostólico ministerio para el triunfo de Dios y la conservación y el engrandecimiento de Su

reino.

Terminó de comer la naranja y, tras volverse hacia el abad Rainiero, lo invitó a que refiriese sus impresiones sobre la herejía en Provenza y, sobre todo, en la región de Tolosa.

—Santo Padre, mucho os he contado ya en Viterbo, mas quiero completar ahora mi exposición con la esperanza de aportar también mi indigna contribución. Santidad, os lo aseguro: luchar contra el demonio es una tarea gravosa y no sólo para el alma, sino también para la carne. Hay que caminar siempre, detenerse, predicar, luchar, arrancar las almas condenadas a Satanás, resistir sus asechanzas y falsedades, proseguir… Deteniéndose para predicar una y otra vez. La herejía está tan difundida, Santidad, que a pesar de estar asistidos por la gracia de Dios, el recelo brota por doquier. Gran parte del pueblo se ha hundido en las nieblas de la herejía y se ha contagiado de la peste del alma, que sólo Dios puede curar. Las almas condenadas que, en el colmo de la soberbia, no hacen más que renovar los antiguos errores bajo mil diversas formas y osan llamarse cátaros, ¡o incluso puros!, no hacen más que afirmar que *Deus non fecit visibilia*, que el cuerpo y cuanto lo rodea no son más que obra del diablo y que, por lo tanto, no hacen más que maldecir todo, negar el bautismo diciendo que *baptismus aquæ nihil valet* así como la eucaristía, pues aseveran que *hostia sacrata non est corpus Christi*, y el matrimonio, del que afirman *matrimonium est peccatum, in matrimonium non est salus, est meretricium*, y que *morti non resurgent* porque la resurrección de la carne es mentira. Practican la usura, el robo y la rapiña, y el fruto de estos actos pecaminosos lo reparten con sus hijos. Nunca imploran el socorro de los santos o de la Virgen María. Rechazan la cruz. Jamás dan limosna a nadie. Son avarísimos y éstas y otras cosas poseen en común con los judíos —miró de reojo al hombre de cabellos rojos que lo observaba con socarronería—. Habiendo bebido de la boca de la antigua serpiente el veneno del error y siendo, para ellos, nuestro cuerpo una creación de Satanás y no de Dios, cualquier cosa les está permitida, practican todo tipo de comportamientos licenciosos, como tener relaciones carnales incluso con sus hermanas, madres, hijas o sobrinas. Se realizan siempre durante la noche para consagrar sus pecados a Satanás. Se asfixia a los enfermos con la sacrílega intención de convertirlos en mártires y, como muestra del rechazo a este mundo, practican la endura para morir desangrados. Su mundo está regido por la muerte y la crueldad. Y, junto a todo esto, cabe añadir otros hechos repugnantes: sus superiores, los *boni homines*, no van nunca solos, sino en pareja, y no se dejan nunca, manteniendo intercambios carnales entre ellos. Incurren en otros errores como la bendición y la partición

del pan, que practican cada día, repartiéndolo entre todos, incluso a los asesinos, ladrones y libertinos. Pero son tantos y tales los vicios y desviaciones que he pensado en recogerlos todos en un texto y, con vuestro permiso, Santo Padre, me he decidido a compilar esta obra. Nadie sabe si es posible devolverlos a la fe, pero el abad Arnauld es testigo de que el veneno que han bebido es demasiado fuerte y, salvo rarísimas excepciones, nuestra labor de predicadores ha sido vana. Con la amargura en el corazón por haber fracasado en una misión del vicario de Cristo sobre la tierra y con el dolor de no haber reconducido bajo Su atención tantas almas que han querido condenarse, he de poneros en guardia de otro peligro. Los cátaros no enseñan sólo muerte y crueldad. También predican vuestro fin, Santidad. Dicen que san Pedro nunca fue papa de Roma, predican que la misa es una invención nuestra y no una institución divina. Afirman, y es gran blasfemia, que el fundador de esta Iglesia no fue Nuestro Señor Jesucristo, sino el papa Silvestre. Perdonadme, Santo Padre, por cuanto voy a decir, pero ellos, las verdaderas criaturas de Satanás, dicen que Vos, Santidad, sois Lucifer y que nuestra Iglesia es indigna del nombre que lleva porque se abandona al lujo y la molicie, que es obra del diablo, cueva de ladrones y meretriz del Apocalipsis. Y quieren abatirla para convertirse en los únicos portadores de la verdad. Perdonadme, Santidad, pero esas almas condenadas no bromean y temo que sean los diablos que el Anticristo ha enviado a la tierra para preparar su camino. No los comparéis con los de Orvieto y de Viterbo: los cátaros de Provenza o del país de Tolosa, o albigenses, como les gusta llamarse, son mucho más peligrosos. Son de otra raza, Santidad. No llevan en la sangre las enseñanzas cristianas que derivan directamente de Pedro. Perdonadme, hermano Arnauld… No os ofendáis por ello. Vos ya no sois provenzal: pertenecéis a otro reino. El más glorioso: ¡la Santa Iglesia!

Mientras oía aquella jeremiada que parecía no terminar nunca, el rostro sombrío del abad Arnauld Amaury mudó su expresión socarrona por otra de fastidio. El papa, que había seguido la invectiva con atención, sin mover una ceja, miraba fijamente los ojos negros del abad Rainiero, como si quisiera leer en ellos. No respondió de inmediato. Al cabo de unos instantes, con voz débil, aunque muy clara, replicó:

—Rainiero, nada hemos de perdonaros: vuestra relación ha sido precisa y exhaustiva. Proseguid vuestra labor a nuestro lado, pues el mundo es grande y todos los pueblos necesitan de nuestra guía.

Aunque el hermano Raoul nos ha dejado, que Dios lo tenga en Su gloria, en Provenza contamos aún con el hermano Pierre de Castelnau y el hermano Arnauld, aquí presente. Veréis cómo Dios nos iluminará para confundir al Mal. Por otra parte, debemos seguir sus designios. Así como el pájaro ha nacido para volar, el hombre lo ha hecho para sufrir y, al mismo tiempo, combatir el Mal y el poder de las tinieblas. Hermano Rainiero, ahora deseamos suplicarle tres cosas. Nadie tiene conocimiento de nuestra venida ni del fiel Arnauld aquí, en Nemi. Todos creen que me encuentro en Montefiascone. Y nadie sabe de la visita del hermano Arnauld en Viterbo ni en Orvieto. El apoyo de la orden cisterciense es indispensable para sostener el peso del ministerio pastoral y este encuentro debe permanecer en secreto. Por eso os rogamos, y a vos también, hermano Arnauld, de no tomar ninguna nota. Considerémonos afortunados por no tener entre nosotros a ningún abad de Andrés, ¡pues habría anotado cuántas naranjas habríamos engullido durante nuestro discurso! Finalmente, desearía rogaros que me dejaseis a solas con el hermano Arnauld.

El abad Rainiero se levantó, besó la mano al pontífice y estaba a punto de retirarse cuando pareció acordarse de algo:

—Disculpad, Santidad. Habíais dicho tres cosas…

—Comenzad a preparar una buena comida para el hermano Arnauld, pues deberá tomar un camino mucho más largo.

Una vez hubo salido el abad Rainiero, la expresión de los rostros de los dos hombres se hizo más cordial.

—¡Arnauld! Quién lo hubiera dicho. Hace unos meses vi a Esteban con motivo de su consagración como arzobispo de Canterbury y hoy me encuentro contigo. Estoy muy feliz. Cuánto tiempo y qué triste es comunicarse contigo sólo a través de la fría correspondencia oficial. Además, no se puede tener todo. Hay que renunciar a algo. Y yo he tenido que sacrificar la amistad.

—Santidad…

—Nada de Santidad, ahora que estamos a solas. Soy Lotario, en recuerdo de nuestra juventud y a tenor de lo que hemos de decirnos.

—De acuerdo, Lotario… Lotario el Grande, como todos te llamábamos. Pasamos años espléndidos en París, si bien parecías estar más atraído por Esteban o Roberto que por mí.

—Todo lo contrario: eras tú quien preferías ir de tabernas por la noche que estar con tus amigos, quienes pasaban las tardes estudiando.

Arnauld le lanzó una mirada cordial:

—Lotario el Grande… Un día dijiste que tendrías a tus pies príncipes, reyes y emperadores. ¡Y lo has conseguido!

—No soy más que el indigno representante de a Quien pertenece la Tierra y todo cuanto ésta contiene, incluidos quienes la habitamos. ¿Qué te propones? ¿Recuperar lo que pertenecía a tus abuelos, el ducado de Narbona? También yo, como puedes ver, no olvido nuestros sueños de juventud. Has escogido la vía del Señor y por eso deberías olvidarte de tales propósitos. Pero has escogido el mejor camino y aniquilarás la serpiente de la herejía en la noble tierra cristiana de Provenza, aplastarás los escorpiones que hieren con los aguijones de la seducción, destruirás las langostas que se ocultan en el polvo y se mueven con gran estruendo. Abatirás, en suma, el caballo negro del Apocalipsis que monta Satanás con una balanza en la mano.

—Lotario… Hay poco tiempo y muchos asuntos que tratar y decidir. Estamos solos. Nadie nos oye. Bueno, claro, salvo Dios. Pero debemos ser extremadamente sinceros porque de nuestra conversación depende el futuro de todo el reino y también el mío. Estás de acuerdo, ¿verdad? ¿O quieres escuchar otra letanía como la de tu confesor, el eruditísimo abad? No creo que sean éstos los proyectos que tienes para mí, cuando me mandaste buscar, ya hace nueve años, a Poblet, en tierras de España. A decir verdad, te debo que en tan poco tiempo haya ascendido hasta la cima de la orden. Cuando intento predicar tan sólo aúllo, algo de lo que no estoy orgulloso, pero mi visión política es nítida. Si dependiese de mí no tardaría en pasarlos por las armas… mientras que tú piensas en el juicio de la Historia, de ahí que puedas disponer de mí a voluntad. Hemos predicado, hemos guardado las apariencias, pero, ahora, ¿quieres que te hable con franqueza o me lleno la boca con citas bíblicas?

El papa quedó asombrado ante tal atrevimiento, pero se recuperó de inmediato:

—No, Arnauld. Seamos breves. Comienza por donde quieras, pero quiero la verdad.

Arnauld comenzó a hablar haciendo un esfuerzo por modular las palabras con su voz cavernosa:

—«El hombre ha sido puesto entre dos potestades: el espíritu y la carne. El cuerpo corruptible domina al alma hasta el punto de que ésta a duras penas puede mantenerse pura mientras habita en la carne». Si en Tolosa alguien pronuncia en público una frase como ésta, se lo considera de inmediato un hereje. Si no se arrepiente o abjura de ella, se lo manda a la hoguera para ser quemado vivo. Pero nadie se ha atrevido de acusar al papa Inocencio III de herejía, ni mucho menos se ha propuesto condenarlo o enviarlo al fuego… aun siendo el autor de estas palabras, escritas hace cinco años en una carta al rey Juan de Inglaterra a causa de su enlace ilegítimo con Isabel.

—No entiendo adónde quieres llegar —repuso el papa mientras se esforzaba por mantener la calma. Después, hizo un ademán para invitarlo a proseguir.

—Sabes perfectamente adonde voy, pero, como buen jurista, prefiero profundizar más. Ahora analizaremos todo escrupulosamente, teniendo en cuenta que las personas a las que has decidido condenar no tienen escapatoria porque tú representas la verdad y la ley.

—No es cierto. Sólo hay una ley, la de Dios, y una verdad, la de las Santas Escrituras —en sus fríos ojos no se apreciaba ninguna emoción.

—No, Lotario. Los cátaros aceptan también el Nuevo Testamento y la palabra de Cristo. La cuestión es muy distinta. Se ha difundido el rumor de que los judíos sacrifican niños cristianos en sus ritos religiosos. Los judíos mataron a Cristo y, por ello, se han convertido en enemigos de la Iglesia. Los judíos, al igual que los moros, son los traductores de los textos griegos y desde España están difundiendo el saber pagano por toda Europa: la ciencia, las matemáticas, la astronomía… hasta el punto de que está mudando el rostro de la teología en París. Están introduciendo a Aristóteles en la cristiandad. Presionan a Occidente para que contraponga la fuerza de la razón de los griegos al poder de la fe y, por lo tanto, de la Iglesia. Por eso los judíos deben ser eliminados con nuestra bendición. Y no me digas que estoy equivocado. De lo contrario tú, hoy mismo, deberías promulgar un edicto en el que obligases a todos los obispos de la cristiandad a arrojar luz sobre este hecho. Que se instruyan verdaderos procesos con jueces y testigos. Al final podremos saber si los judíos matan niños cristianos. Pero ni tú ni tus predecesores, ni tú ni los que te seguirán haréis algo así —intentó aclararse la voz, aunque sin éxito—. ¿Deseas hablar de otras acusaciones? ¿Como la que se hacía contra los primeros cristianos que se reunían en las catacumbas… por realizar ritos orgiásticos? Sabes cuán falsa es. Conoces de sobra lo que hacían: oraban. Y debían hacerlo a escondidas, pues de lo contrario se los arrojaba a los leones o se los quemaba vivos. Los cátaros se ven obligados a hacer lo mismo, sólo que, por lo menos, no deben enfrentarse a las fieras, aunque siempre tienen reservado el fuego. ¿O tal vez hemos de condenar a san Agustín, quien, en su juventud, en el fervor de su misticismo y amor por Dios, se comportaba como un cátaro de nuestros días? ¿Hemos de sacarlo de la lista de santos porque había creído en el Dios de la Luz y el Dios de las Tinieblas? Lotario, los cátaros no hacen más que tomar conciencia de la esclavitud del hombre a manos de las fuerzas del Mal, de ahí su desesperación. Si relees tu *Tratado de la miseria del hombre*, te darás cuenta de que, en verdad, puede ser considerado un texto herético y

que los cátaros podrían adoptarlo, siempre y cuando ignorasen a su autor, como su nuevo Evangelio, pues puede considerarse una verdadera obra maestra del desprecio del mundo, donde todo es miseria y corrupción, donde se desprecia el saber, la belleza y la gloria, así como la concepción, el nacimiento, la vida y la muerte. ¡Es una auténtica apología del catarismo! Para ti la Tierra es un exilio de fango y corrupción. Éstos eran tus pensamientos. Así eras tú cuando estudiábamos en París. Así era el cardenal Lotario de Conti antes de sentarse en el trono de Pedro —intentó aclararse la voz de nuevo—. Lotario, los cátaros tan sólo desean restablecer el cristianismo primitivo y establecer una regla, un modelo para toda la cristiandad. Este mundo, esta realidad, es para ellos un producto del Mal. Un Mal que nadie puede vencer o apaciguar porque nosotros, los ministros de la Iglesia, pensamos en otras cosas antes que en la salvación de las almas, obsesionados como estamos por la vida política, los negocios, las conquistas, el lujo o las riquezas.

El rostro del papa adoptó un gesto severo.

—Lamento, Arnauld, que la forma más grave de la herejía se haya desarrollado en tu propia tierra pero, a juzgar por tus explicaciones, creo que la corrupción de los ministros de Dios, en Provenza y el país de los albigenses, no tiene parangón. Rezo por que hayas olvidado tus correrías de juventud por las tabernas. Por mi parte, he hecho cuanto estaba en mi mano por reformar las costumbres de la cristiandad. En Roma, al menos, lo he conseguido.

El rostro de Arnauld adoptó un aire burlón. Con calma, su voz cavernosa tronó en la pequeña sala circular mientras sus largos dedos se apresuraban a subrayar una larga enumeración.

—Has podido beneficiarte de tu parentesco con el cardenal Giovanni Conti. Estás construyendo un pequeño imperio para tu hermano Ricardo, invistiéndolo de autoridad, feudos y castillos… arrebatándolos a su legítimo propietario, el joven Federico.

—La Donación de Constantino adjudica la península a la Iglesia.

—La Donación de Constantino es falsa. Los dos lo sabemos. Además, tienes a tu hermano como tesorero y comandante en jefe para reprimir cualquier insurrección popular en Roma. Has llamado a tu tío, Ugolino Conti, para que administre la Iglesia y, si no me equivoco, has colocado a tu cuñado en Cori y, en la Marítima, al mariscal Giacomo Conti. De hecho, si tu pontificado dura mucho, y así lo espero, la Península Itálica pasará a llamarse Conti.

—Todo esto no significa que mi administración sea mala o corrupta. Necesito rodearme de personas de absoluta confianza.

—Y me parece bien. Es cierto que has moralizado las costumbres

de la Curia, incluso en lo que respecta a la manera de comer y de vestir, así debo reconocerlo. Pero también tienes tus debilidades. De acuerdo, cuando yo era joven tenía muchas… dejémoslo aquí. ¿Cómo predicabas? «Los tres vicios capitales son la sensualidad, la concupiscencia y la ambición».

—Lo decía y lo repito. Todo depende del propósito de combatirlos y vencerlos.

—No te lo discuto. Pero, cuando éramos jóvenes, en París, la sensualidad lo dominaba todo… y a todos. Salvo a aquel santo hombre, Juan de Mata, quien evitaba nuestra compañía, quizá para huir de las tentaciones. No en vano, ha sido el único que ha fundado, con su orden de los Trinitarios, algo verdaderamente puro y cristiano.

—¿Qué dices, Arnauld? Sabes bien cuáles eran mis únicas debilidades…

—Es verdad: las naranjas y la caridad. Y me parece que lo siguen siendo. Sin embargo, mientras las naranjas te granjearán, como mucho, una indisposición, la otra es, cuanto menos, poco edificante. Así era en París… y así lo es en Roma. Acoges continuamente a jovencitos en tus aposentos cada sábado después de comer. Y, hoy como entonces, lavas los pies a esos desdichados, después se los besas… y ordenas que se quede alguno contigo. Luego das a cada uno una moneda de plata para que, por efecto de la limosna, Dios te perdone la mácula del pecado y la suciedad del vicio.

La voz cavernosa de Arnauld se extinguió. El papa lo miraba sin decir nada: se palpaba la tensión en el ambiente. Su mano blanca hizo un gesto y el hombre alto y fornido continuó:

—Lotario, debo hablarte en estos términos. Sé perfectamente que no permites a nadie que se te dirija así, pero creo que un ligero baño de humildad es bueno incluso para ti, sobre todo en un momento en que el peligro que se cierne es grave. ¡Ay si nos dejamos sorprender sumidos en nuestra habitual molicie! Lotario, los dos nos conocemos bien. Sabemos perfectamente qué camino hemos seguido para llegar aquí y cuáles son las metas que nos hemos fijado. Has soñado con dominar el mundo y que reyes y emperadores besen tus pies. Y lo estás consiguiendo. Yo, de manera mucho más sencilla, me muevo para recuperar la posesión de Narbona. Pero si no extirpamos antes a los herejes, no habrá manera de cumplir nuestros planes.

—La predicación ha fallado, tal como se preveía. ¿Es esto lo que vas a decirme?

—Sí, Lotario. Se trataba de un arma con la que no había ninguna posibilidad de vencer a los cátaros. A aquellas gentes no se las puede convencer con palabras al estilo de Pierre o Domingo de Guzmán. Su

fe está tan acendrada en sus corazones que están dispuestos a morir por ella. He obedecido escrupulosamente todas tus órdenes; he organizado prédicas a gran escala, encabezadas por Domingo, que es una verdadera furia. Por desgracia, sólo valgo para coordinar y mandar, como tú. Aunque yo me dedico a tareas más modestas que las tuyas. La prédica no es nuestro fuerte: las tuyas son una exhibición de cultura bíblica pero no llegan al corazón porque en ellas no hay el menor atisbo de sentimiento. En cambio, cuando habla un *perfecto* cátaro, notas bullir algo dentro de ti, te sientes indefenso y, si te queda un poco de humanidad, no puedes hacer otra cosa que ofrecer tu alma a Cristo. Y si no vuelves la espalda, no hay salvación posible. Te encuentras en la otra parte, presto para luchar, amar, sufrir y morir con ellos.

El vozarrón de aquel hombre se apagó con una especie de estertor.

—Arnauld, por tu manera de hablar, intuyo que has asistido a sus predicaciones.

—Debía hacerlo. Había de escucharlas con mis propios oídos. De todos modos, me retiré a tiempo para preservar mi voluntad de caudillo que, junto con la tuya, tomará hoy la decisión de eliminar a aquella gente. Jamás has creído en la posibilidad de que la predicación haga volver al rebaño a las ovejas descarriadas. Desde el principio pensaste en la cruzada. Condes, barones y caballeros están preparados. Los bárbaros del norte esperan tu señal para descender hacia el sur y dar una lección a «esos presuntuosos provenzales».

—Y en cambio el pueblo provenzal es culto, educado y refinado…

—No te quepa duda. Es una lástima que se haya dejado infectar por esa plaga de la herejía.

—Mi fiel Arnauld, quien se tizna, con la brea queda empegado. La serpiente de la herejía maniquea y dualista nace y se propaga sobre todo allá donde más fuerte es el rechazo hacia cualquier forma de saludable autoridad. Fíjate en los paulicianos de Armenia, surgidos del resentimiento contra los conquistadores sarracenos y bizantinos. Los bogumilos aparecieron a raíz de la repulsa de los siervos hacia la soberanía del zar Pedro. Y ahora los cátaros de Provenza… En cualquier parte han implicado a las gentes de esos países en la reivindicación de presuntos derechos y propiedades. De acuerdo con el gran plan que preparo, he de analizar y tener en cuenta estos hechos, pues no pueden deberse a una mera coincidencia. Háblame cuanto antes de Felipe Augusto. ¿Podremos contar con su apoyo?

—Es un rey iletrado, pero no tonto. No se opondrá a nadie que tome las armas contra los «presuntuosos provenzales».

—Contra la peste de la herejía… Arnauld, antes de desenvainar la

espada definitivamente, tengo que saber todo sobre estos herejes del país de los albigenses.

Un leve espasmo sacudió la cicatriz en el lado izquierdo de su boca, produciendo una mueca mientras la voz cavernosa volvía a tronar:

—El catarismo provenzal es el más riguroso. La gran diferencia está en que si estuviese localizado, por ejemplo, en Orvieto o Viterbo, podría controlarse y extirparse con facilidad. Sin embargo, toda la Provenza y el país de los albigenses están infestados, tanto los campos como las ciudades.

—También todo el septentrión de nuestra península está prácticamente gangrenado. Pero te ruego otra cosa más: en vista de que nunca hemos podido hacerles mella, ¿estás seguro de que el fracaso de nuestras prédicas se debe a su testarudez y no a nuestro poco celo? Arnauld, ¿qué hacen los cátaros realmente?

—Antes de nada, permíteme que rompa una lanza en favor de Pierre, Domingo y todos los demás. Tu imperio ya es muy grande y se hará inmenso. Pero para ello hacen falta gentes como nosotros. Hemos predicado la salvación hasta obsesionarlos con ella. Hemos transformado el miedo al infierno en verdadero terror con la esperanza de que el pueblo se volviese hacia nosotros, únicos depositarios, jueces y mediadores para obtenerla. Pero los «presuntuosos provenzales» han adquirido plena conciencia de sí mismos. Poseen una lengua de la que se sienten orgullosos, son tolerantes y admiran el comportamiento y la palabra de los *perfectos*. No hemos fracasado, Lotario; más bien no podíamos vencerles nunca. Se ha intentado todo para desacreditar a los *boni homines* y manchar su imagen severa, presentándolos como hipócritas, amorales y corruptos. Pero ellos, con su ejemplo, desmienten nuestras palabras. ¿Qué quieres que hagamos? Y por si fuera poco, practican la caridad hacia los hermanos que se hacen llamar *cristianos*, pues su estricta observancia es una muestra de amor hacia su dios del Bien y de la Luz.

—Ésos son los *perfectos*, los *boni homines*… Los ministros, los predicadores, pero ¿y el pueblo? ¡No me vengas con la historia de que es Provenza! Sus gentes serán poco menos ignorantes que las del norte. ¡Esos pueblos no pueden hacer otra cosa que seguirnos! Los más simples y humildes siempre se dejan embaucar por los heresiarcas y sus jeremiadas y no por sus doctrinas. En el fondo no saben nada que ataña a la ortodoxia cristiana. ¿Qué quieres que sepan sobre el dualismo?

—Ese pueblo inculto, humilde y simple… es muy parecido al que

seguía a Cristo.

—¡No blasfemes!

—No. Sólo soy un jefe militar que sabe que deberá tomar ciertas decisiones sin vacilar. El problema es que ahora no hay más tiempo para combatir la herejía. Se ha extendido por todos los estamentos, incluso los más altos. Nobles más asqueados que su pueblo ante los impuestos y la avidez de nuestros ministros de Dios. Aunque no se convierten a su fe, toleran a los herejes e incluso los protegen. El pasado año recibió el *consolamentum*, su bautismo espiritual, la hermana del conde de Foix, Esclarmunda. Sea como fuere, se mantiene una herejía que ha arraigado sobre todo entre artesanos y campesinos asfixiados por nuestros impuestos, hartos de nuestra corrupción, deseosos de una Iglesia pura. Y la han encontrado en los *perfectos* cátaros, a los que siguen. No hay discriminación por sexo: Esclarmunda, al igual que otras mujeres, se ha convertido en *perfecta*. Sí, rechazan el juramento, el patíbulo, la horca o la hoguera; emplean un lenguaje sencillísimo; no necesitan lugares de culto ni *iglesias*; predican la comunidad de bienes tal como lo hicieron los primeros cristianos. Los *boni homines* son cultos, conocen las Santas Escrituras, se han convertido en verdaderos maestros, sobre todo en medicina, y ayudan a los enfermos. ¿Qué más quieres que te diga? Están en contra del matrimonio, es cierto, pero no se abandonan al comercio carnal más licencioso, sino todo lo contrario, porque no quieren incentivar la procreación de otros seres, pues creen que el experimento de la vida ha fallado.

Los ojos del papa no se habían separado ni por un momento del rostro de Arnauld. Con un débil tono de voz, replicó:

—El pueblo ha escogido sin recurrir a mi guía. La voluntad del hombre está corrompida, pues ha optado por la vía equivocada: *humano sensu electa*. Para la unidad de la Iglesia, el catarismo representa el mayor peligro que jamás haya existido. Tal vez Dios sea duro conmigo, pero acabará por perdonarme porque habré actuado sólo a su mayor gloria. El catarismo ha pasado a ser una revolución y la historia comprenderá mi respuesta, similar a la de reyes y emperadores que, *consilio et auxilio*, se han visto obligados a conservar el poder por el bien del pueblo, reprimiendo, siempre y allá donde la hubiere, cualquier insurgencia. La historia nunca me perdonaría, pero entenderá y apreciará mi firmeza. Ser proclive a la poesía, el amor y la libertad… es ser débil. Mi deber es guiar el fuego purificador de la justicia divina hacia aquellas gentes y plazas que primero abrieron las puertas a los poetas y, después, a los *perfectos* cátaros, poetas y herejes que han osado elevar a la dignidad del hombre a la mujer, verdadera

criatura de Satanás. Reconquistaré Tierra Santa, cazaré a los infieles de la España cristiana, separaré a los judíos de la cristiandad, apagaré los fuegos de la herejía, haré de Europa el feudo de Cristo y prepararé el terreno para que mis sucesores puedan someter el mundo entero al reino de Dios —humedeció con la lengua sus finos labios rojizos—. Dejaré a la historia este inmenso prado de iglesias blancas. Será cuanto se recordará de mí.

Arnauld había seguido aquella jaculatoria sin ninguna emoción.

—Lotario, la historia también recordará que has creado la Santa Inquisición. Y no podrás achacar el mérito tan sólo a tus predecesores. Revocaste el acuerdo que Federico Barbarroja firmó con Lucio III porque, a tu parecer, prescribía demasiadas penas. Demasiadas y poco eficaces. ¡Y sólo has dejado la confiscación de bienes y la hoguera! Después publicaste tu decretal *Vergentis in senium*, que incitó al obispo de Orvieto y al pretor Pietro Parenzo a extirpar la herejía de aquella ciudad. Por lo que he podido saber, dado que en Orvieto los bienes inmobiliarios confiscados a los herejes pasaron a disposición del ayuntamiento, el 27 del mes pasado, en tu bula para reprimir la herejía en Viterbo has perfeccionado las cosas y has establecido que los bienes confiscados a los herejes serán vendidos y sus beneficios divididos en tres partes: la primera servirá para la reconstrucción de las murallas de la ciudad; la segunda se destinará a la captura de nuevos herejes y la tercera irá a parar a la curia que emite la condena —su mirada torva pareció alegrarse—. Eres un gran jurista, Lotario. ¡Un gran político, un gran caudillo y un gran emperador! Pero como vicario de Cristo en la Tierra temo que no alcances la perfección.

—Un reino como el que concibo, ¡el reino de la fe!, para que pueda durar muchos siglos, está obligado a crear y desarrollar un mecanismo que sofoque los fuegos de la herejía.

Un silencio sepulcral se extendió por la pequeña sala circular. Por unos instantes sus miradas mostraron una cierta vacilación.

La voz de Arnauld alteró aquella quietud helada.

—Bien. Deja en nuestras manos la predicación y el fanatismo en las de Domingo de Guzmán. Entrega el mundo cristiano, ¡incluida Provenza!, a la fe de Juan de Mata y Félix de Valois, pues son los únicos que poseen una espiritualidad lo suficientemente alta como para enfrentarse a los cátaros. Su confianza en Dios contra el pesimismo de los herejes. La visión jubilosa contra el rechazo de la vida. Juan de Mata… o Domingo de Guzmán.

Hubo otro largo silencio. La voz límpida, aunque rabiosa, del papa irrumpió en la indecisión un tanto teatral que Arnauld había creado.

—Si no vencemos, la Iglesia, mi Iglesia, poderosa y universal,

desaparecerá. Tú y yo nos convertiremos en predicadores mendicantes y acabaremos por contentarnos con el rescate de un prisionero cristiano en manos sarracenas. No. Sería el fin.

—Quizá no sea más que *nuestro* fin, Lotario.

—Pero has visto lo que ocurrió dos siglos atrás cuando un error llevó a Roma, a la guía de la Iglesia, a vuestro humilde Gerberto de Aurillac, el papa Silvestre II. Prácticamente había perfeccionado el mecanismo perverso que calculaba el tiempo… Con agua. ¿Qué habría ocurrido si lo hubiese conseguido? Que cada país habría tenido su propio sistema de medición. Ninguna ciudad, ningún pueblo, necesitaría nuestras campanas, con las que se regulan las costumbres, la vida y la fe. Alrededor de Gerberto se apiñaban estudiantes que procedían de todas las partes de la cristiandad. A sus disputas y alocuciones acudían siempre multitudes considerables. Jamás se había visto un florecimiento intelectual y artístico como aquél. Había aprendido matemáticas con los infieles y había comenzado a difundir las cifras arábigas. Y Dios quiso que desconociese el cero. ¡No tenía conciencia de la enorme fuerza del conocimiento! Por eso se creó la leyenda que lo suponía un mago y un hereje. La Divina Providencia hizo que su pontificado durase apenas cuatro años, tras los cuales se dio un gran impulso a las obras litúrgicas con las que se apagó el fuego que había encendido de modo tan incauto.

Arnauld abrió los ojos:

—La que tú llamas Divina Providencia, en el caso de Silvestre II, fue Estefanía, cuya mano vertió el veneno, aunque creo que más vale no seguir por ahí. A ti te corresponde, Lotario, decidir y escoger si deseas que el futuro quede en manos de Juan de Mata o bien en las de Domingo de Guzmán. O la esperanza o la certeza. El amor o el terror. Nuestro fin o nuestro imperio. Las matemáticas o la teología.

—Sabes que los tiempos que nos toca vivir y la gravedad de las circunstancias no me permiten tomar otro camino. *Credere iubemur, discutere prohibemur*. Se nos ha mandado creer y prohibido discutir. No puedo conceder libertad alguna al pensamiento humano.

—Me hago cargo. Se trata de tu imperio. Y tuya será la decisión. Estoy preparado para colocarme a la cabeza de un ejército —su cicatriz volvió a agitarse.

El papa escuchaba sin expresar ninguna emoción. Sus ojos claros eran impenetrables. Apenas los movía, al igual que las pestañas. Su voz débil y clara rompió el silencio.

—Al sentarme en el trono de Pedro he recibido el poder de abatir, dispersar, destruir, eliminar, edificar y plantar, pero no puedo declarar una guerra y proclamar una cruzada sin que ocurra nada grave.

La voz cavernosa pareció consagrar aquella atmósfera tan grave lograda durante aquellos instantes de silencio sepulcral:

—Ocurrirá.

El papa cerró las manos y se acarició el grueso anillo con la piedra roja. Volvió a posar los dedos sobre los brazos del asiento. Pero no dijo nada.

La voz cavernosa continuó sin mostrar ningún viso de emoción:

—Lotario, las guerras siempre han necesitado mártires. Aunque se haya vertido mucha sangre inocente entre el bando adversario. Por ejemplo, hace unos treinta años, en Reims, el arzobispo de la ciudad y algunos clérigos paseaban por el campo. Uno de ellos, un tal Gervais Tilbury, vio a una bellísima joven, Rémoise, que estaba trabajando en la viña. El sacerdote se le acercó y, entre galanterías, comenzó a acariciarla, intentando tener comercio carnal allí mismo, entre los racimos de uva. La joven, atemorizada y sin apenas atreverse a mirarle a la cara, le respondió que no podía entregársele. «Si pierdo la virginidad —le dijo—, mi cuerpo estará tan corrompido que me precipitaré sin remedio hacia la condenación eterna». El clérigo, molesto al verse rechazado, la llevó a empellones ante el arzobispo. ¡La joven Rémoise actuaba como una hereje! ¡Sus palabras revelaban el veneno de la herejía! La doncella fue enviada a la hoguera y quemada viva mientras oraba a Dios.

La mirada del papa se volvió más sombría, aunque no tardó en desvanecerse gracias a la nitidez de su voz:

—A *su* Dios.

La voz sepulcral de Arnauld añadió, lacónica:

—Cierto. *Su* Dios.

—Mi fiel Arnauld, no tenemos otra opción.

—No, Lotario, ninguna. Como decía aquel pagano tan simpático, *simul fiare sorbereque haudfacile est*: no se puede beber y silbar a la vez.

El papa pareció acordarse de algo.

—¿Quién dijo eso?

—Titus Mauccius Plautus. Plauto. ¿Por qué?

—He recordado que debo hacerte otro encargo. ¿Llevas contigo las dos llaves del abad Rainiero?

Poco a poco me di cuenta del horror de sus palabras. En mi interior se había desencadenado un furor desconocido. Con el cuerpo completamente entumecido —se me había dormido el brazo—, no me atreví a hacer ni el más mínimo movimiento. Pero al mencionar a Plauto, se me avivó la mente. Me di cuenta de que estaban abriendo el

dichoso armario. El papa se volvió al hombre de cabellos rojos:

—Mira, Arnauld. Aquí se encuentra destilada toda la ciencia profana, el saber que puede poner en peligro el futuro de nuestro reino.

Sacó tres libros del armario.

—¿Es posible que sean tan importantes, Lotario? —tronó la voz cavernosa.

—Tus cátaros no valen nada en comparación. Aquí hay tanto de aquel saber, que podría cambiar el curso de la historia. Te los entrego para que los dejes personalmente en manos del hermano Elias.

—De acuerdo, aunque no siento mucha simpatía por él —dijo Arnauld mientras intentaba echar una ojeada a los textos—. Disculpa mi ignorancia pero, si son tan revolucionarios, ¿no sería mejor destruirlos?

El papa observó a Arnauld con una mirada cargada de conmiseración:

—Nunca hay que deshacerse de la ciencia. Debe ser estudiada, asimilada, conocida y celosamente conservada. También hay que acrecentarla, aunque sólo cuándo, cómo, dónde y a quien se lo indiquemos. Y sólo si permite conservar un reino tan inmenso. Por el bien de la humanidad. Por los siglos de los siglos.

—Amén —dijo Arnauld, mientras continuaba hurgando en los libros.

En vista de aquella curiosidad, el papa añadió:

—Se trata de tres textos en apariencia corrientes. ¿Ves? Cartas de un desconocido Teofilato Simocata… pero con algo al final. ¿Comprendes? Sí, está en griego y no puedes entenderlo. ¿Ves este otro? Comedias de Plauto. Pero fíjate, al final. Sí, estas páginas también están en griego. Y observa este otro. Siempre Plauto.

En aquel momento se oyó un ruido y, poco después, entró el abad Rainiero, que se dirigía hacia los dos para avisarles de que se había servido la comida. Al ver los libros, se dio ánimo:

—Disculpadme, Santidad. ¿Ha ocurrido algo? Yo mismo me encargué de esas páginas en griego hace años. Las extraje de aquel precioso palimpsesto del Antiguo Testamento y las coloqué en este otro manuscrito de Plauto, rescatado de la destrucción del museo del cardenal Orsini, tal como vos me sugeristeis, si bien éste es un poco más pequeño. El palimpsesto lo conservo en la biblioteca de San Anastasio, en Roma. Santidad…

El papa miró primero a Arnauld, quien —aún con la curiosidad reflejada en su rostro— no parecía querer inmiscuirse. Después, muy serio, se volvió hacia el abad alargándole un pequeño manuscrito que

había mantenido a su lado desde el comienzo de la conversación. El abad Rainiero lo tomó para examinarlo.

—Es un pequeño tratado de matemática… Sobre las nuevas cifras, creo. ¿Hay algo que no va bien, Santidad? No acierto a comprender…

—Pues deberíais. Ya que tenéis tanta amistad con el joven y valiente matemático pisano, aquel Leonardo, autor del *Liber abad*, un libro muy parecido a éste. Realmente, ¿no encontráis nada extraño en este texto?

—No, Santidad. *Mi pequeño ábaco* no es más que un librito de números…

—¿Y el autor? ¿Ni siquiera lo conocéis?

—Jordanus… Jordanus da Nemore —alzó la vista del manuscrito; su mirada era temerosa—. No, Santidad.

En aquel momento sentí que el corazón me estallaba. ¡Los poderes del infierno se rebelaban contra mí! Me pareció que la toba de la torre ya no podría refrenar el calor. La emoción y el miedo me inflamaban. Hacía esfuerzos por mantenerme en calma, pero temblaba.

El papa continuó:

—Hermano Rainiero: *Nemore* se refiere a Nemi. ¿Me equivoco? *Nemore, Nemus*, del Bosque Sacro. ¿Quién es Giordano del Bosque Sacro? ¿Quién es Giordano de Nemi? El análisis matemático de este libro procede con absoluta certeza de este texto de Plauto. ¿Como puede ser, si nadie lo ha abierto salvo vos? ¿Hay en Nemi alguien que se llame Giordano, que sea letrado y pueda haber accedido libremente a estos libros? Hermano Rainiero, sed sincero.

El abad había palidecido. Yo sudaba y temblaba.

—Sí, Santidad. Un joven lego que, en compañía del viejo Girolamo, vive aquí todo el año y colabora en las labores del castillo, trabaja en el campo, prepara pergaminos, carda la lana… Se llama Giordano. Pero ambos son analfabetos y apenas hablan la lengua del vulgo. No puede ser él, Santidad, ¡no puede!

—Pero este libro de Giordano del Bosque Sacro, o de Nemi, como quiera llamarse… Este precioso y raro *Pequeño ábaco* no fue adquirido en ninguna judería de Roma, sino que fue vendido en Ostia, a nuestro amigo Leonardo, hijo de Bonaccio, hace unos siete años, por un jovenzuelo que utilizaba el ábaco como vos las Santas Escrituras. Era de complexión ágil, de breve estatura y con una espesa cabellera negra y rizada.

Al escuchar estas últimas palabras, el abad pareció desmayarse mientras yo intentaba hacerme aún más pequeño, sin respirar.

—Santidad, debo ser sincero. En una ocasión, sólo una, os lo prometo, el abad Bernardo y yo, hace bastantes años, ordenamos al

viejo lego Girolamo que limpiase este armario… y lo dejamos a solas durante un rato.

—Deseo creeros. Sin embargo, haced llamar a este joven. Quiero hablar con él. Y traedme también al viejo Girolamo.

—Pero, Santidad, la comida…

—Luego, luego. Esto es mucho más importante. Id… id… Y en el futuro sed más astuto. Vuestra manía por la erudición os lleva a consultar todos los textos que hay aquí cuando queréis, pero tan inmenso saber debe quedarse en vuestra persona. No se puede dejar en manos de cualquiera. Y menos a un laico como Leonardo. ¿Me comprendéis?

—Santidad, estoy seguro de que el *Liber abad* del pisano es una obra completamente original, pues ha viajado por Egipto, Grecia y Siria… donde ha aprendido matemáticas con los infieles. Por otra parte, si deseáis lo mejor de la ciencia sólo para vos, debéis contar a vuestro lado con alguien que entienda. Y, con toda humildad, me juego el alma para que nuestra, y vuestra, biblioteca sea prestigiosa. De todos modos, no temáis. El joven pisano y sus conciudadanos no cambiarán el mundo. Como mucho, mejorarán la contabilidad de sus negocios. Podéis estar seguro de que no buscarán otras aplicaciones.

—Ojalá sea así, hermano Rainiero.

Temblaba. Tampoco podía dejar de pensar en Girolamo. Y continuaba sudando, buscando el mejor lugar para esconderme entre los libros. Pareció transcurrir una eternidad hasta que volví a escuchar al abad Rainiero:

—No encuentran a ninguno de los dos, Santidad. A ninguno de los dos…

En aquel momento se oyó el gorjeo.

No pude verlo, aunque seguramente se trataba de un gorrioncillo. Había entrado por la rendija que había al lado del nicho donde me encontraba. Intenté estirar una pierna para cazarlo o, al menos, rozarlo. Pero sólo conseguí que piase más fuerte. No me atrevía a mirar. Después oí al abad Rainiero:

—Debe de ser un gorrión, Santidad. Tal vez se haya colado por una de las grietas de la torre. Las cornejas suelen refugiarse en ellas.

—¿No puede liberársele?

—Por supuesto, Santidad. Estará dentro de un mueble. Lo haremos después de vuestra partida. No temáis.

Estaban a punto de marcharse cuando el papa se detuvo.

—No, hermano Rainiero. Hemos de liberarlo ahora. ¡Al menos habremos hecho hoy una buena obra!

El pajarillo continuaba piando. Cada vez lo hacía con más fuerza y

yo me daba por perdido. Oí cómo se acercaban. Las fuertes manos de Arnauld Amaury apartaron el mueble. Por un instante, sólo pude ver su cicatriz en forma de cruz al lado de la boca. Desplazó el mueble aún más.

También me encontré con los ojos claros y fríos.

Todos se quedaron paralizados por la sorpresa. Poco después, el abad Rainiero exclamó:

—¡Giordano!

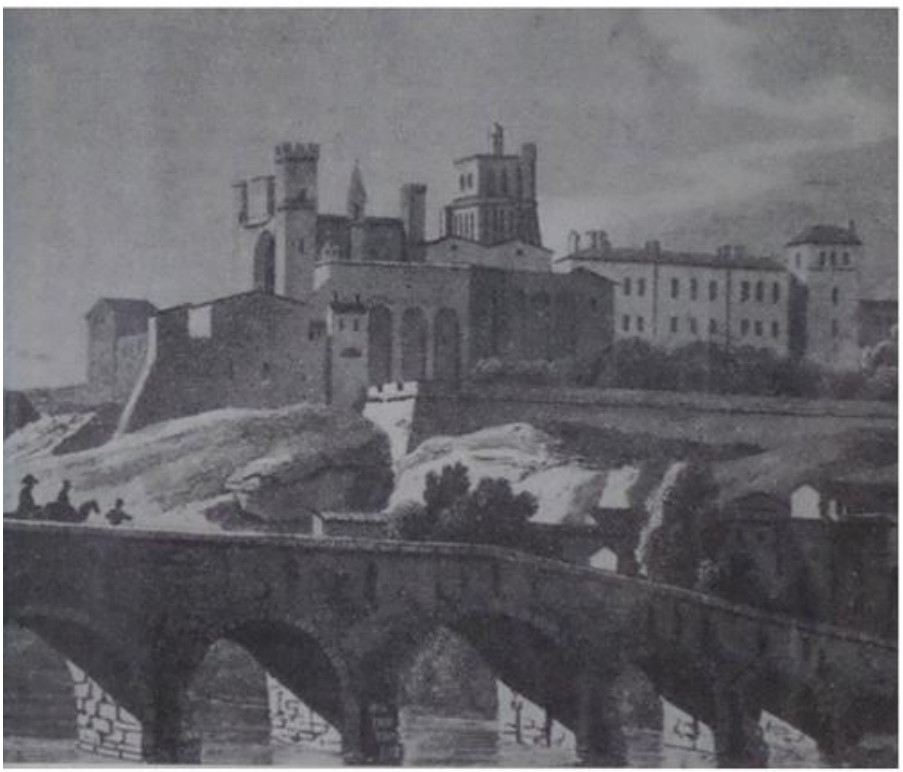
Fue como si me hubiese dado una orden. Me lancé al cuello de Arnauld. Apenas pude escuchar su grito sofocado mientras volaba por las escaleras. La voz cavernosa volvió a tronar. Salté por una ventana del primer piso y comencé a correr por el tejado, a lo largo de las almenas. Volaba, saltaba, me lancé al vacío. Al final, pude llegar a la parte posterior del castillo, a poniente. Me deslicé entre dos bastiones. Apenas tuve tiempo de ver cómo el viejo ponía en práctica cuanto le había dicho. Y volé para caer sobre el grueso lecho de heno. Tras un matorral encontré a Girolamo:

—Ten. Un cuchillo y un poco de comida. ¡Vete! ¡No te hagas el héroe! ¡Que Dios te proteja! —Y me dio una pequeña alforja.

Me despedí mientras corría por el sendero hacia el *espejo de Diana*. No sé cuántas veces me caí. Me pareció oír gritos a mis espaldas. Pero no me detuve ni por un momento. Corría cerca del lago. Llegué a la desembocadura del afluente que atravesaba la montaña hasta dar en el valle.

Tan sólo cuando me hube adentrado en la oscuridad del canal subterráneo me paré para recuperar el aliento. Me puse de nuevo en marcha, entrevi una débil claridad y, finalmente, la luz del sol me indicó el final del pasadizo.

Capítulo IV



La ciudad de Béziers, grabado del siglo XIX.

«Dado un número *abc*, se divide en dos partes, a saber: *ab* y c. El producto de *ab* y *c* es *d*, y el cuadrado de *abc, e*. El cuádruplo de *d* es *f* y *g* sea el resultado de la resta de *f* y *e*. Entonces, *g* es el cuadrado de la diferencia entre *ab* y *c* sea *h* la raíz cuadrada de *g*. En tal caso, *h* es la diferencia entre *ab* y *c*. Puesto que conocemos *h*, pueden determinarse *c* y *ab*».

Había releído en voz alta mientras gesticulaba, en un intento de fijar en el aire, con una mano, conceptos que había comprendido pero que no acertaba a expresar con claridad en el pergamino. Dejé el cálamo sobre la mesa y tomé los *Elementos*, traducidos del griego al árabe —y del árabe al latín— gracias a los hábiles traductores judíos de Toledo. Se trataba de un ejemplar de mi amo, judío también y amante de las ciencias.

Si las traducciones eran realmente fieles al original, el propio Euclides se había encontrado con las mismas dificultades que yo, sobre todo en lo que se refiere al uso de las letras. Tenía el libro inclinado para recibir toda la claridad de la luz. Hojeaba y releía algunas páginas. En mi mente las letras y los segmentos se materializaban con nitidez. Los ponía sobre la mesa, tomaba mí *De numeris datis*… y al final sucedía el mismo fenómeno. Sin embargo, no estaba satisfecho por completo.

Acostumbrado desde que era chico a interpretar, analizar y transformar conceptos matemáticos y geométricos, yo me entendía, pero no escribía aquel libro para mí. Debía ser comprensible para todo el mundo. Mis conocimientos elementales de matemática buscaban nuevos caminos. Cuando completé la *Aritmética*, estaba convencido de haber realizado una obra importante. Al utilizar letras en lugar de cifras, podía fijar conceptos generales y formular teoremas algebraicos. Era plenamente consciente de la importancia que tenía el hecho de definir y establecer lo que significaba una cantidad o, por lo menos, una de las tantas cantidades que, variando, formaba el conjunto de un elemento… Mi amo me había permitido consultar también el texto de Mohamed ben Musa, si bien no había encontrado

allí ninguna respuesta a mis muchas preguntas. Apreciaba su obra, tan clara, aunque era sólo una exposición ordenada de nociones que ya conocía, como las ecuaciones cuadráticas. Sabía que el simbolismo habría podido llevar a grandes metas, pero mi mente era como un laberinto en llamas, un dédalo de luces, aunque de altos y gruesos muros. Seguía una pista y otra y otra más… pero nunca conseguía encontrar la estela luminosa que me llevase al final de la galería.

Las letras de la página que tenía bajo los ojos se fundieron hasta convertirse en una mancha oscura. Mi mente se abismó en el recuerdo de la huida. El valle Aricina, la carrera desenfrenada hacia poniente, el sol que se reflejaba en el mar, incendiándolo de rojo, la noche sobre aquella arena que conservaba el calor del día y, después, el alba, el cielo límpido, Ostia, la galera que se dirigía a Génova y, desde allí, a Marsella para cargar y descargar mercancías. Y, por fin, Arles. Mi temor de enfrentarme con un mundo desconocido y una lengua distinta. Mi carrera para salir del bosque al aproximarse el ocaso. Unirme a un grupo de peregrinos que más semejaban una pequeña banda de maleantes. Vivir de las limosnas. Ponerme en marcha siempre al lado de clérigos errantes, monjes viajeros, campesinos, vagabundos y mendigos de la más diversa procedencia. Las noches pasadas siempre bajo el cielo en compañía de grupos de peregrinos. Rezar con ellos para no quedarme solo. El temor que se apoderaba de mí cuando se aproximaba un caballo o una carroza. La angustia de ser siempre perseguido. El recuerdo de la voz cavernosa de Arnauld.

Béziers… El río Orb… La vista de la catedral de Saint Nazaire… El trabajo en el molino… El encuentro con Yolanda.

Los oscuros trazos de los recuerdos se disiparon. La mancha que tenía bajo los ojos volvió a la página escrita. Añadí un poco de aceite de linaza a la candela, casi seca. En el hogar ardía un madero que daba un poco de calor a la pequeña y fría estancia. El humo lo engullía una enorme chimenea, completamente ennegrecida, por donde resonaba el ulular del viento.

Yolanda bordaba al lado del fuego. Los cabellos castaños ondulados, partidos con una raya en medio y anudados en la nuca, descendían en una perezosa cascada sobre sus delicados hombros. Tenía los ojos fijos en la labor. Sus mejillas, con sendos hoyuelos, parecían arder por la cercanía del fuego. Sus labios rojos apenas estaban entreabiertos. Un indefinible halo de dulzura emanaba de su joven figura.

Había insistido en que yo fuese a la ciudad de Béziers para trabajar

con su amo cuando se dio cuenta, en el molino, de que se me daban bien las cuentas y los números.

—Verás —me dijo—, verás que bueno es mi amo. Se llama Simón. Es comerciante. Judío, pero muy bueno. Es sobrino de Salomón Chalphata y de José, hijo del rabino Nataniel. Necesita alguien que sepa de cuentas. Tendrás un techo y mucha comida. Verás cómo te gusta.

Y así fue. Hacía ya cinco meses que era el fámulo y el contable del amo de Yolanda. Me encargaba un poco de todo pero, en compensación, volvía a disfrutar de un techo y de un poco de tiempo para dedicarme a mis números. Cuando nuestro amo no nos necesitaba, permanecíamos en aquella habitacioncilla, donde Yolanda me había enseñado el occitano, si bien le sorprendía que a un catalán de Barcelona —de tal guisa me había presentado— le costase tanto. En aquel refugio intentaba ahogar tanta rabia y dolor.

Dolor por Girolamo, mi viejo. Rabia por aquel pajarillo. Y desesperación por haber fracasado en la tarea encomendádame por Aser. De ahora en adelante, si quería recuperar aquellos libros, debía ser más paciente y, sobre todo, prudente. Pero ¿cómo? ¿Cómo entrar en la biblioteca de la abadía de Cîteaux? ¿Cómo evitar que asesinasen a Pierre de Castelnau? ¿Cómo evitar aquella guerra ya decidida desde hacía tantos años? Me encontraba solo y en un país extranjero. Pero allí, en Béziers, en *la cueva del diablo*, como la llamaban los sacerdotes —de los que me mantenía bien alejado—, me sentía bastante seguro. Y proseguía con mi pequeña batalla.

En un solo día la vida se me reveló en todo su horror. La realidad, desolada como la ceniza, se había hecho añicos. Sus restos me envolvían hasta sofocarme y apagar incluso la luz de mi mente. Con el estudio no lograba conseguir nada, a pesar de que era la única arma que tenía y de que el papa y Arnauld Amaury afirmaban que podría cambiar el mundo.

Yolanda alzó los ojos. Eran clarísimos. Un dulce encuentro entre un azul limpio y un verde transparente. No tuve tiempo de bajar los míos. Me acerqué para echar un vistazo a su labor. Se ruborizó.

—Yolanda, no hago más que estar siempre callado, pensando en mis dichosos números. Bonito modo de agradecerte que me hayas procurado este refugio…

Alzó de nuevo la vista sobre mí.

—¡Tienes que pensar en eso! Una vez me dijiste que la matemática podía dar a todo cuanto rodea a la belleza de verdad y a la verdad de belleza. Entendí que debía de ser una ciencia muy bella, algo importante. Pero si no te tomas un respiro, continuarás amargado y

ceñudo, y no creo que consigas captar toda la belleza de esas verdades que buscas…

En esta ocasión no bajó la mirada y yo permanecí allí, en silencio, admirando a aquel rostro tan limpio. Cerré los libros y me acerqué al fuego.

—¿En tu tierra el invierno es tan riguroso como aquí?

—No, Yolanda. Se le parece, pero no tanto.

—¿Qué quiere decir *Palis*?

Sonreí para mis adentros al pensar en el nombre que había escogido durante la huida: *Palis Jordanus*.

—Al igual que tú, jamás he conocido a mi familia. El viejo pastor que me recogió pensó en darme el nombre de una diosa, Palas, que velaba por la fecundidad de bueyes, cabras y ovejas y los protegía de la peste y, sobre todo, de los animales feroces.

Las manos, ateridas por el frío y el uso del estilo, comenzaban a reavivarse con el calor del fuego, al igual que los pies. Yolanda continuó bordando mientras el leño se consumía.

Seguía con atención aquellos dedos tan delicados que poco a poco creaban blancos pétalos de lirio sobre la tela colorada. Hice acopio de valor y rocé, con la mirada, las largas cejas negras que enmarcaban los ojos, no conseguí resistirme y me detuve en los labios rojos, entreabiertos, casi en forma de corazón. Y por mucho que me esforzase por mantenerme en calma, no dejaba de temblar. Mis ojos permanecían allí, bebiendo de aquel sueño nunca acariciado, entreabriendo el rojizo temblor de aquella boca.

Dieron las completas. Me levanté, me coloqué la capa y salí mientras los latidos de mi corazón se confundían con las ráfagas heladas de la tramontana.

La pequeña judería, en cuyo centro se erguía la sinagoga, estaba rodeada por una muralla que la separaba a poniente de la catedral de Saint-Nazaire. Tres de las cuatro puertas —que durante un tiempo estuvieron cerradas— solían estar abiertas. La única que había sido tapiada por orden del obispo Ermengaud era la que daba a la plazoleta lateral de la catedral. La taberna no quedaba muy lejos y me adentré por el dédalo de callejones que ya conocía de memoria.

La nevisca, arremolinada por las ráfagas del cierzo que silbaban en la calleja, me salpicaba el rostro. De vez en cuando, la tenue claridad de una linterna me permitía proseguir sin tropezar. Siempre atento a no deslizarme sobre aquella capa helada, alcancé la taberna. Era un local amplio, lleno de mesas y de techo bajo. Unas cuantas lámparas de aceite arrojaban más sombras que luces, pero se respiraba un aire despreocupado. Algunos parroquianos jugaban a los dados mientras la

mayor parte rodeaba una mesa donde un joven tocaba un laúd y cantaba. Sus chanzas, unidas a las muchas jarras de vino, cerveza y sidra, suscitaban risas ininterrumpidas.

Bernard no había llegado aún, así que, con una jarra de hidromiel, me quedé en una esquina. La mujer del tabernero era como todas: gruesa, de risa fácil y aficionada a las proposiciones más o menos galantes, siempre dispuesta a reír y cantar con todos. En aquel momento pedía al joven músico —que tenía toda la pinta de ser un clérigo errante— que recitase un clásico poema goliardo, en boga por aquel tiempo, *La declinación del campesino*. Dos clientes comenzaron a gritar, alzando sus jarras y trasegando sonoramente:

—¡Nominativo singular!

El joven pulsaba las cuatro cuerdas del laúd y, con voz dulce, como si estuviese entonando una canción de amor, respondía en latín y luego en occitano:

—*Hic vilanus*… Este villano…

—¡Genitivo singular!

—*Huius rustid*… De tal palurdo…

—¡Dativo singular!

—*Huic ferfero*… A este diablo…

Intentaba imaginarme la vida de los estudiantes de la universidad de París mientras el joven juglar llegaba al ablativo plural, cuando entró Bernard. Los parroquianos apenas le hicieron caso y —como si quisieran hacerse perdonar las burlas que habían lanzado contra los campesinos poco antes— lanzaron vivas, con un aire mucho menos socarrón, por la revuelta de los labradores normandos ocurrida en 997.

—Los campesinos y los villanos —cantaba el músico—, tanto del bosque como del llano, en veinte, en treinta, por cientos, han tenido a bien trabar buen parlamento y pregonan a los cuatro vientos…

—¡Que nuestro enemigo es nuestro dueño! —respondieron todos a coro.

—Bienvenido, Bernard —saludé al hombre de pelo pajizo, ojos claros y complexión recia, mientras él, con una jarra de cerveza en la mano, se sentaba a mi lado y se quitaba la capucha de piel blanqueada por la nieve y la sacudía en la pata del trípode sobre el que me había acomodado.

—¿Va todo bien? —Y, al ver mi intento de seguirle el hilo, puso la jarra sobre la mesa y se quitó la capa sin añadir nada más.

—… Se prometieron bajo juramento permanecer unidos hasta el final y defenderse de todo mal…

—¡Pues nuestro enemigo es nuestro patrón!

—El duque, informado de todo esto, envió al conde Raúl, quien con un gran número de caballeros, sembró tristeza y dolor. A muchos hizo arrancar dientes y ojos, las manos a cientos cortaron, las pantorrillas de todos quemaron, a otros hizo empalar… pero sin llegar a matarlos. A otros echaron a la hoguera o sumergieron en plomo hirviente. Horrible era mirarlos: adondequiera que iban, eran reconocidos. Los campesinos se retiraron, abandonando lo que habían emprendido.

La triste historia había terminado. Las cuerdas del laúd acompañaron las últimas palabras, llenas de melancolía. Sin embargo, tras una breve pausa, los espectadores se miraron fijamente y, como si lo hubiesen acordado, se negaron a que terminase de esa manera. Alzaron sus jarras y gritaron:

—¡Y nuestro enemigo es nuestro patrón!

—Disculpa, Bernard. Conocía el suceso, pero no el poema. Es una buena manera de conocer tu tierra y el carácter occitano.

—¿Lo has escuchado? —sonrió—. Cantan la historia de los campesinos sin que ninguno de ellos lo sea. Hace mucho que se ha comenzado a odiar esa palabra: *dueño*. Las cosas están cambiando, aunque lentamente. Piensa que el jovencísimo vizconde Raimundo-Roger de Trencavel tan sólo tiene veintitrés años y es mucho más voluble y tolerante que su padre.

Al decir esto último, arrugó su narizota. Le pregunté qué había pasado.

—Bien, hace exactamente cuarenta años, aquí, en Béziers, hubo una revuelta. Terratenientes, comerciantes, burgueses, tejedores y campesinos, hartos de ser tiranizados, pegaron al obispo, le destrozaron la cara y los dientes, y mataron al vizconde Raimundo de Trencavel, abuelo del actual Raimundo-Roger, justo en la iglesia de Santa María Magdalena. La causa, o pretexto, que dio pie a esta revuelta fue el hecho de que un caballero del vizconde había ofendido gravemente a un burgués y no se decidía a una reparación. El hijo del noble asesinado, Roger II, hostigado también por el obispo, se vengó de una manera horrible: pagó un pequeño ejército de bandidos-asesinos aragoneses, asedió la ciudad y, mediante engaños, logró penetrar en las murallas. Lo arrasó todo. Fue una auténtica masacre. Sólo se salvaron los judíos y cuantos consiguieron refugiarse cerca de ellos, al socaire de sus muros, en su pequeña judería. Tantos fueron los muertos, que los aragoneses fueron invitados por el conde a que se casaran con las viudas y las hijas de sus víctimas. ¿Te aburro? —Sin embargo, debió de leer la curiosidad en mi rostro porque continuó sin darme tiempo a responder—. Bien, la lección sirvió incluso para el

obispo y el vizconde. De aquella sangre brotaron muchas libertades para esta ciudad, quizá la que más aspira a una verdadera independencia. Ya has visto los aires que se respiran aquí: se es tolerante con todos. Conviven respetuosamente valdenses, católicos, cátaros, burgueses, comerciantes, judíos… Los pobres sacerdotes no cuentan para nada. Casi nadie paga el diezmo, muy pocos se confiesan y toman los sacramentos, y menos son los fieles que prefieren ir a la iglesia, salvo cuando es día de precepto. Ninguno piensa, ni en sueños, en testar a favor de la Iglesia. En vista de cómo eran las cosas antes, y sin las cadenas del obispo y el vizconde, las gentes han comenzado a hacer valer sus razones, a trabajar, a hacer cualquier cosa por iniciativa propia, a no sentirse más esclavas en el cuerpo ni en el alma. La ciudad ha florecido. Por doquier encontrarás tolerancia, bienestar… El comercio va bien. A todo esto cabe añadir el hecho de que el pueblo ha elegido libremente a sus cónsules y que, en su mayoría, ha abrazado la doctrina cátara. Mañana por la tarde, y durante los próximos días, más de la mitad de la población irá a escuchar al *perfecto* cátaro Guilhabert de Castres. ¡Ahora comprenderás por qué los curas llaman a Béziers *la guarida del diablo*!

A una señal de mi amigo, el tabernero llenó de nuevo las jarras con hidromiel y cerveza. Comenzaba a desvanecerse el frío en los huesos. El joven trovador había vuelto a pulsar las cuerdas del laúd y, con su voz argentina, entonaba una canción de amor. Bernard se empeñó en que probase la cerveza. Era amarga, fuerte: puse los ojos en blanco.

—¿Ves qué maravilla, amigo Giordano? A primera vista es como todas las demás, pero la cebada de esta región es tan buena que esta bebida de sabor áspero acabará por conquistar a un tragantón de agua con miel como tú.

Di otro sorbo, atraído por el nuevo sabor.

—Una vez Yolanda me contó que también vinieron a predicar el obispo de Osma y Domingo de Guzmán. ¡Ah, Bernard, he de confesarte que no consigo comprender el sentido de esta historia de prédicas y excomuniones!

Se limpió con un dedo la punta de su narizota, cubierta con espuma de cerveza.

—Para empezar, te recuerdo que el conde de Tolosa es también duque de Narbona, marqués de Provenza, señor de Agenais, Rouergue, Quercy, Albigeois, Comminges, Carcassés, así como del condado de Foix, y que nuestro Raimundo-Roger de Trencavel es su vasallo.

»Cincuenta ciudades y ciento diez castellanos lo reconocen como su soberano. Cada vez que hay algún litigio entre ellos, debe intervenir para serenar las aguas. El conde Raimundo VI de Tolosa es

el verdadero señor de todos los países occitanos. El verdadero gran enemigo al que combatir en el caso de que el papa tenga la intención de apoderarse de nuestras almas y nuestras tierras. A diferencia del inflexible padre que perseguía a los herejes, el conde, aun siendo un católico convencido, es hombre tolerante y pacífico. Hace tres años los legados pontificios Raoul de Fontfroid, Pierre de Castelnau y Arnauld Amaury lo obligaron a jurar que exterminaría a los herejes. El 6 de julio del mismo año, 1205, el papa les escribió una carta en la que calificaba a sus emisarios también como *inquisidores* por la sede apostólica. Hace dos años, los tres se unieron a Diego y Domingo para predicar de ciudad en ciudad, incluida Béziers. Sin embargo, los tres magníficos, en lugar de ello, se dedicaron a hacer política y provocaron al conde. Pierre de Castelnau, por su parte, instituyó la *liga de la paz*; en la práctica, una asociación que sólo persigue la excomunión y el llamamiento a las armas echando mano de la enemistad, la ira y las escaramuzas entre los diversos vasallos del conde. La *liga de la paz* es una pura y simple provocación contra el conde, quien afiliándose no hubiera podido intervenir más para apaciguar los tumultos entre sus estados vasallos. Además, habría debido comenzar una guerra contra los herejes, y lo ha rechazado. En suma, con gran puntualidad, en la primavera del pasado año, Pierre de Castelnau viajó a Tolosa, donde excomulgó al conde y lanzó el interdicto sobre sus posesiones, proclamando por todas las tierras occitanas el *abandono en botín*. El papa confirmó la sentencia de excomunión y escribió al conde acusándolo, además, de proteger públicamente a los judíos, de «volar como cuervos y alimentarse de carroña» —tomó un sorbo de cerveza; los ojos bien abiertos—. Pero nadie ha alzado las armas contra los herejes. El papa, al ver que han fallado todos sus intentos, mantiene el fuego encendido con sus apelaciones al rey de Francia, a los condes y a los barones del norte. En su última carta dice textualmente: «no queda más que el martillo de la guerra para conducir a esos sectarios al arrepentimiento y el conocimiento de la verdad».

—Ciertamente, el rechazo de los señores occitanos a empuñar las armas contra los herejes ha dado la gran oportunidad al papa. Ay, Bernard, creo que ahora sólo falta que suene el último toque de trompeta.

Callamos ambos con el pensamiento fijo en aquel «martillo de la guerra». Después nos distrajimos con las canciones y las bromas de los parroquianos. El trovador contaba y representaba con pantomimas la historia del rey de Francia y de la pobre Ingelburga, a la que había repudiado y que cada día enviaba una carta al papa, quien no

acertaba a comprender a que aspiraba en realidad la reina nórdica. ¡Sin embargo había hecho todo lo posible por volver a unirla con el rey!

»Hasta que llegó el día en que alguien le dio un buen consejo que siguió de inmediato. Mandó a un joven legado para que la consolase y entendiese sus deseos. ¡Milagro! Nadie acertó a saber cuáles fueron las argucias de las que se sirvió el legado para fortalecer la paciencia de la reina repudiada y sola, pero debía de tratarse de un sólido argumento, pues la soberana dejó de lamentarse al papa…

—Ay, si también yo tuviese un argumento como ése…

El trovador pulsaba las cuerdas del laúd mientras el público que lo rodeaba respondía a una:

—Ay, si también yo tuviese un argumento como ése…

Y las risotadas dieron fin a aquel juego para comenzar de inmediato con otro.

Bernard encargó otras dos jarras de cerveza. El frío se había desvanecido por completo. Entre sonrisas, me dijo:

—Ah, tenías que estar aquí por el tiempo del matrimonio del rey con la bella danesita que fue repudiada la misma noche del himeneo… ¡sin que nadie supiese por qué! Los trovadores dieron rienda suelta a la imaginación: recuerdo que la cosa más limpia que llegaron a decir fue que el rey se quedó muy perplejo al levantar el vestido de Ingelburga y encontrarse, no sin sorpresa… ¡tres piernas!

Soltamos una risotada que se confundió con la de los demás. Dios mío, no sé qué me pasaba. Me encontraba aturdido. Quizá la cerveza se había inflamado con el hidromiel. Un relámpago me nubló la vista. Mi mente recordó aquellos labios rojos, en forma de corazón, apenas cerrados: mis pensamientos los rozaron. Me costó bastante dominarlos. Para recuperar el control sobre mí mismo, pregunté a Bernard qué había pasado mientras Diego y Domingo predicaron en Béziers.

Los ojos de mi amigo brillaron una vez más. Le agradaba que me interesase tanto por la historia, así como por el destino de su ciudad y sus gentes.

—Bueno, hace poco más de un año, el obispo de Osma, Domingo de Guzmán, Raoul de Fontfroid y Pierre de Castelnau dedicaron quince días a predicar y discutir, aunque con escaso éxito. El segundo día se me acercó el joven Domingo de Guzmán, un fanático enloquecido, pero creo que de buena fe, y me dijo que temía por la vida de su compañero, el legado pontificio Pierre de Castelnau. Intenté tranquilizarlo explicándole que, si bien la mitad de la población era hereje, se trataba de gentes completamente pacíficas que jamás le

causarían ningún daño. Y él me dijo que tal vez tuviese razón… ¡aunque igualmente se merecían que les rompiesen la espalda a bastonazos! Me solicitó una escolta. Y recuerdo que fue categórico: «No para nosotros, hijo mío, sino para el legado Pierre. ¡Sólo para él!». Así que le envié cuatro hombres armados que, durante los días que pasaron aquí, no se separaron de él ni un momento.

—Pierre no cae nada bien a la gente, ¿me equivoco?

—No se trata de eso. Era como si Domingo no tuviese una sensación, sino que estuviese seguro.

—Supongamos que hubiesen matado a Pierre aquí, en *la guarida del diablo*. Es probable que ya estuviésemos en guerra, ¿verdad, Bernard?

—Me inclino a pensar que sí. Por eso debo estar agradecido a Domingo. Pero ¿quién podía desearlo? Desde luego, los ciudadanos de Béziers, no. Aunque todos sabían que la presencia de Pierre era una provocación, ninguno habría osado levantar la mano sobre él.

—Alguien lo habría hecho, Bernard.

—Pienso que Pierre también se dio cuenta, pues no tardó mucho en esconderse durante siete meses en Villeneuve-lès-Maguelonne. Debía de tener la sensación de que el peligro que lo amenazaba era grave y real. En cambio, tú, amigo Giordano, ¿por qué no me cuentas lo que sabes? —La cerveza había trasformado su voz suave en pastosa.

—Es inútil. Las personas que me rodean estarían en peligro.

—¿Yolanda?

—Sí, también ella.

—¿Es tu mujer?

—Oh, no, Bernard. No…

—Oh, sí, Giordano. Creo que sí. Puedes gritar lo contrario, pero tu corazón no te oirá… porque ya es suyo. Basta con que pienses un poco en ella para que tus ojos se llenen de vida.

—Pero la respeto, Bernard.

—Y te creo. Pero afirmo que eres tonto por oponerte a tu corazón —sus ojos mostraron una sonrisa limpia, sincera.

Bebí a tragantadas la jarra de cerveza para disimular mi azoramiento. Bernard había expresado con palabras cuanto yo no me había atrevido a admitir. Farfullando, busqué una escapatoria en los problemas que más nos apasionaban.

—Bernard, no hay remedio: matarán a Pierre de Castelnau. Lo ordenará Arnauld Amaury porque así lo exige la santa causa. Necesitan un mártir de excepción para que toquen a generala. Y él lo sabe y está cansado de huir. Espera la muerte y ahora parece que la pida en público.

—Y no podemos hacer nada.

—Nada, Bernard. Él mismo está dispuesto. Ya no huye.

Ambos bajamos la cabeza, aplastados por aquella verdad tan desoladora.

Después, mi amigo, tras alzar de nuevo la mirada y sin apartarla de mí, me apretó los brazos con sus manos nerviosas.

—Escucha el motivo por que te he llamado para encontrarnos. Ya dominas nuestra lengua perfectamente, ¿por qué no lo intentas? He hablado con los cónsules, con amigos muy queridos… y todos te apoyarán. Abrimos una escuela laica, una escuela libre, sin curas, donde nuestros niños puedan aprender latín, griego… y, sobre todo, las artes del cuadrivio en las que tanto destacas.

—Bernard, tan sólo tengo buenos conocimientos de aritmética y geometría. Apenas sé algo de astronomía. Por no hablar de la música: lo poco que entiendo se lo debo a Boecio. El único instrumento que conozco es la flauta de Pan…

—¡La flauta con tantas cañas! Te oí un día, ¿sabes? Muy dulce, pero triste. ¿De dónde sacaste un instrumento como ése?

—Me lo fabriqué cuando era muchacho. Los pastores griegos lo inventaron hace dos mil años. Pero, Bernard, volviendo a la escuela. Necesitaremos muchos libros, ¿te das cuenta?

—Es asunto nuestro —dijo con las manos temblorosas y una mirada suplicante—. No pienses en ello. Shimon asegura que en Granada y Toledo conseguirá todo lo que necesitamos: Aristóteles, Arquímedes, Pitágoras… Y ha dicho que tienes el don para enseñar, que sus hijos han aprendido muchísimo contigo en muy poco tiempo. ¡Has de hacerlo! ¡Ya se encargarán otros de tu trabajo! Sabes cosas que nadie sabe. ¡Y son importantes! Además, no dejas de hablar del poder del conocimiento y la razón. Nunca pierdes la ocasión de repetirme: «cuando la razón tira los ídolos al suelo, se convierte en fuente de vida». Así que… ¡debes hacerlo!

Al verme turbado, me miró inquisitivamente… y después su cara mostró una sonrisa burlona.

—¡Mi tonto amigo! No quieres separarte de Yolanda. Pero ella estará contigo. Aunque si no quisiera, la obligaremos a sacrificarse en nombre del saber —y se reía sinceramente.

—Está bien, probemos. Pero que la noticia no llegue a oídos del obispo Ermengaud o de sus esbirros. Es mejor para todos, créeme.

Con una expresión radiante, pidió otras dos jarras de cerveza. Intenté oponerme, pero no sirvió de nada.

—¡Giordano, brindemos por la nueva escuela! En París tienen una gran universidad, la mayor escuela que hay en el mundo, ¡pero no es

libre! Allí reina la teología y las artes liberales sólo progresan siempre y cuando ésta lo permita. Aunque en ella se encuentran las mejores mentes, falta lo más importante: ¡libertad de pensamiento! La universidad se mantiene con los dineros de Roma y mandan las ideas del papa. Aquí, en nuestra pequeña ciudad, tan sólo habrá un maestro: tú. Pero tendrás a tu disposición el mayor de los bienes, casi desconocido en nuestro mundo deshumanizado: ¡la libertad!

Brindamos, rebosando entusiasmo por todos nuestros poros. Y mientras aclamábamos aquella breve palabra mágica, fuente de vida y muerte, se abrió la puerta de la fonda.

Una ráfaga de viento helado se coló tras el hombre, quien se despojó de su capa y su gorro. Bajo una barba espesa y oscura, dos ojos asustados y consternados. Al ver a Bernard, avanzó hacia nosotros. Le ofrecí de inmediato mi jarra, que vació de un solo trago.

—¿Qué diablos ha pasado, Rinaldo?

—He cabalgado dos días enteros… Se acabó, Bernard, se acabó —y se dejó caer sobre un banco.

Incluso el trovador calló y dejó de pulsar las cuerdas. El silencio se cernió sobre la taberna. El hombre continuó con su voz grave.

—Ayer, poco después del alba, en Saint-Gilles, mataron al legado pontificio Pierre de Castelnau.

Sólo se oía el silbido del viento que soplaba en los callejones para lanzarse a las aguas frías del Orb. Bernard, con la voz rota por la emoción, le preguntó por los detalles del suceso. Rinaldo prosiguió, con voz grave:

—No estaba presente, pero se ha corrido la voz. Yo también estaba en San Egidio. Por lo que se dice, anteayer parece que hubo una violenta discusión, siempre a propósito de la maldita herejía, entre un caballero del conde Raimundo VI de Tolosa y Pierre de Castelnau. El caballero se había alojado en el mismo hostal que el legado. Ayer, al alba, Pierre, tras oficiar la misa, se disponía a cruzar el Ródano con sus compañeros cuando el caballero del conde lo apuñaló por la espalda y se dio a la fuga. Ocioso es contaros los gritos del otro legado, Arnauld Amaury: según él, se trataba de un complot urdido por el conde. De hecho, podía jurar que había asistido a un violento altercado entre el noble y el emisario, y no con el caballero. El conde había amenazado de muerte al legado y Pierre de Castelnau murió como mártir y santo tras perdonar a su asesino.

—El caballero del conde —lo interrumpí—… El asesino… ¿Dónde está ahora? ¿Cómo se llama?

—Nadie lo sabe. Ni siquiera el conde lo conoce bien. Sin embargo, ya ha dado la orden de que se lo busque.

—¿Y por qué el conde habría urdido todo esto?

—Porque Pierre lo había excomulgado de nuevo y el conde, al no lograr que desistiese, lo amenazó. Al parecer, planeó el complot y recompensó al esbirro con una buena bolsa de dinero. Al menos, eso dice Arnauld Amaury.

El joven trovador quiso decir la suya:

—Pero el conde no ha tramado nada. En cuanto se aprese al asesino, se aclarará todo y pagará por ello. ¿A qué vienen esas caras?

Nadie tuvo fuerzas para decir algo más.

Bernard y yo nos envolvimos en nuestras capas y nos calamos los gorros con rabia. Salimos. Había dejado de nevar. Me bullían en la mente las siniestras palabras de Hugo de San Víctor: «La Divina Providencia ha ordenado que el gobierno universal, que se encontraba en Oriente en el inicio del mundo, a medida que el tiempo se acercase a su fin, debía desplazarse hacia Occidente para advertir de que el fin del mundo está próximo y el curso de los acontecimientos bordea el límite del universo». Las pronuncié en voz alta, enfurecido.

Bernard soltó un gruñido amargo.

—¿Sabes qué es lo más absurdo de todo, amigo Giordano? Que, a pesar de todo, si el sur estuviese unido podríamos resistir. La mayor parte de nuestras ciudades se ha convertido en fortalezas inexpugnables y pueden afrontar asedios que duren meses y meses. ¡Pero no lo estamos! Nuestro maldito carácter, nuestro deseo de libertad nos condenará: el anhelo de librarnos de un señor hará que abramos nuestras puertas a los cruzados y así pasaremos del tolerante señorío de la nobleza del sur al de la Iglesia, el de los barones del norte y el de Felipe Augusto. Estamos divididos. Las católicas Montpellier, Nimes y Narbona acogerán a los cruzados con los brazos abiertos y nunca ayudarán a Tolosa, Carcasonne o Béziers. ¡Nunca! Ten en cuenta que en el siglo pasado han preferido ayudar al rey de Aragón, ¡un extranjero!, y combatir a Tolosa. Y esto sentenciará nuestro fin. Lástima, la herejía daba la impresión de que podría acabar de una vez por todas con la corrupta Iglesia de Roma y, a ojos de nuestro pueblo, proyectaba un poco de luz y alegría a este mundo inhumano. Era demasiado bello para que continuase. Las guerras, por desgracia, se vencen gracias a grandes ejércitos y a las alianzas militares. En estos casos, el puro amor cristiano sirve de bien poco.

—Bernard, tan sólo nos queda un camino. Hemos brindado por la libertad y a ella dedicaremos la lucha. No importa si morimos. Debemos luchar para que sobreviva.

—Sí, amigo mío, lo haremos. Pero difícilmente olvidaremos el 14 de enero de 1208.

Sentía su amargura y deseaba hacer algo por él.

—Mañana comenzaremos a organizar la escuela.

—Sí… Y haré que construyan trabucos y manganeles, nuevas cisternas y que refuercen las murallas.

—También te ayudaré, Bernard. Creo que tengo algunas ideas para las armas. Hasta hace poco soñaba con proyectar sólo máquinas voladoras… Pero alguien ha cambiado mis planes.

Habíamos llegado a la casa de Shimon. Nos abrazamos fraternalmente. Vi cómo se alejaba con cautela a causa del hielo que comenzaba a formarse en las callejuelas.

En las cenizas se divisaban unas aisladas brasas rojizas. Yolanda dormía. El sueño la hacía aún más bella. Tuve la sensación de que no respiraba. Acerqué el oído a su rostro y percibí su aliento, ligero. Me asaltó una emoción incontenible. El corazón iba a estallarme y le rocé los ojos con los labios.

Subí al desván y encendí la vela, sumiendo mi rabia y la turbación en los números. Poco a poco, la ventana iba quedando aprisionada por la nieve, que había vuelto a caer.

Hacía mucho que el ocaso había pasado y la ciudad estaba envuelta en el silencio y la oscuridad. Como un relámpago, la noticia de cuanto había sucedido corrió de boca en boca y la pesadumbre se adueñó del ánimo de cátaros, valdenses, judíos, católicos, comerciantes, campesinos, burgueses y caballeros. Toda Béziers tenía el presagio de que el futuro sería incierto y tenebroso.

Yolanda y yo acudíamos a la prédica del *perfecto* cátaro Guilhabert de Castres —tal como me explicaron más adelante, su condición de *filius major* indicaba que podría sustituir de inmediato al obispo cátaro Gaucelin en caso de que éste muriese.

La *casa de los cátaros* se encontraba en el burgo ($)de Santa María Magdalena, reservado al pueblo. Era el barrio de los rebeldes, un símbolo de lucha y de libertad para la ciudad entera. Pertenecía casi por entero al episcopado… y el obispo Ermengaud había establecido el diezmo sobre todo: casas, iglesia, cementerio, leprosería, tumbas e, incluso, letrinas. Sus habitantes tenían a gala negarse a pagarlo. Comprendido entre la puerta de Grindes, el burgo de San Afrodisio y el camposanto con la iglesia de Santa María Magdalena —emblema de la revolución y la libertad ya desde el 15 de octubre de 1167—, el burgo de la Magdalena era el refugio de los pobres, los marginados,

los enfermos y los herejes. Al lado de la puerta de Grindes se encontraba el hospital de los niños, cuyos cuidados médicos se confiaban únicamente a los *perfectos* cátaros. Junto al cementerio, se encontraba la casa de los pobres y, un poco más adelante, una de las dos leproserías de la ciudad —la otra estaba no demasiado lejos de la puerta de San Afrodisio— y, en medio, el gran edificio de la *casa de los cátaros*, que en su día fue la vivienda de un matarife que se convirtió a la fe cátara y tomó el *Consolament* para dedicarse a la predicación.

En las estancias superiores se cuidaba a los enfermos o se alojaba a los peregrinos, mientras que abajo —donde antes se faenaban terneros, cabras y corderos— había una sala amplia, blanca y completamente desnuda, amueblada tan sólo con bancos y escaños, una mesa oscura en el centro, cubierta con una tela inmaculada. En el medio, un Evangelio. Sobre otra pequeña mesa, una botella de metal oscuro con una cubeta y unos paños de lino blanco; dentro de sencillos platos llanos de madera, habían velas encendidas que iluminaban todo el local, atestado de gentes de toda edad y condición.

Yolanda se sentó a mi lado, con la mirada fija en el Evangelio. Me sorprendió mucho la total ausencia de imágenes sacras, de ornamentos preciosos y, sobre todo, de cruces —cuyo símbolo estaba, en mi mente, ligado indisolublemente a los lugares de culto—. El silencio, la pulcritud y la sencillez del lugar daban una sensación de serenidad. Poco después, entraron.

Flanqueado por dos acólitos, un hombre alto, de barba y cabellos largos y grises, una larga túnica de color azul oscuro, a la cintura una faja que llevaba anudada en el lado izquierdo. Bajo la ropa se adivinaba un cuerpo muy delgado. La tupida barba no lograba disimular un rostro marcado por el sufrimiento. Y los ojos… Dos minúsculas brasas que emanaban una luz extraordinaria.

Yolanda me susurró que se trataba de Guilhabert de Castres.

Los siguió una joven mujer con los cabellos negros recogidos tras la nuca, vestida también de azul oscuro y con una cadena por cinturón. En su rostro se apreciaban signos claros de privación y una irrefrenable emoción en sus ojos luminosos. Debía recibir el *Consolament*, lo cual la convertiría en *perfecta* que seguramente tomaría el sendero de la predicación.

Hizo tres reverencias. Guilhabert y sus dos ayudantes se lavaron las manos y dieron así inicio a la ceremonia. El *perfecto* cátaro, volviose hacia la novicia y comenzó a hablarle con voz cálida y profunda.

—Jeanne, deseáis recibir el bautismo espiritual por el cual viene donado el Espíritu Santo en la Iglesia de Dios, con la santa plegaria, con la imposición de las manos de los *buenos hombres*. Mediante este

bautismo, Nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio de san Mateo a sus discípulos: «Andad y convertid a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a seguir todo cuanto os he mandado. Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Y Cristo, en el Evangelio de san Mateo, dice: «Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios». Jeanne, sigue las enseñanzas de Cristo y del Nuevo Testamento según vuestro poder y sabed que Él ha dispuesto que el hombre no cometa ni adulterio, ni homicidio, ni mienta, ni que haga ningún juramento, ni que hurte ni robe ni haga nada que no desee para sí; que perdone a quien le causó mal, que ame a sus enemigos, que rece por sus detractores y muchos otros mandamientos que han sido establecidos por el Señor y su Iglesia. E igualmente es preciso que detestéis este mundo así como sus obras y las cosas que en él hay, pues san Juan dice: «No sintáis aprecio por el mundo ni por las cosas que hay en él. Si uno ama el mundo, no poseerá el amor del Padre, porque todo lo que hay en él, que no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la riqueza, no viene del Padre, sino del mismo mundo. Pero el mundo pasa y la concupiscencia también. Pero quien hace la voluntad de Dios vivirá eternamente». Y en el Libro de Salomón está escrito: «He visto cuanto se hace bajo el sol y todo es vanidad y afán inútil». Y por tales testimonios y muchos otros debéis seguir los mandamientos de Dios y despreciar este mundo. Y si vos, Jeanne, cumplís con ellos hasta el final, tenemos la esperanza de que vuestra alma obtendrá la vida eterna. Repetid ahora conmigo: *Pater noster qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum*…

La joven repitió el padrenuestro con voz emocionada. Luego, todos hicieron tres reverencias mientras decían: «Señor, bendícela y perdónala». Guilhabert tomó el Evangelio y lo entregó a la novicia.

—Jeanne, debéis comprender la razón por la cual habéis comparecido ante la Iglesia de Jesucristo: recibir este santo bautismo de la imposición de manos así como el perdón de vuestros pecados. Del mismo modo como habéis recibido en vuestras manos el libro en el que están escritos los preceptos, los consejos y las admoniciones de Cristo, así debéis recibir la ley de Cristo en vuestra alma y observarla durante toda vuestra vida. Habéis de comprender que es necesario amar a Dios de manera sincera, dulce, humilde, misericordiosa, casta y, en suma, con todas las buenas virtudes. Así debéis comprender que es necesario que seáis fiel y leal en las cosas temporales y espirituales, porque si vos no lo sois en las temporales, no creemos que podáis serlo

en las espirituales y no seréis salvada. También es preciso que hagáis el voto y la promesa a Dios de que jamás cometeréis homicidio o haréis que se cometa, que asimismo tampoco probaréis el queso, ni la leche, ni los huevos, ni carnes de aves, ni de reptiles, ni de animales prohibidos por la Iglesia de Dios. Igualmente, en aras de la justicia de Cristo, habréis de soportar el hambre, la sed, el escándalo, la persecución y la muerte. Y que lo haréis por el amor de Dios y por vuestra salvación.

Llegado a este punto, el *perfecto* cátaro tomó el libro de manos de la joven y le preguntó:

—¿Tenéis, pues, Jeanne, la voluntad de recibir este santo bautismo de Jesucristo en el modo en que hemos acordado, respetarlo y custodiarlo durante toda vuestra vida, con pureza de corazón y de espíritu, y no faltar nunca a este vínculo?

—Sí —respondió la novicia con voz trémula—, y por todos los pecados que he pensado, cometido aun sólo de palabra o contribuido a que se llevasen a cabo, imploro tu perdón, oh Dios, así como el de la Iglesia y el de todos nuestros hermanos.

Mientras rezaba, Guilhabert colocó el Evangelio sobre su cabeza y luego sobre sus manos. Sus acólitos lo imitaron. Al final, Jeanne y todos los presentes recitaron el *Pater Sancti suscipe servium tuum in tua iustitia* y el padrenuestro en voz alta. A continuación, Guilhabert comenzó a leer el Evangelio según san Juan —«en el principio fue el verbo»— y, de nuevo, el padrenuestro.

La ceremonia concluyó con un gesto de paz entre Guilhabert y la nueva elegida. Tras tocar con el Evangelio su hombro; ella intercambió con Guilhabert y los creyentes más cercanos un leve codazo. El creyente dio al otro el beso de la paz.

Emocionado, también yo transmití el mensaje de fraternidad y amor a Yolanda.

Guilhabert buscó la mirada de todos nosotros.

—Hermanos míos —comenzó—, el hombre es un pequeño campo de batalla, un minúsculo mundo en el que siempre hay una lucha en curso. Pero esta criatura no se encuentra sola. Vive al lado de otros hombres a los que la unen lazos de amor y trabajo, a menudo de sometimientos, de esclavitud, penas y humillaciones que pagamos por culpa de nuestros padres, purísimas llamas de luz caídas en nuestro mundo porque no supieron resistir la tentación del Mal, en esta tierra en la que tantas criaturas padecen la enfermedad, la pobreza o la esclavitud a manos de sus iguales. Y todas son criaturas que sufren. Por ello se hacen tan necesarios el sacerdote, como el ministro de Dios, el misionero o el profeta… Gentes que abrazan la palabra de

Cristo, el Evangelio de los pobres, de los humillados, de los ofendidos. Ése es el Evangelio que queremos y por el que luchamos… Para que cada uno de vosotros lo conozca. Ése es el Evangelio que estamos traduciendo a nuestra lengua con la esperanza de que, un día, pueda haber una copia en cada casa sin que nos aceche el terror de la Inquisición creada por Inocencio III. Él ha establecido que, los misterios de la fe no pueden ser explicados por cualquiera, pues no todos están preparados para comprenderla y las Santas Escrituras ocultan un sentido tan profundo que ni siquiera los sabios, y menos aún los simples o los tontos, pueden en todo momento explicarlo. Soy un predicador al que vosotros llamáis, a mí y a mis compañeros, *boni homines, perfectos*. No lo somos, naturalmente, pues la perfección no es cosa de este mundo, aunque no por ello esta palabra carece de significado. Con ella deseamos dar testimonio de la vida que llevamos y expresar el hecho de que yo, Guilhabert, me esfuerzo por dominar las pasiones de mi cuerpo para no sumir mi alma en las tinieblas y ser libre y comprender, ayudar, combatir a vuestro lado, daros todo cuanto poseo, incluso a mí mismo, la vida si fuese preciso, para socorrer a mi prójimo. Y puedo hacerlo logrando que ese prójimo, también hijo de Dios, sacuda su conciencia, despertando su sensibilidad para que pueda reconocer el Mal. ¡Pues la opresión también es una forma de Mal! Y si veo a uno de mis hermanos oprimido, debo hacer todo cuanto esté en mi mano para que se dé cuenta de su situación, pues luchar en defensa de su propia libertad en esta Tierra es una manera de recordar que debemos combatir en aras de la liberación final; combatir para que todos, en este mundo, sean libres y den el primer paso en esa escalera de luz que los llevará a la libertad eterna. ¿Y qué dice la Iglesia de Roma? Todos los ciudadanos de la Tierra deben ser mis súbditos y, si no, los súbditos de un rey o emperador elegidos o reconocidos por mí ¡y, sea como sea, cristianos! No hay lugar para los no católicos en este mundo: sarracenos, judíos, herejes, paganos… Ninguno puede ser tomado por hombre, sino por enemigo y, como tal, ¡expulsado, encarcelado, asesinado o quemado! Si no queremos ser desterrados o quemados vivos, hemos de abandonar todo pensamiento y rechazar la posibilidad de aferrarnos a cualquier verdad. No podemos valernos de nuestra voluntad. O aceptamos su guía o caemos en el Mal, tal como afirma quien dirige la Iglesia de Roma. Pero sus mandamientos no hacen mella en nuestro corazón, pues sus sacerdotes y su jefe supremo han decidido, desde hace ya mucho tiempo, servir al Mal a pesar de que sus labios no se cansen de profesar paz y amor —sus ojos penetrantes se fijaron en el público antes de proseguir con una voz aún más vehemente y

profunda—. ¿Qué clase de paz, qué clase de amor pueden albergar quienes no muestran ni un adarme de piedad ante el sufrimiento, quienes consideran que la mujer es una hechicera, una bruja perversa, el receptáculo del mismísimo Satanás? ¡Personas capaces de celebrar un funeral por un leproso y, a continuación, expulsarlo de este mundo aún con vida en lugar de mitigar las plagas y hacer todo lo posible por curar a una pobre criatura martirizada por el sufrimiento! Han comenzado a ocupar el lugar de los señores feudales; se apoderan de los castillos, las ciudades y las naciones. Guerrean y creen que, por el solo hecho de pintar una cruz en los escudos, sus saqueos y sus matanzas están plenamente justificados. La lucha que han desencadenado contra nosotros, *boni homines* patarinos y cátaros, es feroz y despiadada. Pensad en nuestros hermanos valdenses, quienes aprueban por completo la doctrina de Roma, pero rechazan el lujo, la pompa, la corrupción… Sólo por esto se los persigue y se los quema vivos, ¡como a nosotros! Pero tenemos reservado otro final. El asesinato del legado pontificio Pierre de Castelnau es lo último que faltaba antes de llevarlo a cabo: el exterminio completo. Y todo porque nos volcamos no sólo hacia los pobres, los humillados, los ofendidos. No predicamos únicamente la caridad. Nosotros nos dirigimos a todos los hombres… ¡Todos, sin distinción! Intentamos despertar las conciencias. Predicamos la comunidad de bienes. La sencillez en las costumbres. Vivimos con nuestros hermanos, predicamos el conocimiento del mundo que nos rodea para descubrir sus más recónditos secretos, para que nunca más se convierta en motivo de estupor, maravillas o prodigios.

Nos tendió sus manos sarmentosas, en un intento de infundir fuerzas, aún más si cabe, en nuestras almas, completamente rendidas a él.

—Pero ya basta, hermanos cristianos. ¡Basta ya de milagros! No en vano decimos que el saber nos hará libres. Libres para pensar. Libres para decidir. Libres para gritar *¡basta!* Al sacerdote y al patrón que nos oprime. A partir de hoy, ¡este trozo de tierra es mío! A ti no te vale de nada, pero a mí me permite saciar el hambre de mis hijos. Libres para tener en nuestra cabaña el Evangelio y leerlo sin correr el riesgo de acabar en la hoguera. Libres para cortar un bosque, arar la tierra, hacerla fértil, poner una colmena y… cuando venga el obispo a cobrarse el diezmo por los frutos de esa tierra que es de Dios, ¡gritaremos no! ¡Basta ya! ¡Basta, seas conde, barón, obispo o cardenal!

En sus ojos glaucos ardía una llama que llegó a abrasarme por dentro. Recordaba a mi viejo Girolamo.

El hombre de la túnica oscura comenzó a hablar. Toda su persona irradiaba una dignidad y una humanidad que infundían nuevas fuerzas a quien lo escuchaba.

—Hermanos cristianos, después de lo ocurrido hace tres días en Saint-Gilles, no hay que hacerse ilusiones: Inocencio III llevará a cabo lo que se propuso desde el momento en que accedió al pontificado: la cruzada contra nosotros. Una guerra para exterminar un pueblo cristiano. Y bien sabemos cómo acabará todo. Lo único que espero es que se contente con mi vida, la de Jeanne y la de todos los *boni homines*. Espero que el exterminio de unos cuantos millares de personas aplacará la sed de sangre del ejército cruzado. Desde ahora mismo y hasta que llegue ese día, nos esforzaremos el doble en nuestra misión y nuestra predicación. Abandonaremos nuestros cuerpos a las espadas y el fuego de los cruzados. A vosotros deseamos entregaros unas pizcas de libertad. Si lo conseguimos, esta pobre vida terrena habrá valido la pena. Pero, antes de nada, querría recordaros quiénes son los principales enemigos de Inocencio III y sus obispos: los libros y el conocimiento —frunció el ceño y se mesó la barba, que cubría su huesudo mentón—. La Iglesia de Roma tan sólo se ha equivocado una vez. Ocurrió hace dos siglos, cuando eligió al papa Silvestre II, es decir, a nuestro humilde Gerberto. No había materia en la que no despuntase: latín, griego, retórica, gramática, filosofía, medicina, música, mecánica, astronomía… y, sobre todo, matemáticas. Amor por Cristo y por el saber, en esto se cifraba su vida. Se mostró incansable a la hora de difundir el saber entre el pueblo. Apenas elegido papa, sorprendió a toda Roma al promover el estudio de las letras. Su humilde y sincero amor cristiano lo llevó a otras victorias: buena parte de Polonia, Prusia y Hungría abandonaron la idolatría y se convirtieron al cristianismo. Pero la corrupta Iglesia de Roma y sus obispos, parásitos inhumanos, se mostraban incómodos y preocupados con aquel humilde gran hombre, pues había sentado las bases para el desarrollo moral y cultural del pueblo cristiano, algo extremadamente peligroso, porque inocular el saber en la mente humana quiere decir poner en marcha la máquina de las ideas. Cuando el hombre comienza a pensar, a razonar, a discutir sobre todas las cosas… Acaba discutiendo sobre las Santas Escrituras y la religión —frunció el ceño de nuevo—. En el cuarto año de su pontificado fue envenenado por una mano no demasiado misteriosa; una mano que apagó la llama de la esperanza que Gerberto había encendido.

La mano de Yolanda buscó la mía mientras los ojos hundidos de Guilhabert ardían tanto como su voz.

—Por esto, nuestro deber y el vuestro es conservar, traducir, copiar

y divulgar el saber de los antiguos griegos. El pensamiento humano puede extenderse muy lejos, mas el pacto que los emperadores romanos sellaron con la Iglesia católica ha abrasado y ahogado. Han intentado borrar para siempre las huellas de su pensamiento porque los helenos habían descubierto un arma mortífera contra todos los falsos sacerdotes: la potencia del saber y de la razón —se oyó el viento que sacudía un postigo mientras el frío aullido del viento corría por las callejuelas—. Además de las mentiras que caen por su propio peso, las acusaciones que nos hacen los prelados de Roma son de naturaleza doctrinal. Nosotros decimos que el alma es luz creada por Dios, y el cuerpo una prisión obra del demonio. Ellos afirman que el demonio existe, si bien se trata de un ángel que se rebeló contra Dios y sembró el Mal entre nosotros. La diferencia, desde el punto de vista del dogma, es considerable, cierto, pero no deja de ser triste que la liberación del hombre tan sólo pueda conseguirse por la gracia de Dios, algo que el Cielo concede por mediación de un sacerdote. ¡Fijaos en lo que significa, por el contrario, atribuir al hombre la fuerza para luchar y liberar su espíritu de la materia y unirse a la luz de Dios! Mas el problema no depende de dónde coloquemos a Satanás, si un poco más arriba o un poco más abajo. Lo importante, creemos, es reconocerlo y combatirlo. ¡No se trata de un mero espantajo con el que atemorizamos con los peligros del pecado y la condenación eterna! La Iglesia de Roma, durante todos estos siglos, ha predicado y, sobre todo, propagado el pecado; ha forjado cristianos poseídos por el miedo y el terror. Ha atizado el fuego, abrasado las almas, golpeado las mentes hasta obtener hombres que han perdido la verdadera sensibilidad para reconocer el Mal que cada uno de nosotros lleva en su interior, junto con el amor. Y si pierde esta sensibilidad no se podrá reconocerlo más: nos convertiremos en personas insensibles que permanecerán frías ante cualquier forma de miseria o dolor que padezca nuestro prójimo. Y no tardaremos en estar dispuestos a cometer toda clase de horrendos delitos —la mirada luminosa de Guilhabert pareció abrazar a los presentes—. Nunca más debemos bajar la cabeza. Dejemos de seguir la voluntad de otros. Si verdaderamente queremos ascender por la escalera de luz, hemos de hacerlo no como miembros de un rebaño, sino como hombres libres, con la frente alta, ¡comportándonos como cristianos! Pues los cristianos no son quienes dicen serlo. Tampoco lo son quienes reciben el *Consolament*, la imposición de manos, los sacramentos o las bendiciones. Cristiano es quien intenta poner en práctica, cada día, las enseñanzas y el ejemplo de Cristo.

»Oh, hermanos, nada valdrá la pena si no conseguimos resolver el

misterio del Espíritu y la Materia, del Bien y del Mal. Si luchamos para transformar nuestro rebaño en un pueblo cristiano, nos encontraremos más cerca de dilucidar este misterio y además habremos hallado una razón para nuestro breve viaje material. En verdad, habremos dado un sentido a nuestra existencia.

Yolanda se apoyaba en mi brazo mientras nos adentrábamos en la penumbra de los callejones. Mi pensamiento vagaba muy lejos, en una cabaña sobre un peñasco de lava, ante un lago. El buen Girolamo, ¡lo que habría dado por escuchar una prédica como la de Guilhabert! Mi viejo… Sus jeremiadas, que tantas veces había fingido atender… Su poderosa mente, su rabia contra aquel mundo tan injusto… Qué bien lo entendía ahora. Con cuánto cariño lo recordaba. En aquel momento me daba cuenta de los errores que había cometido en Nemi, con la cabeza metida sólo entre mis libros, sin mirar nunca a mi alrededor.

Desde que llegué a Béziers, cambié por completo. Las palabras de Guilhabert habían iluminado de una manera completamente distinta, pero decisiva, mis números y mis libros. Ahora, más que nunca, me daba cuenta de cuán importantes eran. Y supe lo que haría durante el resto de mi vida: me aferraría a mis volúmenes como si fuesen espadas y combatiría con ellos. Los convertiría en mis armas, tan temidas por ellos. Me sentí con ánimos renovados. Era plenamente consciente de lo que me esperaba y, para combatir con un enemigo como aquél, necesitaba echar mano de todo cuanto tenía, excepto el heroísmo.

Y ése era el peligro al que debíamos enfrentamos aquellas gentes y yo. Siendo muy joven, soñaba con empuñar algún día una espada de acero y lanzarme a la batalla, pero mi mente frenaba mi entusiasmo.

También debía refrenar, e incluso sofocar, el afecto que mi corazón sentía por Yolanda, pero no lo conseguía.

Mientras atravesábamos un angosto soportal excavado bajo una casa y nos sumergíamos en la oscuridad más completa, oí el leve chapoteo de la nieve fundida y me acordé del canal central con el que se recogía el agua de lluvia. Yolanda también debió de pensar en lo mismo en ese mismo momento.

Y, de este modo, mientras la acercaba a mí, ella intentó saltar el canal. Sin saber cómo me la encontré entre los brazos. Un mero instante, pero lo suficiente como para aspirar la fragancia de unos cabellos que rozaban mis mejillas y un perfume de virginidad que me incendió la sangre.

Nos separamos con pesar y proseguimos mientras bromeábamos con voz discordante sobre la humorada del cónsul que había dado a

aquel angosto y oscuro callejón un nombre como *calle del Sol*.

Capítulo V

Gregorio IX instituye la Inquisición, miniatura de los Decretos de Gregorio IX (siglo XV).

Los primeros clarores del alba comenzaban a disipar el manto de niebla azulada que cubría el Ródano y Beaucaire. La torre más alta del castillo, erigida sobre el grueso espolón de roca, destacaba en el cielo terso.

Nos hallábamos fuera de la ciudadela, a la orilla del río. Apenas se avistaba Tarascón. El invierno había acabado y, aunque la temperatura fuese agradable, Simón no dejaba de frotarse las manos con fuerza para calentarse. Yo permanecía sentado sobre un tronco mientras él, como un lobo enjaulado, daba unos cuantos pasos hacia la ribera para, poco después, volverse y acudir a donde yo estaba. Me miraba con sus enormes ojos negros —que parecían pequeños en comparación con su gran nariz y su amplia frente, siempre fruncida—. Inició un amago de conversación, se lo pensó y marchó de nuevo. Ni siquiera el lento discurrir de las aguas grises parecía calmar un poco su nerviosismo. De pronto, se me plantó delante. Su poderosa figura estaba a punto de estallar. Empezó a gesticular, se rascó su larga barba y, por fin, espetó:

—¡Estás loco! ¡Estás desafiando la paciencia del buen Dios!

—Y la del buen Simón…

—¡Por supuesto! Pero no la del *buen* Simón, sino la del tonto, ¡vergüenza de su tío Nathaniel y deshonra de su estirpe! Hasta ahora nos han acusado de todo, incluso de asesinar a Cristo y sacrificar niños. Cuando esté muerto, en cambio, dirán que los judíos son tontos también. ¿Por qué me dejé convencer por ti y por aquel felón de Bernard? ¿Por qué no está él aquí? ¡Al fin y al cabo es maestro armero! Lo sabes, ¿verdad? Porque, mi querido amigo catalán o de cualquier otra parte del infierno, en ésta perdemos el pellejo —su voz nasal era más ordinaria y quejosa de lo habitual.

—No, Simón, sabes que no es así. Bernard es el oficial en jefe de la guarnición de Béziers y está muy atareado estos días. Además, en esta región lo conoce mucha gente. En cambio, ¿crees que sospecharán de alguien como nosotros? Un mercader judío que comercia con libros de ciencia…

—¡Y un genio de los números en busca de una buena hoguera! ¿Podrías decirme por qué no nos largamos? ¿Por qué nos hemos quedado todos estos días en este maldito lugar? Hemos estado en Saint-Gilles, en San Egidio, te he llevado a Arles, has podido hablar incluso con el hermano del asesino, ahora ya sabes quién es… Ya estás seguro de que se trata de un escudero del conde de Tolosa y que odiaba a muerte a Pierre de Castelnau. Haya habido una conspiración o no, ¿qué más da? ¡Ya está montado el pastel! Inocencio III ya ha propuesto canonizarlo como santo. En el momento en que su idea se haga más o menos oficial, no tardará mucho en aparecer un milagro. Por otra parte, ha nombrado a Arnauld Amaury caudillo de la cruzada. Ya nadie puede detenerlos. ¿Qué he de hacer para que te lo metas en tu tozuda cabezota de héroe suicida?

En los últimos días se había convertido en una persona impaciente y cada vez me costaba más infundirle un poco más de tolerancia o de confianza.

—Mi querido Simón, si todo se debe o no a un complot entre el conde y su escudero, no es lo mismo.

—Quizá sea distinto a los ojos del buen Dios, pero no para nosotros. Ahora, la guerra es inevitable.

—Lucharé mientras quede una brizna de esperanza. ¡El conde no tiene nada que ver! Yo lo sabía todo antes de mi llegada a Béziers. Tú, en cambio… Tú que te tienes por tan sabio, dime por qué el conde, que supuestamente habría urdido todo esto, se propone dar caza a quien siguió sus órdenes para librarlo de su mayor enemigo.

—Está clarísimo: para asesinarlo y así evitar que revele la conjura.

—O quizá para que lo disculpe y diga que no ha habido ninguna.

—Admitamos que lleves razón, valiente caballero matemático, mas ¿quién creerá al escudero? —Sus ojos me miraron fijamente. Su voz parecía cansada.

—Simón, ahora sabemos cómo se llama este hombre. Pensemos que esta mañana acudirá a la cita y que conseguiremos convencerlo para que venga a Roma y se entreviste públicamente con el papa y el conde de Tolosa. El asesino implorará el perdón del pontífice y exculpará al noble. Quizá sea un sueño, pero puede que logremos retrasar esta guerra. Y un año más permitiría la unión de los señores occitanos —exclamé apasionado.

—Supongamos que conseguimos hablar con el asesino. ¿Por qué habría de ir a Roma? ¿Para evitar una guerra… y arriesgarse a terminar en la hoguera? Y aunque logremos retrasar esta maldita guerra, el conde de Tolosa nunca conseguirá unir a los señores occitanos. Mira, mi pobre Giordano, esta tierra espléndida es un

amasijo de comunidades aisladas. Cada señor y cada ciudad piensa sólo en su propia independencia. No les interesan las alianzas políticas. Lo más grave de todo es que carecen de guarniciones fuertes y de amigos. El pueblo occitano, como has podido comprobar, sólo piensa en pulsar las cuerdas de un laúd y entonar versos de amor. Y puede permitirse vivir de esta manera porque, mientras tanto, dos tontos van en busca de asesinos para impedir guerras santas —alzó la vista y las manos al cielo. Me esforcé por ver algo a través de la neblina que cubría el río con la esperanza de que apareciese una barca o una chalana.

Nos rodeaba el silencio más completo. De vez en cuando lo rompía el trino de los pájaros que levantaban el vuelo al encuentro del alba. Mi mente se refugió en el recuerdo de Yolanda, de su dulce figura, que se alejaba mientras mi caballo seguía al de Simón y atravesaba la puerta de Torre Ventosa, de su último saludo mientras sonreía… sin poder apagar la ansiedad de su reluciente mirada.

Hacía unos meses que nos alojábamos en la casa de los cátaros. Yolanda ayudaba a Jeanne a curar a los enfermos, mantener todo en orden y preparar las comidas. También se dejaba caer por la casa de los niños y la leprosería. Por mi parte, cada mañana intentaba poner a prueba mis conocimientos con mis atentos alumnos.

No habíamos abrazado por completo la doctrina cátara, pero nuestro ánimo estaba con ellos.

Cada uno se alojaba en una pequeña habitación sobria y limpia. Y era tanta la alegría de continuar viviendo tan cerca el uno del otro, que cada vez que nuestras manos se rozaban, o nuestros ojos se hablaban, nos esforzábamos por disimular nuestra turbación.

Cuando podía, Simón acompañaba a Sara y a David, sus hijos, a la casa de los cátaros para que siguiesen mis lecciones. Lo hacía bromeando, diciendo que su Dios de la justicia, aconsejado por el sumo Maimónides, no le perdonaría nunca que, en lugar de llevar a sus criaturas a Narbona o Montpellier para que estudiasen en las academias del Talmud, o ponerlos bajo la custodia de su tío Salomón para que se convirtieran en excelentes traductores de Averroés, los llevaba a una cueva herética para entregarlos a un pagano desconocido como yo. Después observaba el ascético respeto que mostraba a Yolanda y, entre bromas y veras, me decía: «El aire de esa casa os está envejeciendo. La *perfecta* Jeanne ha tomado el *Consolament*, ha ofrecido a Cristo su vida y su castidad, ¡pues nadie, salvo vosotros dos, la pretende! Oh, amigo Giordano, estáis ahogando

vuestro amor y eso no es bueno. No, no».

Quizá Simón estuviese en lo cierto. Quizá la proximidad de Jeanne, su voluntad por no permitir ni la menor flaqueza a su cuerpo, su completa entrega a los demás, aquellas paredes blancas y desnudas, la atmósfera de serenidad… O quizás el concepto de amor ligado al de la culpa que la Iglesia nos había inculcado desde pequeños; la idea de que sin el sacramento del matrimonio estaríamos viviendo en el pecado…

La voz plañidera de Simón me distrajo de mis ensoñaciones.

—Estabas pensando en tu dama, ¿verdad? Por si quieres saberlo, yo también estaba abstraído con mi Marta. ¡También! Deseo volver a verla y abrazarla y tener con ella un pequeño ejército de párvulos… y por fin dejar esta tierra. Tomaré una galera y, con toda mi familia, me iré a vivir con los infieles sarracenos. Ya estoy harto de Europa. ¡Harto!

En su voz no había ni rastro de la ironía juguetona con la que aderezaba sus palabras y que lo hacía aún más afable. Estaba verdaderamente triste y preocupado.

—Simón, si para vísperas no nos hemos visto con nadie, ensillamos los caballos y volvemos a casa. Te lo prometo.

Sus ojos negros y las arrugas de su frente amplia parecieron relajarse un poco.

—De acuerdo, de acuerdo. Es cuanto puedes concederme, ¿verdad? Y si fuese necesario debería dejarte todos los libros, ¿me equivoco?

—No, amigo Simón. Estás en lo cierto —y sonreí.

—Mira, el problema es que eres muy joven y, aunque no lo parezca, dentro de ti hay un verdadero volcán. Pero ese fuego arrastra también a los inocentes. Si de vez en cuando vinieses conmigo a Granada o a Toledo, te enseñaría cómo encauzar parte de tu ardor… en vista de que has decidido que Yolanda se convierta en una beata o una santa.

—*Mars et Venus!* ¿Qué pasa en Granada y Toledo?

Me miró con sus ojos brillantes.

—Algo maravilloso: infieles, cristianos, judíos… Gentes de todas partes del mundo viven sólo para la cultura. Se dedican a todo tipo de estudios, sobre todo a las ciencias. Traducen del griego al árabe y del árabe al latín. Entre tanto saber, ¡te creerías en el paraíso! La ciencia y la cultura derriban los obstáculos ideológicos, religiosos y raciales. Y, por la noche, todos a la taberna, donde hay un vino que es un verdadero néctar de los dioses. Y hay algo mejor: ¡las doncellas de

Granada y Toledo! ¡Ay, amigo Giordano, cuán distinta parece la vida después de haber tomado un poco de aquella ambrosía! Son criaturas estupendas, con la sangre mezclada, una piel suave y de un color… Sus ojos prometen la felicidad eterna. ¡Y les traen sin cuidado los sones del laúd o los versos de amor! Viven de amor, se alimentan de amor, mueren de amor… Y a nosotros, los circuncisos, nos toca la parte del león, naturalmente.

—¿A qué viene esto, mi disoluto amigo?

Un leve velo de malicia cubrió la sonrisa de sus ojos.

—Porque nuestra sensibilidad no es tan fina ni tan sutil… ni breve como la vuestra. ¡Se trata de una sensibilidad áspera porque se ha encallecido con el tiempo! Pero ¡con qué alegría se ven juntos el infierno y el paraíso en los ojos de aquellas criaturas! Y solamente nosotros logramos no dejarnos vencer por la impaciencia y la gula, y no recoger de inmediato ese néctar del Edén, pues deseamos que nuestra compañera de viaje vuele a nuestro lado, libre como nosotros, en el viento del éxtasis. Ésta, amigo mío, ésta es la verdadera razón por la que se guarda tanto rencor contra nosotros, los judíos. Éste es el motivo por el que, valiéndose de acusaciones absurdas, intentan mover contra nosotros la simpleza de la gente. Las doncellas y las damas nos prefieren… y los hombres son celosos, y nos atacan. Ahora sabes por qué los circuncisos deben ser exterminados.

Una genuina risotada brotó de su pecho poderoso, serenando todo su rostro. Me alegraba verlo tranquilizado. Tras aplacar su alegría, añadió:

—Bien, espero que nos llevemos a casa los libros. Me desagradaría mucho privarme de ellos después de haber hecho tantos sacrificios para obtenerlos.

—Pero, dejando aparte el de Dioscórides, y lo digo con todo el respeto por Virgilio, Ovidio y Cicerón, esos libros tan sólo tienen valor por sus encuadernación y las gemas que llevan incrustadas. Se trata de magníficos objetos para contemplar antes que para leer: sólo mercancías preciosas que pueden ser útiles a la hora de comprar los servicios de cualquiera.

—«Sólo mercancías preciosas»… ¡Dios santo! Menos mal que micer Jacobo no será tan tonto como para venir…

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, de entre la neblina que se comenzaba a disiparse apareció una barcaza tripulada por hombres. Todos iban armados. Al vernos, bogaron en nuestra dirección. Simón había enmudecido de estupor y yo ardía de

esperanza. Eran cinco. Uno de ellos saltó a tierra, tomó al vuelo la soga que le habían lanzado y la ató a un árbol. Avanzó con decisión hacia nosotros. Su aspecto era imponente, similar al de mi compañero: parecía uno de aquellos hombres que jamás dudaban. Se dirigió a Simón.

—¿Sois vosotros los que andáis buscando a micer Jacobo?

—Sí, señor —respondí—. Somos nosotros y, para ser más precisos, yo. ¿Es posible que nos encontremos para que pueda hablarle? —dije, estremecido por la emoción.

Nos escrutó mientras intentaba adivinar nuestras intenciones. Después, nos indicó que pasásemos delante. Esperó a que lo adelantásemos. La mano de Simón se aferraba a su cintura, justo donde había escondido un cuchillo, pero no ocurrió nada. Subimos; el caballero desató la amarra y, con la ayuda de un compañero, dirigió la barcaza hacia el centro del ancho río, bogando contra corriente. Los otros caballeros mostraban un aspecto y un comportamiento similar al suyo. Uno de ellos se volvió hacia mí.

—No sé quiénes sois ni por qué me buscáis. Soy micer Jacobo. Han seguido vuestros pasos desde Arles y, para ser sincero, todavía no estoy seguro de si sois las personas más tontas e imprudentes que haya conocido, si sois demasiado astutos… o, incluso, héroes. Sea como fuere, procurad ser convincentes, pues de lo contrario los peces del Ródano se darán un buen banquete.

El rostro de aquel hombre robusto, de cabello claro y liso, mantenía una expresión con la que pretendía dar una imagen huraña y algo fiera. Procuré ser lo más persuasivo posible. Le conté mi historia: la torre de Nemi, la conversación entre Inocencio III y Arnauld Amaury.

—Micer Jacobo, tal como podéis ver, pongo mi vida en vuestras manos. A decir verdad, no es tan importante como la posibilidad de salvar a un pueblo. Ignoro la causa, mas sé que habéis asesinado a Pierre de Castelnau obligado por un hombre de cabellos rojizos, voz poderosa y cavernosa, y una cicatriz en forma de cruz en la parte izquierda de la boca. El legado pontificio Arnauld Amaury.

Mis últimas palabras le provocaron una vivísima sorpresa, aunque no pareció creerme.

—¿Qué habéis dicho? ¿El legado pontificio? ¿El abad de Cîteaux, Arnauld Amaury? Por Dios…

Dejé que su mente relacionase los acontecimientos de mi narración con sus recuerdos. Poco después, cuando se hubo repuesto del estupor, su rostro y sus profundos ojos negros expresaron una tristeza infinita. Parecía hablar consigo mismo:

—Dios mío… No pude evitarlo… No pude…

Me miró fijamente:

—Micer Giordano, podéis estar seguro que aquel hombre se habría salido con la suya de cualquier modo. Me escogió por mi cercanía al conde. Si hubiese fallado, lo habría logrado con otro —su mirada era triste.

—Jacopo, estoy convencido de ello. Y en modo alguno deseo que me reveléis como ha conseguido obligar a un caballero como vos a que apuñale por la espalda a Pierre de Castelnau. Apelo a vuestra humanidad. Os lo ruego, entregaos al conde, haced que pueda disculparse con el papa, id vos mismo a Roma y confesadlo todo públicamente. Inocencio III no podrá hacer otra cosa que acallar las trompetas de guerra. Quizá se obtenga una tregua. Os lo suplico. No está en juego sólo la salvación de un pueblo.

—No, Giordano. Ya es demasiado tarde. Nada ni nadie podrá detener la cruzada contra los países occitanos. Y no temo por mi vida, os lo aseguro. Pero quiero que sepáis: tomad vuestras cosas y venid conmigo. No pretendo que perdonéis mi gesto, pero deseo que al menos lo comprendáis —e hizo una seña a sus compañeros. En poco tiempo, la barcaza volvió a la orilla.

Descendimos del caballo. Jacopo nos invitó, a Simón y a mí, a entrar en la pequeña casa situada en el burgo más alejado de la ciudad. Poco después, bajó por las escaleras una joven de larga cabellera castaña. Abrazó a Jacobo, susurrando *padre*. La presentó: se llamaba Beatriz. En sus ojos, inocentes, se veía el miedo. Sus delicadas manos buscaron la protección de su padre.

Jacobo pasó un brazo sobre los hombros de la joven.

—Sólo la tenemos a ella. Tiene doce años. Su madre, mi Elena, se parece a ella. Hace unos tres meses, un día, volví a casa y no estaban. En su habitación, un mensaje: «si quieres volver a verlas, debes hacer cuanto se te ordene y guardar el secreto». Una noche tuve que acercarme a un lugar, solo. Un hombre de voz cavernosa y una cicatriz en forma de cruz en el lado izquierdo de la boca me dijo lo que debía hacer. Hubieran liberado a la niña de inmediato, reteniendo a la madre como rehén durante cuatro meses más para asegurarse mi silencio.

—¿Vuestra esposa todavía está en sus manos? —preguntó Simón.

—Sí, micer. No es posible liberarla. Y no se debe tanto al temor por su muerte lo que ha mantenido mi obediencia como al suplicio que habría precedido a su fin.

Al escuchar estas palabras, la joven rompió a llorar, escondiendo su desesperación y sus lágrimas en el pecho del padre. Jacopo esperó a que se aplacasen los sollozos. Después, prosiguió.

—No me fue difícil hacerlo: me pareció actuar en un papel trágico. Antes de que lo asesinase, Pierre me miró a los ojos y, sin haber visto el puñal, pidió al Señor que me perdonase del mismo modo que él lo hacía. Se dio la vuelta y se arrodilló. Apenas tuve tiempo para asestar el golpe, cuando aquella orilla solitaria del río se llenó de decenas y decenas de personas que aullaban tras un hombre de cabellos rojizos. Salté a la barca y vine a refugiarme aquí. Ahora sé quién era aquel hombre. Ahora me doy cuenta de todo. Mas debéis creerme, habría encontrado otra mano para aquel puñal.

Me sentí destrozado. Simón permanecía callado también. Después Jacobo se dirigió a mí:

—Seguidme… Pero sólo vos, Giordano. En cuanto a vos, micer Simón, aguardad aquí y proteged a mi hija. Estaremos de vuelta dentro de unos pocos días.

Tomé al vuelo la mirada de alivio de mi fornido amigo: el hecho de evitarse una aventura más le había iluminado el rostro con una sonrisa que apenas podía ocultar. Cuando vio que colgaba en la silla del caballo la bolsa con los libros, adoptó una expresión más sombría.

Una gran barcaza nos llevó —a Jacobo, a mí y a nuestros caballos— hasta Aviñón. Pasamos la noche en una posada y retomamos el camino. Poco antes de adentrarnos en el bosque, en la ermita de un pueblecito, Jacobo retiró cuatro grandes barriles que colocó en los caballos. Nuestra marcha era ahora más lenta y pude embelesarme con las maravillas de aquel espléndido bosque, con los animales salvajes que huían a nuestro paso. Me alegraba al contemplar la carrera alocada de las ardillas hacia la cima de los árboles. Después nos adentramos en gargantas angostas y profundas. Pasábamos por la orilla del río. El agua era oscura, casi negra. Por encima de nosotros descollaban las laderas de la montaña, rojizas y escarpadas: se apreciaban algunas oquedades en las altas paredes que hacían pensar en pequeñas cuevas. Reinaba un silencio absoluto, roto de vez en cuando por los gritos de algún ave de presa.

Seguimos un sendero empinado. Nos internamos por un pasaje estrecho hasta que se oyó un silbido. Jacobo me hizo una seña para que me detuviese. Nos encontrábamos cerca de la entrada de una garganta muy angosta. En la parte superior, excavadas por el tiempo y el viento, se adivinaban ciertos macizos afilados. El sol ya estaba alto.

Otros silbidos, muy agudos, retumbaron de una cumbre a otra. Poco después se oyó un galope: el caballero, completamente cubierto por una capa negra, nos miraba por los dos agujeros practicados a la altura de los ojos. Una voz ronca perforó la máscara.

—Él no. Debes ir solo. Ése era el pacto. Esperará aquí.

—Vendrá conmigo —respondió Jacobo con firmeza—. Ha de hablar con Daniel. Tiene algo que le interesa. Si Daniel no queda satisfecho, se quedará con él. Dejadnos pasar y guiadnos hasta allí.

Los ojos ocultos nos escrutaron en silencio. Hizo una seña a Jacobo, quien me dio una capucha negra y, al ver que se colocaba otra en la cabeza, lo imité. Oí cómo aquella horrible voz animaba a nuestros caballos. Comenzamos a movernos. No sé cuánto tiempo transcurrió. El hecho de cabalgar sin ver nada me indispuso. Tuve la sensación de que me ahogaba. Me di ánimo y, cuando estaba a punto de vomitar, oí un grito, un silbido, y nos detuvimos. Nos obligaron a descender del caballo y nos guiaron por un corto sendero. Intuí que entrábamos en una gruta. Poco después, noté cómo desaparecía la humedad. Nos conminaron a quitarnos la capucha.

Sólo la montaña podía poseer un aire y una luz tan puros. El contraste entre lo que nos rodeaba fue todavía más violento: un pequeño calvero bordeado por cimas más altas al cual sólo podía accederse a través de un pasaje estrechísimo. Casi enfrente, una abertura más grande. Sólo se veía el azul del cielo. Abajo, un precipicio… o una de las gargantas por las que habíamos andado un poco antes. En el calvero, en círculo, se habían instalado unas míseras chozas de madera. Cerca del paso mayor, un tanto alejadas de las otras, había dos cabañas.

Debía de haber llovido en los días anteriores, pues el terreno era un lodazal. Poco a poco, unas figuras encorvadas y terriblemente mutiladas por la enfermedad comenzaron a arrastrarse hacia nosotros. Horror y piedad: en mis ojos tenía que resultar evidente el fruto de esa lucha.

De entre el grupo de aquellos infelices se adelantó una criatura que debía de ser un hombre —aunque era harto difícil asignar a cualquiera de aquellos seres una edad o un sexo determinados—. Una voz ronca y decidida brotó de una llaga purulenta que alguna vez fue una boca.

—Es horrible ver la lepra tan de cerca, ¿verdad? En este momento tan sólo quieres huir y vomitar… ¿Me equivoco, gallardo héroe?

No había logrado recuperarme del escalofrío que me había asaltado. Mi mirada huía de aquellas manos deformes, sobre todo de

los pobres rostros devastados por abultadas bubas que habían borrado por completo cualquier rasgo de humanidad. Encontré fuerzas para responder:

—No, señor. Desearía ayudaros.

Se elevó una risa mordaz. Un coro de muecas sarcásticas. La criatura que me había dirigido la palabra hizo una señal, obteniendo un silencio absoluto. Me miró fijamente con el único ojo que le quedaba. El otro había sido devorado por ampollas y tumores. Intenté recomponer su cara, pero me fue imposible. La frente y los cabellos eran un amasijo de costras e hilachas amarillentas; las orejas habían desaparecido y en lugar de la nariz quedaba un pequeño abismo rojizo y violáceo que se hundía directamente en la garganta. El cuello era un largo tronco de bubas negruzcas y la boca, una enorme llaga de pústulas, gránulos secos y costras impregnadas de un líquido purulento.

—¿Me has mirado bien? ¿Tu ánimo ya se ha visto colmado de horror y falsa piedad? Pues baja ahora y ayuda a tu amigo a descargar —tronó con rabia su voz gutural.

Obedecí sin replicar. Jacobo y yo colocamos los cuatro barriles al lado de una cabaña. Después, se cargó a sus espaldas dos grandes sacas y esperó. La criatura que parecía gobernar aquella comunidad, probablemente el tal Daniel que había mencionado, se dirigió hacia él.

—Adelante, micer Jacobo, llevad lencería inmaculada y alimento incontaminado a vuestra Elena. No temáis: la tratamos con mucha consideración. Continuad respetando el pacto pues, como veis, todo está yendo de la manera mejor, aunque estos monstruos han esperado y confían aún en que todo acabe mal para gozar al menos de vuestra encantadora dama. Id y procurad consolarla. ¿Os bastará, como de costumbre, el discurrir de esta gran clepsidra? —Un horrible estremecimiento se dejó oír en su voz.

Otro coro de horrendas muecas partió del grupo. Mientras Jacobo, con la mirada llena de ansiedad, se alejaba, el jefe del grupo se volvió hacia mí:

—Yo soy Daniel. En este valle, en esta montaña, tengo el poder de administrar la vida y la muerte de todos, salvo de la lepra, naturalmente —y soltó una amarga risotada.

Mientras el grupo se dispersaba, Daniel se me acercó. Una inesperada vaharada a podredumbre me llenó la nariz y la garganta. Con su voz gutural, que apenas lograba distinguir, me dijo:

—No temáis. Casi tenemos la certeza de que el contagio se da sólo por contacto directo. Decidme ahora por qué habéis venido a curiosear en este lugar. Y sed claro o de lo contrario permaneceréis

aquí y un *sano* satisfará los residuales deseos de todo este pueblo. Tanto de hombres como de mujeres. Os lo garantizo.

Consciente de que no disponía de demasiado tiempo, me esforcé por penetrar en la mente y el ánimo de aquella pobre criatura:

—Daniel, ¿sabéis por que han apresado a Beatriz y Elena?

—No al principio, pero ahora ya lo sé.

—Liberad a Elena hoy mismo. Permitid que vuelva a casa. Quizá Jacobo pueda retrasar o evitar la guerra —estaba temblando.

Su ojo me miró fijamente. Su voz ronca me sacudió:

—Dado que estáis arriesgando vuestra vida y no teméis afrontar el fin que os he vaticinado, es evidente que estáis peleando por algo más importante que todo esto. Y también está bastante claro que no tenéis una compañera como la de micer Jacobo.

—No es cierto. La tengo y la adoro —yo mismo me maravillé de la pasión con la que mi voz había brotado.

—Entonces no sois más que un vanidoso suicida o un loco…

—No, Daniel. No tengo intención de sermonearos… No se me da bien. Pero el día en que nos comportemos y pensemos en nosotros como si no hubiese nada más, creo que será el fin de la raza humana.

—¿Y vos pretendéis que sobreviva? ¿Creéis que es justo? ¿Pensáis acaso que es bueno para la vida de este mundo que esta especie continúe su viaje? —Y rió sarcásticamente.

—Sí, creo firmemente en ello.

—Bien, vos mismo tenéis la respuesta por la cual no liberaré a esa mujer, sino hasta dentro de bastantes meses, cuando la guerra ya esté lista para comenzar. Creo que la raza humana impide el camino de la historia. Que se extinga ya, pues no es digna de la Creación. Cuando no quede ni la menor huella del hombre sobre la Tierra, el Creador de todo esto lo intentará de nuevo con cualquier otro animal. Da igual si se trata de perros o leones. Lo ignoro, pero estoy seguro de que el experimento dará mejores resultados en ese caso —su mirada fulminó el azul del cielo.

—Daniel, decís eso sólo a causa de vuestra enfermedad. Sin embargo, a juzgar por vuestras palabras, la lepra no ha atacado vuestra mente.

—¿Acaso os sorprendéis? ¿Os asombra que dentro de nuestros corazones haya tanta ira y odio contra el hombre? ¿Contra ese ser henchido de arrogancia y desprecio que nos ha negado la libertad, que ha destruido nuestra dignidad? Yo era un hombre respetado y amado del mismo modo en que yo amaba y respetaba a mi gente, a mi familia, a mis amigos. Apenas mis carnes comenzaron a marchitarse, me vistieron con una túnica y me colocaron una matraca en la mano

para que la hiciese sonar con la mayor fuerza posible a fin de que todos me evitasen mientras me dirigía a la leprosería de los monjes. Intentaron quemarme vivo dos veces. Estuve a punto de ceder, deseoso también yo de acabar con todo. Nunca un ser humano que hubiese tenido un gesto que no mostrase su repulsión o su odio, nunca un hombre que hubiese pensado que bajo este pus había una mente y un alma. Y, sin embargo, ese poderoso germen de oveja que se esconde en cada uno de nosotros me empujó igualmente a refugiarme en aquel rebaño tan caritativo. ¿Sabéis qué me hicieron los monjes en primer lugar? ¿Antes de darme una escudilla con leche y un trozo de pan? ¡Me obligaron a escuchar una misa *de difuntos*! Celebraron *mi* misa. Solemnizaron la pérdida de mis derechos como ciudadano. ¡Me borraron del mundo! —tronaba como un endemoniado—. Sin embargo, me recordaron que debía elevar una plegaria especial por el difunto papa Alejandro III, que, aun oprimido por las innumerables y sagradas decisiones que se vio obligado a tomar para extirpar a salteadores y herejes… tuvo a bien, aquel grande y magnánimo papa, pensar también en los leprosos y mantener indisoluble nuestro vínculo matrimonial. Decían la misa de difuntos por mí, me echaban del mundo, ¡pero no disolvían mi matrimonio! Me escapé mientras celebraban mi ceremonia de despedida: tiré la matraca y, junto con los peores bandidos-leprosos, me refugié en esta montaña donde vendemos caro el pellejo. Sacamos provecho del horror que sentís por nosotros. Nos permite tener un poco de poder entre estas manos tan horribles. Y se trata de una sensación estupenda, que nos recompensa en parte de todas las humillaciones y sufrimientos —y alzó hacia mí sus manos, parecidas a las garras de un animal, en un gesto de fuerza.

—Daniel, ¿sabéis quién es uno de vuestros principales *benefactores*? ¿No es cierto?

—Ya no importa. Sé quién es. Pero paga bien y eso es lo que cuenta. Ignoro de qué abadía procede la cerveza que nos manda, pero dicen que está bendecida directamente por san Arnaldo, el santo patrón de todos los monjes que la producen, ¡por eso es el mejor remedio contra la peste y la lepra! Naturalmente, apenas cura, pero es exquisita y sumerge la mente en la niebla. Después hay esos barriles que habéis traído vosotros ahora: algunos de ellos contienen un aceite inventado por los egipcios, obtenido con las semillas de una planta de África, y ese aceite ayuda a curar nuestras carnes martirizadas. Si además nos pide que le custodiemos unos libros, ¿qué más queremos? —Al decir esto, debí de sobresaltarme, porque añadió de inmediato—: ¿Qué hay? ¿También os interesan los libros, además de las bellas damas?

Emocionado, tomé las alforjas del caballo y saqué uno de los textos encuadernados:

—Ahí hay bastantes. Son objetos de valor y quizás útiles. Tomadlos, son para vos —y le entregué toda la bolsa.

Apenas echó una ojeada al libro:

—Además de la libertad de la bella dama, que ahora no puedo concederos, ¿qué deseáis a cambio de esta *De universa medicina* de Dioscórides?

—Daniel, querría sólo ver los textos que tenéis aquí…

No contestó. Me indicó que lo siguiese. Entramos en la que debía de ser su cabaña. En una esquina, sobre una caja, había un pequeño montón de libros bien encuadernados, con riquísimas orlas: ninguno de ellos me recordaba a los que había visto en la torre de Nemi. Estaba a punto de tocarlos cuando Daniel me lo impidió con un gruñido.

—Dejadlos ahí. Yo los hojearé por vos. ¿Qué libro buscáis?

—¿Los habéis leído todos?

—Del primero al último.

—¿No hay comedias de Plauto?

—No.

—¿Y escritos en griego…? Epístolas, por ejemplo —mi corazón galopaba.

—No. Todos están en latín, no hay ni una sola línea en griego o árabe. Se trata sobre todo de libros de remedios y plantas. Incluso está el *Papiro Ebers*… Pero las compresas de moho que se recomiendan, y que hemos probado en nuestro pus, no han hecho más que enmohecerse más. Todos esos textos son de escaso valor literario, salvo uno de Aristóteles, o al menos así se le atribuye, el *Secreta Secretorum*. ¿Lo conocéis? —Y me miró con su ojo torcido, torvo.

—No, Daniel. ¿De qué trata?

—De conjunciones de planetas maléficos, de Saturno y Júpiter, que de vez en cuando se abrazan y sofocan la atmósfera superior y liberan vapores envenenados. Esos vapores entran por nuestros poros y, de ese modo, la peste y la lepra aumentan. ¡Que Satanás bendiga la estupidez humana! ¿Tanto cuesta admitir abiertamente que la lepra la trajeron los fenicios en la Antigüedad tras uno de sus viajes?

—¿Y tanto os cuesta, Daniel, admitir que quienes la han traído a Europa en estos días son los cruzados a raíz de sus guerras santas en Oriente? ¿O albergáis cierta predilección por la Iglesia de Roma?

Al parecer, no oyó mi última pregunta. Su ojo se había fijado en la decepción que yo no había logrado ocultar.

—¿Tan importantes son los libros de Plauto y las epístolas griegas?

—Podrían cambiar el rostro del mundo, Daniel; podrían evitar la extinción de la raza humana o, por lo menos, de aquella parte que merece la vida, podrían así alterar el curso de la historia y evitar otro *experimento*, por emplear un término de vuestro agrado. Y esos libros los oculta el mismo hombre que os manda custodiar a mujeres inocentes: vuestro patrón —me sentía confuso, pero no vencido—. Daniel, en el mismo centro de la ciudad en la que vivo, a no muchas jornadas de camino de aquí, hay dos leproserías, sin monjes ni curas. Decidme: ¿vale la pena que también desaparezca en el reino de la nada mi mujer, que dedica su juventud a curar con cariño heridas como las vuestras? ¿Deben desaparecer todos los *perfectos* cátaros que luchan y dan la vida por la libertad de los demás y hunden sus manos en las llagas de los leprosos para curarlas?

—Se trata de casos aislados. De vez en cuando aparecen locos o soñadores…

—Como Cristo, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

—¿No aprobáis nada de cuanto hizo?

—¿Qué pretendéis de mí? Cristo vino al mundo equivocado. Se trató seguramente de un error. ¡Quién sabe a dónde estaba destinado!

—¿Tan horribles fueron las cosas que predicó, Daniel?

De su ojo torvo brotó una mirada furiosa.

—No he dicho eso, si bien hay algo cierto: amor, fraternidad, igualdad y eso de no matar a nadie… Bellísimas palabras. Pero era mejor el Dios antiguo, el Dios de la justicia, el Dios implacable con los hombres, ¡el que fulminaba a los inmundos! ¿Qué pasó tras la venida de Cristo? La Iglesia de Roma se apropió de sus ideas, pero no de su ejemplo. Desde los púlpitos predica amor, bondad, fraternidad y paz. Intenta cautivar el corazón de las gentes con la palabra de Cristo para dominarlas y expoliarlas. Y si alguien osa alzar una voz que llame a la rebelión, se la acalla y se lo envía a la hoguera. Eso es lo que ha hecho Cristo: ha tejido una túnica resplandeciente e inmaculada para enmascarar los corazones inmundos y corruptos de sus sacerdotes. Por eso afirmo que jamás podrá repararse el daño que la venida de Cristo ha ocasionado a la humanidad.

La voz ronca se hacía cada vez más viva y rabiosa. Capté el conflicto entre su ánimo y su mente. Inútilmente yo intentaba penetrar en aquella barrera de prejuicios y dolor.

—Perdonad mi franqueza, pero viviendo tan alejado del mundo, quizás habéis perdido el sentido de la realidad. Daniel, vos y vuestros compañeros habéis huido para preservar la dignidad humana en un mundo que deseaba arrebatárosla. Habéis rechazado las leproserías de

los monjes a cambio del aire puro de esta montaña. Pero empleáis esta atmósfera límpida y libre no para vivir dignamente vuestro dolor, sino para prostituiros a los mismos sacerdotes inmundos y corruptos que os exponen al mundo entero como el fruto del pecado. ¡Dignos sólo de ser abandonados en brazos del ángel exterminador de la Biblia! Vuestras palabras sólo pretenden enmascarar el único rostro de vuestra realidad: os valéis de la lepra para justificar, ante vuestra conciencia, la vida tan poco digna que vos, libremente, habéis escogido —mi voz vibraba con pasión y sinceridad.

La piadosa máscara purulenta pareció reaccionar y aquel ojo encajado en el rojo violáceo de las bubas y las costras me lanzó toda su rabia y furor.

—No conozco vuestro nombre.

—Me llamo Giordano.

—Debe de valer bien poco para arriesgar vuestra vida de este modo.

—No, amigo mío. Tal vez te parezca demasiado retórico, pero te aseguro que soy sincero. Prefiero reventar antes que perder mi dignidad. No puedo traicionar a mi naturaleza. Daniel, debes convencerte: ni la enfermedad ni las plagas justifican tu elección.

Calló unos instantes. Su mirada inhumana parecía hundirse en el fango, más allá de la ventana que daba a la parte trasera de la cabaña.

—Al comenzar esta sucia historia, creía que se limitaría a una disputa entre señores feudales. La posibilidad de admirar la belleza de Elena y Beatriz era motivo de dolor, pero también de alegría, como la que siento muchos atardeceres al admirar la infinita paleta de colores de un ocaso. Lo lamento, Giordano, pero es demasiado tarde para retroceder —me indicó una pequeña ánfora sellada—. ¿Sabes qué hay dentro? Un poderoso veneno de serpiente. Ése es nuestro segundo trabajo: damos caza a los reptiles, tanto en invierno como en verano, sacándolos de sus nidos. Poco pueden hacer contra nuestros cuerpos podridos. Lo vendemos y nos pagan bien. Dicen que sirven para curar algunas enfermedades, si bien creo que se emplea para envenenar el agua de los pozos en tiempos de guerra y acabar con las gentes de las ciudades. Has vencido tu pequeña batalla cotidiana —y, tras decir esto, tomó las ánforas y las vació fuera de la ventana, una tras otra.

Mientras el gajo de iris claro, todavía intacto, buscaba desesperadamente un residuo de la dulzura de otro tiempo, Daniel me dio la espalda y tan sólo me dirigió una voz sumisa, llena de dolor.

—Nada puedo prometerte. Dios mío, este valle se hundirá en el fango, sin la belleza de Elena. A pesar de todo, gracias por los libros… y por ese *amigo mío*. Aunque habría preferido no encontrarte: has

menguado un poco el odio que sentía por el mundo… que me ayudaba a soportar este calvario. Adiós, Giordano. Ve y espera a tu amigo junto a los caballos.

Salí de la cabaña mientras el sol secaba el barro del pequeño valle.

Capítulo VI

Penitencia del conde de Toulouse, grabado de Moreau (1882).

Los rizos de oro de Sara descendían por el cuello. Con sus bracitos desnudos, me estrechaba los hombros, mientras sus manos intentaban quitarme la hoja de pergamino que leía y volvía a leer.

Yolanda estaba sentada sobre la hierba, un poco distante. Sonriendo, la reprendió:

—¡Sara, deja en paz a Giordano! ¿No ves que está estudiando?

Pero la niña, con voz clara, leía en voz alta: *Si per diversarum obliquitatum vías dúo pondera descendant, fueritque declinationum et ponderum una proportio eodem ordine sumpta, una erit utriusque virtus in descendendo…* ¿He leído bien, tío?

Emití una especie de gruñido y le lancé una burlona apreciación sobre sus ojos, le dije que a mi parecer, además de algo torcidos, eran feos. Se plantó a horcajadas sobre mí, me tomó el rostro entre las manos y escrutó con ansiedad mis ojos.

Intentaba que mi mirada conservase un poco de seriedad, pero al ver su carita inmaculada, realmente triste, comencé a sonreírle. Poco a poco vi cómo sus ojos se iluminaban de alegría. Sus bracitos volaron alrededor de mi cuello y me arrastró por la hierba con unas cabriolas mientras reía expresando con su voz cristalina la alegría de vivir. Conseguí liberarme de aquel fardo tan encantador y volví junto a Yolanda, quien miraba el lento discurrir del río Orb, los altos álamos y sauces llorones que se reflejaban en sus aguas.

Ante nosotros, la alta colina de Béziers y la muralla que la protegía. A la extrema izquierda, apenas se adivinaba la puerta de san Afrodisio, con el campanario de la iglesia. Más allá, la cúpula de nuestra Magdalena, la puerta de Grindes, la iglesia de san Félix, la puerta de Torre Ventosa, la cúpula de san Salvador y, poco más allá, la de la pequeña sinagoga. Luego, altas y poderosas, las torres de la catedral de Saint-Nazaire. A la derecha, y arriba, a la izquierda del Puente Viejo, se divisaban las torres del nuevo castillo de Trencavel.

Agosto llegaba a su fin, si bien todavía hacía mucho calor. La sombra de los sauces detrás de nosotros nos refrescaba un poco. Sara había corrido al lado de su hermano David, concentrado en la pesca

con la caña que le había construido. La niña intentaba tirar del sedal y David trataba de detenerla. La mirada de Yolanda se encontró con la mía.

—¿Te han robado el corazón, verdad, Giordano?

—Viendo a Sara y David, me olvido de todo. Nunca me había relacionado con niños. Es maravilloso verlos crecer, reír, aprender, desobedecer, llorar —miré los cabellos que caían sobre su fino cuello, el bellísimo rostro. Después, mi mirada se posó sobre los rojos labios apenas entreabiertos. Volví la cabeza hacia el río.

Un grito de felicidad. David comenzó a recoger el carrete de madera mientras el sedal se mantenía tenso… hasta que apareció una pobre trucha que intentaba liberarse dando coletazos.

—¡Sara, David! ¡Tened cuidado! ¡Podéis haceros daño! —exclamó Yolanda.

Sin hacer caso de la advertencia, entablaron una verdadera lucha con el pez y, al final, entre gritos y saltos, consiguieron que cayese en el cesto. Después se arrodillaron para ver sus últimos temblores… y la expresión alegre de los niños comenzó a desvanecerse a medida que comprendieron lo que pasaba. David tomó a su hermana de la mano y se dirigió a nosotros. Sus cabellos eran menos claros que los de Sara, pero igual de rizados. Sus ojos, castaños, adoptaban la expresión de todo un hombrecito.

La niña parecía apenada por la pobre trucha. La levanté en volandas y la senté en mi regazo. Besé sus manos prisioneras de las mías:

—Sara, un día construiré una máquina maravillosa y te llevaré al fondo del río para que veas cómo viven los peces, en sus casitas. Y después ascenderemos por los aires, como las golondrinas, y volaremos ligeros hasta donde nace el río y luego hasta donde acaba. Y te llevaré a ver el mar.

Mientras le hablaba, la niña me miraba con una expresión de ensueño: yo conducía la máquina para descubrir valles encantados y castillos construidos sólo para pequeñas princesas como ella. Entrecerraba las pestañas para contemplar mejor aquella fantástica visión.

—Y después volaremos sobre una selva, de noche, y la calle estará iluminada por una gran estela de luciérnagas y seguiremos a un caballo blanco que corre como el viento y a su magnífico jinete, que le pregunta a todas las luciérnagas si han visto llegar a su princesa. Sus lágrimas, al caer sobre la hierba, se convierten en oro, reflejando la luz de las luciérnagas. El viento mueve las matas de hierba y crea una música dulcísima. Al final, la reina de las luciérnagas revela el secreto

al caballero: la princesa bajará del cielo a lomos de un gran pájaro dorado. En ese momento, un pequeño enjambre de luciérnagas se elevará hacia nuestra máquina y la cubrirá hasta iluminarla por completo. Y yo dirigiré el pájaro hacia el final del camino de oro, hasta llegar a la entrada del castillo encantado. El caballero bajará y te reconocerá. ¡Tú, Sara! ¡Serás tú la princesa que estaba esperando! Te tomará entre sus brazos, montaréis en su caballo blanco y entraréis en el castillo encantado, acompañados por la música del viento.

Sara había inclinado la cabeza sobre uno de sus hombros, con una mirada soñadora. La alegría había vuelto a iluminar su rostro.

—Tío, venga. ¿Puedes tocar algo con la flauta?

Tomé el pequeño instrumento de diecinueve cañas que me había construido. Me sentía lleno de alegría y me las ingenié para tocar algunas notas despreocupadas. Aunque me inventaba el ritmo, era fácil de seguir. Sara tomó a Yolanda y a David de la mano, y comenzaron a bailar en corro. Disminuía el ritmo y luego volvía a aumentarlo. Las exclamaciones de felicidad y sus vueltas alejaban las sombras y el temor de mi espíritu. Mis labios volaban veloces sobre las pequeñas cañas y la airosa melodía se mezclaba con el soñoliento canto de las cigarras. Cuando sus rostros, encendidos por el baile y la alegría, se encontraban frente a mis ojos, no cesaban de indicarme que continuase. Tras aquella carrera tan alocada, los labios me ardían. El grupo de bailarines, exhausto, se dejó caer sobre la hierba.

Apenas recuperó el aliento, Sara se quitó el vestidito morado y se quedó con sus blancas enaguas.

—Pero, por Dios, ¿qué quieres hacer? —exclamó Yolanda.

—¡Bañarme! David, ¡vente también! ¡Ánimo!

Yolanda se me quedó mirando como si quisiera preguntarme qué opinaba… y yo permanecí inmóvil, perplejo. Me encogí de hombros. Pero, inmediatamente después, con un paño atado a la cintura, el niño también corrió hacia el río. Y comenzaron a gritar, a jugar, a echarse agua sobre sus cuerpos acalorados.

Yolanda se acercó y se sentó a mi lado. Sus mejillas ardían por el baile. Se la veía todavía un poco jadeada. La tela verde y ligera del vestido se alzaba sobre el pecho. Me fijé en su mano, abandonada sobre su cabello ondulado. El verde azulado de sus ojos estaba velado por una sombra de dulzura. Los labios, apenas un poco entreabiertos, me hicieron temblar. Cerré los ojos, torciendo la cabeza hacia el río. Ella debió de intuir mi turbación y distrajo mis pensamientos con una pregunta:

—Al menos por este año habrá pasado el temor a la guerra, ¿verdad?

—Sí, Yolanda. El invierno ya está a las puertas. Pero será difícil evitarla el próximo verano. Incluso el rey de Francia ha autorizado a los barones franceses que se cosan la cruz en el pecho. Nadie podrá detenerlos. Simón ha dicho que las gentes ya comentan que las ciudades del norte donarán voluntariamente la décima parte de sus haciendas a la Iglesia para financiar la cruzada, mientras Bernard ha mencionado los primeros encuentros entre Raimundo-Roger de Trencavel y el conde de Tolosa. Parece que no están logrando nada. El tolosano no quiere aliarse y probablemente ya piensa en la traición o en quitarse el problema de encima.

—Pero ¿no entienden que si están desunidos son más débiles?

—¡Siempre esperan que en el último momento, mediante un acto de sumisión al papa y alguna promesa vaga, puedan evitar el conflicto! No han entendido que nada ni nadie detendrá a Arnauld-Amaury.

—Pero ¿de quiénes hemos de defendernos en realidad? ¿Y quién nos atacará? Y, en nombre de Dios, ¿por qué? Te aseguro, Giordano, que se habla mucho, pero no acierto a reconocer el verdadero rostro del enemigo —la voz suave y melodiosa se desvaneció en un triste susurro.

—Yolanda, por primera vez en la historia un pueblo cristiano está organizando una guerra contra otro pueblo cristiano. He ahí la cuestión. En torno a ello pueden buscarse y hallarse muchas razones, como, por ejemplo, que el rey de Francia da su permiso a los barones para que participen en la cruzada.

—Pero, por Dios, ¿por qué?

—Felipe Augusto mira a lo lejos. Desea tanto la Provenza como los países occitanos. Proyecta la construcción de un gran reino y éste es el primer paso. ¿Los condes y los barones del norte? Ya están acostumbrados a guerrear en Tierra Santa. Para ellos es como una partida de caza. ¿La otra gente? La Iglesia promete las mismas indulgencias que para las cruzadas en Tierra Santa. Además, perdona las deudas de cuantos participen y les permite salvaguardar sus bienes. Ya sabes que las propiedades de los cruzados son inviolables. Y, para terminar, promete escapar del castigo de Dios al perdonarles sus pecados, así como de sus acreedores. Además, los llena de orgullo al coserles una flamante cruz escarlata sobre el pecho y les ofrece la posibilidad de dar rienda suelta a sus deseos de matar al santificar el asesinato.

—Todas las guerras son horribles, pero ¡convencer a un pueblo para que mate incluso en nombre de Dios! ¿De qué encantamientos deben de valerse para mover a pueblos enteros hacia la guerra? —La

voz de Yolanda estaba llena de tristeza—. Por lo tanto, la única diferencia entre esta cruzada y las otras reside tan sólo en el color de la cruz: del negro y el blanco se pasa al rojo. Y eso que el mismo Felipe Augusto, cuando el papa lanzó el interdicto sobre toda Francia, dijo que estaba dispuesto a perder la mitad de su reino antes que separarse de su Inés. Y sin embargo dejó a su amada en lugar de deshacerse de la mitad de sus posesiones —una sonrisa amarga ensombreció sus bellos ojos verdes.

—Y ahora, de acuerdo con el mismo papa, se prepara para la conquista de tu tierra. Yolanda, ¿qué ocurrió a la época del interdicto?

Siguió el vuelo de las golondrinas, mientras una leve sonrisa le iluminaba el rostro.

—Yo era muy joven y aquí apenas nos enteramos. ¿Nunca te lo ha contado micer Simón? ¿No? Ay Dios, ¡con lo bien que lo explica! Con todos los detalles. ¡Yo creo que realmente estuvo allí! Cuando comienza a describir que, en el corazón de la noche oscura, sonó el fúnebre tañido de las campanas y en la catedral de Dijón se cubrió el crucifijo con un paño y se escondieron las reliquias de los santos en los subterráneos… El legado pontificio, ante toda la muchedumbre que se había agolpado a su alrededor, leyó el interdicto sobre toda Francia, que duraría hasta que el rey Felipe Augusto se separase de la bella Inés. Los fieles se quedaron sin sacramentos, sin himnos religiosos, sin el sonido del órgano ni el aroma del incienso, sin la luz de los cirios consagrados, sin el consuelo de la confesión. Se cerraron las iglesias y se sellaron las puertas. Las campanas dejaron de sonar. Las bodas se celebraron a escondidas. Los cadáveres dejaron de sepultarse en los cementerios y quedaron expuestos en las calles. Nada de música ni de fiestas: sólo ayuno. Y, sobre todo, se cerraron los mercados y se interrumpió el comercio. ¡Lo único que apenaba a micer Simón! Nadie debía ni quería vender ni intercambiar mercancías con gentes que no habían recibido los sacramentos, excomulgadas y privadas de la gracia del espíritu. En suma, todo el país estaba de luto. ¡Durante siete meses! Al final, se incubaba una revuelta popular, encabezada por los mismos condes y barones. La Iglesia había conseguido enfrentar a todos contra el rey: pueblo, caballeros, comerciantes… Y éste se vio obligado a ceder y separarse de su amada. Y mientras exclamaba «quiero hacerme infiel; ¡afortunado Saladino, pues no tiene papa!», las campanas volvieron a tañer y las gentes corrieron a las iglesias como si estuvieran sedientas. Más de trescientos desgraciados murieron en el asalto a las reliquias y las imágenes de Cristo.

—Dios mío, qué fuerza tan espantosa posee esta organización.

Cuenta con una grey inmensa.

El cielo resplandecía y las aguas del Orb discurrían tranquilamente. Sin embargo, no conseguía desviar mis pensamientos ni apaciguar mi ansiedad.

—Yolanda…

Tardó en responder a mi mirada.

—Yolanda… Hablemos de nosotros… De nosotros dos —mi voz temblaba.

—¿Qué hacen Sara y David? ¿Los ves? —Su tono también parecía ahogado.

—Yolanda, te lo ruego…

De nuevo buscó refugio con la mirada en el río.

—Giordano. No querría que ocurriese una desgracia. Voy a vigilarlos de más cerca.

Me arrodillé. Le tomé el rostro entre las manos, obligándola a que sus ojos se encontrasen con los míos. Me aferró las manos, intentando liberarse.

—Continuemos como hemos hecho hasta ahora, te lo ruego, Giordano. Te lo suplico.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Esconder, sofocar lo que sentimos los dos? —Mi corazón galopaba.

—¡Sí! ¡Sí! Porque debes dejar esta ciudad, esta tierra. Debes ir a Granada, a Toledo. ¡Debes estudiar! No puedes llevar una vida como los otros. Luego, ayúdame, procura entenderme y no hablemos más de nosotros, por amor de Dios… —me imploraba con sus bellos ojos humedecidos. Cerró sus largas pestañas sin lograr que sus emociones quedasen ocultas.

La vocecita de Sara nos cogió desprevenidos:

—Tío Giordano, ¿por qué la haces llorar?

Alcé la mirada y me vi invadido por una ternura indecible. Los lícitos rubios pegados sobre las mejillas y el cuello, las enaguas pegadas a su cuerpecito, su mano en la de David, aquellos ojitos extraviados…

David intentó arreglarlo todo volviéndose hacia su hermanita:

—Sara, recuerda que el tío Salomón nos espera para las funciones. ¡Vamos!

Yolanda se libró de mis manos y comenzaba a levantarse cuando el niño, al ver mi mano tendida en el aire e intuyendo mi contrariedad, añadió:

—¡No, tía Yolanda, quédate aquí! Tío, ¿traes las truchas?

—Claro, David. Pero ¡ten cuidado! Es una orden: ¡directamente a casa!

—Estate tranquilo —y recogió sus ropas y las de su hermana. Se alejaron siguiendo la orilla derecha del río, en dirección al puente de diecisiete arcos.

Yolanda todavía tenía los ojos húmedos y el rostro encendido. La miré largo rato, después tomé las hojas de pergamino con los apuntes de mis *Elementa de ponderibus* y se los mostré.

—¿Recuerdas el molino donde nos conocimos? ¿El trabajo incesante de aquella máquina? No se cansa nunca, realiza sus labores siempre del mismo modo, sin detenerse, sin perder su eficacia, siempre con el mismo ruido. Es una máquina, Yolanda. ¡Una máquina! Yo soy un hombre y me doy cuenta de que la voluntad no basta para hacer grandes cosas. ¡La chispa que me lleva a dar con las soluciones de los problemas que me planteo ha dejado de prender! No quiero ir a la universidad de París, con los curas… y menos a la de Toledo para ahogar mis ganas de vivir en una taberna nocturna entre los brazos de una jarra de cerveza o de una prostituta. Quiero combatir aquí, en tu tierra. Vivir en tu tierra. Tener hijos como Sara y David. Y, sobre todo, te quiero. Y te tendré. Y no habrá guerra, rey, papa o emperador que puedan impedirlo. Sólo tú, pero no con pretextos. Tan sólo debes decirme que no quieres compartir conmigo, día tras día, el tiempo que Dios nos permita estar en esta tierra. Sólo eso.

Sin hacer caso de mis palabras, aunque se apreciaba una cierta emoción en su voz y en su rostro, me respondió:

—Pero ¿no lo entiendes? Tan sólo se trata de un deseo… Un deseo ciego que te impide razonar. Me quieres pase lo que pase, a cualquier precio. Y ese frenesí hace que digas lo que no piensas.

—Quizá tengas razón, Yolanda. Probablemente el librito que el Creador ha escrito en mi mente se haya abierto hoy por la página en la que puede *leerse familia, compañera, hijos*… Es posible que el sentimiento que anida en mi corazón en este momento, mientras te miro, se agigante por los impulsos escritos en esa página. Puede ser. Pero la historia, el tiempo, las guerras… Todo puede y debe esperar. Yolanda, ésta es la página más importante de nuestra vida. De ella depende el ser y el devenir. Yo quiero leerla sin miedo y sin vergüenza. Contigo —me sentía libre. Libre.

Con el rostro colorado y tan emocionada como yo, por su mirada pude saber que me había comprendido. Le rocé los ojos para enjugarle las lágrimas. Acerqué mis labios a sus párpados, que se cerraban. Acaricié la luz de sus ojos mientras su respiración se volvía cada vez más jadeante, como la mía.

Me apartó las manos. Se quitó el vestido verde, mientras un tenue velo de picardía le cubría el bello rostro. Cuando se quedó tan sólo

con sus enaguas, se levantó y me habló con dulzura:

—¿Sabes qué le dice Marta a Simón cuando ve que le brillan los ojos tal como te pasa ahora?

—No, Yolanda. ¿Qué le dice?

—Desnúdate y…

—Desnúdate… ¿Y después?

—Desnúdate… ¡Y date un baño en el Orb!

Y con una sonrisa que le inundaba toda la cara se liberó de mi abrazo y comenzó a correr hasta zambullirse en el río. Me quedé petrificado por un estupor y una violenta rabia que no quería reconocer. Los gritos de alegría de Yolanda me turbaron. Me acerqué a la orilla mientras me desvestía.

—Por Dios, ¿qué haces? —Apenas sacaba la cabeza del agua. Me miraba asustada.

—Me desnudo, tal como me has dicho.

—Pero no del todo. ¡No, Giordano, no! —Y para no verme, se sumergió de nuevo mientras yo, quitándomelo todo, me dirigí hacia ella.

Nadaba, volvía a sumergirme… Me llenaba de frescor. Emergí y fui hacia el sol. Sentí nostalgia por el lago de Nemi.

La vida me volvía a succionar bajo el agua. Yolanda me arrastraba con ella y me abandoné, dejándome sumergir en el frescor. Después volvía a flote, me llenaba de vida y volvía a zambullirme hacia las piernas de Yolanda, que comenzó a bailar apresuradamente la danza de la fuga. Pero la tela pegada encima, aun siendo muy ligera, no le permitía ser tan veloz como yo: la alcanzaba, la hacía mi prisionera, la enrollaba por la cintura con mis brazos, dejando que el peso de nuestros cuerpos fuese engullido por la penumbra del encantador abismo. Nuestros cuerpos, con el pretexto del juego, comenzaron a encontrarse, a descubrirse, a quererse más a fondo. Después volvimos a la luz y pude besar aquellos labios rojos y húmedos.

Yolanda huyó de nuevo y se sumergió en el abismo verdoso pero, después de que la ciñese por el talle, ya no se paró más. Mi mano la buscaba, apenas separó las piernas mientras todo mi furor apretaba contra sus costados. Contuvimos el aliento durante todo el tiempo que nos fue posible y caímos hasta donde apenas llegaba la luz. El agua se convirtió en un suave velo que cubrió nuestro miedo. Con la otra mano busqué el candor de un seno, mientras mi boca le besaba la nuca y el cuello. El aire hizo que volviésemos hacia el sol. La danza y el juego terminaron: las manos, los brazos, ayudaban a que nuestros cuerpos se fundiesen y nuestras miradas, a que las almas se encontrasen.

El amor nos había hecho perder cualquier atisbo de temor, duda o incertidumbre. Guiaba nuestros cuerpos hacia la orilla del río, llevaba a mis manos a quitar la última barrera que cubría el cuerpo de Yolanda. Nuestras bocas se buscaron, luego mis labios bebieron de sus pequeños senos. Conducida por nuestro amor, Yolanda se abrió para acoger mi vida. Nos embriagamos con el perfume de la hierba, con el sudor de la dulce lucha.

El mundo se detuvo: las aguas del Orb dejaron de discurrir, el sol no se movió, el viento dejó de soplar. Tras una breve lágrima de dolor en el rostro de mi amada, una lluvia de luz comenzó a expandirse, a invadir todo su ser. Entregaba mi vida a otra, y el hecho de darla me arrancó una alegría mezclada con dolor. En el rostro y los ojos de Yolanda pude leer un dulce abandono, el encanto de acoger mi placer y también mi tormento.

Miré cómo el azul del cielo iba oscureciendo. Una bandada de gorriones dibujaba nubes que volaban hacia las altas torres de la catedral de Saint Nazaire para después desaparecer en los lejanos pináculos del castillo. Intenté adivinar dónde habrían reaparecido. Poco después, allí aparecieron por la izquierda, entre la puerta de Grindes y la de Torre Ventosa, y bajaron ordenadamente hacia el río para luego separarse y formar otras figuras de libertad.

Había apoyado la cabeza sobre el suave vientre de Yolanda, mientras ella me acariciaba la cara y el pelo. Volé hacia sus ojos: eran el rostro de su joven alma que, con la mía, se había lanzado al abismo. Ahora, juntos, sin miedo, seguíamos la bandada de las pequeñas criaturas del viento.

Mientras desde poniente los últimos rayos del sol rezumaban a través de las ramas de los árboles, nos dirigimos cogidos de la mano hacia el puente viejo. Atravesamos el Orb y la puerta del Puente, pero en lugar de ir por el camino más corto girando a la izquierda hacia la puerta de la rectoría, fuimos hacia la derecha y entramos por la puerta de San Jaime. Seguimos, hasta donde nos fue posible, los muros de la ciudad, hacia levante, y dimos un largo rodeo, mezclándonos con el quehacer cotidiano de la gente. Una viejecilla hilaba la lana bajo la mirada impasible de un gatazo rojo tendido a sus pies; los gritos alegres de dos niños que estaban a punto de que su madre, que no dejaba de llamarlos, perdiese la paciencia; un herrero con la cara ennegrecida por el humo que colocaba en su mostrador hoces, layas, hachas,

trébedes y una reja de arado que apoyó contra el muro; un guarnicionero que terminaba una brida; un zapatero y un alfarero que discutían animadamente a voces sin apartar la vista de sus manos incansables; un curtidor que ordenaba en dos grandes canastos pieles de conejo, ardilla, comadreja y cordero apenas trabajadas con piedra pómez y yeso; una joven de vientre abultado que se afanaba recogiendo paños que había tendido a secar; un botero que daba los últimos retoques a un barril mientras un chico un tanto flemático que guardaba en un almacén las comportas, listas para la vendimia, que ya estaba al caer.

Del burgo de Lespignan pasamos al de Nissan a través del barrio que era propiedad del vizconde y que lindaba con el nuevo e imponente castillo. Nos encaminamos desde el burgo de Vissec hacia la Portette y nos detuvimos en la puerta de San Guillermo. A pesar de que anochecía con rapidez, cuatro hombres cavaban un gran agujero. Uno de ellos, con la barba y los cabellos rojizos, nos saludó. Debía de conocerme de la taberna. Me sentí obligado a responderle.

—Saludos. No os canséis demasiado. Ya están cantando las vísperas…

—Lleváis razón, micer Giordano, pero se ha encomendado a micer Bernard que termine las cisternas antes de las lluvias y aún queda mucho por hacer.

—¡Adelante, pues! Y saludad de mi parte a Bernard tan pronto lo veáis.

—Así lo haré, micer Giordano —y volvió a cavar con los demás.

—¿Qué hacen? —me preguntó Yolanda, llena de curiosidad.

—Excavan grandes cisternas para recoger la lluvia a lo largo del muro. En caso de asedio, el agua, además de refrescamos, se transformará en una terrible arma.

—¡Un arma!

—Agua hirviente en el rostro de los asaltantes. No es tan mortal como el aceite, pero sí eficaz. Y no cuesta nada —le sonreí feliz.

Yolanda se estremeció ante aquel pensamiento:

—¡Por eso excavaban las cisternas tan cerca del muro! Dios mío, había olvidado la guerra.

Poco después, aprovechando la penumbra del callejón que recorríamos, nos refugiamos uno en brazos del otro. Más dulce que el abrazo fue sin embargo la pequeña palabra que nos iluminaba por dentro. Ambos sentíamos una encantadora discreción, incluso después de haber vencido el falso sentimiento de culpa, el miedo y el desconcierto. Fue un susurro que casi se confundió con la brisa, mientras le rozaba los cabellos con los labios.

Una vez en casa de Simón, mientras David tomaba la caña y el cesto con los peces, Sara nos escrutaba con sus brillantes ojos verdes. Quería decirnos algo. Su carita ansiosa era como un libro abierto, pero no se atrevía. Para evitar cualquier pregunta, Yolanda y yo nos fuimos por la angosta callejuela. Aprovechándonos de la complicidad de la penumbra que envolvía la calle del Sol, nos besamos.

Oímos la vocecita de Sara, quien nos decía que se iba corriendo a ver a su mamá para contárselo todo.

Raimundo VI de Tolosa vio que la guerra venía a su encuentro y comenzó a dar muestras de sometimiento a la Iglesia. Viajó al Vivarais, a Aubenas, donde Arnauld Amaury había organizado una inmensa concentración para preparar la cruzada. Intentó demostrar su completa inocencia en el asesinato de Pierre de Castelnau además de asegurar, de nuevo, su fidelidad a la Iglesia.

Arnauld Amaury rechazó la entrevista. El conde debía dirigirse a Roma, al papa.

Raimundo VI envió a toda prisa a sus prelados a la Santa Sede para presentar su queja por el comportamiento despiadado del legado pontificio. Inocencio III se tomó su tiempo. Sin negar la posibilidad de que le fuese levantada la pena de excomunión —y a condición de que lograra probar que nada tenía que ver con el crimen—, debía entregar a la Iglesia, como prenda de fe, siete de sus más poderosos castillos con las ciudades anexas.

Mientras tanto, el papa envió al legado Milón a Arnauld Amaury, a quien concedía el poder absoluto sobre la cruzada y aconsejaba comenzar la guerra primero en los pequeños estados vasallos del conde para impedir que se uniesen y dirigirse después, recurriendo a la destreza y la astucia, hacia Tolosa.

El conde aceptó todas las condiciones y, tras ceder a la Iglesia los siete castillos, el 18 de junio de 1209, en Saint-Gilles, bajo el atrio de la basílica donde estaba sepultado Pierre de Castelnau, fue forzado al acto de sumisión al pontífice. En presencia de una gran multitud, desnudo hasta la cintura, juró obediencia al papa y a su legado. A continuación, Milón le hizo jurar que expulsaría de sus tierras a los soldados mercenarios, que prohibiría que los judíos desempeñasen cualquier oficio, que combatiría a los herejes y que exoneraría del pago de impuestos a las instituciones religiosas o a los hombres de Iglesia que viviesen en sus dominios. Por si fuera poco, el legado lo humilló aún más arrastrándolo, de una estola atada a la cabeza, por toda la iglesia mientras lo azotaba en la espalda con una vara de madera. El 20 de junio, el legado repartió los castillos entre obispos y abades.

El 22 de junio, Milón cosió una cruz roja sobre el pecho del conde mientras éste prestaba juramento: «Yo, Raimundo, duque de Narbona, conde de Tolosa y marqués de Provenza por la gracia de Dios, juro sobre el Evangelio que obedeceré a los cruzados apenas entren en mis dominios y haré cuanto me impongan por la seguridad y el bien de su ejército».

Mientras pronunciaba estas palabras, sin saberlo, otro pequeño contingente cruzado, dirigido por el arzobispo de Burdeos, invadió sus posesiones al norte de Tolosa y conquistó Puylaroque, destruyó Gontaud, saqueó Tonneis y asedió Casseneuil, donde se unió a las tropas que estaban a las órdenes del obispo de Puy. Casseneuil acabó por rendirse y se encendieron las primeras hogueras.

Entretanto, Arnauld Amaury se vio inmerso en una actividad febril que lo llevó por toda Francia. Consiguió que se uniesen a las fuerzas cruzadas el duque Eudaldo III de Borgoña; Pedro de Courtenay, duque de Auxerres; Hervé IV de Donzy, conde de Nevers, y su senescal, Godofredo de Pougues; Gaucher de Chatillon, primo del rey de Francia y

conde de Saint-Pol; Milón IV, conde de Bar del Sena; el conde Simón de Montfort; el de Valentinois, Adhemar de Poitiers; Guichard de Beaujeu y Guillermo de Roches, senescal de Anjou; Guillermo de Ponthieu; Gerardo de Coucy; Guy de Lévis; Gaucher de Joigny, señor de Château-Renard; Lambert de Thury; los arzobispos de Bourges, Reims, Sens y Rouen; los obispos de Nevers, Clermont, Autun, Bayeux, Chartres y Lisieux, además de quince mil hombres armados y mantenidos directamente por el rey de Francia.

El 24 de junio de 1209, Arnauld Amaury reunió el grueso de su ejército en Lyon, donde fue elegido general en jefe.

El destino del pueblo occitano quedaba completamente en sus manos.

El 25 de junio los cruzados llegaron a Orange. El ejército, que ya superaba unos cien mil soldados, cruzó el Ródano el 12 de julio en Beaucaire, entró en tierras occitanas y se paró en Montpellier.

El joven vizconde de Béziers y Carcasona, Raimundo-Roger de Trencavel, al ver que toda resistencia era inútil y que sus intentos de aliarse con otros barones del sur y con el mismo conde de Tolosa habían fracasado, intentó someterse y humillarse.

Pero Arnauld Amaury se mostró implacable y rechazó toda explicación. Béziers, la cueva del diablo, sería destruida. El joven vizconde volvió de inmediato a Béziers y reunió a vasallos, consejeros, cónsules y ciudadanos, todos decididos a no rendirse. Combatirían. Ricos y pobres, católicos y herejes, burgueses y campesinos. Todos se unieron para defender la ciudad.

Pero el vizconde abandonó Béziers con sus mejores guerreros para refugiarse en Carcasona, en un castillo donde se sentía más seguro y desde donde podría pedir ayuda.

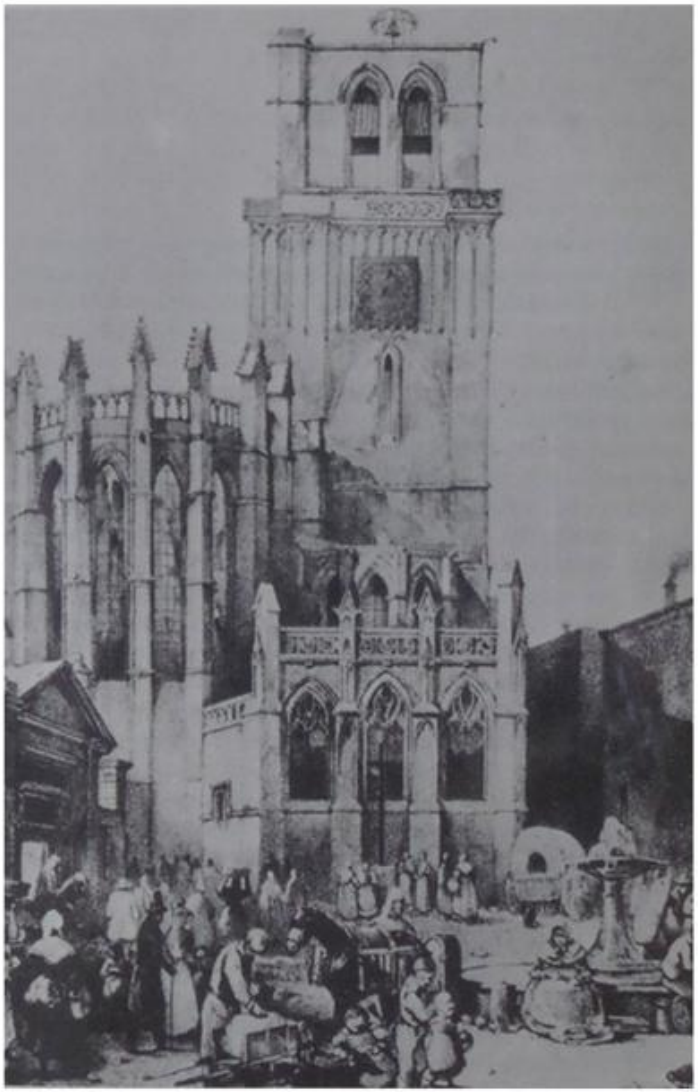
En Béziers quedó una pequeña guarnición bajo el mando de un joven, Bernard de Servian, coadyuvado por un tal Palis Jordanus, del burgo de Santa María Magdalena.

El ejército dejó Montpellier el 20 de julio y ocupó Servian, que encontraron ya completamente desierta. Sus habitantes, como todos los vecinos de las campiñas circundantes, se habían refugiado en Béziers. Las tropas acamparon en el prado y a lo largo de las orillas del Orb.

El anciano obispo de Béziers, Renaud de Montpeyroux, abandonó la tienda de Arnauld Amaury y se aprestó a entrar en la ciudad.

Era el alba del martes 21 de julio de 1209.

Capítulo VII



Béziers, Catedral de St. Nazaire, (1830).

Busqué por todas partes, incluso en la gran sala blanca con las dos mesas en el centro, atestada de aldeanos que me miraban con curiosidad. Fue en vano: mis libros habían desaparecido.

Encontré a Jeanne y le pregunté si sabía algo, pero su mirada de asombro fue la más ingenua de las respuestas. Volví a nuestra habitación. La claridad matutina había comenzado a extenderse por las desnudas paredes. Yolanda dormía aún. Volví a mirar bajo la cama y, procurando no hacer ningún ruido, también dentro de dos arcones colocados junto a la pared. Sin embargo, de mis libros no encontré ni la sombra. Me senté junto a la cama y mi desengaño se trocó en una ternura que, de un tiempo a esta parte, me asaltaba como nunca había imaginado. Salvo aquellas pálidas sombras azuladas bajo sus ojos, su rostro era bello incluso cuando estaba en sueños. Los dos hoyuelos se marcaron en sus mejillas. Los cabellos castaños, menos ondulados que de costumbre, pero más espesos, partidos como siempre por la mitad, le hacían de mullida almohada. Mi mirada quedó presa en su grueso vientre, que parecía reventar la suave enagua blanca, y que apenas se movía cuando seguía su respiración regular.

No pude resistirme y acerqué la oreja. En mi interior rezaba, hablaba con mi criatura, le pedía que diese una patadita, que me saludase como tantas otras veces… Pero, como era de esperar, seguía el ejemplo de su madre y dormía como ella.

Noté cómo la mano de Yolanda me rozaba el cabello. Alcé la mirada. Sus ojos me sonreían.

—Ya no me conoce…

—No es cierto, *mon cor*. Le basta verte con mis ojos…

Acerqué de inmediato la oreja al vientre y no hice ni un solo movimiento mientras contenía la respiración, deleitándome con aquel calor lleno de vida, de la paz que me daba la mano de Yolanda mientras me acariciaba la cabeza. Después, como si viniese de muy lejos, un leve latido, seguido por dos golpes más fuertes. Tomé la mano de Yolanda y la besé mientras nuestras miradas completaban el encanto de aquel momento.

Le pregunté por los libros. Por su mirada evasiva, comprendí que sabía algo. Insistí y confesó:

—Giordano, no era prudente tener todo tu trabajo aquí, en casa, ahora que tenemos huéspedes.

—¿Y dónde los has dejado, *mon amor*? —No acababa de comprender.

—En un lugar seguro. No temas. —Y apartó de nuevo la mirada.

—¿Dónde, Yolanda? Te lo ruego. ¿Me ocultas algo?

—Nada, te lo garantizo. Se encuentran en un lugar seguro. Más que ningún otro.

Al ver que mi impaciencia se mudaba en ansiedad, prosiguió:

—Hace unos días pedí a David que me ayudase. Fuimos a esconderlos al molino. ¿Te acuerdas de aquel agujero que te mostré hace tanto tiempo? —Se esforzaba por mantener una mirada tranquila, pero su voz suave parecía un tanto desafinada.

Poco a poco iba entendiendo… Tomé su rostro entre mis manos. Un acceso de estúpida cólera se convirtió en un arrebato de afecto.

—¿De veras piensas que te abandonaría para dejar a salvo unas hojas de pergamino? En lugar de ello, busca la manera de desligarte hoy mismo de esa criatura que llevas dentro. Los cruzados se aproximan y no aguantarán más de cuarenta días. Nuestras cisternas están llenas y los graneros también. Esperaremos a que se vayan. Iremos al molino a recoger los libros. De camino, nos pararemos a la orilla del Orb y nos daremos un buen baño. Y, quién sabe, ¡tal vez tengamos otro hijo! ¿De acuerdo, *mon douzor*?

Vi cómo la tranquilizaba mi buen humor. Me respondió alzando el ceño levemente, aunque en el fondo de sus ojos glaucos se apreciaba un velo de melancolía. Le di un beso. Se mostraba más sensible desde que esperaba el niño. Cualquier tontería bastaba para alegrarla o entristecerla.

La mirada de Yolanda voló por encima de mis hombros. Me volví. Era Jeanne, con su túnica oscura. Llevaba en la mano una escudilla con leche.

—Entra, Jeanne, por favor.

Le entregó la leche a Yolanda y le preguntó qué tal andaba.

—Bien, Jeanne. Creo que falta ya muy poco. Siento no poder ayudarte, sobre todo ahora, con todos los campesinos que se han refugiado aquí.

—Yolanda, tu deber en estos días consiste sólo en ser madre. Del resto me encargo yo.

—Jeanne —le estreché su mano huesuda y cálida.

—Dime, Giordano —a pesar de que su rostro fuese sólo piel y

huesos, y de que la única señal de su pasada feminidad fuese un mechón de cabello oscuro sujeto por detrás, su mirada estaba llena de fuerza y vitalidad.

—Jeanne, habéis hecho mal no yendo a Carcassone con el vizconde. Allí habríais tenido la protección de sus soldados y caballeros.

—Sabes cómo pensamos: el único sentido que damos a esta vida terrena depende de que estemos siempre al lado de quien sufre y lucha por no ser aplastado. Nuestra presencia en esta ciudad podría ser decisiva para la salvación de todos vosotros. Si dejamos que se desborde la furia homicida del ejército cruzado sobre nosotros… quizá los aplaque. Quiera Dios que acepten sólo nuestra sangre, pues no tienen derecho a ensañarse con quienes no los combaten —en su voz firme se filtró un bramido apasionado.

Yolanda terminó de beber la leche, se enjugó los labios con el dorso de la mano, buscó el brazo de Jeanne y lo apretó con fuerza.

—¡No tienen derecho a ensañarse con nadie! Giordano y yo somos como tú; ¡luchamos por lo mismo! Y nunca trocaremos nuestra vida por la sangre de un inocente.

—No seas tan tajante, sobre todo cuando llevas dentro de ti otra criatura —le acarició con delicadeza el vientre.

—Ella nacerá en plena batalla. Aprenderá pronto a luchar contra las tinieblas, como nosotros. Y veremos quien podrá más.

—Al final triunfará siempre la luz, Yolanda. Sobre todo para quienes la buscan como nosotros.

—Me gustaría verlo en esta vida.

Jeanne la miró con afecto y luego se dirigió a mí:

—En tu caso, ya ha ocurrido, Yolanda. Ahora descansa si quieres que tu bebé nazca sano y pronto para que os ayude a Giordano y a ti —tomó la escudilla vacía y salió de la habitación.

Las tortuosas callejuelas bullían de gente de lo más dispar. Béziers nunca habría podido acoger en sus casas a tantas almas huidas del campo y de las aldeas limítrofes, pero aquel verano era magnífico y el calor permitía dormir al raso, con el cielo estrellado por único techo.

Poco después de la hora tercia, llegué a la plaza que quedaba delante la catedral de Saint-Nazaire. Además de la multitud que se había echado por todos lados, lo primero que llamaba la atención eran cuatro trabucos y dos grandes manganeles. Al lado de cada máquina había un buen montón de proyectiles de piedra. Sobre los bastiones se había colocado un grupo de balistas junto al cual se habían apilado

haces de dardos. Además, se habían dispuesto tres planos de ballestas, capaces de lanzar muchas flechas a la vez.

Reinaba un silencio grave, sepulcral. En los bastiones, sobre las torres de la catedral, tras las troneras de los muros, había una gran multitud: soldados de la guarnición, sacerdotes, campesinos, burgueses, comerciantes, artesanos… Se dejaba oír el canto de unas cigarras desveladas por los primeros calores matutinos, posiblemente escondida en uno de los arbolillos de la plaza. Aquel silencio tenía poco de natural, sobre todo en la Béziers de los últimos días, hirviente de gente y ruido.

Pasé por en medio de dos enormes manganeles y me acerqué a los bastiones. Aunque estaba de espaldas, reconocí la figura imponente de Simón. Me acerqué. A su lado se encontraba Bernard, el comandante de la guarnición, quien se volvió al sentir una mano sobre su hombro. Tenía una mirada siniestra, llena de sombras que cambiaban del furor al miedo. También Simón se dio cuenta de mi presencia. Las ventanas de su gran nariz parecían dilatadas por la rabia. Se apartó para darme paso.

La *Armada de Cristo* había acampado a lo largo de la orilla del Orb. En vanguardia, un pequeño ejército de saqueadores asesinos. Tras ellos, los peregrinos y, después, los caballeros, con armaduras y estandartes de colores. Aquella multitud de hombres y armas parecía no tener fin. Se extendía más allá del río, hasta llegar a los lejanos bosques y aun al horizonte. A pesar de que Béziers se encontraba a bastante altura, no se podía distinguir dónde acababa aquel océano de tiendas, armas, caballos, hombres y espadas.

Me estremecí. No comprendía cómo se había podido reunir a tanta gente. Sentí miedo por mi ciudad, por mis gentes, por mi mujer. Quizá fuese por el sol, ya alto, pero me faltaba aire. Mientras mis ojos continuaban explorando aquella amenazadora masa variopinta y sin rostro que cubría la llanura, un sudor frío comenzó a deslizarse por mi frente y mi cuello.

Mis amigos dejaron que mi mente se apoderase del monstruoso significado de aquella visión. Logré separar la vista de allí y me fijé en los ojos siniestros de Bernard, para pasar luego a los de Simón, inyectados en sangre.

—No me salen las cuentas. Es demasiado, demasiado grande. Ahí abajo hay por lo menos quinientos mil hombres… Nunca… Creo que nunca se ha formado un ejército como éste —daba la impresión de que hablaba conmigo mismo.

—Demasiado para cazar herejes, ¿no crees? —me contestó Simón.

—Giordano —me dijo Bernard—, ¿recuerdas cuál era nuestro

mayor temor? Que los cátaros tan sólo fuesen un pretexto para desencadenar una verdadera guerra de conquista. Bien. Ese gigantesco ejército es la prueba palpable. Mira, mira cuántos saqueadores y asesinos. ¡Sólo ellos sumarán veinte mil! Por Dios, ¡qué monstruosidad!

—Raimundo-Roger de Trencavel lo había visto —añadí, aún preso de un miedo irrefrenable—, ¡por eso ha corrido a refugiarse en Carcasona! Aunque consiga alguna ayuda, ¿qué se puede hacer ante algo así? —Estaba aturdido.

—Resistir —concluyó Bernard—. Tan sólo resistir. Enfrentarnos a ellos en campo abierto sería poco menos que un suicidio. Si nos mantenemos dentro de la ciudad, quizá podamos vencerlos. Al fin y al cabo, la misma enormidad de sus fuerzas puede convertirse en su punto débil. Imaginad lo que supone alimentar tantas bocas. Os digo que bastará con soportar un duro asedio para que ese coloso de barro se desplome y estalle en mil pedazos.

Contemplamos el rostro hierático de Bernard, su narizota quemada por el sol. Algo me decía que llevaba razón, aunque no conseguía tranquilizarme y continuaba temblando.

—Sí, Bernard, es la única esperanza. Pero Béziers está llena de gentes sencillas. Seremos unos cincuenta mil, quizá cien mil, pero estamos desarmados. En su mayor parte se trata de artesanos, campesinos, mujeres y niños. Hay muy pocos soldados y hombres de armas.

—Pero tampoco ellos son todos soldados —terció Simón con su característica voz nasal—. ¿No veis cuántos peregrinos? Aquí estamos seguros. Además, tenemos las armas que has mandado construir. Veréis cómo salimos de ésta.

—Además —añadió Bernard—, hay muchas mujeres dispuestas a hervir calderos de agua y hemos adiestrado a muchos niños, como David, a tirar con honda. Tenemos suficiente agua. Temía por la gran afluencia de las gentes de los burgos y el campo, pero todos han venido con algo. Tenemos las despensas llenas de queso, aceite, manteca y salchichas, y los silos rebosan de grano, las pocilgas están llenas de cochinillos y los corrales y los palomares no pueden albergar más aves. Y los bastiones de nuestra ciudad son robustos. Será duro, pero lo conseguiremos —se alisó con una mano la cabellera rojiza y, tras morderse los labios, poniendo los ojos en blanco dejó escapar un suspiro.

Volvimos a mirar la llanura colmada de estandartes, soldados y armas. Poco después vimos cómo un caballero atravesaba el Puente Viejo y se dirigía hacia la puerta de la canonjía. Bernard gritó que lo

dejasen pasar. Era el obispo de Béziers, Renaud de Montpeyroux, quien venía del campamento cruzado. Apenas traspasó los muros, dijo que deseaba dirigirse a toda la población y se retiró a la catedral de Saint-Nazaire.

Simón se encargó de llamar a los representantes de las comunidades judía y valdense de Béziers. Yo fui a avisar a Jeanne, a quien rogué que acudiese con todos los *perfectos* cátaros, mientras Bernard pensaba hacer lo mismo con los consejeros y cónsules. Poco tiempo después, la basílica se llenó de gente. La multitud dejó pasar a Jeanne, con Yolanda a su lado.

Al ver su rostro sereno y su mirada decidida, mi preocupación pareció aliviarse un poco. Se sentó en el banco a mi lado, y tomó mi mano entre las suyas.

Entre los millares de personas que habían acudido a la catedral, se encontraban los representantes de todos los estamentos. Los murmullos se atenuaron cuando el obispo Renaud compareció en el altar mayor acompañado por dos sacerdotes. Era anciano, y toda su persona traslucía desdén y resignación. Llamó a Bernard y le entregó unas hojas que le rogó leyese en voz alta.

—Del burgo de San Jaime, Amelio Bertrando, Palaiano Cipriano, Augerio de Cerviano. Del burgo de Nissan, Conort y su esposa, Aptogollo Conilio y su esposa. Del burgo de San Afrodisio, Guirardo Burferio, Berengario de Jata, Pedro de Madaila, el hijo de Arnaldo y su padre, Salomón y José Calfata, hijo de Nathaniel. Del burgo de Maureilhan, Rubeo Valdense, Esteban de Mairosio, Raimundo Estoalupos y su padre. Del burgo de Santa María Magdalena, Nicolás Deodato, su hermano, Rogelio Cambitor, Jeanne Filesacs, Palis Jordanus…

Se detuvo mientras buscaba la sorpresa en mi mirada y las manos de Yolanda se aferraban aún más a las mías. Bernard terminó la lectura y observó con severidad el rostro surcado de arrugas del obispo, quien comenzó a hablar con una voz débil y temblorosa:

—Ésta es la lista de las doscientas veintitrés personas responsables de cuanto ha ocurrido en esta ciudad. Son éstos los sectarios que han enturbiado el conocimiento de la verdad, que han contaminado la viña del Señor y han atraído la indignación sobre Béziers. El Santo Padre reclama justicia y se ha visto obligado a unir a Moisés con Pedro, a desenvainar la espada para salvar una Iglesia en lágrimas, a invocar la sangre del Justo para librar esta tierra de los herejes. ¡El Santo Padre dice que ellos son peores que los sarracenos! Y sabemos que su voz es la de Pedro… y la de Cristo. ¡Por eso debemos escucharlo! Su legado, Arnauld Amaury, general en jefe de la *Armada de Cristo*, hace saber al

pueblo de Béziers que si le son entregadas estas doscientas veintitrés personas, toda la ciudad permanecerá a salvo y se perdonará a todas las ovejas que, por su causa, han abandonado el camino recto y dejado la grey del Señor. Os suplico que aceptéis. Evitemos que sobre nosotros caiga la furia de la justicia y arrodillémonos, haciendo acto de fe, ante la voluntad del vicario de Cristo en la Tierra.

Temblaba, no porque mi nombre hubiese sido incluido en la lista, sino por Yolanda y por aquella demanda, tan desmesurada y absurda. Los murmullos se convirtieron en voces y, de inmediato, en un clamor. Bernard hizo una señal para que callasen:

—Ciudadanos, amigos, hermanos de Béziers, ¡os lo ruego! Todos tenemos los nervios crispados, pero intentemos no cruzar nuestras respuestas. He aquí a nuestros cónsules, elegidos por nosotros. Están también los valdenses, los *perfectos* cátaros, los judíos… Si es necesario, hablaremos todos y concederemos la palabra a cualquiera que figure en esta lista, en buena parte aquí presentes. Pero lo haremos respetando también al obispo. Cada uno de nosotros ha comprendido que él es sólo un mensajero. Nosotros debemos hallar la respuesta a un Abad Blanco que acampa en la orilla del río.

Uno de los cónsules tomó la palabra.

—Eminencia, desearía preguntaros algo… Para apresar a doscientas veintitrés personas… ¿han venido quinientas mil?

Al murmullo de aprobación le siguió el silencio impasible del obispo. Después hablaron los demás cónsules y todos se expresaron del mismo modo: rechazaban de plano cualquier acuerdo o rendición. Se recordó con fervor que, mil cuatrocientos años antes, «nuestros antepasados no se asustaron frente a Aníbal ni sus treinta y cuatro elefantes», palabras a las que siguió una tormenta de aplausos. El último de ellos, dirigiéndose con serenidad al obispo, le repuso:

—Venerable padre, todos somos cristianos y no vemos entre nosotros más que hermanos con los que solemos orar. Sabremos, si es necesario, combatir y morir juntos.

Llegó el turno de Simón:

—Aprovecho la circunstancia para dar las gracias a todo el pueblo de Béziers. Hablo en nombre de la comunidad judía local, así como en el de mi tío Nathaniel, en el de José, el de Salomón y de todos cuantos han decidido seguir a Raimundo-Roger de Trencavel, pues lo han hecho con la esperanza de que su presencia no ocasione más daños a la población. Agradezco a todos la manera en la que hemos sido por fin aceptados, el respeto demostrado finalmente a nuestra fe y nuestros usos. Y digo *finalmente* en recuerdo de mis padres y mis abuelos, obligados a seguir la absurda costumbre cristiana de la

Pascua cuando, durante casi dos semanas, todos los ciudadanos de Béziers, así como de cualquier otra parte de la cristiandad, podían apresar a un judío y lapidarlo… con la aprobación de la Iglesia. El obispo de Béziers logró poner fin a tan bárbara costumbre, aunque pretendió que nuestros antepasados le pagasen doscientos sueldos melgorianos y cuatro libras melgorianas anuales para hacer más suntuosa la ornamentación de esta catedral —la emoción afloraba en sus grandes ojos negros—. Sí, amigos, los candelabros y todos los objetos que veis en este lugar fueron adquiridos con el dinero que debíamos pagar para evitar que nos lapidasen. Os ruego que me perdonéis. He querido contarlo porque han transcurrido ya cincuenta años y ha pasado mucha agua bajo el Puente Viejo. Al final todo terminó cuando vuestros padres y abuelos le saltaron los dientes al obispo. Se acabaron las piedras y los impuestos que debíamos pagar. Los católicos de esta ciudad pueden enorgullecerse de su espíritu cristiano, que los ha guiado para vivir con nosotros, los valdenses y los cátaros como buenos hermanos. Todos respetamos nuestras diferencias y hemos vivido puerta con puerta, prestándonos ayuda y, cuando no era posible, con una sonrisa o una buena palabra. Ante todo, hemos enseñado a nuestros hijos a mostrar respeto por el hombre. Por ello han crecido sanos de cuerpo y espíritu. Nosotros, los judíos de Béziers, nos enorgullecemos de ser vuestros conciudadanos. Gracias al trato que nos habéis dado, todos los judíos que aparecen en esa lista están dispuestos a entregarse si vosotros lo consideráis justo.

Hubo un nuevo murmullo de aprobación. Habló después un representante de los valdenses que abundó en el discurso de Simón. Intervinieron luego algunos consejeros: todos se mostraron en contra de aceptar la propuesta del legado papal.

Jeanne tomó la palabra en nombre de la comunidad cátara:

—Hermanos cristianos, católicos, valdenses, judíos, sarracenos… Hermanos todos. Mi corazón se llena de dolor al pensar que sin nuestra presencia, quizá no se hubiera llegado a esto. Roger Cambitor y una parte de nuestra comunidad han abandonado la ciudad junto con el vizconde Trencavel con la esperanza de no causar otros daños a Béziers y, sobre todo, no convertirse en un ulterior pretexto para posibles represalias futuras. Es inútil deciros que si nuestras vidas bastasen para aplacar la furia de aquella armada, las ofreceríamos de buen grado, si bien tememos que ese ejército esté aquí por otros motivos —juntó sus manos y se las acercó al corazón—. A decir verdad, los cátaros somos responsables de esto, pues nuestro grito de amor por Cristo y nuestro llamamiento a la rebelión frente a la ciega opresión del pensamiento han sido escuchados por muchos de vuestros

corazones, incluso entre los que no habéis abrazado nuestra doctrina. En este sentido, somos responsables. Culpables no sólo por elevar a Lucifer del grado de ángel al de dios, sino de haberle dado un rostro. Porque Satanás, además de ser el espíritu maligno que induce al pecado, es también el rico avariento, el patrón que no administra, sino azota, el sacerdote que se abandona al lujo y al placer, el obispo que manda ejércitos, el papa que ordena matar y exterminar. No obstante, pedimos igualmente que se nos entregue al legado pontificio porque la hoguera que prenderá quizá consiga aplacar en parte su insaciable sed de sangre. Tomadlo en cuenta, os lo suplico: no será un acto de fe ni de sumisión a un vicario de Satanás sobre la Tierra. Será tan sólo una manera de amainar la furia homicida de quien quiere acabar con vuestra libertad.

El obispo había escuchado con gesto sombrío y desconfiado, que no tardó en mudarse en verdadero abatimiento al oír el enésimo susurro de aprobación de las gentes. Bernard me miraba intensamente, pero yo no quería salir. Sabía que me dejaría llevar por la pasión… y en la catedral ya había demasiada. Pero Yolanda se aferró más a mi mano y fijó su mirada inocente en la mía:

—Venga, cuéntalo todo. Si continúas temiendo por mí, dejarás de ser libre y, en ese momento, nuestro bebé y yo estaremos verdaderamente en peligro.

Bernard continuaba mirándome. Al final, me decidí y subí al altar.

—Eminencia, os lo ruego. ¿Podríais explicar al pueblo aquí reunido por qué figuro en esa lista? ¿Vos sabéis quién soy, verdad?

—Nunca nos hemos visto —respondió con una cierta reserva— y no sé quién sois. ¿Por qué hacéis una pregunta tan tonta a un pobre emisario?

—No sois un simple mensajero, eminencia; sois un representante del legado pontificio Arnauld Amaury y esta lista se debe a vuestra mano. Seguro que el Abad Blanco os habrá dado explicaciones. Tan sólo puedo deciros que no soy judío, ni valdense, ni cátaro, ni ciudadano de Béziers, ni tampoco estoy excomulgado.

—¡Pero vivís en una guarida de herejes! ¡Y preparáis máquinas de guerra para combatir a los soldados de Cristo! ¡Y enseñáis ciencia profana sin el permiso del Santo Padre! ¡Deberíais encabezar la lista!

—Para no habernos encontrado nunca, sabéis mucho de mí —sonreí con amargura.

—¡El general en jefe, Arnauld, intuyó rápidamente quién érais!

—¿Os ha puesto al corriente de que somos viejos conocidos?

—Tan sólo me ha encomendado que convenza al pueblo de que os entregue a la *Armada de Cristo*, porque sois una criatura peligrosa,

peor aún que los cátaros —y lanzó una mirada arrogante a los asistentes.

Un murmullo se levantó entre las gentes, pero Bernard hizo una seña para que se guardase silencio. Proseguí, preso de una emoción cada vez más fuerte.

—Vaya, eminencia, los cátaros son peores que los sarracenos… pero ¡hay alguien peor aún! ¡Alguien como yo! Que Dios me perdone. No quiero caer en la soberbia, pero creo que Arnauld y el papa tienen razón… Y no sólo porque sepamos proyectar máquinas de guerra. Eminencia, el Abad Blanco me conoce muy bien. Hace exactamente dos años, en un día tan caluroso como éste, tuve ocasión de escuchar la voz cavernosa del generalísimo Arnauld —y, volviéndome a la multitud, que guardaba silencio, conté mi historia, aunque sin mencionar los manuscritos—. Eminencia, aquí tenéis a Jordanus Palis o De Nemore, un hombre sencillo que ha escuchado demasiado y que ha sido acogido con cariño por las gentes de esta ciudad, a las que debe demasiado. Y ésta era la ocasión propicia, no sólo para que pudieran conocer mi historia, sino también porque sabrán a todas luces con quién están. Eminencia, he enseñado matemáticas, astronomía y música a los jóvenes de Béziers. Asimismo, venían a aprender de vuestros sacerdotes las virtudes del amor cristiano —mientras decía esto, señalaba a los dos muchachos que lo flanqueaban y a los que conocía bien—. Esos sacerdotes, eminencia, han atraído a muchos jóvenes en las iglesias con su ejemplo de humildad cristiana. Como veis, tampoco todos vuestros religiosos son iguales: hay quienes luchan por enseñar caridad y quienes aspiran al poder ¡y que tienen la absurda pretensión de hacerlo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Y no, eminencia! Aquí no está en juego la supervivencia de una doctrina ni se trata de un episodio más de la lucha entre el Bien y el Mal. Lo único que está en juego es la libertad —busqué los ojos de Yolanda—. La libertad que esta ciudad ha conquistado con sangre, cuando fue asolada por el padre del joven Trencavel. Ésta no es una guarida de demonios, lo sabéis: es una ciudad preparada para defender, por sí misma y sin la ayuda de nadie, su libertad. Y si ha sido escogida por el ejército cruzado es porque, para conquistar los países occitanos, Béziers debe ser la primera en tomarse. Arnauld Amaury aspira a la ciudad y al condado de Narbona; el papa desea silenciar la única voz que ha osado levantarse contra él y que podría detener su proyecto para dominar el mundo, y el rey Felipe Augusto sueña con una gran Francia. De ahí que haya quinientos mil hombres a las puertas. Por eso hemos de dejar bien claro que vamos a resistir. Dejemos a Jesucristo en paz, eminencia, y esperemos que no se fije en

cuanto se está haciendo en Su nombre —logré encontrar la mirada de Yolanda—. Por mi parte, puedo decir que en estos dos años he aprendido a amar esta ciudad donde reinan el espíritu de la tolerancia, el sentido de la hospitalidad, el amor por la justicia y por la vida. Y me siento parte de ella. Y aceptaré las decisiones que tome el pueblo. Si desean salvaguardar su vida entregándome a Arnauld Amaury con las demás personas, lo aceptaré de buen grado, pues, sea lo que fuere que se decida en esta iglesia, será una decisión libre. Será la elección libre de un pueblo que ahora conoce todas las facetas de la realidad, de un pueblo que no tiene una mente ofuscada y esclavizada, a diferencia del ejército que la rodea.

Rodeado por las aclamaciones y las muestras de afecto de aquellas gentes, volví al lado de Yolanda, quien tenía los ojos enrojecidos por la emoción. Mientras apretaba mi mano sobre su grueso vientre me dijo:

—Será digno de ti.

Bernard esperó a que se aplacase el clamor. Luego, se volvió hacia el obispo, cada vez más entristecido.

—Bien, me había propuesto no intervenir, pero, eminencia, tan sólo querría rogaros que preguntéis al generalísimo Abad Blanco Arnauld Amaury dónde estaba el día de santa María Magdalena hace dos años. Tan sólo eso —y se alisó los cabellos.

El obispo ocultó la mirada tras un velo de desdén, aunque, de repente, sus ojos se dilataron al ver que tomaba la palabra uno de los dos sacerdotes que lo flanqueaban, un joven de cabellos oscuros llamado Andrés.

—Ya que todos han hablado, es justo que se oiga también nuestra voz. Seré sincero: no haré como otros ni me contentaré con dar mi opinión, sino que… ¡intentaré convenceros! No me avergüenzo de ser un sacerdote católico porque he vivido mucho tiempo con vosotros. Os conozco a todos, seáis católicos o no, del mismo modo que me conocéis a mí.

»Libro mi propia batalla con humildad, intentando acoger cuantos fieles me sea posible, mas lo hago con el ejemplo, al igual que los valdenses y los cátaros —con el rostro enrojecido, continuó con su voz henchida de pasión—. El gran papa Gregorio Magno definía nuestro cuerpo como *ese abominable vestido del alma*. Si hoy fuese juzgado por el abad Arnauld, tened por seguro que, sólo por esta frase, ¡acabaría en la hoguera! Pensad que lo haría aun sabiendo que tal persona hubiese dedicado toda su vida a la evangelización y el amor cristiano. Por ello os digo que debemos estar muy atentos, pues una cosa es creer en una doctrina y hacer todo lo posible por que otros la adopten

como guía, y otra muy distinta, matar a alguien porque no piensa lo mismo. ¡Tendréis que matarme a mí antes de que entregue a una sola de estas personas a los cruzados! Nadie tiene derecho a matar. Si creemos en ello, si luchamos por ello, no podemos cometer un acto así. Si ese ejército está sediento de sangre, tened por seguro que esos pocos mártires no lo aplacarán. Medio pueblo de Béziers es católico. Bien, a esa mitad me dirijo. Si en verdad nuestros corazones albergan el amor de Nuestro Señor Jesucristo, debemos ser fieles a nosotros mismos y defender a los otros. Sí, quiero que la Iglesia romana esté a la cabeza del mundo entero, pero mediante el amor, la humildad y el ejemplo de Cristo. No matando. Por eso, dejemos de hablar y votemos. Y que el obispo Renaud vaya de inmediato a contar a su Arnauld que en esta ciudad ni siquiera arrebatarán la vida de un perro, que no pactará con nadie su libertad. Podrán quitárnosla, pero para ello… ¡habrán de matar a cincuenta mil personas! ¡A todos!

La catedral estalló en un coro de exclamaciones. Bernard intentaba imponer un poco de calma, pero fue inútil. El joven sacerdote, a quien miraba espantado el obispo, logró que se escuchase su voz.

—Quienes no quieran entregar a estas doscientas veintitrés personas al ejército de Arnauld, quienes amen la libertad, ¡que levanten la mano!

Un aullido de rabia, liberador, se elevó a mi alrededor. Millares de brazos confirmaron el grito de unión.

En medio del clamor de la multitud que comenzaba a abandonar la catedral, nos levantamos y seguimos al obispo hasta la salida. En la placeta montó sobre un asno pelón. Un grupo de gentes empezó a escarnecerle.

—Pero, eminencia, ¿qué hacéis? ¿Llegáis a caballo y os volvéis a lomos de un burro? Sin duda, es lo que más se ajusta a vuestro espíritu cristiano, ¿no os parece? Huid, escapad de esta *guarida del diablo*. Pero tened cuidado, pues la *sinagoga de Satanás*, se encuentra allá abajo ¡en la tienda del Abad Blanco!

Una decena de personas temerosas y avergonzadas se dispusieron alrededor del asno y acompañaron al obispo. Bernard ordenó que no se tocase a ninguna. Quien quisiera irse no debía temer nada. Podía marcharse libremente. Después, con una mirada cargada de determinación, se dirigió al obispo y le devolvió la lista:

—Tomad, eminencia. Nunca la hemos leído. Es más, decid a micer Arnauld que nuestra ciudad es fuerte, que nos sobra coraje y que, antes de abrir las puertas por hambre, estamos dispuestos a devorar a nuestros hijos. Ahora, marchad.

En medio de un último coro de aclamaciones, el anciano obispo,

junto con los pocos cobardes, atravesó los muros para volver al campamento de la *Armada de Cristo*, imprecando en voz alta, en latín, contra aquella malvada ciudad atestada de riquezas, ávida de lucro y repleta de usureros:

—*Béziers! Potens urbs, plena divitiis, inhians lucris et foenore gaudens!*

*

Cuando el obispo Renaud de Montpeyroux entró en la tienda, Arnauld Amaury conversaba con el duque de Borgoña, el conde de Nevers y Simón de Montfort. El anciano, con mano temblorosa, entregó la lista al hombre de cabellera rojiza y refirió el asunto con pocas palabras. La mandíbula del abad parecía unirse con las orejas de tanto apretar los dientes. Sus ojos estaban inyectados en sangre. La vieja cicatriz en forma de cruz, en el lado izquierdo de la boca, pareció agrandarse bajo la piel dilatada.

—Bien. Que no quede piedra sobre piedra ni se perdone la vida de nadie.

La voz cavernosa pareció sacudir la tienda.

—Disculpad, obispo Renaud —terció el conde de Nevers—. ¿Cuántas almas puede haber hoy en vuestra ciudad?

—Diría que cuarenta o cincuenta mil… Tal vez más, muchas más —respondió entre reverencias el anciano atemorizado.

—¿Y cuántos católicos hay entre ellos? —preguntó el duque de Borgoña.

—No es fácil decirlo, señor… Diría que, al menos, la mitad de la población.

El duque se volvió hacia el general en jefe.

—Disculpadme, Arnauld, pero al entrar en la ciudad… ¿Cómo los reconoceremos? ¿Cómo podremos saber quiénes son los católicos y quiénes los herejes, los valdenses y los judíos?

La mirada del Abad Blanco reflejó una gran ironía mientras su voz cavernosa pronunciaba la sentencia:

—Acabad con todos. Dios reconocerá a los suyos.

Simón de Montfort permaneció impasible.

El duque de Borgoña y el conde de Nevers no dijeron nada, aunque no pudieron evitar una cierta desazón, por no decir malestar, que les impidió degustar plenamente el magnífico vino de los campos de Béziers.

Capítulo VIII

Simón de Montfort, grabado del Siglo XIX.

Aquella noche hacía calor. Un vientecillo misericordioso corría entre las gentes que se agolpaban en las callejuelas, los porches, los balcones, sobre los carros, en la sinagoga o en las cantinas. Paseábamos por el dédalo de callejones, en medio de una multitud que se había tendido en el suelo. Aquí y allá se veía a gente durmiendo, ancianos rodeados de niños a los que contaban sin descanso historias más animadas que la realidad, perros a la caza de comida y caricias, corrillos de hombres donde se discutía sobre el asedio.

La luna resplandecía sobre Béziers. Aquella noche era especial: *la Armada de Cristo* se encontraba allí abajo, poderosa, imponente, terrorífica, rodeándonos a todos. Un sentimiento de incredulidad serpenteaba entre la población agolpada a lo largo de las angostas callejuelas.

Yolanda me tendió un brazo y me estrechó contra ella. Me fijé en su vientre y ella siguió mi mirada.

—Es una niña, estoy segura. Una niña preciosa, rubia como Sara. La llamaremos Esclarmunda… *votre nom signifia que vos donats clardat el mon per ver etz monda*
N'Esclarmunda,
…

La abracé con ternura, unido y separado a la vez por el blando bulto de su vientre, mientras repetía aquel nombre tan dulce, aquellas palabras. Esclarmunda, tu nombre significa que das luz al mundo y que eres pura.

Nos dirigimos hacia la plaza de la catedral. Allí Yolanda quiso echar un vistazo a través de una tronera de la muralla. A su lado, observé también yo la explanada: algunas luces esparcidas por el campamento, el río Orb, los reflejos plateados de la luna sobre el lento espejo de las aguas. Me aferré con fuerza a los hombros de Yolanda: un recuerdo… Un ventanuco, la luna que reflejaba su faz argentina en el lago Nemi… Hace dos años. Exactamente dos años. Yolanda se volvió y debió de notar mi ansiedad.

—¿Qué te ocurre, Giordano? ¿En qué piensas?

La llevé cerca de un pino: había un banco de madera milagrosamente vacío. Nos sentamos. Por un momento observamos la enorme máquina de guerra, los hombres armados en los bastiones, la luna que brillaba en aquella espléndida noche de verano… Finalmente, le hablé de mi *viejo*, del sueño, de Aser, del libro de Plauto. De todo.

Meneaba la cabeza. Un velo de dulzura se apoderó de su pálido rostro y sus ojos adoptaron una expresión indulgente.

—¡Tenías miedo de ponerme en peligro! Y sin embargo has visto cómo te han reconocido enseguida. ¡Dios nos tenga de su mano! ¡Así que esos libros tan valiosos… deberían hallarse en la abadía de Cistercium!

Antes de que pudiese responder, rozó con la mano mi cintura y observó la hebilla de bronce con dibujos dorados.

—Entonces… desde hace seis siglos ocultan el conocimiento que podría cambiar el curso de la historia. Y tú lo sabes todo. Y ellos, también…

Se me abrazó, escondiendo el rostro entre mis hombros. Estábamos tan abstraídos en nuestros pensamientos, que no nos dimos cuenta de que se acercaban dos hombres.

—¡Yolanda! Pero ¿qué haces a estas horas, aquí, al claro de luna, en lugar de estar en la cama, dando a la luz un buen mozo para tu marido?

Era la voz nasal de Simón. A su lado iba Bernard. Los saludé con afecto y, para distraernos un poco, charlamos un rato sobre el asedio y el estado de la ciudad en general. A pesar de la multitud de gente que se había concentrado por todas partes y el hedor que comenzaba a salir de las letrinas, alrededor había tranquilidad. Se trataba de una buena señal, añadió Bernard. Después, Simón me tomó de los hombros y me levantó como una vara.

—Giordano, conviene que nos acompañéis. Venid al castillo, hemos de enseñarte algo. Es tiempo de guerra y, cuanto antes lo hagamos, más seguros nos sentiremos.

Por su tono de voz, Yolanda y yo comprendimos que se trataba de algo serio. Sin hacer ninguna pregunta más, los seguimos.

Dimos un rodeo rozando las murallas. A mitad de camino entre la puerta de San Jaime y la de Gua, nos detuvimos un momento, haciendo caso omiso de las inútiles protestas de mi jadeante compañera. Nos asomamos por una tronera. La luna iluminaba las ruinas del anfiteatro romano. Yolanda, quizá para romper aquel silencio tan extraño, aprovechó la ocasión para contarme la leyenda de san Afrodisio, a quien el gobernador de la Galia, Julius Vindex, en

tiempos de Nerón, mandó decapitar allí mismo para ordenar después que echasen su cabeza al fondo de un pozo. Pero al hacerlo, las aguas subieron hasta que apareció flotando. San Afrodisio recuperó su cabeza y se dirigió por su propio pie a la parte alta de la ciudad, donde se encontraba la iglesia que le dedicaron. Bajó a una cueva y se sepultó a sí mismo, junto con su cabeza cortada.

—Pero ¿no temes aterrorizar a la pobre criatura que llevas dentro con esa historia tan truculenta? —preguntó Simón, entre bromas, a Yolanda.

Aparentemente un poco más tranquilos, retomamos el camino. Poco después llegamos casi a la puerta principal del castillo nuevo de los Trencavel, situado en avanzadilla entre los burgos de Nissan y Vissec.

—Bueno, aunque el vizconde, a efectos prácticos, nos ha abandonado —comentó Bernard mientras se fijaba en los poderosos muros y se rascaba con dos dedos la narizota—, al menos nos ha dejado esta fortaleza casi inexpugnable. Creo que por sí sola podrá amedrentar a los sitiadores y proteger esta parte de la ciudad.

Después, con la mirada, señaló el brocal de un pozo abandonado. Nos acercamos. Retomó la conversación tomándome del brazo:

—Me lo mostró el joven Trencavel antes de huir a Carcasona. Míralo bien: está lleno de piedras. En apariencia, está en desuso, pero mira con atención… No, Simón, ¡no enciendas la antorcha! Con la luz de la luna hay bastante.

—No hay nada que ver. Bueno, allá, a la izquierda, hay una piedra mayor que las demás —sin entender nada, apretaba la mano de Yolanda y entrelazaba mis dedos con los suyos.

—¡Eso mismo! Si se aparta, se llega a un larguísimo pasadizo que discurre bajo el castillo y desemboca directamente al otro lado de las murallas, en medio del bosquecillo. La salida está taponada con otra piedra. A medio camino, hay dos portezuelas que pueden abrirse en el momento de huir y, una vez fuera, no se puede volver hacia atrás. Es muy estrecho. Alguien tan robusto como Simón o yo no conseguiría pasar, pero sí alguien de complexión pequeña y delgada como el joven Trencavel…

—… O también como yo, por ejemplo, lo lograría, ¿verdad, Bernard? —concluí.

No pareció tener en cuenta la aspereza de mi tono. En lugar de ello, prosiguió:

—¿Te has fijado bien? Vámonos de aquí. Ya hablaremos mientras paseamos.

Dimos la vuelta, evitando a un grupo de desdichados que se veían

obligados a sufrir una prédica apocalíptica de un enloquecido clérigo ambulante. Regresamos a la plaza de la catedral. De pronto, estallé, palmeando los hombros de uno y otro:

—¡Maldición! Pero ¿qué os pasa por la cabeza? Yolanda me esconde los libros en el molino, vosotros me mostráis la entrada a un pasadizo secreto… ¿Os habéis vuelto locos? ¿Creéis que puedo abandonar a mi mujer y a mis amigos para irme de viaje como Tales, a la búsqueda del saber, admirando las estrellas y refugiándome en un pozo?

Simón me miró con severidad.

—Bernard ignoraba todo acerca de los manuscritos escondidos en la abadía de Cîteaux, pero, después de lo ocurrido en la catedral, me he permitido contárselo todo. ¿Lo sabe Yolanda?

—Sí. Me lo ha contado hace poco —terció ella, respondiendo con dulzura al nervioso entrelazamiento de mi mano.

Bernard apoyó su mano en mi hombro.

—Giordano, nadie te dice que huyas. Todos los que estamos aquí vamos a defendernos con el firme propósito de vencer y abatir al maldito coloso de barro que aguarda allá abajo. *¡In Deum fidamus!* Pero no podemos estar seguros de conseguirlo. Si nuestras murallas ceden, si nuestras vidas, si nuestra libertad estuviesen en peligro… lo mejor es que uno de nosotros pueda escapar y no se vea en tan desdichado trance. Podrá ayudarnos desde fuera. ¿Y quién mejor que tú? ¡No! Deja hablar a Yolanda: es tu mujer y tiene más derecho.

Intenté intervenir, pero ella me selló con dos dedos los labios.

—Giordano, ya hablamos de esto el año pasado. Ahora, por Dios, la situación es muy distinta. Escúchame, te lo ruego. Si las cosas empeoran, estoy segura de que podrás hacer algo desde fuera. Por Béziers, por mí, por tu hijo, por Sara, por David, ¡por todos! Y si no saliese bien, siempre podrás recuperar los libros en la abadía de Cistercium. Y si no lo logras, podrás continuar con tus libros de matemáticas o astronomía. ¡Por nosotros! ¡Para luchar contra ellos! Giordano, si Béziers tuviera que capitular y tú te empeñases en hacerte el héroe hasta el final… por amor de Dios, dejaré de quererte y me llevaré a nuestra criatura, pues demostrarías que tu gran inteligencia es bastante pequeña y que tu corazón tan sólo está henchido de orgullo y presunción —de su rostro encendido brotaba una voz vibrante y apasionada.

—Pero, pero… ¡estáis locos! ¡Vosotros, no yo! Orgullo, presunción… Pero ¿de qué habláis? ¡Maldita sea! ¡Jamás huiré ante Satanás! Si puedo, lo miraré directamente a los ojos. Cuando llegue el momento, ¡ya decidiré yo qué clase de vida deseo! ¡Creo que no hay

modo mejor de darla que salvando la de mis amigos, la de mi esposa y la del fruto de nuestro amor!

Me angustiaba la mera idea de que todo pudiese terminar. Me turbaba el recuerdo del viejo que, dos años atrás, en una noche de luna como aquella, me gritaba que me dejase de heroicidades, pues era lo que deseaba aquella pandilla satánica. Me desesperaba por mantener la mente lúcida mientras mi corazón ardiente luchaba contra el maldito mundo de las reglas y el sentido común.

Los grandes ojos negros de Simón se plantaron en los míos y, por primera vez, me di cuenta de cuánta dulzura había tras su mirada turbia y desconfiada. Habló con un tono de voz grave:

—Siempre podrás decidir. Por mi parte, prefiero morir junto a Marta, David y Sara antes que vivir como esclavo, sin la libertad de profesar mis ideas y mi credo. Sabes perfectamente que no habrá término medio: o resistimos o todo habrá acabado. En Béziers no harán prisioneros ni tomarán esclavos. Si se da tan desgraciada circunstancia, no creo que te sintieras muy orgulloso de formar parte de un montón de cadáveres.

Abrazaron a mi compañera y se alejaron.

Yolanda no me dio tiempo a mostrarle mis desesperadas protestas.

—Giordano, te prometo que, en cuanto llegue el peligro, me refugiaré en la iglesia, ¿de acuerdo? Verás, aunque todo acabe mal, no harán nada a los católicos. Respetarán las iglesias —y extendió las manos, hacia mi abatimiento. La abracé con la mente confusa. Mi ánimo continuaba luchando. Nos encaminamos hacia casa. La costumbre guió nuestros pasos bajo el estrecho pórtico de la *Vía del sol*, que se había convertido en refugio para muchas personas.

Nos detuvimos fingiendo un cansancio improvisado. Luchamos contra la vergüenza. Había demasiada gente… Pero la nostalgia, el miedo a la guerra, el amor… dejaron atrás las buenas maneras y nos abrazamos. Le mordisqueé sus cabellos de seda que le enmarcaban el cuello, las orejas… y entre balbuceos le decía que los números y las letras eran sólo charlas… ¡tonterías! Delirando, le susurré que la verdadera obra de Dios era el amor, el amor entre un hombre y una mujer, el amor entre Giordano y Yolanda… Y le cubrí los ojos de besos. Dejamos la *Vía del Sol* acompañados por un tranquilizador murmullo de aprobación.

Poco después llegamos al burgo de la Magdalena, tras haber atravesado el intrincado dédalo de callejas. La gente hacía cola delante de establos, vertederos y letrinas. Todos se preparaban para pasar la noche bajo un manto de estrellas.

El sol del miércoles 22 de julio de 1209 estaba alto. Las callejuelas de Béziers bullían de gente. Cerca de los muros se administraba la ración de agua procedente de las cisternas y las gentes se disponían a resistir la segunda jornada de asedio. Muchos se acercaban a nuestro burgo, a la iglesia de santa María Magdalena, porque aquel día se celebraba su fiesta.

Yolanda, Sara, David y yo nos dirigíamos hacia allí. Pasamos junto a la torre del campanario y de los centinelas que vigilaban la ciudad y las murallas. David iba con Yolanda y Sara me había cogido de la mano. Caminábamos lentamente, mezclados con los niños que se perseguían gritando, con grandes rebanadas de pan en la mano, mezclados con los colores de toda suerte de ropajes y mecidos por los más diversos acentos y dialectos que, en aquel día, resonaban por la ciudad. Más que una fiesta religiosa, aquel miércoles parecía una feria de campo, de ganado o de cereales.

—No tenías que venir, amor. ¿No ves que en tu estado puedes caerte? —repliqué tiernamente a mi mujer, quien me contestó con un gesto de dulzura, si bien sólo los hoyuelos de sus mejillas parecieron sonreír: en sus ojos tenía un velo de melancolía que flotaba desde los primeros tañidos de las campanas que habían anunciado la salida del sol.

—¿No querrás que nazca mi niña en la iglesia? —le dije, en un intento por alegrarla, pero una nube de niños chillando nos separó.

Poco después llegamos a la entrada principal de la iglesia. La misa debía de haber comenzado, pues se oían algunos cánticos. El verde y el azul de los ojos de Yolanda se fundieron. En ellos se reflejaba toda su dulzura, así como un sutil halo de inquietud. Le sujeté el rostro entre mis manos.

—Pero ¿qué tienes, *mon cor*? ¿A qué viene esa mirada?

—No lo sé, Giordano, no lo sé. Pero no me hagas caso. Me suele pasar desde que la llevo dentro —y con las yemas de los dedos me acarició la frente y el cabello. En sus ojos se adivinaba una húmeda vacilación.

—¿Estás segura de que es *ella*?

—Con rizos rubios, como los de Sara —y se echó en mis brazos mientras susurraba—: Abrázame, abrázame…

David y Sara nos miraban curiosos y divertidos. Después Yolanda se separó de mí tomando mi mano entre las suyas:

—Giordano, ¿de veras crees que dentro de nosotros hay una llama de luz? —Su mirada vibraba esperanzada.

—Claro, vida mía.

—¿Y piensas que podremos seguir juntos nuestro camino? ¿Incluso

después? —Noté un tímido temblor en su voz.

La abracé y le susurré que sí, apesadumbrado por sus pensamientos.

—Tío Giordano —nos interrumpió Sara—, desde aquel día… no paráis de abrazaros. Pero ¿cuántos nenes queréis tener?

El candor de la niña devolvió la alegría a los ojos de Yolanda. Apreté contra mi pecho la pequeña cabellera rubia.

—Sara, date prisa, aprovecha para darme un besote porque cuando nazca mi niña ya no te querré tanto…

Frunció las cejas, ladeó la cabeza y torció el gesto.

—No te creo. Pero nunca se sabe. Los mayores sois tan raros… —Y tras decir esto, me pasó el brazo por el cuello y, con sus rizos de oro, me cubrió de besos.

David la apartó. Su rostro de hombrecito estaba cubierto de pecas. Su mirada, tan grave, ocultaba una dulzura que delataba el tono de su voz.

—Tío, puedes estar tranquilo. Ya me encargo yo de la tía Yolanda. Cuando tengas un poco de tiempo, ¿construirás la máquina voladora? Si no tuviesen que marcharse, al menos volaríamos a una isla, en medio del mar…

Ignoro qué me ocurrió. Apreté contra mi pecho a Sara y a David en un arrebato tal de ternura que estuve a punto de dejarlos sin respiración bajo la mirada suplicante de Yolanda, a quien atraje hacia mí para abrazarla también a pesar de su enorme vientre.

Proseguimos. Sara y David iban de la mano de mi amada. El coro había comenzado a cantar el *kyrie*, una melodía melancólica pero vehemente. El sol caía a plomo sobre la plaza, llena a rebosar. El calor era asfixiante. El grupo en el que se hallaban las personas que más quería, mezclado con los colores de la gente, entraba en la iglesia. Perseguida por un perro, una bandada de palomas se refugió en el cielo y, en medio de aquel batir de alas, los ojos tristes de Yolanda no cesaban de buscarme. Sentí un nudo en la garganta, la mirada suplicante de mi mujer… Más palomas al vuelo y, al final, la luz húmeda de sus ojos en los míos.

—No me convence, no me convence… —me decía mientras observaba el valle, el río, el campamento cruzado, las enseñas. El sol estaba alto y allí abajo debían de estar en un horno. De vez en cuando, una ráfaga de viento lamía los bastiones. Continuaba rumiando. A nuestros pies no se divisaba ninguna señal que hiciese pensar en la guerra. Tan sólo se oía el chirrido continuo y soñoliento de las cigarras.

A mi lado, Bernard y Simón hablaban de la Magdalena: el día 22 de julio se había convertido, para las gentes de Béziers, en la fiesta de la libertad. Sin embargo, debieron de darse cuenta de la preocupación que se reflejaba en mi rostro. Bernard me preguntó si había algo que me inquietaba.

—Todas estas coincidencias, amigo mío. Son demasiadas.

—¿A qué te refieres?

—El 22 de julio del año 663, en Nemi asesinaron a Aser. Fue un sacerdote quien le robó las *llaves del saber*. En 1167, en la iglesia de Santa María Magdalena, cuya fiesta se celebra el 22 de julio, Béziers mató a un tirano y malhirió a su otro gobernante, el obispo, lo cual desencadenando una masacre… que se saldó con la libertad. El 22 de julio de hace dos años, en Nemi, tuve aquel sueño… en el que vi lo que quizás había ocurrido en aquel lugar cinco siglos atrás. Ese mismo día, el Abad Blanco se encontró en el castillo de Nemi con Inocencio III, donde acordaron el exterminio de este pueblo. Hoy, 22 de julio de 1209, mi esposa me habla de otra vida. No lo dice, pero me da a entender que piensa en la muerte. Demasiados 22 de julio, Bernard, demasiados…

—Pero ¿cómo? —Se entrometió la voz nasal de Simón—. Tú, un hombre de ciencia, ¿te dejas impresionar por estas coincidencias? Dios mío, lo que pueden hacer los nervios cuando uno está a punto de ser padre…

—No, Simón —lo interrumpí sin apartar la vista del campamento cruzado—. Efemérides y coincidencias aparte, hay otra cosa, pero no sé bien qué. ¿Te parece normal lo que pasa ahí abajo? —apunté con el dedo.

—Bueno, aparte de las quinientos mil personas dispuestas a pasarnos a cuchillo, todo me parece tranquilo. Es más, muy tranquilo, gracias a Dios —repuso Bernard, alisándose sus cabellos rubios con la mano.

—¡Eso es! ¡Algo no va bien, Bernard! Tu manera de pensar como hombre de armas se ha fijado en lo que para mí sólo era una sensación indefinida: todo está demasiado tranquilo. ¡Demasiado! Ayer era normal porque acababan de llegar, pero ¿y hoy? ¿No te das cuenta de que ni siquiera están montando las máquinas de guerra? No se ve ni una balista, ni trabuquete, ni manganel. ¡Nada! Y saben que los días vuelan y que el tiempo es su peor enemigo. Nosotros hemos pensado en todo cuanto estaba en nuestra mano. Fíjate cuántas torres albarranas. Por otra parte, en las murallas de Vissec y Durant hay centenares de hombres preparados para lanzar millares de abrojos en el caso de que esos condenados intenten llevar a sus caballos hasta allí

arriba —me mordí los labios mientras continuaba observando la *Armada de Cristo*—. ¿Y qué hacen los cruzados? Nada, absolutamente nada: duermen, acampan… Nada, ni una mísera escaramuza: nada de nada. ¿Veis aquellos cuatro tontos que han salido por la puerta de Torre Ventosa? ¿Los veis? ¡Son los nuestros! Agitan las banderas, los están provocando… y hasta los bandidos más cercanos los ignoran. ¿Lo comprendéis? No es lógico. Ni natural.

Dejamos la conversación y miramos qué hacían los cuatro hombres que habían salido por la puerta que quedaba a nuestros pies. Ondeaban la enseña de la ciudad mientras gritaban y se burlaban a la vista de los saqueadores y los cruzados. Todos los hombres de la guarnición se habían acercado a los bastiones para contemplar la escena, riendo entre ellos y acompañando los alaridos de aquellos cuatro con quejosas exclamaciones. Atraídos por los berridos y las risotadas, muchos se agolparon frente a las troneras y las almenas.

—Imbéciles, pero ¿quién les ha dado permiso para dar este espectáculo? —Gruñó Bernard.

—¿No ves que así levantan la moral? ¡No hacen nada malo! Y no hay ningún peligro —sentenció Simón.

—Bueno, sea como fuere, no hay que azuzar a una fiera que duerme —aconsejó el jefe de la guarnición, pellizcándose con nerviosismo su narizota.

Cuanto más veía a aquellos cuatro juguetear con las banderas, mayor era mi congoja. Parecía que me faltase el aire. Observaba la escena un tanto distraído. En cierto momento, miré con atención el campamento cruzado, en especial la posición más avanzada, donde se encontraba el escuadrón de saqueadores. El día anterior ocupaba el mismo espacio… Sí, más o menos, lo mismo. Pero el día antes era más denso, mucho más tupido. Era como si… de veinte mil hombres… quedasen sólo cinco mil, no más. ¿Acaso se trataba sólo de una impresión o quizá no? Pero, si no estaban allí, ¿adónde estaban en aquel momento? Ya tenía dos cosas raras en las que pensar: la ausencia de cualquier preparativo para la guerra y la desaparición de las tres cuartas partes del contingente de saqueadores. Poco después vi cómo, entre las tropas de avanzadilla, alguien izaba una bandera roja. Mi corazón comenzó a palpitar y mis ojos, aterrorizada, voló por todas partes. Y la vi. A la izquierda, muy a lo lejos, hacia el Puente Viejo, otra bandera roja se alzó y comenzó a ondear a manera de saludo… Con un nudo en el corazón llevé la mirada a otro punto y, allí, siguiendo una trepidante figura geométrica que mi miedo se había apresurado a dibujar, allá, más allá, hacia levante, en dirección a San Jaime, en medio del centelleo de las armas, otra banderola roja se alzó

y se agitó en el aire.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes, Giordano? —inquirieron Simón y Bernard.

—¡Por las llamas del infierno! ¡Un momento…! Hace cuarenta y dos años, Roger II logró romper el asedio y entrar en la ciudad para saquearla… ¡Y lo consiguió gracias a la astucia y el engaño! ¡Y nadie supo cómo! Vedlo vosotros también, ved a los saqueadores-asesinos. Faltan tres cuartas partes. Se están haciendo señales con las banderas rojas. Mirad allá… y allá… ¡y allá! Y ¿de dónde han salido esos cuatro tontos? ¿Por qué hacen todo eso? ¿Por qué, en nombre de Dios? Es una farsa, puro teatro: buscan espectadores. ¿Y qué hace el público que asiste a una representación? ¡Se olvida de todo y se concentra sólo en lo que hacen los actores! Esos cuatro quieren que nos quedemos embobados y no miremos hacia ninguna otra parte, que nuestros gritos disimulen otros alaridos… Pero ¿quiénes son esos cuatro, Bernard? ¿Quiénes son? Me parece conocer a uno de ellos. ¿Quién es, Bernard? ¿Quién es, por Dios?

—Espera, déjame pensar… ¿A quién te refieres? ¿Al de la barba y los cabellos rojizos? ¿Al que construía las cisternas?

Mi mente pareció estallar a la violenta luz de la verdad.

Los cruzados no preparaban máquinas de guerra porque alguien los iba a ayudar a entrar en la ciudad. Recordé la escena de casi un año antes. Yolanda y yo volvíamos del río. El hombre con la barba y el pelo rojos, junto con otros tres, trabajaba en la construcción de la cisterna cercana a la puerta de San Guillermo. ¡Dios mío, justo enfrente de la iglesia de Santa Magdalena! ¡Justo en la otra parte! ¡Por levante, y no por poniente, entrarían los saqueadores! A través de un pasadizo en las cisternas y, así, abrirían otras puertas y nos golpearían por la espalda mientras nos entreteníamos con aquel espectáculo.

Grité a mis amigos lo que probablemente estaba pasando. En pocos instantes su escepticismo se mudó en terror. Bernard llamó a un guardia:

—Veinte de vosotros iréis corriendo a donde os indique micer Giordano. Y tú, Simón, ve con ellos. Y todos vosotros: pase lo que pase, proteged su vida. Vale más que toda esta ciudad.

El joven armado asintió. Abracé a Bernard mientras a lo lejos, hacia el burgo de la Magdalena, el tañido de una campana que doblaba a muerte comenzaba a extenderse por la ciudad. Apenas miré a los cuatro situados fuera de la puerta de Torre Ventosa y que simulaban comenzar a batirse en retirada, pero acercándose a los soldados y saqueadores. Empecé a correr. Simón me puso en la mano una pequeña espada, mientras Bernard gritaba en vano para que

disparasen las flechas, sin hacer caso a aquellos cuatro, y que atrancasen la puerta. Era muy difícil saber qué estaba ocurriendo. Mientras las primeras flechas comenzaron a cortar el cálido aire veraniego, Simón, los veinte guardias y yo corríamos hacia la puerta de San Jaime.

Las primeras callejuelas que atravesamos mostraban una normalidad desoladora: las gentes, sentadas tranquilamente delante de las casas, se apretaban contra los muros para no ser embestidas en nuestra alocada carrera. Por un momento soñé haberme equivocado, pero la campana de la iglesia de Santa María Magdalena volvió a sonar con su lúgubre tañido.

No llegamos a tiempo a la puerta de San Guillermo. Antes de llegar a la plaza de la torre del campanario oímos gritos y ruidos metálicos. De pronto, al fondo de un callejón, comenzamos a ver sangre: ancianos, mujeres, niños… Todos degollados, con la cabeza cortada y destripados. Y los aullidos… los aullidos bestiales de los saqueadores-asesinos y los gritos desgarradores de la gente.

Por fin nos enfrentamos a ellos. Nos encontrábamos en un callejón. Corrían hacia nosotros. Aunque eran cinco o seis, no se asustaron al ver nuestro número y continuaron corriendo como endemoniados, descalzos; todos empuñaban un bastón en una mano y un gran cuchillo en la otra. La ferocidad se reflejaba en sus rostros y la sed de sangre, en sus ojos. Apenas pude defenderme: Simón me tomó del brazo y me echó hacia atrás mientras los guardias se adelantaban para defendernos. Logramos detenerlos y eliminarlos, pero tres de los nuestros quedaron en el suelo.

De las callejuelas adyacentes se oyeron otros gritos igualmente desgarradores, mientras el tañido de las otras campanas se unió al de la primera.

Reemprendimos la carrera. Llegamos al cruce del mercado y echamos un vistazo a un callejón: decenas de cuerpos mutilados empapados en sangre. De alguna casa comenzaba a salir el olor acre del humo. No tardó en aparecer el fuego: dos asesinos saltaron a través de las llamas. Nuestros soldados consiguieron atravesarlos con las espadas. Sus aullidos no cesaron aun con el hierro en el vientre. Mientras intentábamos proseguir, una nube de palos y cuchillos salía de una calleja. Nos refugiamos en un callejón, pero nos habían visto. Se abalanzaron sobre nosotros. Los guardias nos protegieron a Simón y a mí, pero era tanta la ferocidad de los saqueadores que algunos saltaban sobre los cuerpos de sus compañeros, o los utilizaban como escudos, para llegar hasta nosotros. Dos lo consiguieron: el primero cayó después de que Simón lo ensartase por el vientre con su espada,

mientras que el otro me asestó un bastonazo en el hombro. Al caer, mientras se aprestaba a cortarme la garganta con un cuchillo curvo, logré traspasarlo con mi espadín mientras Simón hacía lo mismo.

Mi amigo me tomó del brazo y me arrastró a un portal.

—Todo ha acabado. ¡Acabado! ¡Corre al castillo! ¡Al pozo! Huye, ve a Carcasona y cuéntalo todo. Escapa —sus grandes ojos mostraban su desesperación. Su voz era áspera, grave.

—En la iglesia de la Magdalena están Yolanda, David y Sara — grité entre temblores.

—¡Vayamos pues! Pero mantente detrás. ¡Detrás! ¿Me entiendes? Dios omnipotente, ayúdalos.

Dejamos a nuestras espaldas a los guardias que protegían nuestra fuga mientras otros saqueadores acudían para socorrer a sus compañeros. Esta vez giramos a la izquierda, en un intento por llegar a la Magdalena por abajo, desde la puerta de Grindes. La furia devastadora de los saqueadores-asesinos todavía no había alcanzado aquella parte de la ciudad, pero pronto nos dimos cuenta de lo contrario.

En la puerta del hospital para niños vimos un lago de sangre y las cabezas cortadas de muchas criaturas. Pasamos por delante de la casa de los cátaros. Una desgarradora visión nos asaltó: peregrinos, campesinos, enfermos, niñas… Todos en un charco sanguinolento, mutilados de manera horrenda. El cuerpo sin cabeza de Jeanne había sido descuartizado, mientras su cabeza, ensartada en un bastón, se erigía con toda su piedad en medio de un montón de cadáveres.

Continuamos corriendo. Sentíamos como las náuseas nos destrozaban la garganta. Me ahogaba… Poco después, al lado del asilo para pobres, en medio de otro horror sanguinolento, el cuerpo destrozado de Marta, la esposa de Simón. Mi amigo se inclinó, la besó en la boca sin llorar, tomó su cuerpo sin vida y lo cobijó en el interior de un portal.

—Adiós, compañera mía. Hasta pronto. ¡Tú corrías hacia David y Sara! Que Dios nos ayude. Dentro de poco… nos encontraremos.

El sonido lúgubre de la campana era cada vez más persistente y se difundía por las callejuelas de la ciudad. Corría como la sangre, como la muerte, como nuestro horror. Era un fragor que no daba tregua, que no dejaba lugar para la piedad. «Vámonos, amigo mío», le dije, tomándolo del brazo. Pero hubimos de volver sobre nuestros pasos. Continuamos corriendo por callejas sin vida, saltando por encima de los cadáveres. Por doquier encontrábamos sangre, fuego y, en resumidas cuentas, muerte. Cuando estábamos a punto de llegar a la iglesia de Santa María Magdalena, se detuvieron ante nosotros cuatro

soldados con la cruz escarlata cosida sobre la cota. Del templo salían alaridos espantosos, gritos desesperados. En el campanario tocaban a masacre y muerte.

La fornida figura de Simón se adelantó y comenzó a hender el aire con una violencia titánica tal, que hizo que los cuatro se detuviesen. Uno de ellos consiguió alcanzarle en los hombros e intentaba traspasarlo con la espada cuando lo golpeé. Simón había matado a los otros mientras gritaba los nombres de Marta, Sara y David.

Se volvió hacia mí, justo cuando a mis espaldas se oyeron unos gritos espantosos. Los ojos de Simón brillaron con un destello de furia. Comenzó a hacer molinetes con la espada para defenderme, pero todo ocurrió demasiado deprisa… La luz se desvaneció… Me hundí en las tinieblas con un violento dolor en la cabeza… Todo desapareció, incluso el lúgubre tañido de las campanas…

Tras zambullirme en las oscuras profundidades de la mente, emergí a la dolorosa superficie. Lo primero que advertí fue un áspero olor a madera quemada… Luego me llegó también el de carne quemada. Abrí los ojos: estaba envuelto en tinieblas. Me hallaba en el interior de un pequeño zaguán, bajo una escalera. Afuera se entreveían unas vagas sombras rojizas. Oía el crepitar de las llamas, blasfemias y alguna imprecación. Muy a lo lejos, un coro sombrío, tétrico, cantaba un *Tedeum*, pero las campanas permanecían mudas. Un frío silencio impregnaba la oscuridad.

Un incendio de recuerdos: el horror se precipitó de nuevo en mi mente.

Intenté levantarme. Lo conseguí con gran esfuerzo. Parecía que la cabeza me iba a estallar. Llevaba algo encima. Me palpé. Me sentía como si estuviera preso en una red helada… de hierro… También en la cabeza, envuelto en mi sangre… Sin comprender nada, me precipité hacia el callejón donde el resplandor de las llamas iluminó la cota reforzada con placas de cuero que ostentaban la cruz en el pecho. ¡Llevaba las prendas de un cruzado! Simón…

Me había desnudado y me había vestido como un cruzado. No demasiado lejos, yacía el cadáver imponente de un hombre ataviado con mis ropas. Justo cuando me incliné para recoger el cinturón con la hebilla de bronce, un ruido de pasos pesados me hizo volver la cabeza: mi primera reacción fue la de huir. Después me controlé y aferré con fuerza el espadín que llevaba en la mano. Un cruzado bajaba por la escalera arrastrando una gran alforja.

Me vio.

—¡Así que no estás muerto! Te había visto ahí, echado en medio de tanta sangre… Es un verdadero burdel. Pero ¿qué haces? ¿Te parece bastante un cinturón con una hebilla sin valor? Mira esto… ¡Mira qué botín! —Y abrió la saca para mostrarme todos los objetos de valor que había cogido en la casa—. ¡Es increíble! —continuó entusiasmado—. ¡No te puedes imaginar la de cosas de valor que tenían estos condenados! ¡Te aseguro que Bizancio no era tan rica! ¿Estuviste allí?

—No… no —farfullé, haciendo un esfuerzo por dominarme. Temblaba.

—Pues date prisa en encontrar algo, porque esos hideputas, los saqueadores, han pegado fuego a toda la ciudad. Útiles, indispensables… ¡Pero unos auténticos hideputas!

Calló al ver cómo miraba horrorizado el montón de cadáveres mutilados que teníamos al lado.

—¡Tiene que llevar mucho tiempo desmayado…! Te aseguro que dar una vuelta por la ciudad es un verdadero espectáculo, ¡sangre de Judas! De setenta a ochenta mil personas; no se ha salvado ninguna. ¡Ni una, te digo! ¡Ni un perro! Hemos obedecido al Generalísimo Abad Blanco al pie de la letra. ¡No se quejará! —Y sacaba pecho, lleno de orgullo y alegría—. Una matanza de estas proporciones… ¡y sin una baja! ¡Ese diablo debería dedicarse sólo a la guerra y olvidarse de ser monje! Lo único malo son esos asesinos, los muy hideputas: son tan feroces que no han tenido bastante con la sangre… ¡y lo han incendiado todo! Y a nosotros nos ha quedado bien poco. De todos modos, ¡qué espectáculo, por el Anticristo! Deberías verlos: violan a las jóvenes que han matado, a las niñas y a los chicos. ¡Qué espectáculo, por el Anticristo! Lástima que hayan degollado a todos… —Y cerró la saca mientras desaprobaba con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz mientras intentaba ocultar mi desesperación.

—¿Que por qué? ¡La Virgen! ¿Pero dónde estabas tú ayer? ¿No oíste lo de la recompensa en oro para quien lograse llevarle vivo al fulano aquél…? ¿Cómo se llamaba…? Anda, ayúdame…

—¿Te refieres a Palis Jordanus?

—¡Eso es! Ese herejote rebelde, pequeño de estatura, cabellos rizados y negros. Un tipo como tú, más o menos… Oye, ¿por qué estás tan asustado? ¿Y por qué no dices nada? ¿Quién es tu señor? ¿Y cómo es que llevas una cota tan grande? Déjame verte.

Y, diciendo esto, me sujetó por un hombro para que me volviese hacia las llamas que se alzaban de un montón de madera y cadáveres, en medio de un cruce cercano.

Hundí la espada en el vientre del hombre, sin piedad, luchando

contra las náuseas que me sacudían el pecho. Me ceñí el cinturón con la hebilla de bronce en torno a la cintura, recogí una daga muy afilada de la mano del cruzado al que había matado y me encaminé, tambaleándome, empuñando la espada manchada de sangre. Nadie reparó en mí en aquel escenario apocalíptico. Por las calles, en el centro o a los lados, a lo largo de las acequias para el agua de lluvia, discurrían regueros densos de aquel horror rojo.

No debía de hacer mucho que había oscurecido. Las llamas, cada vez más altas, se elevaban por todos lados. Logré llegar a la iglesia de Santa María Magdalena. El infierno se apoderó de mi alma. Ya no había calle. No se distinguía nada, salvo cadáveres mutilados y sangre. Me esforcé por avanzar, saltando entre aquellos montones de cuerpos sin vida. Me acerqué a la puerta principal de la iglesia. Simón yacía prono sobre las escaleras, traspasado por dos espadas, en un abrazo mortal con un asesino, por un lado, y un cruzado por otro.

Entré en la iglesia. Las llamas eran cada vez más altas. El horror obligó a que mis ojos se refugiaran arriba, en el gran rosetón de vidrio por donde, hasta aquel día, entraba la luz del sol. Hice acopio de fuerzas y bajé la mirada. La muerte había cubierto el templo: el suelo estaba alfombrado de cadáveres horriblemente mutilados. Buscaba por doquier sin dejar de temblar, pero no quería ver. Reconocí al padre Andrés y al otro joven sacerdote: les habían cortado la cabeza y los brazos. Y a las mujeres, las niñas, las criaturas de pocos meses descuartizadas, rodeadas de un horrible charco rojo.

Un cruzado aún rebuscaba entre los cadáveres: se había inclinado frente al cuerpo inerte de una niña para arrancarle sus aretes de oro. Advirtió mi presencia, se volvió y me mostró exultante dos pendientes con sus manos ensangrentadas. Mi espada lo traspasó con violencia. Murió con el estupor en los ojos.

Me negaba con tozudez a abandonar la esperanza pero, justo cuando me disponía a salir… allí, bajo el altar, vi sus cuerpos: volé por encima de la sangre y la carne triturada de tantas criaturas… y lo que vi me hizo caer de rodillas.

El cuerpo de David yacía prono en el suelo, con los brazos estirados en un intento de proteger a Sara y Yolanda. Un profundo tajo en la garganta casi lo había decapitado. Su pobre cabeza cubría el vientre desnudo de Sara, mutilada por completo. Un bracito había quedado junto a la pierna de su hermano. Su carita estaba cubierta de sangre. Sus ricitos de oro estaban separados por una hendidura en el centro de la cabeza de la que escapaba un denso líquido rojizo. Su otro brazo, pegado al cuerpo, estaba unido al de David, en un último intento de proteger a mi Yolanda… con el rostro todavía limpio, los

ojos claros abiertos, mirando fijamente el cielo.

Una ráfaga helada se apoderó de mi corazón… Una profunda laceración en la garganta: también le habían cortado la cabeza, los brazos y las manos, hundidos en la sangre. Aquel horror no me había dejado ver el vientre… abierto con profundos cortes… y la niña, nuestra hija, arrancada por espadas y cuchillos… Un cuerpecito de ángel sacado del seno materno, destrozado antes de nacer, sobre un altar… Me desplomé sobre la sangre, sobre el amor. Desesperado, acariciaba el cabello de Yolanda. Intentaba protegerla, acuné el machacado cuerpo de nuestra hija. Ojalá hubiese podido recomponerle la vida. Gemía y vomitaba. Aullaba contra el dios que había permitido aquella masacre. Apenas podía sofocar mis maldiciones. ¿*Quién* era? ¡Quizá los cátaros tenían razón! Hundí el rostro en la cabellera de mi esposa y, finalmente, eructé blasfemias, me doblé sobre mí mismo mientras invocaba piedad. Mis manos se volvieron a abrir, inertes…

Después, quizá cerré los ojos de Yolanda. Quizá besé los restos de aquellas criaturas que amaría para siempre… Seguro que salí, tambaleándome entre las llamas y el horror: mi alma anhelaba la muerte de mi cuerpo, la huida de aquel mundo infame. Deseaba unirme a aquel holocausto, desaparecer también yo en el fuego. Toda la ciudad ardía; todo se había convertido en una hoguera.

Sin embargo, salí de allí. Monjes y sacerdotes de la *Armada de Cristo* huían mientras aullaban al cielo el *Tedeum*. Vi cómo la catedral de Saint Nazaire se partía en dos y se desmoronaba sobre sus cenizas.

Me acerqué al pozo y me introduje dentro. Aparté la piedra y me dispuse a hundirme en aquel estrecho pasadizo negro, mientras no cesaba de invocar a la muerte entre llantos y gemidos y mordía la tierra y sus gusanos.

El Ejército de Cristo *acampó durante tres días a los pies de la colina humeante. Grupos aislado de saqueadores-asesinos y soldados rebuscaban aún entre los escombros de la* guarida del Diablo *cualquier objeto de valor que hubiese podido escapar del saqueo y el incendio. Quienes prefirieron quedarse en las tiendas, se dedicaron a descansar o a bailar con las cantineras que habían seguido a las tropas. En el río se lavaban las ropas ensangrentadas, se hablaba del milagro y se daba gracias al Señor por haber ayudado al ejército de Cristo en la destrucción de la* Sinagoga de Satanás.

La noticia de la matanza y el terror voló de boca en boca, de castillo en castillo, de ciudad en ciudad. A la sombra de su tienda, Arnauld Amaury compartió unos tragos de vino de Borgoña con el conde Eudes III, con quien discutía sobre la última vendimia. Las colinas de Cîteaux eran prácticamente como las de Beaune, pero el vino que hacían sus monjes… ¡era otra cosa! Se citaron para la próxima cosecha y, entre un sorbo y otro, Arnauld escribió a Inocencio III para anunciarle la victoria de Cristo:

«El día siguiente, fiesta de santa María Magdalena, en la iglesia donde hace tantos años los Biterrois asesinaron a traición a su señor, comenzamos el asedio de Béziers, ciudad defendida por la naturaleza del lugar y tan bien provista de hombres y víveres, que parecía capaz de detener por largo tiempo al más numeroso de los ejércitos. ¡Pero no hay fuerza ni prudencia que valga contra Dios! Los nuestros no respetaron ni rango, ni sexo, ni edad: cerca de veinte mil hombres fueron traspasados por la espada y a tan sangrienta carnicería siguieron el saqueo y el incendio de toda la ciudad, resultado más que justo de la venganza divina contra los culpables».

Al cuarto día, mientras el sol de julio ardía y desde la colina comenzaba a llegar el hedor de la carne que se pudría, el gigantesco ejército se dirigió hacia Carcasona.

Por el camino, el generalísimo Abad Blanco recibió al arzobispo Berengario y al vizconde Aimery de Narbona, quienes se postraron a sus pies en muestra de sumisión. Les entregarán a todas las personas sospechosas así como a los herejes que éste quisiese y le cederán todas las propiedades narbonesas de los judíos de Béziers. Todo, con tal que evitar un castigo de Dios similar al asestado a los condenados de la guarida del Diablo.

Seis días después, la armada llegó a Carcasona. Entretanto, centenares de castillos habían abierto sus puertas a los invasores para rendirse ante Arnauld Amaury. Incluso los cónsules de Arles y Montpellier, tras la carnicería de Béziers, se sometieron y juraron fidelidad a los legados pontificios Milón y Thédise.

Sin embargo, Carcasona era inexpugnable, tan poderosas eran sus fortificaciones. Las primeras escaramuzas en el burgo mostraron el gran valor del joven vizconde Raimundo-Roger de Trencavel, quien tenía a su lado a los mejores caballeros occitanos. A pesar de ello, la lucha era muy desigual, pues habían de enfrentarse a unas fuerzas mil veces superiores en número y combatir al Veni Creator *que los monjes y los sacerdotes gritaban al cielo para que descendiese la justicia divina. Consiguieron defenderse con honor, pero al final se vieron obligados a ceder el burgo y el Castellar, y se retiraron al interior de las murallas.*

El verano había entrado en su época más calurosa. Se terminó el agua en la ciudad y los animales y los niños comenzaron a morir. Un hedor nauseabundo circulaba por la ciudad junto con enjambres de grandes moscas que sembraron el pánico entre las gentes. El vizconde recibió la noticia de la masacre de Béziers directamente del rey Pedro II de Aragón, pero rehusó tanto la posibilidad de rendirse como la de abandonar a su gente.

Arnauld Amaury intentó desencovarlo. Propuso una entrevista con el joven vizconde, para la cual envió a su tío, el conde Auxerre, Pierre de Courtenay, al que se había entregado un falso salvoconducto firmado por todos los caudillos militares de la Armada de Cristo. Raimundo-Roger de Trencavel salió de la ciudad para parlamentar con el Abad Blanco, pero fue aprehendido, enviado a prisión y, tres meses después, el 10 de noviembre de 1209, degollado del modo más miserable.

Carcasona, sin agua y sin nadie que la gobernase, se rindió: el Abad Blanco perdonó la vida a sus habitantes, expulsándolos desnudos de la ciudad. Sus haberes, su dinero y sus tierras se convirtieron en el primer gran botín del ejército de Cristo. Tan grande recompensa hizo olvidar el motivo oficial de la expedición: la herejía. Ante la conquista de la poderosa Carcasona, el generalísimo Arnauld no pensó más en los apestados herejes. Ofreció tierras y riquezas al conde de Nevers, al duque de Borgoña, al conde de Saint-Pol, todos ellos hombres poderosos que se habían deshecho de su humanidad durante la matanza de Béziers en aras de una provechosa operación militar —y castigo divino, por supuesto—, hombres cuyo sentido de la caballería quedó sepultado bajo el engaño y la traición perpetrados contra el joven vizconde Trencavel. Sin embargo, uno tras otro acabaron por abandonar el Ejército de Cristo.

Pero hubo un conde sin condado, Simón de Montfort, que no se mostró tan escrupuloso. Cada vez se identificaba más con la desmesurada ambición del generalísimo Abad Blanco. Al igual que Inocencio III, quien había llorado desesperadamente el día de su investidura como papa por no estar preparado para aceptar un honor tan grande, Simón de Montfort se mostró avergonzado por sentirse indigno e incapaz, aunque aceptó de inmediato y se convirtió en conde de Béziers y Carcasona.

Arnauld Amaury tuvo por fin a su lado a un nuevo león para su Armada de Cristo. *El hombre idóneo para proseguir su avance. Un paladín sanguinario y asesino sin escrúpulos*.

El nuevo león de la cruzada restableció de inmediato los antiguos impuestos eclesiásticos, decretó otros nuevos y prometió dinero al papa lanzándose a una campaña de conquista. En pocas semanas se apoderó de Montréal, Fanjeaux, Alzonne, Saissac, Limoux, Preixan, Castres, Mirepoix, Pamiers, Saverdun, Lombers y Albi. Mas todas las ciudades estaban vacías. Sus gentes habían huido. La sangre de Béziers continuaba dando fruto. Allá donde quedaba gente, no dudaba en someterse. Se prendió alguna hoguera, pero los enclaves cátaros como Ventajou, Minerve, Termes o Cabaret aún no habían caído. El gigantesco ejército iba reduciéndose día tras día y los cruzados volvían a sus casas. Tan sólo quedó el nuevo león para proteger, con pocos soldados, centenares de castillos y ciudades que esperaban la ayuda de Roma de manos de Inocencio III.

El papa, en aquellos días de octubre de 1209, estaba muy ocupado con la coronación de su favorito, Otón IV de Brunswick, como nuevo emperador del Sacro Imperio Romano.

Las gentes de Roma se habían agolpado en las escaleras de San Pedro, así como en las calles de la Ciudad Eterna. El emperador lanzó monedas a su paso, lo cual creó una gran algarabía. Después tres obispos lo recibieron y lo acompañaron ante el soberano de soberanos, Inocencio III. Todos los príncipes se arrodillaron ante él y le besaron los pies. Después llegó el turno de que el emperador se postrase y, en una muestra de reverencia y sumisión, besase los pies al pontífice. Tras jurarle fidelidad y protección, Inocencio III lo besó en la frente, el mentón, las mejillas y los labios. Juró de nuevo, se cobijó en su manto, y lo besó en el pecho. Se le administraron los santos óleos y el papa le impuso la espada para que con ella abatiese a sus enemigos y a los de la Iglesia, protegiese el imperio y a los soldados de Cristo, y seguidamente le entregó el cetro y le ciñó la corona imperial.

Finalmente, le calzó las espuelas de san Mauricio Y el emperador abandonó San Pedro en compañía del papa. Le sostuvo el estribo del caballo y, sujetando las bridas, lo siguió solemnemente por toda Roma. La procesión se llevó a cabo entre el júbilo de las campanas, los cánticos de una multitud de sacerdotes que seguían a los dos gobernantes mientras se lanzaban monedas y bendiciones.

El sol de la primavera de 1210 fundió las nieves acumuladas durante el invierno, muy riguroso, mientras tropas de refresco renovaron la vitalidad de Simón de Montfort y Arnauld Amaury.

Quienes se resistieron o, incluso, se alzaron, como los habitantes de Montlaur, fueron ahorcados. La ciudadela de Bram fue reconquistada. A cerca de un centenar de prisioneros se les cortaron la nariz y el labio superior, y se les sacaron los ojos con las manos. Tan sólo se perdonó a uno de ellos, al que se dejó tuerto, para que condujese a los demás al castillo de Cabaret, donde aún se atrevían a resistir al ejército cruzado. El terror continuaba siendo el principal método de lucha de Simón y Arnauld. Allá por donde pasaban, se quemaban las viñas, los campos de lino o el grano, se sacrificaban vacas y ovejas, y se derribaban cabañas. Las gentes que huían preferían no dejar nada a los cruzados y prendían fuego a cuanto podían. La fértil y rica tierra occitana comenzó a perderlo todo: animales, viñedos, campos de grano… y libertad.

Llegó el verano, aún más caluroso que el anterior.

Minerva resistió tras un mes de asedio por parte del ejército cruzado, pero fue obligada a capitular tras un nuevo engaño más del Abad Blanco. Arnauld Amaury, con su potente voz cavernosa, tranquilizó al noble cruzado Robert Mauvoisin, quien temía que los cátaros acabarían por renegar de su fe para no ser pasto de las llamas.

—No temáis —le aseguró Arnauld—. Creo que muy pocos se convertirán.

Poco después, pudieron solazarse con la visión del primer gran fuego purificador: un monstruoso escenario se preparó en el fondo de un barranco y ciento cuarenta cátaros afrontaron el martirio antes que renegar de la fe de Cristo. Fue el 22 de julio, fiesta de santa María Magdalena, un año después de la carnicería de Béziers. La Armada de Cristo *la celebró con ciento cuarenta antorchas humanas. Monjes y sacerdotes entonaron el Tedeum mientras contemplaban el fuego purificador.*

A los nueve meses de asedio cayeron Termes y Puivert.

Los legados pontificios excomulgaron de nuevo al conde Raimundo IV de Tolosa por no haber echado aún a los herejes que vivían en sus tierras.

Entretanto, Inocencio III paseaba por el silencioso claustro del palacio de Letrán, con la mirada abstraída en el verde del prado, el rojo de las flores, los restos de algunas columnas romanas o un olivo. Pensaba en las cosas del mundo: en Alemania, Irlanda, España, Portugal… En la propagación y la consolidación del cristianismo en el norte de Europa, así como en el Imperio de Oriente, en Teodoro Lascario, o en Alesio y el enemigo de los latinos, Michelicio. Tampoco se olvidaba del principal enemigo de la Iglesia: Aristóteles.

Sus pensamientos se interrumpieron por la aparición imprevista de doce desharrapados: tras la sorpresa inicial, siguió un ataque de furor al haber reconocido al responsable: Aquel Francisco de Asís que llevaba semanas intentando hablar con él para que aprobase su regla monástica… ¡Una regla que prohibía cualquier propiedad! Una orden revolucionaria que se proponía asentarse en medio del vulgo para predicar la pobreza y ¡borrar de las mentes una noción tan sana como la propiedad! Inocencio III hizo que expulsasen a Francisco y a los restantes intrusos del palacio sin permitir que abriesen la boca. (Poco después, gracias a un prudente y oportuno sueño, aquel grupo de monjes harapientos comenzó a predicar y acabaron formado parte de la Iglesia y hablando en su nombre.).

Inocencio III continuaba pensando en París, en la universidad, en los discípulos de Amaury de Bène, el profesor de artes liberales más famoso hasta no hacía mucho, al que condenó a abjurar de sus creencias y sus doctrinas neoplatónicas y aristotélicas. El papa era consciente del grave peligro que se cernía sobre la universidad de París, de la que comenzaba a desconfiar. Sabía que la introducción y el uso de la lógica aristotélica podía cuestionar gravemente la supremacía absoluta de la teología.

Pierre de Corbeil, su antiguo maestro, presidió el sínodo provincial de París y promulgó en su nombre la prohibición a los doctores parisinos de que se enseñase la metafísica del sumo filósofo. Desde aquel momento, quien osare leer o copiar los libros de Aristóteles, llevados a Francia por los cruzados tras el saqueo de Bizancio, sería excomulgado.

En París, el 20 de diciembre de 1210, diez partidarios de la doctrina aristotélica de Amaury de Bène fueron condenados por el obispo, entregados al rey y quemados vivos. Junto a sus cuerpos infectados por el error, *se lanzaron los libros de metafísica de Aristóteles.*

La primavera de 1211 vio cómo Simón de Montfort se decidió a apagar los últimos focos de resistencia occitana. Su bandera fue izada en el castillo de Cabaret. Después, se puso sitio a Lavaur, que, al cabo de diez meses, se vio obligada a capitular. Los cruzados masacraron a sus habitantes mientras entonaban el Tedeum. El jefe de la guarnición de Lavaur, Aimery de Montréal, fue elevado al patíbulo. Ochenta de sus caballeros esperaban su tumo. Pero el improvisado cadalso, quizás a causa de la gran corpulencia de Aimery,

se vino abajo. Simón de Montfort aulló de rabia al ver cómo todos reían. Para no perder más tiempo, ordenó a los suyos que los degollasen sin piedad. Su deseo se cumplió al instante. Guiraude, la noble castellana, famosa por su bondad y su caridad, y creyente, había dado cobijo a cuatrocientos hombres y mujeres cátaros. Fue apresada, entregada a los soldados, acusada de ser una pecadora incestuosa, violada, lanzada a un pozo y muerta a pedradas.

El Ejército de Cristo encendió otra gigantesca hoguera delante del castillo. El Tedeum de los monjes y los sacerdotes se alzó potente al cielo para amortiguar los alaridos de los cuatrocientos mártires.

El cuantioso botín, arrebatado a la noble Guiraude, pasó a manos de Montfort y, de éstas, a las de su banquero, Raimundo.

Mientras tanto, Arnauld Amaury, a la cabeza del resto del ejército, capturó a otros ochenta cátaros que se ocultaban en una torre del castillo de Cassés, mandó derruir todo y sobre los escombros prendió un enorme fuego en el que los quemó a todos.

El viernes 17 de junio comenzó el primer asedio a la capital de Occitania. Simón de Montfort también aspiraba a convertirse en conde de Tolosa. Pero la ciudad resistió. Al lado de Raimundo IV se hallaban hombres de valor como el conde Raimundo-Roger de Foix, Bernard IV de Comminges y Hugues de Alfaro. El ejército de Simón de Montfort se vio obligado a abandonar el sitio.

En otoño de 1211 se asistió al estallido de varias revueltas en diversos lugares. El pequeño ejército occitano intentó sin éxito hacer frente a Simón de Montfort, pero la Armada de Cristo prosiguió con sus saqueos, devastaciones, incendios y masacres.

En marzo de 1212 Arnauld Amaury vio cómo su sueño se cumplía: el arzobispo de Narbona, Berenger, al que había perseguido desde 1204, había muerto. El Abad Blanco se instaló en el palacio arzobispal. De inmediato, el vizconde Aimery se postró a sus pies y, en presencia de diez prelados, le juró fidelidad y sumisión mientras se izaba la bandera que simbolizaba la posesión del ducado de Narbona. No esperó el permiso de Inocencio III. El precio por haber dirigido el Ejército de Cristo a la victoria hacía tiempo que se había pagado. No tuvo en cuenta que Simón de Montfort podía reivindicar sus derechos. Se trataba de una usurpación en toda regla aceptada en silencio por todos.

El miércoles 2 de mayo tuvo lugar la ceremonia oficial, festejada con un espléndido banquete en el que participaron numerosos obispos, como el de Béziers o el de Tolosa, y muchísimos abades. Arnauld Amaury brindó feliz porque además tomaba posesión de todos los bienes confiscados a los herejes en muchos lugares.

Entre ellos se encontraban PonsAymeric, del burgo del vizconde; Amiel Bertrand, del burgo de san Jaime, y Stéphane du Portal y Jean du Bosc, del burgo de la Magdalena. Todos estaban incluidos en la lista del obispo Renaud de Montpeyroux. Todos ellos asesinados el 22 de julio de 1209 en Béziers a manos de sus tropas.

Los cruzados se desplazaron hasta Lavelanet, pero renunciaron a conquistar Montségur, un nido de águilas de forma pentagonal que parecía inexpugnable. En noviembre, Simón de Montfort convocó en Pamiers una gran asamblea, integrada sobre todo por obispos, en la que se comenzaría a sentar acta sobre el contencioso occitano. A primeros de diciembre se restauraron los privilegios de la Iglesia, los poderes jurídicos de los obispos, el derecho a recaudar el diezmo y las primas.

Se prohibió al pueblo occitano la reunión en cofradías o asociaciones, salvo las de mercaderes o peregrinos. Se les obligó a asistir a misa los domingos y, en el caso de que no se pudiese por enfermedad, se estableció que se pagaría a la Iglesia una multa de seis

sueldos tornesos. En cuaresma, cada familia debía abonar tres monedas al papa en agradecimiento por la ayuda prestada para liberar el país de herejes. Se sustituyó el derecho occitano por el francés y las tierras de los herejes y sus protectores pasaron a pertenecer legalmente a los cruzados.

Se repartió el botín obtenido durante tres años de saqueos. De acuerdo con la carta que el papa había dirigido a Simón de Montfort el 18 de diciembre de 1210, y en la que lo instaba a que realizase el censo de Occitania, éste le asignó, como donación personal, mil marcos de plata.

Inocencio III designó a Pierre-Marc secretario de Raimundo, tesorero a su vez de Simón de Montfort. Debía retirar la parte que le correspondía de los impuestos y del botín de los últimos tres años, incluidos los mil marcos de plata que habían sido propiedad de la castellana violada y lapidada por los cruzados en Lavaur.

Entretanto, Simón de Montfort reclamaba el ducado de Narbona que Arnauld Amaury había usurpado. Pero el 12 de julio de 1215, Inocencio III le remitió una carta en la que elogiaba el comportamiento del legado y le ordenaba que abandonase sus pretensiones.

El 11 de noviembre de ese mismo año, dio inicio el cuarto Concilio de Letrán, promovido por Inocencio III con el objetivo principal de inculcar en el corazón de los cuatrocientos doce obispos, setenta y un arzobispos, ochocientos abades y centenares de sacerdotes, embajadores, príncipes, reyes y emperadores, el deseo de acudir «allá donde se adora y se venera a Mahoma, el hijo de la perdición» con una última cruzada de liberación. Asimismo, se recordó a todos: «que no se apiaden vuestros ojos y no tengáis misericordia. Herid para sanar y matad para dar vida».

Domingo de Guzmán seguía fascinado por la oratoria del papa, quien además había aprobado sus proyectos y lo había animado a poner por escrito la constitución de la orden de frailes predicadores para la conversión de los herejes.

El único ausente al concilio fue Francisco de Asís.

Inocencio III promulgó leyes contra los herejes, válidas desde aquel momento para todos los estados, si bien su pensamiento se dirigía hacia un único reino de Dios. Prohibió cualquier relación o trato entre judíos y cristianos bajo pena de excomunión para estos últimos. Ordenó que los judíos y sarracenos vistiesen de manera distinta a los cristianos y llevasen una señal distintiva, de tal manera que pudieran ser reconocidos con facilidad. Asimismo, renovó el veto que les impedía desempeñar cualquier cargo público.

El 30 de noviembre de 1215 tuvo lugar la tercera y última sesión plenaria del concilio, en la que se encontraron todos los protagonistas de la cruzada de Occitania.

El papa escuchó al arzobispo de Narbona, Arnauld Amaury, quien habló en esta ocasión en favor del conde Raimundo VI de Tolosa y de su hijo. El Abad Blanco mostró su resentimiento contra Simón de Montfort, quien le reclamaba abiertamente el ducado de Narbona. Por si fuera poco, acusó también a los demás legados pontificios en tierras occitanas y al obispo de Tolosa, Foulques, por haberse manchado con tantas crueldades. Inocencio III confirmó la decisión del concilio de Montpellier: por el honor de Dios y de la Iglesia, por la paz de las tierras occitanas y por la extirpación de la herejía, la ciudad de Tolosa y todas las posesiones occitanas conquistadas pasaban oficialmente a manos del glorioso caballero cristiano Simón de Montfort y el viejo conde de Tolosa perdía todo derecho a la soberanía. Tan sólo quedaba pendiente la cuestión del ducado de Narbona: Inocencio III no consiguió tomar una decisión definitiva contra su fiel Arnauld Amaury, quien regresó solemnemente a Narbona en calidad de duque. Montfort volvió a la ciudad y tomó posesión. Arnauld lo excomulgó.

Inocencio III salvó también a otro viejo compañero de escuela, el cardenal Robert Courson, de la lista de denuncias del clero francés que, siempre en la última sesión

plenaria del concilio, lo acusó de haber malversado en su favor gran parte del dinero recaudado en favor de la cruzada.

Durante el mes de agosto de 1215, Inocencio III intervino para confirmar la prohibición del estudio de Aristóteles. El cardenal legado Robert Courçon había recibido la invitación del papa a la universidad de París con un mandatum *especial por el que se prohibía estudiar los libros naturales aristotélicos y, en especial*, De naturali philosophia y De metaphisica.

El 16 de julio de 1216 fue un día muy caluroso, tanto como los de la quema de Minerva o la masacre de Béziers. Inocencio III se encontraba en Perugia. Le había asaltado una fiebre estival. Sin embargo, no quiso privarse de comer naranjas, que sorbía y comía por decenas, preso de una sed que desembocó en un delirio que preludiaba su muerte. De hecho, las naranjas lo sumieron en el sueño eterno, tras dieciocho años, seis meses y ocho días de pontificado. El domingo siguiente se celebraron las solemnes exequias. Por la noche, en la iglesia de San Lorenzo, su cadáver fue despojado. Robaron sus preciosísimos ropajes y lo dejaron allí, desnudo y maloliente. Sin oraciones fúnebres ni monumentos, se le dio sepultura, casi a escondidas, en la sacristía de la catedral.

Cuatro siglos después, se trasladó una urna a la capilla de san Esteban, donde fue abierta. Se trataba de los restos mortales de los papas Martín IV y Urbano IV, todavía intactos, vestidos con casulla y mitra. Envueltos en un paño sucio, algunos huesos partidos. Era todo cuanto quedaba de Lotario de Conti di Segni, Inocencio III, el hombre que desde el primer momento en que fue elegido en el templo del Sol puso todo su empeño en que las tinieblas se cerniesen sobre el camino de la humanidad.

Pero la mísera historia de su muerte nunca afectará a su obra ni a su pensamiento. Será recordado como el verdadero fundador del diezmo eclesiástico, como un superior generoso con sus sanguinarios colaboradores. Será recordado también como el primer papa que entregó a millares de herejes al brazo secular, como el primero que logró que príncipes, reyes y emperadores de toda Europa le besasen los pies y, sobre todo, como el fundador de la Inquisición. Su pontificado estuvo presidido por una incesante lucha para cortar de raíz la libertad de pensamiento. Fue asimismo el primer papa que predicó una cruzada contra un pueblo cristiano y mandó exterminar centenares de millares de hombres.

Prohibió el estudio de la obra de Aristóteles para atajar las ansias de conocimiento. Amordazó, sofocó y reprimió la toma de conciencia sobre el poder de la razón, el mismo que descubieran los griegos, el mismo que, a través de sus obras, comenzaba a contagiarse entre la mansa grey cristiana.

Nunca vaciló ante un gobernante déspota o sanguinario, pues de inmediato se ponía de su parte para tenerlo como aliado o vasallo.

Hizo todo en nombre de Jesucristo. Y no sólo consiguió llevar a cabo su plan de hegemonía universal, sino que legó un instrumento que podía hacer trizas la libertad de cualquier hombre: la Inquisición. Inocencio III labró un surco tan profundo que sus sucesores tuvieron que hacer bien poco para continuar su senda de muerte y destrucción.

El papa Honorio III, siguiendo aquel camino, prosiguió con el contencioso occitano. Ante todo, reconoció a los frailes negros de Prouille, más conocidos como la Orden de Padres Predicadores de Domingo de Guzmán.

El 25 de junio de 1218 la ciudad de Tolosa se defendió a muerte de otra revuelta y

otro asedio más, el enésimo. En las máquinas de guerra había muchas mujeres. Una de ellas cargó una enorme piedra y la lanzó más allá de la muralla. El yelmo de hierro de Simón de Montfort saltó en pedazos y esparció trozos sanguinolentos de la cabeza del feroz soldado de Cristo. Tolosa estaba todavía a salvo. Occitania recuperaba el coraje y, a aquellas alturas, había un pueblo dispuesto a responder a las matanzas y a la guerra de conquista desencadenada por la Iglesia y los barones de Francia.

Honorio III predicó una nueva cruzada y el rey Felipe Augusto envió un ejército dirigido por su hijo, el futuro Luis VIII. La poderosa armada, capitaneada por veinte obispos, se unió a la del hijo de Simón de Montfort, Amaury, delante de Marmande. La ciudad cayó, pero la guarnición y su comandante, Centulle, dieron por salvadas sus vidas gracias a un obispo que recordó al príncipe y al conde que eran gentes de honor. De inmediato, los obispos, monjes y sacerdotes elevaron al cielo loas a la gloria purificadora de Dios y, mientras cantaban Veni Sancte Spiritus *para infundir ánimo, los soldados con cruces escarlatas desenvainaron las espadas y se lanzaron contra la población inerme. Mataron a hombres y ancianos; desnudaron, violaron y descuartizaron a las mujeres; degollaron y trocearon a los niños; vaciaron ojos y cortaron brazos y cabezas. En poco tiempo, un lago de sangre anegó la pequeña ciudad. Nadie se salvó. Ni siquiera un perro. Al terminar la matanza, el fuego lo purificó todo*.

El ejército cruzado perpetró una carnicería. Más de cinco mil muertos. Había vuelto a repetirse, a sangre fría, la masacre de Béziers.

Sin embargo, Tolosa, asediada desde el 16 de junio, resistía y, el primero de agosto, el poderoso ejército del príncipe Luis levantó las tiendas.

El 6 de agosto de 1221 murió Domingo de Guzmán mientras la multitud reunida en Prouille recordó sus palabras cuando se dirigía a los cátaros para convertirlos: «Hace años que les dirijo palabras de paz. He rezado, suplicado, llorado. Pero, como se dice vulgarmente en España, donde no llegue la bendición, llegará el bastón. Por ello, moveremos a príncipes y prelados contra vosotros y así ellos llamarán a pueblos y naciones y muchísimos de vosotros morirán bajo la espada de la justicia. Las torres serán destruidas, las murallas echadas por tierra y seréis reducidos a la esclavitud. Y prevalecerá la fuerza donde la dulzura ha fallado».

(Apenas trece años después, estas palabras ayudarán a convencer al papa Gregorio IX para elevarlo al ejército celeste de los santos.).

En agosto de 1222, todavía excomulgado, murió el anciano conde de Tolosa, Raimundo VI. No pudo darse sepultura a su cuerpo y fue abandonado junto al cementerio. Las ratas lo devoraron. Le sucedió su hijo, Raimundo VII, quien inició la reconquista de las tierras occitanas. El 14 de julio de 1223 falleció también el rey de Francia, Felipe Augusto, y Luis VIII accedió al trono.

El 14 de enero, los condes de Tolosa y de Foix firmaron un acuerdo con el hijo de Simón de Montfort, Amaury, quien dejó las tierras conquistadas. Raimundo Trencavel, el hijo del joven vizconde muerto en la cárcel a manos de Simón de Montfort quince años antes, recuperó Carcasona. Todas las tierras occitanas soñaban con que las matanzas llegasen a su fin.

El año de 1225 comienza con una tremenda hambruna que asola Europa. El papa Honorio III presionó mucho al rey de Francia para que retomase la cruz y la espada, y volviese a las tierras occitanas para extirpar la herejía de una vez por todas, pero las condiciones que el rey puso al papa eran demasiado duras y no se llegó a un acuerdo.

En la abadía de Fontfroide, el Abad Blanco, arzobispo de Narbona, Arnauld Amaury, en presencia de Bernard, obispo de Béziers, dictó a su secretario y notario, Durand, una donación para la abadía de Fontfroide que constaba de dos caballos, dos carros, un

palafrén… y todos sus libros. El 29 de septiembre, la potente voz cavernosa dejó de inspirar terror.

El pisano Leonardo Fibonacci fue primer especialista en álgebra cristiano, junto con Giordano Nemorario, al que había encontrado en Ostia mientras volvía de uno de sus viajes por Siria y Egipto. A pesar de contar con la protección del emperador Federico II, necesitaba el permiso de la Santa Sede para publicar sus libros de matemáticas. Escribió una carta al cardenal Raniero Capocci para que le permitiese dar al público sus obras revolucionarias. La numeración indoarábiga debía sustituir a la latina para simplificar el comercio y transformar de raíz el desarrollo de las matemáticas y abrir el camino a la astronomía.

Apenas terminado el tratado Liber quadratorum, *dedicado al emperador Federico II, compuso, en 1225, otro texto que trata de las ecuaciones cuadráticas y cúbicas*, Flos. *Envió la siguiente carta al cardenal Capocci*:

«He podido saber, oh bendito padre y venerable señor Rainiero, por la gracia de Dios dignísimo cardenal diácono de Santa María in Cosmedin, que os habéis dignado solicitar por carta una copia de mis obras y que no lo habéis hecho como si de una orden se tratase, de acuerdo con vuestra dignidad, sino con sencillez. He acogido con reverencia vuestra petición y la he tomado como un encargo y no sólo por obedecer devotamente a vuestros deseos, sino también para resolver algunas cuestiones propuestas por ciertos filósofos de su serenísimo señor, el César, así como por otros a lo largo del tiempo y otras más que, con mayor sutileza, han sido resueltas en el libro más importante sobre números que he compuesto, así como muchas otras que yo mismo he puesto. Tras compilar todas las cuestiones así florecidas, aunque muy complejas, tanto de aritmética como de geometría, que, tras un atento examen, son explicadas de una manera tan clara que no sólo florecen por sí mismas, sino que a través de ellas despuntan otros problemas innumerables como las plantitas brotan de sus raíces. Con ellas os habéis dignado pasar el rato y, si queréis, podréis hallar entretenimiento, no vano, sino útil (no obstante vuestras labores y preocupaciones), de esa paz que engendra virtud mientras dedicáis el tiempo con el ejercicio de la mente. En el caso de que sea aceptado por vuestra clemencia y bondad, hallaré aún más la amenidad de la precisión y de la utilidad y, para ser digno de merecer vuestra gracia, perfeccionaréis con humildad la obra sometiéndola a ella y a mí mismo, de la manera más afectuosa, a cuantas correcciones dictará vuestro poder».

Tres años después, Leonardo Fibonacci completó el Liber abad, *su obra más importante, en la que se contenían todos los conocimientos algébricos y aritméticos aprendidos de Giordano Nemorario. Sin embargo, a partir de entonces, sus huellas se perdieron para siempre*.

En 1225 concluyó el concilio de Bourges. Catorce arzobispos, ciento trece obispos y ciento cincuenta abades de todas las provincias occitanas y francesas condenaron al joven conde Raimundo VII de Tolosa por continuar favoreciendo a los herejes y no expulsarlos de sus tierras.

El 28 de enero de 1226, Raimundo VII, el conde de Foix y el vizconde de Béziers fueron

excomulgados mientras Amaury de Montfort vendió sus títulos y sus derechos sobre las tierras occitanas. Luis VIII, el carnicero de Marmande, se convirtió de este modo, con la aprobación de la Iglesia, en el nuevo amo y señor de Occitania. A la cabeza de un nuevo ejército cruzado reconquistó la región, salvo la capital, Tolosa.

Se reemprendió la caza de herejes y volvieron a arder las hogueras purificadoras.

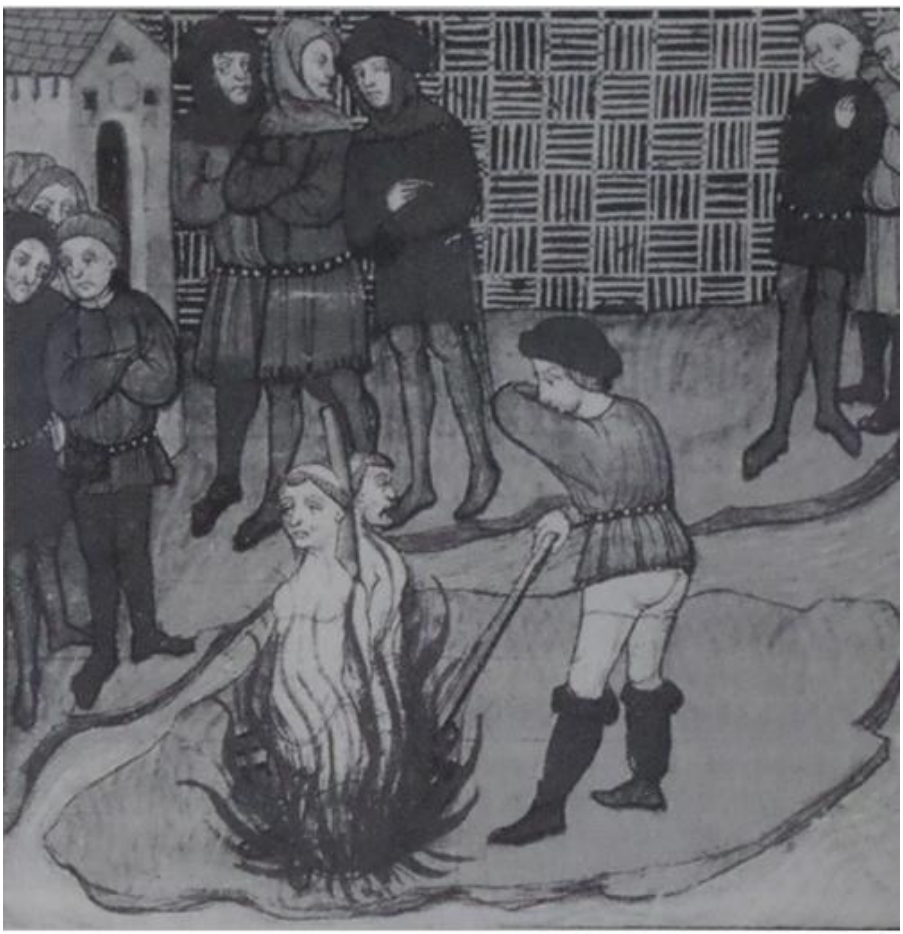
El 8 de noviembre muñó el rey Luis VIII, el León, y el reino de Francia pasó a manos de su enérgica y ambiciosa madre, Blanca de Castilla.

También falleció el humilde soñador de Asís, Francisco.

Al año siguiente dejó el mundo el papa Honorio III. Le sucedió Ugolino Conti, cardenal diácono de San Eustaquio y obispo de Ostia gracias a su tío, el papa Inocencio III, a cuyo lado se mantuvo durante todo su pontificado. Cercano a Domingo de Guzmán, tomó el nombre de Gregorio IX.

No tardó en presionar a la regente de Francia, Blanca de Castilla, para que continuase la erradicación de la herejía. La regente todavía era joven y se sentía muy cercana, en cuerpo y alma, al legado pontificio, Romano de
Sant'Angelo,
quien redactó, en 1229, el tratado de Meaux, un documento que prácticamente sancionaba la anexión de Occitania al dominio real en la medida en que obligaba al conde de Tolosa a pagar dos marcos de plata a quienes, mediante denuncia o por cualquier otro modo, contribuyesen a la captura de un hereje. El tratado preveía asimismo la creación de una escuela de teología en Tolosa, dirigida por profesores impuestos por el rey y por la Iglesia. Para su mantenimiento, el conde debía pagar cuatro mil marcos de plata. En la práctica, podía considerarse el acta fundacional de la universidad de Tolosa para combatir la herejía.

Capítulo IX



Quema de los herejes, miniatura francesa.

Mientras se redactaba el tratado de Meaux, los estudiantes de la universidad de París celebraban el carnaval dando rienda suelta a su ardor juvenil con cantos y grandes jarras de sidra y cerveza. Las ganas de vivir a veces propiciaban riñas. En una taberna de la calle de los Escribanos, se había trasegado mucha sidra y aquella gresca parecía no acabar nunca. El clamor se oía a lo lejos. La reina regente, Blanca de Castilla, estaba al corriente y recibió presiones para que acallase el jolgorio. Llamó al alguacil en jefe y le ordenó que acudiese con sus hombres de inmediato a la taberna, desenvainasen las espadas y perpetrasen una carnicería.

En la universidad, los profesores suspendieron las clases en señal de protesta.

El lunes santo, 9 de abril de 1229, mientras delante de Notre Dame se preparan los palcos para la solemne ceremonia de anexión de las tierras occitanas al reino de Francia, todos los maestros están reunido. Sólo faltan los de teología.

Son horas y horas que en el Aula Magna se habla y se discute.

Ahora le toca hablar a él. Como siempre, dejan que Johannes de Holywood —o Juan de Sacrobosque— diga la última palabra. Educado en Oxford, volvió a Escocia para entrar en una orden monástica. Del monasterio de Holywood en Nithsdale pasó al de los frailes trinitarios en Aberdeen y, desde allí, se trasladó a París, donde se instaló junto a la universidad, en la hospedería de la Trinidad y convento de los padres maturinos.

El 5 de junio de 1221 fue admitido como miembro de la Universidad de París, bajo la autoridad del síndico de Escocia. Pronto fue elegido profesor de matemáticas y no tardó en labrarse fama de ser el mejor astrónomo y matemático de la ciudad, además de ser el maestro más apreciado y querido por su carácter, profundamente humano, y su enorme saber. Nadie sabía su verdadera edad. Su poblada barba y sus espesos cabellos rizados y negros presentaban algunas canas. Sobre el hábito blanco de los padres maturinos, destacaba la cruz roja y azul, los tres colores de la trinidad. El blanco,

principio de todos los colores, representa al Padre Eterno, origen a su vez del Hijo y el Espíritu Santo; el azul estaba compuesto por el blanco y algo oscuro, tal como el Hijo se había unido a la naturaleza humana, marcada por el sufrimiento causado por las pasiones; y, finalmente, el rojo del Espíritu Santo, el fuego del amor.

Sus ojos oscuros están llenos de calor y también de firmeza. Su voz es profunda:

—Amigos míos, concluir esta asamblea conlleva una grave responsabilidad. Votaremos libremente, es cierto, pero no por ello disminuye mi carga, pues soy el decano… y ocioso es ocultar la influencia que tengo sobre vosotros. Sé que me tenéis aprecio y por eso intentaré ser completamente sincero. No se enfaden los franciscanos ni los dominicos, pero creo haber adoptado, aunque como lego, el hábito de los trinitarios porque realmente está libre de toda duda o mácula. Mi orden sólo tiene un objetivo: romper las cadenas de los cautivos para liberarlos. Ya sabéis cuántos de mis hermanos han dado la vida a cambio de la libertad de prisioneros y esclavos. Yo mismo, en mis plegarias cotidianas, termino siempre con el deseo que más ansío: ruego a Nuestro Señor Jesucristo que mi vida no sea vana. Cuando me llame a su seno, quizá pueda salvar otra vida y dé la libertad a otro ser humano. A esto aspira, en mayor grado, mi alma, pero jamás podrá hacerlo si mi mente es prisionera. Y en este momento mi mente se siente oprimida porque tiene conciencia plena de lo que la reina regente nos ha querido decir. Nuestros predecesores hubieron de aceptar la prohibición sobre la obra de Aristóteles dictada por el papa Inocencio III. Nosotros hemos de acatarla porque casi todos somos hombres de Iglesia, vivimos del dinero de Roma y esta universidad se halla bajo la protección espiritual y material de la Santa Sede. Nos contentamos con leer o discutir sobre el sumo filósofo a escondidas mientras hemos de seguir la senda trazada por teólogos excelsos e iluminados, ¡depositarios de la verdad universal! Pero ¿dónde se encuentran en estos momentos? ¿Dónde está el gran filósofo y teólogo Guillermo de Auxerre? Todos lo sabemos: encerrado en una sala a la que no llega la luz del sol, junto con Esteban de Provins y Simón de Authié, inclinado sobre los libros prohibidos de física y metafísica de Aristóteles, ¡*corrigiéndolos* de acuerdo con las órdenes de nuestro santo padre Gregorio IX! ¡Osan forzar el pensamiento del mayor filósofo y hombre de ciencia que jamás haya visto el género humano! Después, nos entregarán las ediciones expurgadas, sin la verdad que tanto asusta a la Santa Sede. Y, de este modo, podremos enseñar medias verdades. ¡Y, por si fuera poco, el gran Guillermo de Auxerre va presumiendo de ser un hombre de mente preclara y

abierta! ¿Y dónde se halla el otro, el grande entre los grandes, nuestro bienamado filósofo y teólogo Guillermo de Auvernia? ¡No está preocupándose por el asesinato de nuestros jóvenes estudiantes, no! Está pagando el precio de su reciente promoción a la dignidad de obispo de esta ciudad. Está acabando de dar instrucciones a su bienamado amigo Guillermo de Auxerre sobre cómo ha de corregir a Aristóteles. ¿Y el excelso discípulo de Domingo de Guzmán, el docto Jordanus de Sajonia? Conversando con la reina y el legado pontificio para acordar el precio de sus servicios en Tolosa, en la universidad de teología que están a punto de inaugurar. Ahí es donde se encuentran en estos momentos. Su dignidad se sentiría mancillada si se rebajasen a discutir con humildes maestros de artes liberales, de aritmética, música, geometría, astronomía… ¡De artes ingenuas, como se atreven a decir! Yo, en cambio, me enorgullezco de estudiar y enseñar artes liberales porque son las que hacen libre al hombre. Aunque nosotros no lo seamos —junta las manos a modo de plegaria, con los índices tocándole los labios; en sus ojos, una mirada severa—. Además de la aportación del Santo Padre, esta universidad vive también del dinero del rey de Francia. A ambos debemos pagar el precio de nuestra comida y nuestros libros: a la Santa Sede, con la renuncia a Aristóteles; a la reina, aceptando en silencio que masacren a decenas de nuestros alumnos que tan sólo brindaban por su juventud. ¿No os habéis preguntado nunca por qué los soldados no han sido enviados a los burgos, a las tabernas donde pobres gentes se valen de la sangre y el cuchillo para liberar cuanto les oprime por dentro? ¡Porque la violencia, el vino y la prostitución sirven al pueblo de la misma manera que una boca abierta a un volcán! Por eso dejan en paz las tabernas. Pero no aquéllas dónde van nuestros alumnos, ¡aquéllas no! Para que la misma reina haga sentir su fuerza y nos dé a entender que debemos sonreír, y no reír, que debemos cantar en voz baja, y no gritar. Tu saber, lo explicarás en voz baja, allá donde el poder te diga y solamente a quien te indique. Y nuestros señores teólogos, que se consideran los depositarios de la misericordia y el saber, hoy, justo cuando se está debatiendo y tomando decisiones no sobre un vulgar altercado entre borrachos, sino sobre la libertad… Pues bien, no están —su voz sonaba afligida y penetrante—. Su ausencia es una señal clarísima: no es que sean devotos del poder. ¡Son el poder! Del mismo modo que han aprobado las prohibiciones sobre Aristóteles, aprueban el asesinato de nuestros estudiantes. Tenemos el deber, ante el mundo entero, de hacer algo. En esta aula se está decidiendo el futuro de la humanidad, y sólo nosotros tenemos la posibilidad de hacer algo —estira los brazos mientras cierra los puños—. Todos somos católicos y,

en buena parte, hombres de Iglesia. Nadie puede atacarnos por la vida que llevamos, pues seguimos escrupulosamente la disciplina impuesta por la Santa Sede de Roma y el reino de Francia. Pero también saben que intentamos reintroducir el uso de la lógica aristotélica. *Credere iubemur, discutere prohibemur*. Son palabras de Inocencio III, no de Nuestro Señor Jesucristo. ¡No quieren conceder la libertad a nuestro pensamiento! Cuando Federico Barbarroja concedió por primera vez, no lo olvidemos, todos los privilegios a los estudiantes y a los profesores de la Universidad de Bolonia, lo hizo porque estaba interesado en que renaciese el derecho romano. Es decir, ¡por sus proyectos políticos! ¿Acaso no consultó a cuatro de los profesores más ilustres de aquella universidad sobre sus derechos en Italia? ¿Unos profesores que habían vivido y estudiado a sus expensas y que sentenciaron a su favor… y pusieron los favorables juicios ante las narices de las ciudades italianas? Hace treinta años, Felipe Augusto, un rey poco erudito, aunque sabio jefe de Estado, se acercó a Inocencio III mediante la aprobación de la Carta Magna con los privilegios para esta universidad con motivo del proceso de excomunión incoado por el obispo de París y prohibiendo al rector que enviase a prisión a alumnos y profesores. Pero ya sabemos que todos los pontífices se sienten celosos de nosotros y, si hay alguien que debería ser excomulgado, es él y no otro. Sabemos por qué los papas, los reyes y los emperadores desean meter mano en la universidad: para controlar el único y verdadero peligro: el saber —retira las manos colocándolas sobre el pecho—. Amigos míos, yo, cristiano y católico en lo más profundo de mi ser, no acepto que la teología sea la reina de todas las ciencias. No acepto inclinarme ante quienes se empeñan en guiar mi mente. Lo que ha escrito el papa en este mismo mes de julio está clarísimo: entre la teología y la filosofía existe la misma relación que entre el amo y el esclavo. Nos ha acusado de haber ido más allá de los límites marcados por los Padres, y ha sido el espíritu de vanidad el que nos ha llevado a ello. Siempre según él, es la vanidad la que nos lleva a ceder a las tentaciones de doctrinas ajenas y extrañas. Sabéis que no es cierto. Sólo el deseo de enriquecimiento, el ansia del conocimiento y la búsqueda de la verdad nos impulsan a leer a Aristóteles y sus comentaristas. ¿Qué quiere decir eso de «uso excesivo e indiscriminado» de la filosofía? ¿Qué es eso de un uso prudente de Aristóteles? Incluso si estos libros contuviesen doctrinas contrarias a la fe, tenemos que conocerlas… y confrontarlas, examinarlas y discutirlas libremente, sin temor. Nadie tiene derecho a expurgar un libro, porque no es un objeto inanimado, sino portador de pensamiento, ¡de humor vital! ¡Nadie debe guiar

nuestra mente! Digo que sólo si el hombre se acerca a Cristo libremente, podrá amarlo… Y el estudio de Aristóteles y de la naturaleza nos acerca aún más a Dios en lugar de alejarnos. Pero tan sólo si el hombre consigue conquistar y profesar públicamente su libertad de pensamiento… sólo entonces será verdaderamente posible sellar una santa alianza entre la fe y la religión. Nuestros señores teólogos, hoy ausentes, no hacen más que repetir *ne supra crepidam, sutor*… pero esos modestos zapateros no desean permanecer encerrados en esas hormas y contentarse con medias verdades. Por eso decimos: basta de Jordanus de Sajonia y de toda esa tropa de poderosos teólogos que se arrogan, además del derecho de enseñar al mundo los principios morales que deben guiar nuestra vida… incluso dan cuenta de la naturaleza. ¡Son dos cosas muy distintas! Nosotros lo sabemos. Hablamos de ello y queremos alcanzar esa separación… sin renegar de la creación divina de todas las cosas, pues hay que distinguir entre la creación y la explicación. Una cosa es el alma y otra nuestra mente —sus ojos relucían mientras, con voz vibrante, alargaba un brazo—. Debemos hacer algo para que el poder comprenda que estamos dispuestos a todo para no someter a nuestras conciencias. Han degollado a sangre fría a nuestros alumnos para darnos un aviso. Hemos de reaccionar, rebelarnos contra este derramamiento de sangre, pero sin violencia, sin propiciar otro. De manera pacífica, pero sin titubeos. Todos unidos. Abandonemos la Universidad de París. Oxford y otras escuelas nos acogerán. Podemos continuar nuestra obra en otro lugar. No hagamos proyectos para el futuro de esta universidad. Podemos volver, pero no en estas condiciones. Hasta ahora papas, reyes y emperadores han hecho carrera teniendo bajo control lo único que puede convertirse en fuente de progreso y amor: la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento. ¡Ya no nos interesan las libertades! Debemos eliminar del léxico de la historia la declinación de esta palabra en plural, pues en esta forma adopta el significado de concesión, de compromiso, de contrato de compraventa. La libertad debe pensarse, leerse, escribirse, pronunciarse, gritarse… amarse. ¡Pero siempre en singular! El futuro del hombre reside en ella por completo, no en su declinación. La libertad, no las libertades. El pueblo, y no la grey.

A su mano alzada se unieron las del resto de maestros. Después, mientras se dirigen hacia la salida y dejan el aula magna completamente vacía, nadie se fija en sus dedos, que aprietan un fino cinturón con una hebilla de bronce decorada con una serie de triángulos dorados.

A lo largo de la orilla del Sena, soplaba un viento fresco entre las hojas verdes de los plátanos. La plaza que quedaba delante de Notre Dame estaba atestada como nunca. Era el 12 de abril de 1229. Jueves Santo.

Una fiesta de colores, un frufrú de vestidos adornados, una explosión de adornos, encajes y oropeles, un estallido de banderas. A la derecha de la catedral, la tribuna de honor con el jovencísimo rey Luis IX, su madre, Blanca de Castilla o, a su derecha, Romano de Sant'Angelo,
el legado pontificio que, como ya todo París murmuraba, además de hacerle de consejero y mano derecha se vestía también con los ropajes de amante consolador.

A su lado se encontraba Jordanus de Sajonia, el sucesor de Domingo de Guzmán; Pierre Amiel, el de Arnauld Amaury, además de los legados pontificios de Polonia e Inglaterra.

Yo me encontraba entre las gentes, justo enfrente de ellos, a la izquierda de la catedral. Nubes veloces, llevadas por el viento, surcaban el cielo. El sol discurría por encima del público, escondiéndose y volviendo a aparecer. Cuando el joven, alto y rubio, apareció, se elevó un murmullo que de inmediato se convirtió en estruendo: ¡era el conde de Tolosa, Raimundo VII! Se había vestido con sencillez: blusa blanca con puños abiertos, replegados, y calzas negras. Se volvió de espaldas a la tribuna donde me encontraba y alzó la cabeza, mirando al palco real. Allí estaba, el enemigo occitano, protector de herejes, ¡a punto de firmar la capitulación!

El notario real se puso a su lado y comenzó a desenrollar el grueso pergamino blanco mientras, en el palco, el jovencísimo rey hizo un gesto con la mano: el clamor del público volvió a convertirse en un murmullo para después, de inmediato, disolverse en un silencio absoluto. La voz del hombrecillo que estaba al lado del joven conde sonaba aguda y clara mientras leía.

«El aquí presente, conde Raimundo VII de Tolosa, en presencia del pueblo francés, del rey, de la reina, del legado pontificio así como del Santo Evangelio sobre el que prestará juramento, declara —alzó la vista mientras se volvía hacia el rey y continuó leyendo—… que todo el mundo sepa que, habiendo sostenido una larga guerra contra la Santa Iglesia de Roma y nuestro queridísimo señor Luis, rey de los franceses, y que, deseando de todo corazón reconciliarse con la unidad de la Santa Iglesia de Roma, y mantenerse fiel y al servicio del señor Luis, rey de Francia, nos hemos consagrado a alcanzar la paz, la cual, por medio de la gracia divina, se ha concluido entre la Iglesia de Roma y el rey de los franceses, por una parte, y nosotros, por la otra.

Así sea».

A pesar de que no lograba distinguir la expresión de sus rostros, intenté adivinar la de Romano de
Sant'Angelo,
mientras una furia que creía muerta y sepultada volvía a sacudirme el ánimo. Mientras tanto, la voz aguda y clara había vuelto a adueñarse del silencio de la plaza atestada de gente.

«Con la intención de perseverar en nuestra devoción hacia la Iglesia y en nuestra fidelidad hacia su persona, el rey nos concede la gracia de recibir a nuestra hija, que nosotros le concedemos, para que la entregue en nupcias a uno de sus hermanos, así como dejarnos Tolosa y su diócesis de manera que, a nuestra muerte, la ciudad y el condado vuelvan a nuestro yerno o, en su ausencia, al rey»…

Occitania había dejado de existir: una sola Francia en una sola Iglesia universal. Tan sólo faltaba algún detalle: completar el exterminio de los rebeldes cátaros para concluir la obra iniciada por Inocencio III.

La voz del notario real leyó el resto de la capitulación de Raimundo VII… hasta llegar al anuncio de que el conde se comprometía a «pagar dos marcos de plata a quien hubiese ayudado a capturar a un hereje».

Después de jurar sobre el Evangelio, se pasó a las firmas y los sellos, mientras Romano de
Sant'Angelo
descendía de la tribuna de honor junto a los otros dos legados pontificios. Un murmullo de satisfacción comenzó a circular entre la multitud al ver la cuerda entre las manos del legado. El conde de Tolosa se despojó de la blusa y quedó con el pecho descubierto. A continuación, inclinó la cabeza: Romano de
Sant'Angelo
le pasó la cuerda alrededor del cuello mientras la sujetaba con la mano izquierda y se dirigieron a la puerta de Notre-Dame. Pero el religioso tiró de ella tal como se hace con los asnos y el noble se desvió hacia nuestra tribuna. El pueblo reclamaba su parte de espectáculo. Mientras se acercaban, el gentío aullaba cada vez que se asestaba un varazo a la espalda del joven conde. Mientras contemplaba la humillación de aquel hombre, mi mente recuperó un recuerdo de lo ocurrido hacía veinte años: Saint-Gilles, su padre, Raimundo VI, el legado Milón con la estola alrededor del cuello del conde y la vara en la mano…

Miré después a Romano de
Sant'Angelo

mientras asestaba otro golpe sobre los hombros del joven, seguido por los gritos del público. Reconocí aquel destello: se trataba de éxtasis, de la ebriedad que produce el dominio.

Las nubes proseguían su marcha, rasgando el cielo y haciendo que cayesen rayos de sol sobre la tétrica escena mientras aquel resplandor me llevaba al pasado. Mi mente se refugió en la taberna de Béziers… El laúd, la ráfaga de viento helado y nevisca que acompañaban a Rinaldo, la noticia del asesinato de Pierre de Castelnau, Yolanda dormida. Y yo que le besaba en los ojos…

Abandoné los gritos ensordecedores de la tribuna y me encaminé hacia el puente. Lo atravesé. Para aplacar mi ánimo, asediado por la nostalgia y destrozado por la rabia, preferí dar un largo paseo en lugar de volver directamente al convento de la calle de San Jaime. Paseé bajo los plátanos del Sena y, después, giré a la izquierda y, tras pasar por la angosta y tortuosa calle del Arpa, llegué al familiar callejón de las Termas. Me acerqué a las ruinas romanas… y el amoroso maullido del gatito gris que no dejaba de mirar desde hacía varios días a nuestra indiferente gatita blanca del convento hizo que mis labios se distendieran en una sonrisa.

Eché una ojeada a los edificios de la universidad, al fondo de la calleja que pasaba al lado del convento: una profunda sensación de desolación brotaba de las aulas, vacías en aquel momento. Dejé el callejón de las Termas y entré en la iglesia de los padres maturinos. Faltaba un poco para la hora sexta y me arrodillé en el silencio y la paz: miraba fijamente el crucifijo y ponía todo mi empeño en dirigir la voz de mi alma hacia Su mundo de luz.

—Señor Dios, ayúdales, ayuda a mi gente, salva a Guilhabert… No permitas que se extingan sus voces, que desaparezcan sus ejemplos. Pon un poco de luz en medio de nosotros. Perdóname, Señor, perdona mi vida de continuas mentiras para sobrevivir. Perdóname porque he matado. Acoge en tu valle a mi Yolanda, a mi Esclarmunda, a Sara, David, Simón, Marta, Jeanne, Bernard, Girolamo, a Aser… y a todas las criaturas que han ofrecido su vida por no renegar de ti.

Después me adentré en la quietud del claustro con un puñado de hojas en la mano. Quería repasar una parte del primer libro del *Tratado de la esfera*. Un hermano trinitario me había traído de Toledo un buen comentario árabe del *Almagesto* de Ptolomeo, traducido en un clarísimo latín. Leí la página cien veces y de nuevo volví a modificar la forma. Debía ser comprensible para todos. ¡Mi eterna cruz! Como de costumbre, en mi mente todo era simple, como en *De Algorismo*,

pero quería que aquel breve tratado diese la vuelta al mundo y consiguiese no sólo entrar en todas las universidades, ¡sino en todas las casas!

Desde que Juan de Sacrobosque había sustituido a Jordanus de Nemore, todo había cambiado en mi vida. La mecánica, la representación de leyes concernientes a los cuerpos estáticos y en movimiento, la definición y la función del peso… Éste era el estudio que prefería. Habiendo tomado otro nombre, cambió la dirección de mis investigaciones.

Ahora, Juan de Sacrobosque había decidido que la difusión del saber ya conocido era más importante que el descubrimiento de nuevas leyes. Y, para hacerlo, debía escribir tratados más sencillos. Las matemáticas y la astronomía eran las llaves que abrirían las puertas de cada casa. Por eso había puesto casi todo mi empeño en las cifras indo-arábigas, en el *Almagesto* y en los escritos de Alfragano y Albatenio.

Releí por última vez la primera página, ya amarillenta: «Es la esfera un cierto cuerpo sólido contenido por una superficie en cuyo centro hay un punto, del cual las líneas tiradas a la circunferencia son todas iguales. Y aquel punto se denomina centro de la esfera. Si desde uno de sus extremos se tiende una línea que pase por éste hasta dar en la otra parte, ésta se denomina diámetro o eje de la esfera. Y los dos puntos que determinan tal eje se conocen como polos del mundo».

Alcé la vista y me fijé en las hojas de una pequeña magnolia besada por un rayo de sol rebelde que se había colado en la penumbra del silencioso claustro. El recuerdo de un sueño, una cálida noche de julio, la luna que derramaba su luz plateada sobre el lago de Nemi. Aser hojeando un manuscrito de Teofilato Simocata… Plauto… Zai Lum… Caracteres móviles… India, China… Una máquina que cambiará el mundo…

Preso de una gran conmoción, la reprimí, apreté los dientes e hice acopio de nuevas fuerzas. Debía encontrar los tres manuscritos; debía recuperar las *llaves del saber* de Aser y Ananías. Mis libros no bastaban. La Iglesia de Roma, junto con los reyes y emperadores, se estaba organizando para poner en marcha el inexorable aparato de la Inquisición. Si no se hacía algo para contrarrestarla, sería el final de toda esperanza. Europa quedaría reducida a un estado de completa esclavitud.

La voz sumisa del hermano Tomás me hizo darme la vuelta:

—Hermano Juan, ¿es cierto que deseáis dejarnos? —Sus ojos sinceros irradiaban una gran dulzura: la expresión de su rostro, surcado de arrugas, mostraba el deseo de compartir mi elección.

—Sí, hermano Tomás: ahora que hemos suspendido las clases en la universidad, puedo dedicarme a viajar un poco… para mis estudios y, de paso, recaudar fondos para nuestro convento. Por lo que sabemos, todavía hay miles de prisioneros cristianos en manos sarracenas y debemos redoblar nuestros esfuerzos para que recuperen su libertad.

—Hermano Juan, ¿pensáis acaso que la universidad permanecerá cerrada para siempre? Sabed que nos faltarán todos los jóvenes estudiantes a los que hospedábamos. Eran un poco revoltosos, pero resultaba muy bello ver cómo crecían sus corazones y sus mentes… Y también os echaremos en falta a vos —y desaprobaba con la cabeza, desolado.

—No, hermano, no temáis. No creo que sea para siempre. Veréis, un día todo volverá a ser como al principio y esos jóvenes tan alborotadores continuarán, ¡y por mucho tiempo!, interrumpiendo vuestras oraciones. También os echaré de menos, hermano Tomás. Debo mucho a los hermanos trinitarios de París, a vuestro afecto, a vuestra comprensión, a vuestra ayuda. A la paz de vuestro claustro.

—¿Volveréis, hermano Juan?

—Mi buen Tomás, ¿y adonde queréis que vaya? Ese terrón es mío… y no lo cederé a nadie, ¡os lo aseguro! —Y señalé una esquina de tierra cubierta de margaritas que había reservado para mi sepultura.

Fray Tomás sonrió y me indicó que iba a dejarme solo, si bien, al percatarse de los papeles que tenía en la mano, abrió los ojos:

—A propósito, he conseguido aquellas informaciones…

Mi ánimo, presa de la emoción, se sintió renovado.

—¿Sobre el arzobispo de Narbona?

—Sí, eso mismo. Bien, cuando murió, hace cuatro años, Arnauld Amaury hizo una donación simbólica a la abadía cisterciense de Fontfroide, dictándola a su secretario, Durand.

—¿Y qué legó, hermano Tomás? —Respiraba con dificultad.

—Dos carros, dos caballos y un palafrén.

—¿Nada más? —El corazón no cesaba de martillearme.

—¡Ay, sí, qué desmemoriado soy! Mi pobre cabeza, con la edad, comienza a llenarse de telarañas. Dejó a la abadía todos sus libros, su pequeña biblioteca personal. ¿Pensáis que esto puede seros útil?

No conseguía dominar mi emoción:

—Podría serlo, mi buen Tomás. Nunca he tenido ocasión de conocer personalmente al gran abad de Cistercium, pero me han contado que era amante de las letras… y que recibió muchos libros de ciencia directamente del patriarca de Bizancio —mi voz sonó desafinada.

—¿Aún continuáis buscando el original del *Almagesto*?

—Sí, como siempre. He leído bastantes ejemplares, pero siempre eran traducciones. ¡Quizá no esté precisamente entre los libros de Arnauld Amaury! —me desagradaba mentir de aquella forma, pero había demasiado en juego.

—Entonces ¿iréis a la abadía de Fontfroide, hermano Juan? —Me miró con sus grandes y brillantes ojos.

—Sí, y aceptaré con gusto cualquier buena oferta. Gracias, hermano Tomás, gracias de todo corazón.

—Esperamos que encontréis lo que buscáis. ¿Cuándo partís?

—Mañana, a la hora de laúdes —nos abrazamos. Estaba conmovido—. Fray Tomás, no bromeéis… que, con la excusa de vuestra edad avanzada, ¡sois capaz de tomar el camino eterno sólo para quedaros con aquel rinconcito lleno de margaritas!

—No temáis. ¡Aquel pedazo de tierra siempre será vuestro! Y, cuando volváis, tened por seguro que habré terminado la lápida que será vuestra un día. Por ahora sólo he esculpido el astrolabio. ¡Todos tendrán que venir a visitar y rezar sobre la tumba del gran matemático y astrónomo Juan de Sacrobosque! —Y, al ver mi expresión un tanto burlona, repuso—: No os preocupéis, hermano: no esculpiré la fecha. Pero sed prudente. Hace veinte años que la guerra asola Occitania.

—Sin embargo, tras la capitulación de hoy por parte del conde de Tolosa, todo debería de haber acabado… para siempre —añadí, aunque no logré ocultar por completo la amargura de mi voz.

—También el padre se sometió del mismo modo, hermano Juan, para continuar con la lucha durante muchos años más. No lo olvidéis.

—Todo puede ser, mi buen Tomás, pero esta vez el pueblo ya no lo secundará. Los occitanos están extenuados por la guerra, el fuego y el hambre.

—Que Dios me perdone, pero quizá les ha pasado todo esto por haber protegido a quienes han ultrajado el Antiguo Testamento, aunque nadie, y mucho menos el Santo Padre, tiene derecho a quitar la vida de un ser humano. Guardaos, hermano, vuestro corazón es grande. Procurad domeñar vuestro inmenso espíritu de caridad cristiana.

Parecía que leyese en mi interior. Simulé no haber entendido el significado de sus últimas palabras.

—No temáis, querido Tomás; no me pasará nada. La santísima vida de nuestros padres fundadores, Félix de Valois y Juan de Mata, y esta túnica blanca con la cruz azul y roja es para todos una garantía de paz y neutralidad… y al mismo tiempo protegerá mi pobre persona. En todo caso, no esculpáis aún la fecha en mi lápida mortuoria, ¿de

acuerdo, hermano? —Y palmeé su hombro.

—De acuerdo, hermano Juan. Que Dios guíe vuestros pasos —y se alejó mientras el rayo de sol, después de sobrevolar la magnolia, se posaba sobre las margaritas de mi rinconcito.

Siguieron meses de esperanza… y desilusiones. El viejo y fiel rocín moro me llevaba de una abadía a un hospital, de una leprosería a un convento. Aceleraba un poco el paso cuando sentía que las piernas comenzaban a agarrotárseme y lo aminoraba cuando le pasaba la mano por la crin. Seguía dulcemente el camino que le indicaba. Era infatigable. Algunas veces, era yo quien desfallecía y me quedaba adormilado mientras él proseguía. Sólo se detenía cuando el camino se bifurcaba.

Por fin pude cumplir con mi gran propósito: visitar la abadía de Cîteaux. Arnauld Amaury había muerto y yo venía del norte, vestido con el hábito de un padre maturino. Todo fue muy fácil: logré pasar un día entero en la gran biblioteca de la abadía cisterciense. Pero de los dos libros de Plauto y de Teofilato, ni rastro.

Quedaba Fontfroide. Mi ánimo albergaba todavía un destello de esperanza. Me dirigí a meridión. Cuando pasé junto a las gargantas que se hundían en las aguas oscuras del río, me encontré con un reducido grupo de leprosos con grandes carracas que, al girar, anunciaban muerte y aflicción.

Me esforcé por frenar los recuerdos, aunque poco a poco me acercaba a Occitania y a mi pasado. Visité a mis hermanos trinitarios de Tarascón y Beaucaire.

Proseguí después por Arlés y Montpellier. Al acercarme a Béziers, me prometí ir directamente a Narbona y a la abadía de Fontfroide… pero el rocín debió de sentir la desesperación que se apoderaba de mis miembros y se dirigió hacia el puente sobre el Orb. El espectáculo que se presentaba a mis ojos era desolador: por todas partes, campos abandonados, áridos, quemados. Lo que hacía veinte años, antes de que lo hollase la Armada de Cristo, era un campo de cebada y trigo, abrupto para los viñedos y frutales, se había convertido en un inmenso desierto de hierbajos, grama y maleza. Atravesé el puente viejo mientras el sol se zambullía en las verdes aguas del río que quedaba a mi izquierda. Los reflejos dorados querían que me volviese, que no temiese recordar los sauces llorones, el vuelo de los pájaros mientras mi cabeza se apoyaba sobre el seno de Yolanda y sus manos acariciaban mi pelo. Desistí de mi lucha y me dediqué a revivir cada instante de mi juventud.

Entré en lo que quedaba de la ciudad. Sólo el castillo había resistido a la devastación de aquel 22 de julio, mientras únicamente una pequeña parte de las casas había sido reconstruida. ¿Para qué hacerlo con todas? No quedaba nadie… todos habían volado hasta el cielo.

Me adentré en el dédalo de callejuelas desiertas mientras el viento cálido se impregnaba de la humedad de los escombros. Por todas partes había aún restos de la devastación. La casa de Simón, como toda la judería, ya no existía. La taberna conservaba medio arco; la catedral de Saint-Nazaire había quedado reducida a cenizas. Sólo el palacio episcopal había sido reconstruido en todo su esplendor. Al poco logré encontrar la oscura *Vía del Sol*: los muros, las piedras, estaban ennegrecidos de tanta sangre como habían absorbido. Con el ánimo conmocionado, me acerqué a nuestro burgo, el de la Magdalena. No quedaba nada. Todo estaba derruido: la casa de los niños, la leprosería… la casa de los cátaros, nuestra habitacioncita blanca…

Un viejo mendigo que se apoyaba en unas muletas me agradeció el mendrugo de pan que le ofrecí y, al ver mi expresión desolada, silbando por la pobre boca en la que sólo quedaban dos o tres dientes cariados, me explicó que, hasta casi dos años después de la matanza, nadie pudo pisar la ciudad, espantosamente convertida en un lugar infestado de cuervos y ratas. Saqué fuerzas de donde pude y entré en lo que quedaba en pie de la iglesia de Santa María Magdalena. Abrí el zurrón que llevaba conmigo: florecillas silvestres azules, amarillas, rojas. Las dejé en los escalones que había junto al altar, todavía oscurecido por el inmenso baño de sangre de hace veinte años.

Llevado por la desesperación, intenté rezar y no derramar más llanto. Luché inútilmente por recordar sólo sus sonrisas, el amor que nos unía… Pero no pude refrenar las lágrimas que se diluyeron en desesperación, rabia, odio. Me marché dejando Béziers bajo la mirada indiferente de los pocos fantasmas que habían encontrado refugio en aquel paisaje devastado.

Pocos días después atravesé los campos donde numerosos hermanos legos se inclinaban en sus duras labores. Entré en la abadía cisterciense de Fontfroide. Me encontré con el abad Bernard, a quien mostré mi consternación —cuando en realidad me sentía preso de la ira y el abatimiento— y lo convencí de que deseaba rezar en la sala donde Lucifer había llamado a su seno a uno de sus más fieles seguidores, Arnauld Amaury. El abad Bernard me dejó solo, sentado

en la mesa junto a la ventana, rodeado de numerosos textos. Pude refrenar mi impaciencia… y eché una ojeada al lecho donde se había extinguido la voz cavernosa del sanguinario Abad Blanco. La abadía estaba envuelta de un silencio casi absoluto, roto sólo por un triste canto gregoriano que llegaba de la capilla y el discurrir del agua en el foso que protegía una parte de la austera construcción. Miré por la ventana, más allá de los tejados de la abadía, en lo alto, hacia la pequeña montaña, en cuya cima rocosa el sol caía a plomo.

¿Era lo que viste, Arnauld, antes de encontrarte con tu señor Lucifer? ¿En qué pensabas? Lo imagino… Quizás en los miles de cadáveres de la iglesia y las calles de Béziers. Tú, que hurgabas en medio de la sangre, ebrio de poder, mientras tu sonrisa quizá se desvanecía cuando te diste cuenta de que se te había escapado aquel pequeño Palis Jordanus, del burgo de la Magdalena, el revoltoso Jordanus de Nemore… Condenado Moloch, ¿esto era lo que te pasaba por la cabeza, verdad? Ya intuías que Satanás no estaría completamente satisfecho por tu impresionante obra de exterminio. La sangre inocente de Yolanda, de la pequeña Esclarmunda, de David y Sara clama justicia, y te prometo, Arnauld, que el mundo tendrá las *llaves del saber*, que los pueblos, en el futuro, conocerán la *Vía del Sol*. El fracaso de toda tu obra, así como la de Lotario de Conti, se convertirá en el triunfo del amor puro de Cristo que albergaban los corazones de las criaturas que exterminaste.

Con un nudo en la garganta comencé a examinar los libros que Arnauld Amaury había donado a la abadía. De Plauto y Teofilato, nada. Más tarde, hacia la hora nona, cuando el sol todavía estaba alto, retomé el camino. Ya estaba seguro de que el feroz abad no obedeció la orden de Inocencio III y tomó por su cuenta la decisión de destruir los manuscritos que albergaban tanto saber y tanto poder. O quizá los había escondido en un lugar completamente inaccesible.

Me dirigí hacia Limoux y pernocté en una hostería de mis hermanos trinitarios que una vez fue casa y escuela para los judíos. En su viaje a Toledo, Simón pasaba siempre la noche en aquel lugar. Después, mi fiel rocín se encaminó hacia la montaña sagrada, el alcor en cuya cumbre se hallaba el pequeño templo de la libertad: el pentágono de luz de Montségur, *el esplendor del mundo*.

Mi primera visita al castillo de Montségur fue veinte años atrás. Me refugié allí después de mi huida desesperada de Béziers. El *perfecto* cátaro Guilhabert me había hospedado en su humilde morada excavada en la roca a los pies de las murallas del castillo, donde había

intentado calmar mi dolor y devolverme a la vida. El último día de mi estancia me condujo al interior de la fortaleza. Queríamos saludar al señor que había mandado fortificar aquello, Ramón de Perella, quien había llegado a pasar unos días de reposo con su esposa, Corba de Lantar.

Ambos eran muy jóvenes. Él, alto, de cabellos rubios y ojos perspicaces. Ella, pequeña, con una espesa cabellera de color castaño, rostro delicado y unos ojos claros, plenos de dulzura, con los que se dirigió a mí:

—Nuestro corazón está con el vuestro, señor. Sabemos lo que ha ocurrido. Sed fuerte y no temáis pensar en ellas, ni recordarlas. ¿Cómo habríais querido llamar a vuestra niña?

Cerré los ojos y me mordí los labios hasta sangrar, esforzándome por responder.

—Esclarmunda, señora, pero no ha tenido tiempo, ni un solo momento, para iluminar este valle desolado. Os ruego que me perdonéis: en días como éstos, necesitaríais alegraros…

—No, señor —continuó Corba de Lantar con su delicada voz—, si consigo dar una palabra de aliento a un hombre que sufre, me doy por satisfecha. Raimundo y yo deseamos tener muchos hijos y os prometo que la más bella, la más dulce y amada, se llamará Esclarmunda. Y un día, cuando volváis a Montségur, os la entregaremos y vos le enseñaréis vuestra ciencia. ¿Nos lo prometéis, micer Giordano?

—Por supuesto, señora —me sentía verdaderamente emocionado —. Estoy agradecido…

Después me dirigí al joven Raimundo, quien nos escuchaba con atención.

—Al reconstruir este castillo para los cátaros habéis tenido un gran gesto, señor. Dios quiera que nunca tenga que servir como refugio, sino sólo como templo para la plegaria, la contemplación y el estudio. Os lo ruego: si un día fuese preciso, defended con vuestra espada a Guilhabert y a los demás *boni homines*: su voz y su ejemplo son importantes para todos nosotros.

Me miraba con una cierta indulgencia, si bien moduló su voz con un velo de impaciencia:

—No temáis, micer Giordano. Cuando deba defender la libertad de mis tierras, de mi esposa y mis amigos cátaros, no dudaré en tomar la espada. No obstante, admiro a estos santos hombres, amo la vida y sabré proteger también las de quienes no la aprecian tanto.

Hizo un guiño a Guilhabert mientras sonreía: su alegría era una invitación a disipar las nubes de tristeza que comenzaban a apoderarse de nuestro ánimo. Era una exhortación a dejar solas a dos criaturas

enamoradas.

—Adiós, Raimundo —dijo Guilhabert—. Vuelvo a enfrentarme a Roma, Francia y Lucifer. Si sucumbiese, entrega los libros a una persona de confianza. Tan sólo eso te pido.

—Adiós, luchador indómito. Nuestros destinos están unidos. No puedo más que desear que tu doctrina tenga éxito. De ese modo también mi tierra será libre. Pero no peques de presunción, Guilhabert, y recuerda que también una buena espada puede ayudar a vencer a Satanás.

—Puede ser, Raimundo, puede ser, pero intentaré evitarlo. Adiós.

—Hasta pronto. Tomad nuestros caballos: os serán mucho más útiles a vosotros.

Él y su esposa, que se habían levantado, se acercaron a Guilhabert y se arrodillaron ante él.

Mientras descendíamos por el áspero e incómodo sendero, cada uno pendiente de su caballo, no podía dejar de pensar en aquel gesto. Se habían postrado ante lo que él representaba, el amor de Cristo que llevaba grabados en su mirada y su espíritu. Al llegar a los pies de la montaña empinada, miré primero al monte Tabor y luego me volví hacia el castillo. Visto desde allí, parecía aún más pequeño.

—Me falta algo y no sé qué puede ser. Dios mío, me siento hundido —dije a Guilhabert mientras me quitaba la nieve que se había posado en mi capa durante el descenso.

—Giordano —dijo mirándome— allá arriba te sientes más cercano a Dios. No sé por qué. Tal vez se deba a una simple sensación provocada por el vacío que hay alrededor, pero es lo primero que se advierte al dejar Montségur. Pero dime, amigo, ¿adónde irás ahora? ¿Tienes una meta precisa?

—Tan sólo una vaga idea de lo que haré —lo miraba fijamente—. Pero prefiero no revelarla a nadie. Adiós, Guilhabert, honraré a los muertos de tu tierra a mi manera. Luchando. Jamás seré como tú, una persona que arrastra a las masas, pero ten por seguro que cumpliré con mi parte.

Nos dimos un largo y fraternal abrazo.

—Adiós, Giordano. Un libro tuyo puede valer miles de mis prédicas. Y no te desesperes si nuestros ojos no ven la victoria del Bien en esta vida. Nadie conseguirá acabar con nuestra sed de absoluta libertad —en sus ojos brillaba una chispa inextinguible.

—Adiós, Guilhabert. Aunque no me arrodillo ante ti, mi corazón te da las gracias.

Montamos a caballo y nos alejamos en direcciones opuestas: él, hacia el valle y yo, hacia la montaña, al bosque.

Las tinieblas me envolvieron cuando todavía atravesaba las montañas. Había hallado refugio para mí y mi caballo en un caserón abandonado. Encontré un buen montón de hierba para el animal y, para mí, un puñado de castañas bajo un gran lecho de hojas secas. Tras dar cuenta de la cena y cansado por el viaje, completamente helado, me sumergí en un sueño intranquilo, recostado junto al calor amigable del caballo.

Mi mente voló hacia Béziers y, luego, pareció detenerse. Alguien me llamaba, me señalaba otro camino. Me sentí atraído por una melodía dulcísima y todo mi ser quiso entregarse a ese canto. El suave himno venía de lo alto. Alcé los ojos hacia el cielo, en la noche.

En la montaña de Montségur, el castillo de planta pentagonal se había transformado en un templo dorado, transparente. De su interior manaba una luz blanquísima que volaba en alas de un canto melodioso. El esplendor y la armonía se fundían y se extendían como alfombras deslumbrantes a lo largo de los cinco lados de la montaña sagrada. Me sumergí en la visión poseído por una alegría desconocida, aunque esperada desde hacía mucho tiempo. Los ojos glaucos de Yolanda me sonrieron mientras aparecían sendos hoyuelos en sus mejillas. Ayudó al pequeño ángel de luz a sujetarse a mi cuello. Besé sus rizos rubios, sus ojos felices e inocentes, mientras tomaba a Yolanda de la mano para iniciar el ascenso. A nuestro lado veíamos el rostro moreno y radiante de Aser, quien llevaba de la mano a David y Sara, con sus caritas iluminadas y los ojos llenos de alegría. Detrás de nosotros, Marta, Simón, Bernard… y Girolamo, el *viejo,* con su mirada al fin serena.

La armonía de luz se hacía cada vez más resplandeciente a medida que nos acercábamos a la cumbre: cuando alcanzamos los bastiones del castillo, un dulcísimo coro empezó a tejer una estela hacia el cielo, abandonando el pentágono de cristal.

—¿Adónde nos lleva, Esclarmunda? —pregunté a mi hijita.

—Pero, papá, ¿ya no te acuerdas? Nos lleva a casa, a nuestro valle de luz. ¿No te gusta, papá? ¿No quieres volver?

—¡Claro, *mon douzor*! Contigo y con mamá soy muy feliz — encontré la encantadora mirada de Yolanda y, mientras nos encaminábamos por la estela inmaculada que comenzaba desde el pentágono de Montségur, se me aparecieron, luminosas, las palabras de Platón: «Al quedar ya sólo la quinta combinación, Dios la empleó para ornar el Todo».

Lejos de nosotros, en la noche húmeda y brumosa, Inocencio III animaba a las espadas ensangrentadas a que prosiguieran, pero no lograban cortar la luz. El papa aullaba, ebrio de furor:

—Al menos, los vegetales producen flores y frutos, pero tú, hombre, ¿qué das? ¡Gusanos, esputos y heces!

Nuestras almas no volvieron la mirada atrás y prosiguieron su marcha por el camino luminoso que desgarraban, ya sin obstáculos, las tinieblas de la noche.

Hacia la quinta combinación.

El sol estaba alto: aún faltaba mucho para el atardecer cuando llegué al pie de la montaña, por el lado de poniente. Quería emprender de inmediato el arduo camino, pero el jadeo de mi rocín me aconsejó dirigirme primero hacia el riachuelo para que abrevase. Apenas me había puesto en marcha cuando vi a la niña. Sentada sobre una piedra en el borde del sendero, cubierta con un sencillo vestido de color celeste, los largos cabellos rubios recogidos en una cola de caballo que cubría su cuello delicado, buscaba algo entre la hierba. Ya había descabalgado cuando, al pasar por su lado, le pregunté:

—¿Puedo ayudarte?

Volviendo un poco la cabeza hacia mí, me respondió mientras no dejaba de rebuscar en la hierba:

—No, gracias, señor. Esperaba encontrar muchos más ciclámenes: quería hacer un buen ramillete para la abuela.

Con gran delicadeza movía la mano derecha entre los tallos de hierba con la palma hacia arriba y los dedos apenas abiertos, como si fueran horquillas. Los movía entre las briznas de hierba y de vez en cuando los levantaba un poco, apretándolos con delicadeza. En la otra, entre el índice y el pulgar, llevaba unos cuantos ciclámenes de colores muy vivos. Había algo que me impedía alejarme. Supe el motivo de inmediato: un poco más arriba, a la derecha de la niña, una gran mancha roja, un pedazo de tierra lleno de aquellas flores… y ella continuaba buscándolas de aquella manera tan extraña sólo ante sí. Dejé el rocín y me acerqué a ella. En pocos instantes hice un ramillete:

—Ten. Tu abuela se alegrará.

Alzó su rostro hacia mí. Era bellísima: sus ojos azules eran claros, como los de mi Yolanda, llenos de una luz serena, profunda… Pero no aprecié en ellos ninguna chispa de vida. Su mano derecha rozó el aire en busca de la mía. Cuando la encontró, se abrió para coger las flores. No musité ni una sílaba. Su voz límpida, argentina, rompió el silencio.

—Gracias, señor… ¡Luz infinita! ¡Hay tantas! Y deben de ser muy bellas porque huelen muy bien, ¿verdad? —Y acercó su naricilla para aspirar la tenue fragancia.

—Sí, a decir verdad, son muy bellas.

Le pregunté por su nombre.

—Esclarmunda, señor. ¿A que es bonito mi nombre?

—El más bello entre todos, Esclarmunda.

—¿Y el vuestro, señor? ¿Cuál es el vuestro?

Durante cuatro lustros había adoptado el de Juan, pero ante aquella criatura inocente no me atreví a mentir.

—Giordano.

—¡Luz infinita! ¿Sabéis, señor, por qué me llamo Esclarmunda? Porque mamá y papá, hace mucho tiempo, se lo prometieron a un amigo, un señor que se llamaba Giordano, como vos. Su hija se fue al cielo al nacer y querían llamarla como yo.

—¿Eres Esclarmunda de Perella? ¿La hija de Corba y de Raimundo? —Su corazón volvía a galopar.

—Sí, señor… La más pequeña de sus hijas. Pero vos, ¿cómo podéis conocerme? Es la primera vez que oigo vuestra voz —sus ojos sin vida me buscaban.

—Esclarmunda, yo soy aquel Giordano…

La sentí entre mis brazos, embargada por la misma emoción que se había apoderado de mí. Me explicó que tenía doce años, me habló de sus hermanas, Felipa y Arpaix, de su hermanito Jordán. Quería saber más de mí. Mientras le hablaba de Irlanda y Escocia, un jovencísimo caballero se nos acercó.

—¡Debe de ser mi primo! —Y gritó en dirección a los relinchos del caballo que acababa de llegar—: ¡Lamberto, Lamberto! ¿Sabes quién es este señor? ¡Es Giordano, el amigo de papá, de mamá y de Guilhabert! ¡Luz infinita! ¿No es maravilloso que haya venido? ¿No te alegras?

El joven de cabellos revueltos se apeó del caballo y se presentó. Después me indicó dónde estaba el río. Al ver del maltrecho estado de mi rocín, me aconsejó que lo dejase en un caserón cercano.

—Si habéis de ir al castillo, no lo llevéis con vos, pues no lo conseguiríais, pobre bestia. Ha hecho un largo camino, ¿verdad?

—¡Ni más ni menos, Lambert! Pero decidme: el señor de Perella y su esposa, ¿se encuentran en el castillo?

—No, señor, están en el de Laroque
d'Olmes.
Aquí tan sólo hallaréis a Marquesia, la abuela de Esclarmunda, y a Guilhabert. Quisiera pediros un favor: como os dirigís hacia allí, ¿podríais acompañar a mi prima? He de volver a Lavelanet y, si me doy prisa, llegaré antes de que anochezca.

—Buen viaje, pues, Lambert. Y no os preocupéis.

Poco después, mi rocín abrevaba en las aguas frescas del riachuelo. Esclarmunda y yo nos habíamos sentado en la hierba. Miraba su perfil de ángel y sus dedos, tan delicados, con los que oprimía el ramillete

de ciclámenes. Sus ojos transparentes se perdían en el interior del bosque. Me contó que, cuando era niña, y veía, había estado muy enferma pero se curó, aunque al cabo de un tiempo todo se oscureció. Algo aún recordaba, sobre todo el rojo del atardecer, el rostro de su padre, el de su madre, el de la abuela Marquesia…

—Esclarmunda, pero ¿no puedes ver nada?

—No, Giordano. Pero no debes entristecerte por mí. Recuerdo la luz, sueño con ella, la creo con mi mente, con mi imaginación —frunciendo los labios inocentes, cerró los ojos mientras su cara, muy pálida, mostraba gratitud.

Un vientecillo frío comenzó a bajar de las cumbres y se coló por el follaje. Fui a por el rocín, lo tomé por el bocado, volví a donde estaba Esclarmunda y la tomé de la mano. Nos dirigimos hacia la montaña.

Llegamos a la cima agotados por la tremenda caminata. Nos detuvimos para reposar a la altura de las cabañas, medio excavadas en la roca, que rodeaban los muros del castillo pentagonal. Me perdí en la profunda transparencia de las pupilas de la joven criatura que tenía a mi lado.

—Estás mirando mis ojos —me dijo con dulzura.

—Sí, Esclarmunda. Son los más bellos que he visto nunca.

—Papá y mamá me hablaron de tu promesa. De que me enseñarías ciencia. ¡Luz infinita! ¿Lo harás, Giordano? ¿Verdad que no te irás enseguida? ¿Te quedarás un poco conmigo y con la abuela Marquesia?

—Claro que me quedaré… Y podrás disponer de todos mis conocimientos.

—¿Y dentro de algunos días me acompañarás a la montaña que hay enfrente? —Su voz vibraba con ansia.

—¿Adónde, Esclarmunda? —lo dije sin pensar. Tomé de inmediato su mano entre las mías, apretándola con afecto.

—No sientas pena por mí, Giordano: hoy me siento muy feliz, pues mi mente está creando una luz fantástica como hace tiempo no veía. Dime: ¿me encuentro de espaldas al portón del castillo? ¿Estamos cerca de la entrada?

—Sí.

Entonces la niña alzó el brazo derecho, apuntó hacia delante y, después, lo movió un poco hacia la izquierda.

—Mira allí. ¿Lo ves? Es el bosque. Y allí, un prado enorme.

—Sí, sí —respondí mientras seguía sus señas.

—Allí caerán los primeros rayos de sol que logren pasar por las dos troneras de la torre del castillo muy de mañana, al alba del 21 de junio, pasado mañana. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto, Esclarmunda. Pero ¿qué ocurrirá?

—El sol se pondrá sobre mis ojos y quizá recobre la vista.

—¿Y éste es el fruto de mis enseñanzas? ¿Esas bobadas supersticiosas? ¿Quieres engatusar también a mi amigo Giordano?

Estábamos tan abstraídos siguiendo el camino probable de los rayos, que no nos habíamos dado cuenta de quién se nos acercaba. Me volví. Envuelto como de costumbre en una túnica de color azul oscuro, con su barba y sus cabellos blancos, y aquella extraordinaria luz en sus ojos, Guilhabert de Castres.

Corrí hacia él y nos abrazamos.

—¡Veinte años ha ya, Guilhabert! ¡Veinte años desde aquel día de diciembre, con aquella nieve! Y todavía aquí… *Papae*… Parece increíble. ¿Cómo va todo, viejo amigo?

—¡Quién lo diría! Dios mío, eres nada más y nada menos que un padre maturino, ¡un monje rojo! —Su voz, cálida y profunda, vibraba de emoción.

—Sí, Guilhabert —respondí contento, mientras no dejaba de mirar la cruz roja y azul que pendía sobre mi hábito de lana blanca—, pero no he tomado las órdenes; tan sólo soy un lego. Hago lo que puedo por mi orden. ¿Acaso no lo apruebas, amigo mío?

—¡Por Dios, la orden de Juan de Mata! Por supuesto que me parece bien, Giordano. El rescate de prisioneros es una labor ciertamente encomiable a los ojos de Cristo. El mismísimo Inocencio III, tan sanguinario, no pudo sino aprobar la regla de inmediato. Amigo mío, me alegra mucho tu elección, aunque, a decir verdad, me esperaba otra cosa —no consiguió ocultar un leve velo de contrariedad en su voz y en su mirada.

—¿Y qué esperabas, pues? —dije, riéndome por dentro.

—He oído hablar mucho de un monje escocés, irlandés o catalán… No se conoce su patria con exactitud. Un monje que reside precisamente en el convento de los padres maturinos en París. Dicen que es el astrónomo y matemático más grande de nuestro tiempo. Ya sabes que conozco tu historia y lo que significa *nemore*.

—*El bosque sacro*, consagrado a Diana —añadí.

—Exactamente. Y sabiendo que mi amigo y matemático Giordano del Bosque Sacro debía renunciar a su nombre y a su identidad y que desde el norte había llegado otro matemático llamado Juan de Sacrobosque… Bueno… Alguna vez he fantaseado con que fuesen la misma persona. Y ahora, al ver tu cruz roja y azul, mi corazón se ha llenado de alegría…

—Me entristece que por este pequeño acto de soberbia tengas que rendir cuentas a Nuestro Señor Jesucristo. Por el momento, contén la alegría de tu corazón y abraza al modesto matemático y astrónomo

Juan de Sacrobosque —y abrí los brazos para recibir su afecto.

Me alejó un poco, reparó en lo alegre y emocionado que estaba, y vi que también sus ojos me sonreían.

—¡Entonces mi corazón lo había entendido! ¡Siempre lo había intuido! Alabado sea Dios, Giordano… ¡o Juan! Tras la humillación y la flagelación de Raimundo VII en París, y tras la firma del tratado de Meaux, pensaba que todo había terminado. Ay, Señor, esta noticia me llena de esperanza. ¡Juan de Sacrobosque! Ay, Dios mío… Gracias, gracias… —Y volvió los ojos al cielo. Me tomó del brazo y me condujo hacia la entrada del castillo—. Debes contármelo todo, ¿verdad, amigo mío?

—Sí, Guilhabert —y le entregué mi zurrón lleno de libros.

Dimos unos cuantos pasos antes de oír una dulcísima voz que nos llamaba.

—Seréis grandes ministros de Cristo, pero seguís siendo un par de hombres. Apenas os encontráis, os olvidáis de nosotras. ¿Quién es Esclarmunda? Una niña que no merece el honor de vuestra amistad. ¡Me ignoráis completamente! ¡Y después criticáis a ese monje dominico que, para acallar a Esclarmunda de Foix, le impuso silencio y la envió a hacer calceta!

Nos volvimos y nos la quedamos mirando como dos bobos mientras ella se levantaba y, lentamente, poniendo mucha atención en el empedrado, intentaba seguirnos. Se detuvo un instante y, de nuevo, se dirigió hacia nosotros, aunque con una sonrisa que ornaba su bello rostro.

—¿Podría yo también tener el honor de conocer a este otro señor? Abajo he conocido a un tal Giordano, amigo de la familia. Pero ¿quién es este celebérrimo Juan de Sacrobosque? Tío Guilhabert, ¿qué pasa? ¿Te relacionas ahora acaso con monjes?

Estallamos en una sonora carcajada y, con el corazón lleno de júbilo, tomamos del brazo a la niña y nos dispusimos a entrar en el castillo de Montségur.

Después de conocer a Marquesia de Lantar y su infinita bondad, dejamos a Esclarmunda en su compañía y visitamos la pequeña sala convertida en *scriptorium* y biblioteca. Sobre una mesa, cuatro *boni homines* se dedicaban a escribir.

—Observa, amigo Giordano, si en estos veinte años hemos hecho algo de provecho y dame tu opinión: ¡cuántas bibliotecas habrás visitado!

Me había quedado de piedra. Había dos grandes armarios llenos de libros. Uno estaba dedicado por entero a obras religiosas y filosóficas, y el otro, a obras científicas. En un rincón de la sala había algunas

cajas. Guilhabert las abrió: también estaban repletas de volúmenes.

—¿Sabes qué es esto? Son las copias de todos los textos que tenemos. Y continuaremos haciéndolas mientras dispongamos de material. Cuando salimos a predicar, llevamos siempre algunas con nosotros y las damos a nuestros creyentes. De tu *De sphæra*, que ahora acabas de darnos, haremos al menos una veintena, tal como hicimos hace tiempo con tus *Arithmetica, De numeris datis, Algorithmus demonstratus, De triangulis* y los *Elementa de ponderibus*. Déjame ver los otros que has traído. ¡Dios mío, la *Mecánica* de Herón! ¡La magnífica *Vida* de Plotino! ¡La *República* de Platón y la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles, ya traducida al latín! ¿Lo has hecho tú, Giordano? Dios mío, también el original en griego y una copia en árabe. ¡Esto se está convirtiendo en una gran biblioteca! Mira, observa lo que hemos conseguido: Demócrito, Porfirio, Heráclito, Yámblico… ¡Tenemos incluso los comentarios de Averroés a las obras de Hipócrates y Aristóteles! —En sus ojos se apreciaba el entusiasmo más propio de un niño.

—¡Increíble! ¡Aquí se encuentra casi todo el saber de la humanidad! —Tomé una hoja de un montoncito que se hallaba en el centro de la mesa donde los *boni homines* estaban copiando. No era tan grueso como el pergamino, sino mucho más fino que un finísimo *folia di vellum*. Lo miré fijo, maravillado—. Pero, Guilhabert, esto… esto es papel. ¡Papel! ¡Dios santo, cuán flexible y fino es! Había oído hablar de él. Me decían que los orientales lo habían descubierto, pero que todavía no había llegado a Occidente. Por Dios… el volumen y el peso de un libro es mucho menor… ¡Y seguramente el precio también! Es una pequeña revolución. Pero ¿de dónde lo has sacado, Guilhabert?

—Nos lo proporcionan los *boni homines* que viven al otro lado de las montañas, en Berga. ¿Quieres saber quiénes lo hacen? Piensa… Fue inventado hace mil años en China por un tal Zai Lun, quien utilizó fibras de cáñamo, cortezas de árbol y viejas redes de pesca. En Oriente su uso es muy habitual y los sarracenos lo han introducido en la península hace ya casi ochenta años. Y este producto viene directamente de una pequeña ciudad ibérica, de Xátiva. Fabricado prácticamente de trapos de lino y cáñamo. Y eso no es todo: en la misma ciudad se están proyectando y construyendo molinos dedicados en exclusiva a la fabricación de papel. ¿Sabes que significa eso? Que se incrementará la producción de una manera impresionante. ¡Dios quiera que podamos llenar todas las casas y que todas las gentes puedan aprender a leer y escribir! —Su enjuto rostro estaba radiante.

—Quizá haya otros descubrimientos maravillosos en Alejandría y Oriente y aún no hayan llegado hasta nosotros. ¡Ay, si lograse dar con

los libros de Aser…! —Y me mordí los labios.

Las manos de mi amigo, delgadas pero fuertes, se posaron en mis hombros, mientras me miraba como si quisiera leer en mi interior.

—Te refieres a las comedias de Plauto y a las epístolas, ¿verdad? ¿No las has encontrado?

—No, amigo mío, aún no. Y comienzo a dudar seriamente de que pueda recuperarlas. Lástima, ése sería el momento oportuno; justo cuando todo parece perdido —desaprobaba con la cabeza, abrazado por su afectuosa mirada.

A las vísperas tomamos una modestísima colación y nos fuimos a su cabaña, que quedaba fuera del castillo, casi bajo la torre. El astro, ya de un rojo incandescente, había comenzado a ocultarse tras el monte Tabor. Comenzamos a contarnos los últimos veinte años de nuestra vida. A las primeras luces del alba estábamos aún entretenidos con nuestras historias, mientras me volvía asaltar el amor por aquella montaña, por el *faro del mundo*.

Tenues, delicadísimos, los primeros destellos anunciaron el alba dibujando los contornos del castillo de Montségur sobre el cielo oscuro. Habíamos llegado al vasto prado en pendiente y que se hallaba casi enfrente de la entrada principal del castillo. La niña se había cubierto con un manto de color azul oscuro sobre el que destacaba su cascada de cabellos rubios. Admiré su perfil de ángel mientras ella vagaba por el valle con sus pobres ojos sin luz. Buscó mi mano y la estrechó entre las suyas.

—Si ése es el prado, debe de haber una roca con una cavidad absolutamente lisa en el centro.

Me volví, eché un vistazo alrededor… y la vi detrás de nosotros. La alcanzamos. La niña quiso palparla con las manos.

—Sí, es ésta. Aquí es adonde llegarán los primeros rayos de sol que atravesarán las troneras de la torre del castillo.

—¿Y a qué viene todo esto, Esclarmunda?

La niña se sentó en la cavidad de la piedra, se abrazó las piernas y apoyó el mentón sobre sus rodillas.

—¡Luz infinita! ¡Puede que tú lo sepas si estudias las estrellas! Pero no fue ciertamente papá cuando proyectó la construcción de la torre o de las troneras. Él no hizo sino restaurar el antiguo castillo, del que no se sabe siquiera la fecha de su construcción.

—¿Qué quieres decir?

La brisa de la mañana acarició su cabello y besó su cuello. Se estremeció.

—Tampoco yo lo sé, Giordano. Pero siempre me acuerdo de un sueño que tuve cuando niña. Recuerdo que cuando me quedé ciega, mi mente se negaba a aceptarlo y me tranquilizaba diciéndome que la luz la había creado yo misma. No dormía casi nunca, esperando a alguien que pusiera fin a aquella horrible broma. Y mientras esperaba y luchaba, mi mente comenzaba a esbozar, con su luz, amaneceres y atardeceres. Comencé a vivir en un mundo solamente mío: creaba flores con tonalidades y colores magníficos. Hasta que un día en el que me había entretenido pintando un prado cubierto de flores rojas… me quedé al fin dormida. Y así creé el maravilloso sueño que acompaña a mi vida.

Debió de comenzar a revivirlo, porque sus largas pestañas se unieron y un halo de dulzura infinita emanaba de su rostro.

—El cielo era oscuro, horrible, espantoso… Y yo me encontraba aquí, en este prado, sobre este macizo. La desesperación se había apoderado de mí. Al poco, la montaña de Montségur comenzó a adquirir un contorno un tanto difuminado, aunque aún la envolvían las tinieblas. Sólo el castillo de cinco lados empezó a llenarse de claridad: se volvió transparente, como si estuviese hecho de luz. Quise correr hacia aquel resplandor, pero el abismo me lo impedía. Después, del halo rojizo que se fundía tras el castillo, salió el sol. El abismo de tinieblas hubiera sido destruido… y yo habría podido correr hacia la cumbre para volar hacia aquel fulgor. Pero el sol tardaba en aparecer y yo ansiaba verlo, lo invocaba. Y me eché a llorar hasta que algo comenzó a brillar en medio de mis lágrimas: rojos rayos de sol traspasaban las troneras de la torre y me besaban los ojos. Me encaminé hacia allí, pues me indicaban el sendero que debía seguir. Y mientras llegaba al valle, del castillo descendieron cinco alfombras de luz, una de cada lado. Pero cuando estaba a punto de iniciar la ascensión, me di cuenta de que ya no estaba sola…

Con un nudo en la garganta, y temblando, proseguí su historia:

—Un hombre se hallaba cerca de ti, te puso sobre sus hombros y, con él, su mujer y otros amigos, empezasteis a escalar el manto luminoso…

Esclarmunda braceó desesperadamente en busca de mis manos. Las halló y, tras oprimirlas, continuó:

—Y se oyó una melodía dulcísima, un coro de ángeles que tejieron una estela hacia el cielo, un camino que partía del castillo transparente…

Mi corazón galopaba, pero continué reviviendo:

—… Una estela inmaculada…

—… Y tú me preguntaste a dónde conducía…

—… Y me respondiste que nos llevaba a casa, a nuestro valle de luz. Y fue en aquel momento cuando afloró, luminosa en mi interior, aquella idea de Platón: «quedaba aún una quinta combinación»…

—… «y Dios la empleó para ornar el Todo» —los ojos se le perlaron de húmeda emoción—. ¿Qué significa todo esto, Giordano? ¡Hemos vivido juntos, en nuestros sueños, momentos sublimes! ¿Qué misterio es éste? —Su voz afligida temblaba como una hoja.

—Soñé con el castillo de luz una tarde de invierno, en un bosque no muy lejano —y besé las lágrimas de sus mejillas.

—Yo siempre he creído que el hombre que me llevaba sobre sus hombros era mi padre. Y eras tú… ¡Luz infinita! ¿Qué querrá decir eso?

Rocé de nuevo sus cejas húmedas con un beso y le tomé las manos.

—Esclarmunda, creo que haremos juntos ese viaje. No puede significar otra cosa. El camino hacia la *Vía del Sol* lo haremos juntos.

La chica acercó mis manos a su mejilla. Nos quedamos así, en silencio un rato mientras las luces del alba apagaban las estrellas. Poco a poco el azul, hacia levante, se hizo más intenso y cambió a violeta, rosa, encarnado… *Y cuando el sol del verano se acercó a nosotros cuanto era posible y parecía que estaba a punto de dar la vuelta y alejarse…*

Quedé como ciego: de las troneras de la torre del castillo de Montségur, un haz luminoso inundaba mi rostro y el de Esclarmunda. La niña se dio cuenta, abrió los ojos, dejó que los rayos calentasen sus pupilas sin vida. Observaba su carita, me fijaba en sus iris, esperaba que moviese las cejas o poder advertir alguna señal en su clara transparencia. Sin embargo, la luz siguió su camino, tocó la hierba y fue engullida por el prado mientras, a nuestro alrededor, se preparaba para estallar en un día de verano. Los pájaros comenzaron a cantar. Del monte Tabor descendía un águila revoloteando.

—El rayo se ha ido, ¿verdad?

—Sí, Esclarmunda.

—Probaremos el próximo año.

—No tienes por qué llorar, *mon douzor*.

—No lloro nunca.

—Tienes razón, *mon cor*. No son lágrimas, sino rocío de luz —la besé en los ojos. Nos dirigimos hacia el valle.

El invierno estaba a las puertas. El aire de la tarde cada vez era más fresco. No hacía mucho que véspero había pasado y el sol se escondía ya tras el monte Tabor, mientras se difuminaba el fuerte contraste

entre los alerces y los abetos rojos que tapizaban las montañas frente a nosotros. Llené una alforja con avellanas de la ladera del monte y me apresté a volver.

Esclarmunda se hallaba sentada sobre un macizo situado fuera de la puerta del castillo, envuelta en su capa azul oscuro. Me coloqué a su lado, con una piedra, para romper la cáscara de unas avellanas, pasándole algunas de aquellas sabrosas semillas, y toqué la flauta de diecinueve cañas que me había construido. Una melodía dulce y triste descendió hacia el valle llevada por el viento.

Esclarmunda esperó a que terminase.

—Giordano, ¿que puede ser eso de la quinta combinación de la que hablaba Platón? «Dios la empleó para ornar el Todo». Qué frase tan misteriosa. Tú la habías leído, pero yo… ¿cómo puedo haberla soñado?

—No lo sé…, no lo sé… Pero en el sueño creí intuir la verdad. Cuando me desperté, me asaltó una idea: el alba de la luz.

—Pero ¿por qué la quinta combinación? ¡Luz infinita! ¿Por qué este castillo es pentagonal? ¿Y por qué esta montaña tiene cinco lados? —Daba la impresión de que quería interrogar al cielo con sus ojos sin vida.

—Platón atribuía a los cuatro elementos físicos (fuego, aire, agua y tierra) las figuras de los cuatro poliedros regulares: el tetraedro con un vértice agudo es el fuego; el agua, el icosaedro; el aire, el octaedro, y la tierra, el cubo… pues se trata de la forma que representa mejor la idea de solidez e inmovilidad. El dodecaedro, en cambio, lo forman doce caras pentagonales. Tal vez la *quinta combinación* de la que habla Platón pueda entenderse como una alusión al dodecaedro como símbolo del universo.

—Pero, Giordano, ¿qué se proponía representar con el dodecaedro de caras pentagonales? ¿La luz quizá? La luz que no puedo ver… ¿o tal vez la que veo? ¿Se refiere a la de los ojos… o a la del alma? ¿O a la del camino de nuestro sueño? —Unió sus manos mientras las llevaba a sus labios entreabiertos.

—«Dios la empleó para ornar el Todo». El pentágono… El castillo de Montségur… El alba de la luz… No lo sé, Esclarmunda, pero quizás estés en lo cierto. Quizá la *quinta combinación* represente la luz. La del alma.

—Y la del valle adonde iremos juntos.

Una fresca corriente de aire y silencio nos envolvió. Poco después, sentí que la mano de la niña buscaba la mía.

—Giordano, ¿llevas tu libro contigo?

—¿El de la *Esfera*, Esclarmunda?

—Sí. ¿Me lees un capítulo?

—Claro… —Saqué el pequeño manuscrito del bolsillo de mi capa, lo abrí por una página marcada con un tallo de ciclamen y la encaré hacia los últimos rayos del ocaso—. Te leo la parte en la que se cuenta que la Tierra es redonda: «Que la Tierra es redonda ya es cosa manifiesta. Los astros no nacen ni se ponen en la misma manera a todos los hombres que habitan en todas partes, sino que primero nacen y declinan para quienes se encuentran en oriente, la causa y razón de lo cual se halla en la curvatura de la Tierra».

Continuaba leyendo mientras ella —de vez en cuando— tomaba de mi mano otras semillas de avellana. A menudo me detenía, temiendo no haber traducido bien del latín al occitano o expresado bien aquellos conceptos tan sencillos. Intentaba intuirlo en la expresión de aquel bello rostro que habían besado los últimos rayos del atardecer. La luz se posaba en aquellos ojos claros sin lograr que se reflejase ninguna emoción, ninguna alegría.

«Del mismo modo, si la Tierra fuera llana desde septentrión al austro y del austro al septentrión, las estrellas que siempre aparecieran a alguno, lo harían adondequiera que vaya… Y eso no puede ser. Pues si la Tierra parece plana a la vista de los hombres se debe a su gran extensión».

Fijé la vista en el cielo, que estaba cubierto de nubes negras. Sólo el monte Tabor parecía envuelto por aquella luz rojiza. Contemplé de nuevo el dulce perfil de Esclarmunda, su naricita y los labios apenas entreabiertos, los cabellos rubios recogidos en una cola de caballo que descendía sobre la capa azul, apoyada en la roca que todavía conservaba un poco de calor, con los brazos cruzados en torno a la cintura.

Respetaba mis silencios, aceptaba todo aquello que se le daba sin la impaciencia natural de su edad. En ocasiones creía que le gustaba que le leyese cualquier pasaje con tal de tenerme a su lado. Observaba cómo su dulzura se hundía en un lejano silencio… pero, de improviso, hacía alguna pregunta penetrante que no sólo iluminaba todo lo que había leído, sino que iba incluso más allá de las conclusiones mismas.

—¡Luz infinita! En ese caso, si pudiésemos volar a la Luna, ¿veríamos la Tierra como una gran esfera luminosa?

—Sí, Esclarmunda. Una esfera inmensa.

El viento se deslizaba sobre las piedras y se colaba entre los arbustos. Volví a fijarme en el vacío azulado de sus ojos. La brisa era cada vez más fría.

—No estés triste por mí, Giordano. No debes estarlo nunca. Nunca. Leo y dibujo la historia del mundo a través de tus palabras. Mi alma es

feliz porque reconoce tu luz. Mi vida se ha olvidado del tiempo…

Mi mano aprisionó la suya. Nos quedamos así, entre el silbido del viento, mientras los jirones de pálida luz tras el monte Tabor estaban a punto de ser engullidos también por las tinieblas.

De pronto, la mano de Esclarmunda apretó con fuerza las mías: poco después, se acercó por detrás Guilhabert, quien se sentó a nuestro lado y tomó la otra mano de la niña con sus larguísimos dedos.

—Esclarmunda, hace frío. Debes volver a tu habitación. Haz un poco de compañía a la abuela Marquesia —su voz era firme.

—Sí, Guilhabert. Ahora voy.

Soltamos sus manos. Iba a levantarme para ayudarla, pero Guilhabert me pasó un brazo por los hombros.

—No, Giordano. Debe acostumbrarse a hacerlo sola.

Esclarmunda se apoyó en una roca. Antes de moverse, se despidió.

—Gracias, Giordano.

Temía por ella, pero consiguió llegar a la pequeña escalera que se encontraba frente a la puerta principal. Subió por ella lentamente y, apoyándose en el muro, desapareció en el interior del castillo.

El rostro enjuto del obispo cátaro, casi oculto por la larga barba blanca, se había vuelto hacia los últimos destellos del atardecer. Un frío silencio, el primero de nuestra amistad, se había erigido entre nosotros. Se volvió hacia mí. Sus ojos ardientes acosaron mi abatimiento.

—Por Dios, Guilhabert, ¿qué ha pasado?

—Hace poco ha llegado de Tolosa un hermano cristiano. Se ha reanudado la cacería. El legado pontificio Romano de
Sant'Angelo
ha puesto por escrito las primeras disposiciones para exterminarnos. De ahora en adelante, la represión será aún más feroz. Las gentes que hasta ahora nos ha acogido, escuchado, ocultado o ayudado… estarán aterrorizadas. Ese seguidor de Satanás ha promulgado una serie de leyes que no dejan escapatoria posible. Viviremos con el miedo a ser denunciados. Nosotros nos esforzamos para que al menos cada familia tenga el Evangelio en su casa… Sin embargo, quien poseía uno, hoy lo entrega a hoguera, pues uno de los últimos artículos, de hecho, prohíbe la posesión de cualquier copia del Antiguo o el Nuevo Testamento —su voz vibraba con la pasión que le era habitual, pero sus ojos estaban atormentados por la desesperación.

—Guilhabert, no extirparán del corazón de las gentes todo cuanto habéis sembrado —lo tomé por los hombros, intentando sacudirle.

—Giordano, la Iglesia de Roma lo sabe, por eso ha iniciado el

exterminio sistemático de los predicadores, renunciando a las grandes hogueras anónimas. En Tolosa, Romano de
Sant'Angelo
ha logrado capturar a una de las figuras más nobles de nuestra religión, Guillaume de Albi, y lo ha echado a la hoguera. Por si no fuese bastante, ha capturado a nuestro pobre hermano, Guillaume de Solier. El legado, al ver su terror, lo ha obligado a presenciar el fin de su compañero, ha conseguido que abjurase y, a cambio de su vida, ha obtenido una lista impresionante de nuestros hermanos, de sus lugares de reunión y de la gente amiga. Han comenzado a sembrar el engaño, la traición y la vileza. La gente está cansada de matanzas. Por miedo a morir en la hoguera, se pondrá en manos de los carniceros. Éste puede ser el inicio de nuestro fin —en sus ojos hundidos, se apreciaba una mirada furiosa y desesperada.

—Nunca te he visto así, Guilhabert. ¿Te das por vencido? No puedo creerlo…

—¿Vencido yo? —Me traspasó con sus ojos ardientes—. Giordano, no me has entendido bien: mañana mismo dejo una vez más esta montaña y vuelvo a predicar el amor y la revuelta. Y llevaré conmigo muchas copias del Nuevo Testamento para distribuirlas en todas las casas que me abran la puerta para enseñar la desobediencia contra los falsos sacerdotes y gritar que nadie debe denunciar a un hermano por miedo o dinero —pareció tranquilizarse, si bien no dejaba de mirarme con una pasión y una fuerza insólitas—. Pero ¿quién se opondrá a la nueva universidad de Tolosa? ¿Qué universidad contrarrestará la tiranía del obispo Foulques? ¿Quién obstaculizará el fanatismo de Giordano de Sajonia, el nuevo superior de los dominicos? Una vez, aquellas pobres gentes podían contar con la voz y la ciencia de Giordano Nemorario, quien, para continuar su obra, se transformó en Juan de Sacrobosque…

—… Y que ahora se ha retirado para contemplar los atardeceres sobre esta montaña. ¿Es esto lo que queréis decir? —Casi grité, pero no me respondió y su silencio, lleno de significado, me obligó a continuar—. *Summe Iupiter*! ¿Qué hay de malo en que, después de haber luchado toda mi vida, yo quiera dedicarme a una criatura como Esclarmunda? ¿Puede reprocharseme que dedique mi amor a una niña ciega para aliviar su vida sin luz? No, Guilhabert, esta vez no bajaré al valle. Ya he cumplido con este mundo. Ya basta. Quiero terminar mi vida aquí, cerca de Dios, de las estrellas, al lado de esa criatura. Guilhabert, no puedes comprender… ¡Y eso que también tú has visto tantas masacres…! ¡Pero hace veinte años yo vi la más horrible! Un infierno en el que despedazaron, ¡ante mis ojos!, a las personas que

más quería. ¡Sólo podré borrar tanta crueldad con un inmenso amor! No puedes entenderlo, amigo mío… —Y bajé la cabeza.

Los ojos ardientes de Guilhabert se dulcificaron. Puso una mano en mi hombro.

—Por supuesto, amigo. Claro que te comprendo. Hace tres años, también yo asistí impotente a la ejecución en la hoguera de mi hermano Isaarn. Contuve las lágrimas y la rabia, así como el deseo de venganza que corría por mi sangre, el instinto de tomar la espada y matar. Lloré mientras suplicaba a Dios que sufriese poco y que lo acogiese en su valle de luz. Me retiré con mis cuitas a rezar en el silencio de estas montañas. Y aquí encontré a Esclarmunda. Por aquel entonces contaba nueve años y aún no había aceptado la idea de que nunca más volvería a ver. ¿Acaso crees que no sentí el deseo de estrechar a esa criatura entre mis brazos y dedicarle el resto de mis días? Pero he intentado infundirle serenidad ayudándola a aceptar su condición. Le hablé de la otra luz, de la otra vida. Lo ha comprendido. Ahora es muy fuerte: puede seguir sola el camino —después, dejando vagar la mirada por las sombras del valle, continuó—: Esas gentes nos necesitan todavía, a ti y a mí. Aquí es, Giordano… aquí mismo, en Francia, en tierras occitanas, donde quizá se está cambiando el camino de la historia. Si no sabremos poner diques a ese río desbordado que desde Roma está inundando de sangre y corrupción el mundo entero, se borrarán de las mentes de los hombres palabras como ciencia, saber, razón, verdad, amor.

Se volvió hacia mí, poniendo de nuevo sus largas manos sobre mis hombros. Me habló entonces con la misma voz cálida de hacía tantos años.

—Giordano, están poniendo a punto una máquina perfecta: la Inquisición acabará con la libertad del hombre y pisoteará su dignidad. Continúa buscando aquellos libros, ¡persevera! Quizá se encuentre en ellos la clave que abra las puertas a la humanidad. Y si no lo consigues, ¡trabaja para unir de nuevo a todos los profesores de París! ¡Reabrid la universidad! Ya habéis dado señales de ello. Ahora debéis procurar que vuestra revuelta no se convierta en una derrota permanente. Quizá se habían propuesto esto mismo cuando mataron a los jóvenes estudiantes en la taberna. Giordano, allí está tu lugar: en la riña, en la batalla, entre el pueblo. Y no aquí haciendo de ermitaño y deleitándote en la tibieza de esos pobres ojos apagados.

—¡Maldita sea! ¡No se trata de piedad, te lo juro! —Sentí las sacudidas provocadas por el frío y las verdades que me estaba diciendo.

—No hace falta que me lo jures. Puedo leer en tu corazón. Sé que

no es piedad lo que te mantiene unido a Esclarmunda y a esta montaña. Conozco la dulzura de esta roca. Yo también he sentido cómo se exaltaba el alma mientras miraba el cielo desde este castillo. Esclarmunda representa a la pequeña que te mataron antes de que viese la luz. Sin embargo, no olvido tus palabras ni tu pensamiento. Una vez me dijiste que estabas convencido de que la vida del hombre sobre la tierra era un experimento, una prueba, una tentativa. ¿Y sabiendo eso quieres rendirte? Si yo razonase del mismo modo, diría que tal experimento ha fracasado por completo. Pero es demasiado sencillo reducirlo todo a ese plano. La verdad es otra. El hombre es la prueba viviente de la eterna batalla entre el Bien y el Mal, una lucha que quizá no acabe nunca, y nosotros somos portadores de ambos. Pero podemos hacer algo que ninguna otra criatura puede hacer. Observa aquella águila…

Mientras me lo decía, me señaló una gran rapaz que, entre las postreras luces que se disolvían sobre el bosque, descendía como una flecha hacia el río… y poco después volvía a su nido, hacia el monte Tabor. En sus garras llevaba un pobre animal, quizás una liebrita, que aún forcejeaba.

—Mata, pero desconoce el Mal. Destruye una vida para alimentar a sus pequeños. Cuando estén saciados, dejará de matar. No puede escoger el Bien ni decantarse por el Mal. No puede decidir nada. Tan sólo es un animal que, en su pequeña mente, posee un sencillo libro con reglas a las que debe atenerse escrupulosamente. Tan sólo puede leer ese librito y seguir sus indicaciones. Su vida carece de luz… y de tinieblas.

Mientras la oscuridad engullía las alas de la enorme ave, Guilhabert me miró de nuevo, implorante, apasionado, apretando los puños y tendiéndolos hacia mí.

—Estamos hechos de luz y tinieblas. ¡Y podemos elegir! ¡Podemos luchar contra el Mal! ¡Hemos de liberar nuestra luz! ¡Hemos de ayudar a nuestros hermanos para que liberen su luz! ¡Valor! Los dos, por la mañana, como hace veinte años, dejaremos Montségur, nos separaremos y volveremos a luchar. Tú, a difundir el saber de los antiguos. Yo, a predicar la palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y por qué nosotros? —le pregunté con un deje de resignación.

—No lo sé, amigo mío. Pero estoy seguro de que aún tenemos mucho que dar en este mundo. Es importante que siempre haya alguien que combata al Mal y las tinieblas.

—Guilhabert, ¿crees posible la trasmigración del alma a través de varias existencias corpóreas? —Por fin podía deshacerme de aquel peso…

En la casi completa oscuridad que nos rodeaba, percibí un largo suspiro.

—Tal vez, Giordano. ¿Sabes? Con los otros *boni homines* habíamos discutido largo y tendido. Para serte sincero, nadie encontró el valor suficiente para descartar esta hipótesis. Por otra parte, es mucho más constructiva que la absurda idea del infierno. Personalmente, no me desagrada la idea de que el alma, para liberarse completamente de las cadenas del cuerpo, transmigre de uno a otro hasta su liberación final, cuando consiga permanecer sola, sin el lastre de este mundo y volver al valle de luz y amor donde nació. ¿Por qué me lo preguntas?

Me daba vergüenza confesarlo, pero lo intuyó.

—Giordano… Estás pensando en Esclarmunda, ¿no es cierto? En el alma de tu hija que, huyendo de la sangre de Béziers, quizá se refugiase en el cuerpo de esa niña.

—Sí. Lo he pensado tantas veces… Y el hecho de que Esclarmunda sea ciega es como una prueba de ello: tal vez mi hija sólo pudo entrever el color rojo de la sangre —temblando, escondí mi rostro entre las manos.

—Y tal vez sintiera tanto horror por este mundo… que ha preferido que Esclarmunda no viera. ¿Es eso lo que piensas?

—Sí. Adoro a esa criatura. Y lloro porque mañana te seguiré y la dejaré sola.

—Giordano, ¿sabes que Esclarmunda me ha contado vuestro sueño? ¿No te place? Se trata de una premonición: emprenderéis juntos el gran viaje, estoy seguro. ¿No te anima la idea?

Aguardé antes de responderle. El dolor de la partida había vencido a mi alegría.

—Sí, Guilhabert, pero desearía que ese día llegase pronto.

—Ve a descansar ahora. Nos espera un largo camino. Y no pienses en nada esta noche, deja tu alma en manos de Dios. A partir de mañana deberemos volver a escondernos, disfrazamos, gritar, huir, ayudar, exhortar, luchar… Volveremos a desafiar al Mal, a mirarle a los ojos sin miedo, a hacerle sentir la fuerza de nuestro amor.

Le estreché los brazos y, mientras se alejaba hacia la otra vertiente del castillo, seguí su sombra en el viento de la tarde. Me dirigí a la entrada y subí los pocos escalones. La débil luz de una tea situada al final del pasillo, a mi izquierda, apenas lograba romper la oscuridad.

En la penumbra, junto al muro, con la cara contra la piedra, estaba Esclarmunda. Posé mis manos sobre sus hombros. Temblaba. —¿Lo has oído todo?

—Perdóname…

—Esclarmunda, quiero quedarme contigo.

—Giordano, Guilhabert tiene razón. En el mundo hay un tipo de ceguera peor que la mía: debes volver allá abajo. Nos encontraremos cuando abandonemos el exilio y volvamos a nuestra patria eterna.

Me sentía obligado a mostrarme más fuerte que una joven de doce años, ciega y sola… que encontraba la fuerza necesaria para renunciar a mi afecto. La estreché entre mis brazos. Escondió su cara en mi pecho. Le acaricié el pelo. Dejó de temblar, alzó la cabeza y fijó el vacío azul y dulce de sus ojos en los míos.

—Giordano, te esperaré aquí. Recorreremos juntos el extremo confín que separa este mundo de tinieblas del valle de luz para encaminarnos por la *Vía del Sol*.

Le besé los ojos humedecidos por las lágrimas.

Se separó de mí y se dirigió hacia el fondo del pasillo, guiándose con las manos por la fría piedra de los muros.

Dos años después, en 1231, el papa Gregorio IX concedió un conjunto de privilegios inviolables a la nueva universidad de Tolosa, creada para extirpar la herejía. El 13 de abril del mismo año promulgó la bula Parens scientiarum, *en la que reforzaba los que ya poseía la universidad de París. De este modo, las autoridades eclesiásticas locales prácticamente dejaron de tener poder sobre los estudiantes y los maestros. Sólo con el consenso papal podía ser excomulgado un miembro de la Universidad.*

No obstante, renovó el veto al estudio de Aristóteles, salvo que se tratase de la revisión realizada por Guillermo de Auxerre. Tan sólo cuando los teólogos purgaron los libros del pagano, Aristóteles separando lo útil de lo errado; tan sólo tras la censura las mentes de los hombres no correrían el riesgo de ser dominados por las ideas del sumo filósofo.

La Santa Sede se convirtió en fuente de inspiración y control de la universidad de París, que se prepara para vivir años de encendidas polémicas filosóficas. En sus aulas se intentará defender, o sofocar, la libertad de conciencia, propiciar el renacimiento, o el aborto, de la libertad de pensamiento.

Juan de Sacrobosque volvió al convento de los padres maturinos. Cada día le bastaba con dar unos centenares de pasos para llegar a la universidad, donde se encontraba rodeado por numerosos discípulos, muchos de ellos hospedados con los frailes rojos. Con él, muchos otros maestros retomaron las clases. Lentamente, la universidad volvió a latir.

Al año siguiente, en 1232, Guilhabert de Castres convocó en el castillo de Montségur un sínodo al que asistieron todos los obispos cátaros y un gran número de perfectos. *Asimismo, estuvo presente el señor del castillo, Ramón de Perella, a quien Guilhabert solicitó oficialmente que convirtiese la fortaleza en refugio y bastión de los cátaros. El tratado de Meaux negaba también el apoyo de los últimos señores occitanos que siempre les habían prestado su protección. El catarismo ya no podía contar con Raimundo VII de Tolosa ni con el conde de Foix.*

Comenzó la época de la clandestinidad.

También el señor de Perella rechazó la demanda del anciano obispo cátaro. Sin embargo, su negativa se convirtió en duda cuando su mujer, Corba, le pidió que recapacitase. Sus incertidumbres se desvanecieron ante los ojos azules y sin luz de su hija Esclarmunda.

De este modo, Montségur se convirtió en el santuario oficial del catarismo.

A comienzos de 1213, en el centro de Mirepoix, a un día de distancia de Montségur, los frailes rojos trinitarios abrieron un convento.

El 20 de abril de aquel año, el papa Gregorio IX sancionó oficialmente la Inquisición, confirmando y dando plenos poderes al primer tribunal de Tolosa, fundado por Inocencio III, y encargando a los dominicos que exterminasen de manera definitiva a los cátaros o cualquier otro foco de rebelión.

Los monjes predicadores de Jordanus de Sajonia, el gran inquisidor de la cristiandad, dependían directamente del papa y poseían poderes incluso superiores a los que disfrutaban los legados pontificios, los arzobispos y los cardenales. Nadie podía oponerse a sus decisiones.

El 27 de julio del mismo año se nombró a los primeros grandes inquisidores dominicos: Guillaume Arnaud y Pierre Seila. Su única misión era descubrir cualquier germen de herejía o rebelión para extirparlo con fuego. Su primera victoria se saldó con la captura del superior de los cátaros en Tolosa, el obispo Vigorós de Baconia. Su hoguera inauguró una nueva etapa de terror y represión.

Ramón de Perella, su esposa Corba, su hermano Arnaud-Roger y su yerno Pierre-Roger de Mirepoix, fueron excomulgados: tal fue la respuesta al desafío de Montségur. El castillo, templo y refugio hasta aquel momento, se convirtió en fortaleza para repeler cualquier ataque militar.

El año de 1234 comenzó con un Raimundo VII de Tolosa obligado a publicar sus Estatutos contra los herejes.

Entretanto, el cuarto obispo cátaro, Johan Cambitor, junto con otros tres boni homines, *se entregó voluntariamente al conde de Tolosa y aceptó la muerte en la hoguera con la esperanza de demostrar a Roma que en Occitania bastaba la ley de su señor y que no era precisa la intervención de los inquisidores dominicos. Tras el auto de fe, el obispo cátaro Bertrand Martin sucedió a Johan Cambitor*.

La abuela de Esclarmunda de Perella, Marquesia de Lantar, recibió el Consolament.

Durante esos meses, los inquisidores Pierre Seila y Guillaume Arnaud condenaron a doscientas diez personas en Moissac y, al fin, el coro de sacerdotes y monjes pudo elevar de nuevo al cielo su Veni Sancte Spiritus *mientras las llamas devoraban el cuerpo de tantos inocentes, muchos de los cuales nunca habían participado en una sola asamblea cátara. Tan sólo fueron denunciados por miedo o por dinero. Muchos nombres se obtuvieron mediante tortura*.

Los inquisidores dominicos ordenaron exhumar millares de cadáveres de personas sospechosas de herejía. Cuando no lograban reunir un gran número de inocentes y rebeldes vivos, se quemaban esqueletos y cuerpos en descomposición.

Eran años en que un intenso frío invernal y las continuas heladas destruyeron las cosechas. Francia y Occitania atravesaron períodos de hambruna. Los perfectos cátaros que se habían cobijado en las cabañas de piedra y paja alrededor del castillo de Montségur comenzaron a morir. Sólo la caridad de algunos creyentes que aportaron un poco de grano, los salvó de su completa extinción.

Guilhabert de Castres continuaba con su indomable labor de predicación.

Para honrar la labor redentora de los exterminios dominicos, el papa Gregorio IX premió el fanatismo de Domingo de Guzmán con su santificación. El patrón inauguró su obra guiando, desde el paraíso al obispo de Tolosa, el dominico Raimundo de Fauga, en la persecución y captura de una nueva y peligrosísima adepta a la religión cátara, la madre de un creyente, Peyravi Borsier. Tal hecho acaeció el 14 de agosto de 1235, el mismo día en que se celebraba la primera festividad en honor del santo. La desdichada mujer era muy anciana y se encontraba postrada en su lecho, ya agonizante. Estaba casi ciega. El

obispo Raimundo de Fauga la engañó, la convenció de que era un obispo cátaro, escuchó su confesión… y se alzó triunfante. ¡Era una hereje: cree en Dios y en Cristo, pero rechaza el Antiguo Testamento! ¡No comía carne! ¡Era una serpiente venenosa! Ante su casa, en la calle del Olmo, se preparó de prisa y corriendo una pira, se encendió y cuatro dominicos lanzaron el lecho, con la anciana moribunda dentro, al fuego purificador.

El terror se adueñó de los habitantes de Occitania. Nadie se atrevía a mirar a sus vecinos o parientes a la cara. Miedo, desconfianza, angustia, terror. La Santa Inquisición no se equivocaba nunca.

Pero el horror del fuego hizo brotar también violencia y rebelión.

En Cordes, tres dominicos fueron arrojados a un pozo. En Narbona, el pueblo saqueó el convento de los dominicos. En Tolosa, el conde Raimundo VII y sus cónsules echaron a los dominicos de la ciudad.

En 1239, en Montwimer, se encendió otra gigantesca hoguera y las llamas acabaron con las vidas y los cuerpos de ciento ochenta y tres cátaros.

Un año después, en 1240, falleció Guilhabert de Castres. Su muerte se halla envuelta en el misterio. Su mensaje de amor y fuerza permaneció en la memoria de quien lo oyó y en los libros que escribió. En la biblioteca de Montségur se conservaron páginas maravillosas de su predicación y de su puro mensaje cristiano.

Ese mismo año, Raimundo-Trencavel reunió un pequeño ejército: muchos pueblos y ciudades se le unieron e iniciaron el asedio de Carcasona, donde se había atrincherado el arzobispo Pierre Amiel, sucesor del sanguinario Arnauld Amaury. En una torre de esta ciudad, treinta y un años antes, había estado recluido el padre de Raimundo-Trencavel. Y en ella había muerto, degollado por Simón de Montfort. El burgo fue conquistado y el pueblo mató a treinta y tres monjes dominicos. Pero la ciudad resistió el sitio durante un mes y, el 11 de octubre, las tropas huyeron ante la llegada de un ejército real a las órdenes de Jean de Beaumont. Antes de abandonar el campo, se desencadena la furia popular y el convento dominico y la abadía de Notre-Dame quedan completamente arrasados. El ejército francés respondió a las tentativas de revuelta con incendios y saqueos.

El 14 de marzo de 1241, el conde de Tolosa, Raimundo VII, se vio obligado a prometer al rey de Francia, el futuro san Luis IX, que apenas se hubiese adueñado de Montségur, lo destruiría.

Ramón de Perella llamó a Arnaud de Vilar al castillo y ordenó construir cuatro balistas para la guerra.

El 22 de agosto murió el papa Gregorio IX. Durante un año y medio, la Santa Sede quedó vacante.

Los inquisidores Pierre Seila, Guillaume Arnaud, Etienne de Narbona, el hermano Ferrier y Arnaud Cathala continuaban llenando sus registros con miles de nombres para sofocar cualquier alzamiento. Durante esta feroz caza del hombre, en esta atmósfera de perenne terror, los occitanos intentaron levantarse por última vez. En abril de 1242, el conde Raimundo VII de Tolosa, a pesar de las humillaciones sufridas trece años antes en París, en aquella plaza frente a Notre-Dame, a pesar de su firma, de los tratados y los juramentos, se alzó con el apoyo de los condes de Foix, Armagnac, Rodez y Comminges, así como de los vizcondes de Lautrec, Lomagne y Narbona. Pero los últimos restos de esperanza naufragaron ante el ímpetu del joven rey de Francia. El 30 de octubre se le obligó a firmar la paz de Lorris.

Mientras tanto, el 28 de mayo del mismo año, en el castillo de Avignonet se alojaban once

personas: sacerdotes y monjes inquisidores que formaban parte del séquito y estaban al servicio de Guillaume Arnaud y Etienne de Narbona, maestros del terror. Se encontraban examinando una larga lista de sospechosos de herejía que el prior de Avignonet estaba compilando. De pronto, se abrieron las puertas: un escuadrón de soldados los asesinó sin piedad. En parte se trataba de hombres de Pierre-Roger de Mirepoix, jefe de la guarnición de Montségur y yerno de Ramón de Perella. Se apresuraron a volver al inexpugnable castillo pentagonal rodeado de las cabañas de los boni homines *cátaros*.

Esta expedición, planeada por el conde de Tolosa mientras perdía su última batalla contra el reino de Francia, centró la atención y la cólera en el nido de águilas encaramado en la montaña de Montségur, blanco de las iras de Roma y París.

Ocho días después, los frailes inquisidores Guillaume Raimundo y el hermano Ferrier excomulgaron al conde de Tolosa, quien, en el mes de enero de 1243, junto con el conde de Foix, volvió a París para rendir homenaje al rey de Francia. Allí mismo firmó el tratado concluso en Lorris. Por última vez, juró librar sus tierras de la plaga de la herejía.

El 15 de abril, en Béziers —allí donde treinta y cuatro años antes había comenzado la sangrienta guerra con una de las matanzas más escalofriantes que la historia recuerda—, se celebró un concilio en el que participaron Raimundo VII de Tolosa, el arzobispo de Narbona Pierre Amiel y el inquisidor fray Ferrier. Pierre Amiel decidió reunir un gran ejército para tomar y destruir el último nido de resistencia: Montségur.

A las afueras del castillo quedaban los últimos predicadores cátaros que habían escapado de las hogueras de la Inquisición, guiados por el anciano obispo Bertrand Martin. En su interior se refugiaban los últimos patriotas occitanos armados bajo el mando de su señor, Ramón de Perella, excomulgado y condenado a muerte. Entre los fuertes muros del pequeño nido de águilas *pentagonal se encontraba toda su familia*.

Unas semanas después del concilio de Béziers, a primeros de marzo de 1243, tropas francesas dirigidas por el senescal de Carcasona, Hugues des Arcis, y el arzobispo de Narbona, Pierre Amiel, comenzaron el asedio de Montségur.

Capítulo X

Consolament cátaro escrito en lengua occitana.

Espoleaba al caballo sin herirlo: el animal parecía intuir que quería llegar a mi destino antes de que cayese la noche. El horizonte se incendiaba de rojo. Galopábamos hacia el ocaso sin alcanzarlo: el sol proseguía huyendo, devorando la luz del firmamento y dejando que las sombras avanzasen rápidamente a su paso. Nos adentramos en un bosque de enormes castaños. El sendero era tortuoso, pero el caballo no se detuvo en su carrera. De pronto, el verde oscuro de la vegetación desapareció e irrumpimos en la llanura de Salisbury. Una inmensa planicie de hierba con una gran colina en el centro.

En la cima del suave promontorio se hallaba el templo circular de Stonehenge. ¡Tuvimos suerte de que las tinieblas no nos hubiesen sorprendido en el bosque! Di unas palmadas de agradecimiento en el cuello sudado del caballo y nos dirigimos a galope hacia el otro extremo de la lujuriante colina. A medida que nos acercábamos a las ruinas de aquella antiquísima civilización, su grandeza me impresionaba aún más. Cuando llegamos, me di cuenta de que su parte visible era tres veces mayor que un hombre: separadas unos dos pasos una de otra, las gigantescas moles de piedra estaban unidas por arriba por enormes losas. Dentro del amplio círculo, cinco construcciones en forma de herradura con peñascos aún más altos. En el centro, más piedras. El templo se hallaba en la leve cima, rodeado por un gran foso que formaba otro círculo mayor.

Bajé del caballo y dejé que el animal descansase y pastase libremente entre la hierba fresca del prado. Comenzaba a desilusionarme cuando del centro del templo surgió un grito ronco y desafinado.

—¡Maestro Juan…! —Un joven bajo, un poco rechoncho, de cabello pelirrojo y rizados, venía a mi encuentro con los brazos extendidos, como si se abriese de par en par—. ¡Maestro Juan de Sacrobosque! Oh Elohim… ¡eres tú! ¡Tú en persona!

—Roger… ¡Roger Bacon! ¡Al fin volvemos a vernos!

Nos abrazamos emocionados. Después, tomándome del brazo, me condujo al centro del templo donde se había instalado. Nos sentamos.

Me ofreció una deliciosa tisana de hierbas y miel tras recalentarla en el fuego que prácticamente acababa de encender. Me miraba con sus ojos verdes y la boca aún abierta.

—Roger, los frailes grises de Oxford me han dicho que te encontraría aquí, aguardando el solsticio. Por eso he venido al galope y… gracias a Dios, he llegado a tiempo. ¿Y bien? ¿Qué me cuentas? ¿La nueva universidad se adapta más a tu mente inquieta? —Y estreché sus brazos, sacudiéndolo ligeramente.

Una expresión de alegría se dibujó en su rostro. Antes de responderme se tocó la punta de la nariz con el índice de su puño cerrado.

—Sí, Juan, Oxford es el centro de investigación más interesante que puede haber hoy en el Occidente cristiano. ¿Y tú? ¿Por fin te has cansado de combatir? Quizá tu venida pueda interpretarse como un adiós a la *mater theologorum*… y tu vuelta definitiva a Oxford.

—No, Roger. He venido para saludar a los viejos amigos, ver cómo se ha transformado tu universidad, respirar el aire de este lado del canal… y cumplir con algunos deberes de padre maturino. Pero después regresaré a París… A la *mater theologorum*, para dar clases sobre números y estrellas.

—«¡Y luchar para que nunca nadie pueda impedir que continúen brillando!». Eso decías, ¿verdad? —concluyó Roger con tono jocoso.

—Sí, Roger. Dime, ¿a qué se debe tu interés por estas piedras?

Por toda respuesta, dirigió la mirada por encima de aquellas moles. Las últimas luces del atardecer iluminaban la gran explanada, cuyos límites ya no alcanzaba con la vista. Al final del extenso valle que nos rodeaba, un borde verdoso de árboles parecía enmarcarla. Soplaba una brisa purísima que apenas mecía las innumerables margaritas y florecitas amarillas que salpicaban el verde inmaculado del prado. Mirlos y una gran cantidad de gorriones y vencejos volaban de un lado a otro y se posaban aquí y allá o se movían raudos en medio del prado, en busca del último bocado del día. Aquel paisaje llenaba alma y mente de lo infinito… Como Montségur.

Los ojos de Roger buscaron los míos.

—Ver esto te ha impresionado, ¿verdad, Juan? No parece tan absurdo hablar de infinito en este templo. Y quizá pueda comprenderse la razón. Hace miles de años, nuestros antepasados cruzaron mares y montañas para traer estos enormes bloques de piedra y colocarlos exactamente en este lugar.

—Cualesquiera que fuesen sus creencias, lo cierto es que sobre esta cima se sentían más cerca de sus dioses. Pero ¿qué sucederá a las primeras luces del alba?

—¡Oh Elohim! Apenas salga el sol por encima de aquellos árboles, se alineará con las dos piedras de ahí delante…, las que colocaron fuera del templo…, ésas del círculo exterior. Las del foso, para entendernos. ¿Ves aquel otro macizo… mucho más allá? Sólo dentro de unas pocas horas, en todo el año, los rayos del sol, por aquella enorme piedra, se proyectarán entre las otras dos, atravesarán esa especie de herradura del centro y llegarán a ésta donde nos encontramos nosotros, y donde probablemente había un altar, hasta llegar, por fin, a aquel peñasco que queda a nuestras espaldas.

Las tinieblas se apresuraban a cubrir el infinito valle. Un inmenso sentimiento de paz inundó mi alma. De vez en cuando una ráfaga húmeda y fresca reavivaba las llamas de la fogata. La bebida caliente me había repuesto por completo. Aunque tenía ganas de espetarle a Roger la pregunta que me había llevado hasta allí, me controlé y procuré mantener la serenidad.

—Se cree que era un templo dedicado al dios del Sol o de la Luz.

—Y quizá, por ser un observatorio para los equinoccios y los solsticios, servía para calcular y predecir eclipses de luna. ¡Oh Elohim! Quién sabe cuál ha sido el camino del hombre —me miró fijamente—. ¿Y bien? ¿No me cuentas nada de París? ¿Qué novedades hay? ¿Aún continuáis viviendo con la duda atroz de si la Tierra es plana o esférica? ¿Y el conde de Tolosa? ¿Se ha sometido definitivamente a la corona de Francia?

—Ah… Por lo que respecta a Occitania, todo ha terminado. Los últimos rebeldes se han enrocado en un castillo de los Pirineos junto a los predicadores cátaros supervivientes. Un poderoso ejército los asedia pero, caído Montségur, la historia de los cátaros y los occitanos habrá concluido. En cuanto al resto, mi querido Roger, ya sabes lo que pienso y, por desgracia, durante estos dos años no ha cambiado nada en absoluto. La teología continúa dominándolo todo y se ha convertido en una reina que oculta el saber de los antiguos y cuida de las mentes jóvenes y valerosas… como la tuya.

—Como la mía, no, Juan. ¡Como la mía, no! En buena parte te lo debo a ti. Pero, dime, ¿por qué no abandonas aquella ciudad de una vez por todas? En París las personas como tú y yo no tenemos futuro. ¡Es absurdo que una mente como la tuya deba perder tiempo y energías en controversias filosóficas! ¡Oh Elohim!, ven a Oxford. Se habla menos, pero se trabaja. Las matemáticas y las artes experimentales nos permitirán abrir las puertas del porvenir. ¡Sólo apuntando al lado útil y práctico del conocimiento podremos atravesar el abismo de barbarie que nos separa de los antiguos griegos!

Temblaba de impaciencia, sólo ansiaba que llegase el momento en

que pudiera hacerle la pregunta por la que había surcado el mar. Respiré hondo y junté las manos en señal de plegaria.

—Lamento que tú y tu maestro, Robert Grosseteste, hayáis abandonado la *mater theologorum*. ¡La calle de Fouarres necesita a gente como vosotros! Roger, allí se encuentra la balanza que pesará las fuerzas en juego. Por una parte, la cultura científica y filosófica de todo Occidente; por otra, la tiranía, la esclavitud, las promesas a medias de un Aristóteles expurgado, la ocultación de la ciencia antigua, el adoctrinamiento fanático, la exaltación del espíritu religioso como droga para ofuscar las mentes, la búsqueda de chivos expiatorios para liberar la agresividad que anida en todos nosotros… Inocencio III y sus sucesores de buen gusto hubieran prescindido de esta balanza, pero, en contra de su voluntad, los infieles han capeado el temporal y han traído, junto con la suya, la cultura griega a nuestro bárbaro mundo. Inocencio III y sus sucesores, ayudados por el rey de Francia, ahora han escogido París y han forjado la balanza: la universidad. Allí se decidirá no sólo el método de estudio o la supervivencia de la escolástica, ¡sino también el nacimiento de la libertad de pensamiento! ¡Y no creas que en Oxford la situación será distinta! ¿No te has dado cuenta? Apenas Robert ha comenzado a interesarse por el mundo en el que vivía alzando la vista de los libros de Euclides y Ptolomeo, ha sido ordenado obispo de Lincoln y debe ocuparse de otras responsabilidades y deberes.

—Así que la mejor manera de acallar a un adversario temible que, tal vez, llegue a ser un peligroso rebelde en el futuro, consiste en reclutarlo en las propias filas, ¿verdad? ¿Siempre piensas así? ¡Oh Elohim! No cabe duda: si, en lugar de la cruz roja y azul de los trinitarios, hubieses vestido el hábito negro de los frailes predicadores, ¡habrías convertido incluso a los feroces tártaros! Has de saber que Robert, a pesar de que hace ya ocho años que es obispo, no ha dejado el estudio ni un momento. No con la misma asiduidad de antes, es cierto, pero ha continuado. Hace pocos días terminó por fin la traducción de la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles. ¿Lo entiendes, Giordano? ¡La primera traducción latina de la *Ética*! Se trata de un acontecimiento que no puede pasarse por alto. Pero… ¿a qué viene esa expresión?

Por desgracia no pude contener un destello de emoción al recordar mi modesta traducción del mismo texto. También sitiado por las tropas de Pierre Amiel. De nada servían mis esfuerzos para mantener alejados de mi ánimo desesperado aquellos pensamientos obsesivos.

—Nada, Roger… Sólo que, últimamente, en París, circulaba la noticia de una reciente traducción hecha por no sé quién…

Roger fijó sus vivaces ojos en los míos. Cansado de permanecer sentado en la misma piedra, se levantó apoyándose en otra mayor, mientras removía con un bastón las brasas que comenzaban a apagarse y reavivó el fuego, ya débil. Continuó con su voz ronca:

—Pero Roberto, el matemático, el físico, el médico y el óptico no olvida el mundo en el que vive. Ha aceptado esa carga, cierto, ¡pero es un obispo riguroso! Aunque la Santa Sede lo haya invitado a que aplacase su intransigencia, él prosigue impertérrito su lucha contra la corrupción del clero. Y puedo asegurarte que es completamente fiel a su obra *De corruptelis Ecclesiae*. Como ves, ¡también se puede combatir desde dentro! —dijo mientras me apuntaba con el bastón.

—Roger, no puedes entender —yo también me dejé llevar y acabé gesticulando—. Has podido estudiar gracias al apoyo de tu rica y noble familia. Y por el momento no te ha costado mucho escoger el camino que más se ajustaba a tus propósitos y capacidades. Si miras con admiración a la orden franciscana lo haces llevado por el deseo innato de ser distinto a los jóvenes de tu estamento antes que por un arrebato místico. Pocos estudiantes están dispuestos a ir mendigando de puerta a puerta, como hacía Arnaldo de Brescia para aprender y difundir el verdadero significado de la palabra *libertad*. Algunos buscan un trabajo, otros hacen de amanuenses, pero los demás consideran menos deshonroso y más cómodo aceptar la protección de un noble y, sobre todo, de la Iglesia. Por eso la palabra *libertad* se ha mistificado y sustituido por las *libertades*, es decir, por los privilegios. No sólo es difícil cambiar una manera de pensar; de hecho, es una locura esperar que pueda inculcarse la idea de que el hombre libre no es sólo el que tiene un poderoso protector, sino el que puede profesar sus propias ideas y vivir de acuerdo con ellas.

—¡Oh Elohim! —me respondió acalorado—. La afirmación de la propia libertad en una sociedad organizada… Ése es el verdadero drama del hombre. Eso es lo que ha intentado decirnos el *sumo filósofo*. ¿Cómo es posible reconciliar ambas cosas? —dijo con los brazos y los ojos bien abiertos.

—Roger… Tenemos el deber de que la balanza se incline del lado justo. Dios nos lo ha ordenado otorgándonos el instrumento para dirigirnos por la vida del Bien: el libre albedrío.

—¿Quieres decir que el hombre posee el germen de la herejía gracias a Dios?

—Si tomamos su etimología más correcta, su verdadera acepción histórica, sí: Dios nos ha dado la posibilidad de escoger.

—En consecuencia, si me considero un verdadero cristiano, debo volver contigo a París ¡e iniciar una especie de guerra santa contra los

teólogos de la universidad! ¡Oh Elohim! ¡No! Quizá lo haga algún día, pero no ahora, por supuesto. ¡Necesito Oxford y su tranquilidad! Ya no me interesa el método de enseñanza y aprendizaje del saber que se sigue en París. Es demasiado abstracto, teórico… rancio. Quiero experimentar, trabajar directamente con las cosas: *sine experientia nihil sufficienter sciri potest*. Ya lo sabes. Y ése es mi proyecto de estudio. Sin el método de las ciencias experimentales, la verdadera ciencia no avanzará. De un tiempo a esta parte me he interesado por la alquimia y estoy haciendo notables progresos. ¿Recuerdas? En París te hablaba de eso…

Mi corazón comenzaba a galopar. ¡Había llegado el momento! ¡Debía aprovechar la ocasión! Asentí con la cabeza. Pero, a la hora de hablar, sentí un nudo en la garganta. Roger pudo proseguir:

—También Oxford se halla en la misma situación. ¡Aún no se tiene en cuenta el trabajo en el laboratorio! Sin embargo, aparte de esto, el ambiente que me rodea es mucho más tolerable que el de París. En poco tiempo he logrado vencer la desconfianza y, quién sabe, tal vez encuentre buenos colaboradores —me apuntó con el bastón; sus ojos refulgían—: ¡si quisieras permanecer a mi lado, Juan, con tu agudeza, con tu talento para los números…! Hay tantas ciencias que me interesan, que no consigo profundizar en ninguna.

—Todavía tienes a tu lado al maestro Robert Grosseteste. Es uno de los pocos que, como tú, promueven las ciencias experimentales. Y además es experto en lengua griega, por lo que creo que, a pesar de las prohibiciones de Roma, conocerá muy bien las obras del estagirita.

—Ten por seguro que posee una visión mucho más amplia que bastantes obispos romanos o parisinos, aunque no cesa de denunciar y condenar a los jóvenes modernos, como nosotros, que, según dice, nos esforzamos, llevados por nuestra ceguera o vanidad, a hacer católico al hereje Aristóteles. Según dice, debemos tener cuidado a la hora de convertirlo al catolicismo ¡pues quizás acabaríamos por caer en la herejía nosotros mismos! —Y alzó el brazo, señalando con el bastón el cielo estrellado.

—¡El gran hombre de ciencia aprisionado en los ropajes del obispo de Lincoln! —Sonreí desaprobando con la cabeza.

—Quizá tenías razón tú, Juan, pero pienso de que está logrando dar con el punto justo para conciliar nuestro laboratorio con su altar.

—«Las formas geométricas de la luz, la divina generatriz de todas las cosas… La luz, el cálamo con el que se ha escrito el libro de la naturaleza»… Robert dice que debemos leerlo con el mismo amor que nos suscitan las Sagradas Escrituras.

Acepté otro vaso de aquella dulcísima tisana y, mientras Roger

echaba dos troncos secos al fuego que se apagaba, miré al cielo. Las tinieblas habían tejido un manto infinito de seda muy oscura sobre el que resaltaba aún más la luz de las estrellas. Mi pensamiento voló sobre el prado frente a una montaña con un castillo pentagonal donde, catorce años antes, en una noche estrellada como aquella, mientras esperaba a que las primeras luces del solsticio de verano atravesasen dos troneras de piedra y besaran los ojos de un ángel rubio y ciego que estaba a mi lado… Cuando bajé los ojos, me di cuenta de que Roger me observaba con expresión acalorada.

—Juan, es cierto que procedo de una familia noble. Pero mi afecto es por el mundo de las gentes humildes. No en vano admiro a Francisco y no a los papas ricos y poderosos. Pero no comparto ni el fervor ni el hastío que alberga tu corazón por la Santa Sede. Desearía encontrar una posición justa, de intermediario entre la ciencia y el mundo cristiano, para dedicarme a mejorar la vida en este mundo. ¡Oh Elohim! Sí que creo, Juan. Creo en un mundo mejor, guiado por la palabra de Cristo. Un mundo unido por la paz universal. Todos los filósofos y hombres de ciencia tienen que colaborar entre ellos y difundir amor y sabiduría por todo el mundo, maestros para que la humanidad camine hacia la verdad, hacia la luz, ¡hacia el bien absoluto! —Abrió los brazos, como si pudiese acoger la inmensa oscuridad de la llanura.

—Tampoco tú consideras al hombre como individuo, sino como parte de una comunidad, una comunidad que, por sus sabios y filósofos, se dirija hacia la verdad. Cuando la luz haya inundado la mente de los pueblos, éstos se dejarán guiar por ella. ¿No es así, Roger?

—Sí, Juan. Y esa verdad que subyace en la ciencia y el amor cristianos sólo pueden mostrarla los frailes grises de Francisco, la única fuerza en la que pueden converger sabiduría y humildad, estudio y amor. Es la única congregación que puede lograr el encuentro del hombre con Dios —su rostro y sus ojos irradiaban amor, amor hacia sus pensamientos.

—Roger, amigo mío… Tus proyectos no son más que sueños. Además, al hablar del mundo sólo piensas en la cristiandad. ¿Qué hacemos con los demás? ¿Una hoguera universal para quemar a todas las criaturas que no se persignan?

—¡Oh Elohim! ¡Por supuesto que no! No, Juan, basta de odio, de cruzadas y de hogueras. Amor, hay que difundir la palabra de Cristo con amor. Hay que crear un vasto mundo de luz cristiana sólo con amor.

—Pero si es amor lo que empuja tu mente, tu ánimo… Con amor

habrás de aceptar que los sarracenos, aun habiendo leído las Santas Escrituras y la vida de Cristo, prefieran a Mahoma y su Corán.

—No, no acepto la derrota. Movido siempre por el amor, doblo mis esfuerzos y mi predicación —y se manoseaba el pelo despeinado.

—Pero si al final no logras infundir la fe de Cristo a los paganos, a los infieles… ni consigues convertir a herejes ni a cismáticos… ¿qué harás? ¿Los quemarás vivos? ¡Respóndeme, Roger! —me desgañitaba indicándole el camino que no debía seguir.

—¡Oh Elohim! Jamás de los jamases quitaré la vida a un hombre y menos si combate por sus ideas. Pero nada me detendrá, salvo la muerte, en mi tarea por que conozca mi verdad… En el fondo, gentiles, herejes y cristianos tenemos en común un tesoro de sabiduría y conocimiento.

—¡Tan sólo hemos de encontrarnos! Hablando, conociéndonos a fondo, intercambiando experiencias, inventos, descubrimientos, cultura… Quizás encontremos un camino que podamos recorrer juntos. Tal vez esto sea lo que Dios espera de nosotros —mi voz apesadumbrada le insinuaba por dónde debía ir.

Roger apoyó la mano sobre mi brazo y me miró con afecto.

—Juan, tienes razón. Ésta es una época de horrores. Sin embargo, hay gente como nosotros. Y cada vez somos más. Quizá podamos cultivar en nuestros corazones la esperanza en un futuro mejor.

Su voz ronca y desafinada sonó dulcísima a mi corazón, pero mi mente se mostraba cauta.

—No creo que puedas anhelar un nuevo amanecer. No concibes un derecho humano independiente del divino. Rechazas de plano la mera idea de un ordenamiento jurídico civil que sea completamente autónomo. En el seno del Estado han de convivir hombres distintos.

—¡No es cierto!

—Claro que sí, Roger, por supuesto. Pueden ser de distintas razas, de colores distintos… ¡Pero todos cristianos! ¡Todos sometidos a una autoridad cristiana! ¡Todos gobernados por el obispo de Roma! ¡El mundo guiado por el papa! ¿Acaso te falta el valor necesario para admitir que se trata de tu gran sueño?

—Se trata de la única manera de que este mundo condenado pueda recuperar la unidad, el amor y la esperanza. Para mí no puede existir un estado laico gobernado por un soberano sin fe.

—Pero, Roger… Mi pensamiento va mucho más lejos. ¡Ni siquiera pienso en un soberano! Pienso en un pueblo culto, un pueblo que conozca la verdad, un pueblo que sepa elegir a sus representantes, un pueblo que sepa vivir sin caudillos.

—¡Oh Elohim! ¡Pero eso es absurdo; tan sólo una cháchara

delirante!

—*Summe Iupiter!* Pero ¿cómo puedes pensar en un mundo como el que sueñas o imaginas… puesto en manos de un papa? Cierto, de vez en cuando toma las riendas de la cristiandad alguien como Gerberto de Aurillac, pero…

Los ojos de Roger se inflamaron aún más al interrumpirme.

—¡Eso es, Juan! ¡Tú mismo has mencionado mi ideal! Como puedes ver, no soy un soñador alucinado. Si Silvestre II hubiese vivido más, habría puesto en práctica todo eso por lo que vivo y estudio: la cultura y el saber al servicio del pueblo cristiano —se rascó nervioso la punta de la nariz con dos dedos.

—¡Pero fue envenenado! —Tomé aliento sin dejar de mirarlo—. Roger, ¡Inocencio III ha luchado contra vuestra *Charta libertatum*! Ha luchado a muerte para ayudar a vuestro rey sanguinario, Juan Sin Tierra… ¡Para no concederos esa carta! En Agnani están eligiendo al cardenal Sinibaldo Fieschi, cuyas ideas sobre la Iglesia son aún más tiránicas que las de Inocencio III y cuyo caballo de batalla es la adopción, de forma oficial, de la tortura en la Inquisición. ¿Cómo puedes estar tan ciego?

Mis últimas palabras debieron de tocarlo porque bajó los ojos. Con el bastón dio un poco de vida a las brasas y luego se sentó de nuevo sobre la piedra baja. Volví a mirar al cielo estrellado y mi alma se refugió en la dulzura del recuerdo, en aquel *nido de águilas*. Permanecimos así, en silencio, durante largo tiempo. No quería interrumpir las cuitas que agitaban a mi amigo y discípulo. Una ráfaga de viento más fresco debió de devolverlo al presente, porque de pronto oí su voz ronca y desafinada.

—¡Y, sin embargo, hay tantas maneras de contribuir al progreso humano…! No es posible que el estudio y el conocimiento deban estar forzosamente unidos a la lucha. Fíjate en Jordanus de Nemore. Nadie sabe nada de su vida. Ni siquiera cómo es su rostro. Pero de vez en cuando aparece alguna obra suya… Ya conoces su valor. Ahí tienes otro misterio de nuestro tiempo… y otra prueba de cómo se puede contribuir al progreso de la humanidad sólo con el estudio y la investigación.

Si me hubiese mirado a los ojos mientras me hablaba, se habría dado cuenta de mi sorpresa y de mi miedo. Por suerte tenía la vista fija en las llamas. Achaqué al viento, que en aquel momento soplaba con más fuerza, mi estremecimiento e intenté disimularlo dando palmas con las manos.

—Pero también ese misterioso Jordanus necesita a gente como nosotros para que lleve adelante sus obras a la universidad y las

divulgue entre los estudiantes y los haga partícipes del saber común.

—Pero ¿quién podrá ser, Juan? ¿Dónde vivirá? ¿Por qué oculta su cara?

—En París, en una taberna, oí hablar de él. Decían que era un hereje, alguien que poseía muchos de los secretos de la Iglesia. Por eso se mantiene en las sombras. Decían que la Santa Sede lo busca desde hace años y que su historia y su destino estaban ligados al papa Inocencio III. Al parecer, el confesor y consejero de aquel papa sanguinario, el cardenal diácono Raniero Capocci de Santa María en Cosmedin, que siempre ha sido uno de los hombres más poderosos de la Santa Sede, intenta darle caza desde hace muchos años… mientras Jordanus continúa estudiando en la sombra. De vez en cuando, en una vieja tienda de Oxford, París o Montpellier aparece alguna obra suya sobre mecánica o matemática —hacía un esfuerzo sobrehumano para contener mi emoción y afinar mi voz desentonada.

Noté que la mirada de Roger me buscaba; por prudencia, yo no apartaba la vista de las brasas.

—Juan, mi mente aún está ávida de saber. Debo apoderarme de todos los frutos divinos hasta ahora ignorados; arar y excavar todos los campos del conocimiento; idear y construir máquinas volantes, máquinas que puedan correr por tierra y deslizarse por el agua, impelidas por un corazón mecánico; convertir la medicina en una ciencia exacta con la ayuda de la alquimia para que realmente sea posible curar y sanar las enfermedades del hombre. He de penetrar en la naturaleza de muchos secretos. ¡Hallar el medio de observar las estrellas! Quiero convertir la ciencia y el saber en el arma más prestigiosa de la causa cristiana, ¡quiero reunir bajo la humilde bandera del amor de Cristo la sabiduría de los antiguos, la nuestra y la de los gentiles! Y quiero que todo ese conocimiento esté al servicio de todas las gentes del mundo para liberar al hombre de las fatigas causadas por el duro trabajo y el dolor ocasionado por las enfermedades. ¡Oh Elohim! ¡También debo darme prisa, pues el Anticristo está cerca! Éste es mi programa, maestro y amigo mío. Por eso deseo pasar los próximos años con la cabeza metida en las bibliotecas y los laboratorios.

Nuestras vidas y nuestras experiencias nos habían destinado a dos mundos muy diferentes. Sin embargo, sentía que era importante intentarlo todo para que una gran mente como la suya estuviese de mi parte, sin perder tiempo, tal como hizo Guilhabert conmigo.

—Roger, me dirijo a tu inteligencia, no a tu corazón, que es puro. Aristóteles dice: «En comparación con la naturaleza del hombre, el intelecto es algo divino, y también la vida conforme a éste será divina

en comparación a la naturaleza humana. Por ello, no es preciso seguir a quienes aconsejan que, por ser hombres, hay que dedicarse a los asuntos humanos y que, por ser mortales, a las cosas perecederas, pues, en la medida de lo posible, es preciso hacerse inmortal». Tú, amigo mío, puedes hacer mucho por la humanidad. A tu gran mente unes una poderosa imaginación. Tal vez, cuando era joven, osé fantasear, también yo, con máquinas volantes, algo que siempre he callado por temor a la burla. En cambio, tú hablas de ellas como de algo concreto, posible, lo cual quiere decir que tu mente es valerosa y que posees lo necesario para convertirte en uno de esos hombres que, por sí mismos, pueden dar un vuelco a la historia —extendí las manos hacia él—. Pero quieres confiar todo tu saber, el fruto de tus estudios e investigaciones, a la Iglesia de Roma, la última esperanza del Mal, la que está siempre al lado de los poderosos y siempre contra el pueblo, inmersa en la corrupción y el pecado, y dispuesta a sofocar cualquier chispa de libertad que alumbre al mundo —aparté los dedos temblorosos de mis labios, que me ardían de tanto hablar.

Sus ojos lanzaban llamas a causa del tormento y la lucha que mis palabras habían ocasionado en su ánimo.

—¡Oh Elohim! Y los únicos que pueden detenerla somos nosotros… ¿no es así, Juan? Y sólo los grandes inventos podrían evitar que ese cenagal se desborde. ¡Sólo ellos pueden difundir rápidamente el saber entre los hombres! —gritaba desesperado, con una furia que lo destrozaba por dentro.

—Sí, Roger. Sólo nosotros podemos encauzar y detener el curso de este río desbordado —y sostenía con firmeza su mirada furiosa.

—¡Pero si tan sólo deseas oponerte a una doctrina! Quieres sumir al mundo en el caos en nombre de esa libertad que solamente es locura. ¡Oh Elohim! La libertad debe ser conquistada, administrada, educada… —Su vozarrón comenzaba a desafinar cada vez más.

—Tú no hablas de libertad. Es otra cosa, algo que te han inculcado tus nobles padres en Ilchester. Se trata de algo muy distinto a lo que aspiran los leprosos acosados como asesinos y los cátaros quemados vivos porque osan leer el Evangelio y amar a Cristo. Quieres encauzar la lealtad, el saber, el amor, la libertad. Quieres ponerles diques y piensas que el curso debe decidirlo el obispo de Roma. ¡Dios mío, Roger, no hablamos la misma lengua! ¡Y tampoco nos referimos a lo mismo! La libertad de la que hablo es un río desbordado que siembra chispas de luz, que discurre junto con el viento de la noche. Es una inundación que pule, un vórtice que no respeta a nadie, ni a ricos, ni a poderosos, ni a corruptos… y si deja brotar vástagos, lo hace para todos del mismo modo. Es un río desbordado cuyas aguas no se

contaminan ni siquiera con la sangre, pues siempre se mantendrán puras, límpidas, porque están formadas por pequeñas partículas de luz, centellas que proceden directamente del valle del sol, adonde volveremos todos, junto al reino de Dios.

—Juan, ese río del que hablas se llama revolución.

—Sí, Roger, revolución. Y quizá nosotros podamos favorecerla.

—A que brote… ¡quieres decir!

—Quizá. Pero también podemos evitarla.

—Haciéndola para el pueblo, ¿verdad?

—Más o menos, amigo mío. Un Roger Bacon, por sí solo, puede lograr aquello que pueblos enteros soñarían.

—¡Oh Elohim! Lo tuyo es un delirante desvarío…

—No, Roger. Los tártaros ya se encuentran a las puertas de Venecia. Si se lo proponen, conquistarán toda Europa en poco tiempo. Los reyes y los príncipes están divididos y nunca conseguirán rechazarlos —volvía a latirme el corazón con fuerza. Había llegado el gran momento. Intenté frenar la emoción que sacudía mi ánimo.

—¿Y bien? ¿Y cómo podría detenerlos? —me respondió con hilaridad, torciendo el gesto y entreabriendo los brazos.

—Supongamos que en estos dos años tú hayas descubierto el procedimiento exacto para obtener aquellos polvos de los que me hablaste, ¿recuerdas? Ese polvo negro que podría utilizarse con las armas y que revolucionaría la manera de hacer las guerras.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedes acordarte de eso? Apenas te lo mencioné y fue hace mucho tiempo…

—Sí, eso. Aquel compuesto, por sí solo, podría expulsar a los tártaros hacia el oscuro mundo que hay a levante —temblaba. Esclarmunda, Montségur…

—¡Oh Elohim! *Tunc bene navigavi, cum naufragium feci!* Pero, Juan, ese polvo no existe aún… Aún no he conseguido descubrir su secreto.

Sentí un nudo en la garganta. El llanto afloró a mis ojos. Oculté mi rostro entre el humo que escapaba del fuego, produciendo una excusa para mis lágrimas. Le rogué a Roger que me diese un poco más de aquella tisana. Apenas recalentada, la bebí mientras hacía un esfuerzo por calmarme.

—Juan, Juan. ¿Qué haces? ¿Lloras? ¿Qué te pasa? ¿Tanto te ha ofendido nuestra discusión?

—No, Roger. Es el humo, que se me ha metido en los ojos. Pero dime: ¿realmente has intentado obtener ese mágico compuesto?

—Muchas veces, pero he desistido. Se trataba sólo de un trabajo empírico, sin un método científico. Su descubrimiento habría sido más un acto de magia. El día en que haya aprendido a clasificar, componer

y estudiar a fondo las propiedades de cada elemento, volveré al asunto del polvo negro.

Continuaba observándome. Intenté rehuir su mirada.

—Si un día lo logras, te ruego que reflexiones a fondo sobre las implicaciones de tu descubrimiento y piénsalo mil veces antes de contárselo a alguien. Esos polvos podrían ser de gran ayuda para el trabajo y el progreso del hombre, liberarían a muchas criaturas de la opresión y la tiranía, pero…

—Pero podría utilizarse en su contra, para oprimir a los pueblos libres. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, Roger, la misión de los hombres de ciencia es ardua e incluso peligrosa. Que Dios ilumine tu camino.

Empezó a soplar con fuerza el aire fresco, aunque no consiguió enfriar mi rostro, a buen seguro muy conmocionado. Roger continuaba observándome. Sostuve su mirada mientras se atusaba sus cabellos desordenados.

—La noche es larga, Roger, y las sombras comienzan a cubrir tu rostro. Duerme, reposa ahora; yo velaré. Estate tranquilo: en cuanto despunte el alba te despertaré. No te perderás el solsticio —me froté los ojos con la absurda pretensión de borrar las huellas húmedas de mi emoción.

Roger se echó sobre la hierba y se cubrió con una capa. Tomé otro madero, lo eché al fuego y reavivé la llama con unos matojos. Saqué de la bolsa el *Exordium cisterciensis coenobii* y comencé a leerlo. Busqué un rastro, un indicio, algo sobre alguna biblioteca oculta y secreta. Quizá la abadía de Cîteaux era como el castillo de Nemi… Al fin y al cabo, sólo vi la biblioteca principal.

Antes de sumergirme en la lectura, eché una ojeada al espléndido manto de estrellas. Esclarmunda, ángel mío, perdóname. He hecho todo lo posible por ayudar a tu gente.

Las tinieblas nocturnas comenzaban a disolverse cuando levanté la vista de las últimas páginas del libro. Intenté distraerme de mi perenne desazón mirando la inmensa llanura en la que poco a poco comenzaban a distinguirse formas y colores. ¡Nada! Ni una huella de una pequeña biblioteca ni del lugar donde la negra alma de Arnauld Amaury podía haber ocultado los libros con las comedias de Plauto y las epístolas de Teofilato.

—¿A qué viene ese aire tan triste, amigo mío?

La voz ronca de Roger me sorprendió. Me volví hacia él. Me miraba con una expresión dulce, como si quisiera compartir mis

preocupaciones.

—¡Bienvenido del mundo de los sueños! ¿Triste yo? No, sólo un poco decepcionado. La única debilidad que me permito es la de los libros: en París reuní una buena colección. También textos paganos, aparentemente frívolos, en especial, de Plauto. Estoy buscando uno muy preciado, que debe de contener alguna comedia hasta ahora desconocida. He seguido su rastro desde 1207, año en el que llegué a Francia. Me parece que un alto prelado romano lo regaló a los fieles cistercienses y todo me hacía pensar que se hallaría en la biblioteca de la sede de la orden.

—¿En Cîteaux, quieres decir? —me interrumpió Roger, muy interesado por mi historia.

—Precisamente en Cistercium. Era lo más lógico. Al fin y al cabo, era el mayor centro de la literatura monástica. Pero nada…

—Bravo por mi maestro Juan de Sacrobosque: matemático, astrónomo, heresiarca, medio fraile rojo… ¡y amante, por no decir coleccionista, de libros antiguos! ¡Lo que estoy aprendiendo en esta noche de estrellas! —dijo mientras se frotaba los ojos legañosos.

—Mira que la luz del firmamento ya se ha desvanecido. Si no te levantas, te perderás los primeros rayos del solsticio por el que te muestras tan interesado.

Pareció despertarse del todo y, mientras se levantaba, echó un vistazo al libro que aún tenía en la mano, abriendo los ojos con expresión de curiosidad.

—¿Te interesa, Roger? Es una historia de la orden cisterciense que fue escrita por el tercer abad de Cîteaux, san Esteban… Vuestro Harding, para entendernos. Fue él quien compuso los estatutos de la orden y fundó, además del monasterio de Clairvaux, otros tres conventos.

—¿Has podido visitarlos? Quizás ese texto se encuentre en una abadía menor.

—En los largos viajes que he emprendido para hacerme digno del hábito que llevo, lo he inspeccionado todo, pero sin ningún resultado —y desaprobaba con la cabeza.

—Aunque me lo hubieras contado en París, difícilmente podría haberte ayudado, porque las abadías cistercienses no son lo mio, Juan —su tono de voz se hizo más serio; por su mirada, pensé que se proponía leer en mi ánimo.

—Dime, Roger.

—Antes de dormirme, cuando hablabas de Juan Sin Tierra, dijiste: «*vuestro* rey sanguinario». ¿Qué quieres decir con *vuestro*? ¿Acaso no naciste en Yorkshire?

—Amigo mio, llevo tantos años viviendo en París, que me siento extranjero en esta tierra —y aparté la mirada de él.

—Pero hace un momento has vuelto a repetirlo: has dicho «*vuestro* Harding».

—Como antes —mi voz sonaba completamente desafinada.

—Ayer citaste un pasaje de la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles que sólo Robert Grosseteste ha traducido hasta la fecha. ¿Cómo puede ser que lo conozcas?

No quise responderle. Mi deseo de contárselo todo era cada vez más fuerte, pero continué callado mientras sostenía la mirada inquisitiva de Roger.

—Juan, ¿por qué apenas sé nada de tu juventud? ¿Quién es Jordanus Nemorarius? ¡Oh Elohim! ¡Tú lo sabes! Tú lo conoces. Lo leo en tus ojos. De nada sirve que me mientas.

—Sí, Roger.

—Ahora se encuentra preso junto con otros amigos suyos en un castillo occitano, ¿verdad? Una fortaleza sitiada por un poderoso ejército y que representa el último baluarte de la libertad. Y tu misión aquí consistía en buscar esa pólvora negra que habría podido cambiar la suerte del asedio. ¿No es eso, amigo mio? —Me sujetaba los brazos con sus fuertes manos, impidiéndome que le diese la espalda y escapase de la verdad. Sin dejar de retenerme, se arrodilló a mis pies.

—¡Pero no puedo contártelo todo! —le grité—. ¡Pondría tu vida en peligro! Todo ha terminado para esa gente. Giordano Nemorario no escribirá más libros de ciencia. ¡Los cátaros desaparecerán de la historia! La lengua de oc dejará de hablarse. Sin embargo, debes proseguir. No quiero involucrarte —aullé. El llanto me sofocaba y no hice nada por retenerlo: dejé que aflorase silenciosamente y lavase mi congoja, la amargura de mis continuas derrotas. A través de aquel velo húmedo, vi la emoción en el rostro de mi amigo. Su rostro desapareció.

Un fulgor escarlata penetró por mis pupilas e invadió todo mi ánimo. Sentí cómo las manos de Roger soltaban mis brazos y oí su voz excitada.

—¡Oh poderoso Elohim! Aquí estamos: a punto de acabar laúdes, aparece el sol, ya se alza sobre los árboles… Las enormes piedras… Mira, su luz discurre entre las piedras del Estragos y de la Masacre.

Su voz desafinada se diluyó en el aire que acariciaba la hierba. La luz se estrelló en mis lágrimas y se dispersó en una miríada de minúsculas llamas. Corrió por mi mente, rauda, haciéndose con mis recuerdos, volando a través de caminos infinitamente pequeños, devolviendo la vida a emociones, aclarando mi pasado, haciendo que

sus haces de luz vibrasen en rincones oscurecidos por las tinieblas con el paso del tiempo.

De las troneras de la torre del castillo de Montségur brotó un rayo de luz que inundó mi rostro. Esclarmunda abría los ojos. Los rayos rojizos calentaban sus pupilas sin vida y se confundían con el azul transparente del iris. Sin embargo, aquellas pupilas sin luz guiaban a los rayos que circulaban por entre las piedras de Stonehenge, por el ara de la Masacre, los ayudaban a hurgar en mi mente. Su fuerza volaba de Montségur hasta Stonehenge, del pentágono al círculo, del castillo al templo, del nido de águilas al valle infinito.

Sentí la fuerza de aquellas pupilas que excavaban en el laberinto luminoso de mi mente. Después, en los recovecos de mi memoria, comenzó a materializarse otro castillo, una torre sarracena que descollaba sobre el lago de Nemi, una voz potente y cavernosa, un hombre alto, robusto, pelirrojo, una cicatriz en forma de cruz a la izquierda de la boca; ante él, un hombre que se acerca un gajo de naranja a unos labios rojos y finos, pequeño de estatura, voz sonora, aguda, manos blancas, muy cuidadas, de fracciones finas, nariz afilada, ojos claros y fríos.

Permanecía inmóvil, como la estatua de un santo, en aquella hornacina del segundo piso de la torre sarracena. Están abriendo el armario.

Inocencio III toma tres libros, habla. Su voz me llega con nitidez.

—Mira, Arnauld. Aquí se encuentra destilada toda la ciencia profana, todo el saber que puede poner en peligro el futuro de nuestro reino.

—¿Es posible que sean tan importantes, Lotario? —Truena la voz cavernosa.

Y la otra, aguda, le responde:

—Tus cátaros no valen nada en comparación. Aquí hay tanto de aquel saber, que podría cambiar el curso de la historia. Te los entrego para que los dejes en manos del hermano Elias.

—De acuerdo, aunque no siento mucha simpatía por él —la voz cavernosa tardó en materializarse en mi mente.

La fuerza que atravesaba mis pupilas y se apoderaba de mi mente comenzó a menguar. Desapareció dulcemente y se dejó caer sobre el dédalo de callejuelas que había iluminado.

El círculo de fuego resplandecía, su río de luz cubría mi rostro, el antiguo altar y el peñasco situado detrás de nosotros.

En Stonehenge había comenzado el 21 de junio. El solsticio del verano de 1243.

—¡Oh Elohim! Un alineamiento perfecto, ¡perfecto! ¡Qué maravilla, Juan! ¡Es espléndido! Mira el cielo: parece de oro, seda dorada que envuelve el astro de la luz y de la vida.

Los ojos, el ánimo de Roger estaban inmersos en la luz. Cuando el sol se alzó por encima de la herradura y se disponía a ascender lentamente por el cielo borrando a su paso las sombras del templo de piedra, palmeé a mi amigo en los hombros.

—Ayúdame, Roger, ¡te lo ruego! Olvida lo que te dije antes. Piensa sólo en estas palabras: libros de autores paganos, en lengua griega o latina, textos raros y valiosos, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Un monasterio, una abadía… en Francia, a cargo de monjes cuidadosos y, sobre todo, muy celosos a la hora de custodiar libros de valor. ¿Vale?

—Continúa…

—Año de 1207, exactamente el verano. El bibliotecario o el abad de esa abadía o convento es una persona que cuenta con la confianza del papa Inocencio III, pero no cae demasiado bien al general de la orden cisterciense de Cîteaux.

—Juan…

—*Di inmortales*… ¡No me interrumpas! ¡Guarda silencio! El nombre del bibliotecario, o abad, es Elias. Roger, ayúdame. ¿De qué lugar puede tratarse? ¿Dónde está esa maldita biblioteca? ¿Qué convento es ése? —Estaba trastornado; ansiaba la verdad por encima de todo.

—¡Poderoso Elohim! Fray Elias fue abad desde 1196 hasta 1212 en la importante abadía benedictina de Santa Coloma, en Sens, cerca de París. Ha contado con el privilegio de todos los papas de este siglo. Fray Elias fue un gran coleccionista de libros raros y, siendo un abad negro, no podía caer simpático a un abad blanco —abrió los brazos, su rostro parecía fresco; se sorprendió por mis lágrimas de alegría—. Juan, amigo mío, ¿qué pasa? ¿Tan importante es ese libro para ti? ¡Oh Elohim! Me alegro de haber sido yo quien te procurase estos momentos de felicidad. Pero ¿cómo no lo has pensado antes? ¿Acaso te parecía posible que un papa como Inocencio III entregaría en custodia libros de gran valor a los cistercienses, a gente que sólo piensa en criar ovejas? Al principio, cuando me hablaste de Cîteaux, quería comentártelo, pero se me olvidó. Sí, de verdad. Cistercium y su biblioteca son importantes, pero el saber universal sólo lo hallarás en Sens o en Montecassino. ¿Cómo no has pensado en ello? —Y movía aquella cabeza suya gloriosamente despeinada.

—Roger, amigo mío… Siempre he sabido que eres un genio. ¡Y hoy me lo has demostrado! ¡Por Dios, te lo agradezco! Mira, estaba

equivocado desde el principio porque siempre he pensado en una biblioteca cisterciense. No recordaba el nombre del hermano Elias ni había reparado en que no se llevaba muy bien con el general de la orden. Jamás lo habría conseguido sin ti. ¡Jamás! —Y lo abracé.

—¿Quieres darme a entender que tú, sólo ahora, justo en estos momentos, has revivido esos recuerdos? ¿Qué ocurrió en 1207, Juan? ¿No quieres decírmelo?

—No, Roger —me aparté—. No sólo pondría en peligro tu vida; también lo estaría tu obra. Sólo Jordanus de Nemore podría contártelo, pero está preso en un castillo de forma pentagonal. Ahora debo irme, amigo mío, debo apresurarme para cumplir mi misión. Después rezaré a Dios y me internaré en su valle.

Nos abrazamos con afecto, emocionados.

—¿Volveré a verte, Juan?

—Si Dios quiere… Quizá más allá de esta barrera verde. A lo largo de la *Vía del Sol* —y nuestra mirada se perdió en la estela de luz púrpura que llenaba de vida y vegetación la extensa llanura de Salisbury.

—Roger, si logro cumplir mi misión y tú, un día, volvieras a París, pasa por mi convento y pregunta si te han dejado una carta.

—Así será. Dalo por hecho.

Salté sobre el caballo, que ya se agitaba conmigo.

—Juan, satisface, ahora, mi curiosidad. ¿Qué significa y de dónde procede la palabra *Nemore*?

—Se refiere al bosque nemorense, cercano a Roma, consagrado a la diosa Diana.

—No me equivocaría en llamar al lago, en lugar de lago nemorense, lago del *bosque sacro*, ¿verdad?

—No, no te equivocarías. Adiós, Roger, que Dios ilumine el camino de tu vida.

Y cuando ya partía, Roger me gritó otra pregunta más:

—¡Oh Elohim! Y tampoco me equivocaría si lo llamara Sacrobosque, ¿a que no?

Me detuve para contemplar aquella insolente cara traviesa.

—No, amigo mío, tampoco te equivocarás. Al menos, en su significado etimológico, claro.

—En su génesis etimológico… ¡por supuesto! Bueno, adiós. Oye, ¿sabes qué se me estaba ocurriendo?

—No, *Summe luppiter!* —aullé alegre.

—Pensaba en Lucifer… En el día en que, aposta o por casualidad, te encuentre. ¿Sabes lo que me hace reír y temblar al mismo tiempo? No por ti, se entiende, sino por él. ¡Temo que huya aterrorizado y con

el rabo entre las piernas! —Y estalló en una sonora carcajada.

Yo también me alegraba. Y la imagen evocada por su imaginación también me provocó risa. Espoleé al caballo y, mientras los músculos de aquel espléndido animal se preparaban para estallar en una alocada carrera contra el viento, me volví por última vez para despedirme del hombre de la despeinada cabellera roja y los ojos risueños.

Mientras, la luz inundaba de vida la enorme explanada que rodeaba el antiguo templo del sol.

Capítulo XI

La quema de los discípulos de Amaury de Béne, miniatura (1210).

El sol ardiente no consiguió minar la carrera frenética de mi caballo. Estábamos a 22 de julio de 1243 y volvía a París con el corazón henchido de alegría y esperanza.

En la saca llevaba un libro de epístolas de un desconocido autor bizantino del siglo VII, Teofilato Simocata. Al final del texto, había algunas páginas que no hablaban de moral ni de amor, sino de astronomía, de una revolucionaria teoría sobre los movimientos planetarios. Llevaba, además, un ejemplar de las comedias de Plauto en cuya parte final habían intercalado varias hojas en griego con la descripción del papel, un invento ya superado, y del sistema de numeración indio, así como una tabla de tangentes y senos, y, sobre todo, la genial y revolucionaria idea de los caracteres móviles.

Acaricié la hebilla de bronce del cinturón que había llevado durante toda mi vida. Pensaba en Aser y su horrible muerte. Todo ocurrió el 22 de julio del año 663. ¡Después de seis largos siglos, las *llaves del saber* volvían a ser libres!

Tal como me había dicho mi discípulo y amigo Roger Bacon, los libros estaban custodiados en la abadía benedictina de Santa Coloma, en Sens. No me había costado mucho entrar en la biblioteca. Más complicado fue, en cambio, acceder a la otra, mucho más pequeña, donde se hallaban los textos más valiosos. ¡Pobre fray Rodolfo! Cuando ya no pude hacer frente a sus sospechas ni a sus preguntas, tuve que estamparle en la calva aquel pesado jarrón de terracota… y huir precipitadamente. No pude buscar el otro libro de Plauto, pero todo fue tan improvisado, que nadie intentó cortarme el paso.

Ahora corría bajo aquella luz candente. Quería llegar a París por la noche y llevar a cabo mi plan.

Llegué al convento de los padres maturinos ya de madrugada. Me había atado a la cintura la pequeña saca con los dos valiosos manuscritos, escondiéndola bajo mi hábito. Desde la universidad, en lugar de tomar la calle de san Jaime, preferí adentrarme entre los árboles de la placeta, girar alrededor de las Termas romanas y pararme en el cruce entre la calle del Arpa y el callejón de las Termas.

Observaba de lejos el convento y la iglesia. Todo estaba envuelto en el silencio más absoluto, pero no llamé al portón principal. Por un momento, pensé en entrar a través del estrecho pasadizo subterráneo que lo unía con el jardín que quedaba delante de las Termas. Pero tenía buenas razones para moverme con tanta cautela. Mi desconfianza y aprensión me decían que podría escapar de cualquier lugar, salvo de allá abajo. Me dirigí hacia el edificio donde se alojaban los estudiantes de la universidad. Con la ayuda de un árbol, trepé hasta la primera ventana, forcé el cierre y salté dentro. Me hallaba en la sala de juntas y de estudio. A oscuras, busqué el gran arcón apoyado en la pared, levanté la tapa lentamente y, a pesar del débil chirrido de las bisagras, conseguí abrirla. Escondí los manuscritos bajo un montón de libros polvorientos. Volví a cerrarla, me deslicé por el corredor y me dirigí hacia mi celda. Sin embargo, a los pocos pasos me detuve. Del claustro llegaba una claridad poco habitual. Apenas me moví, esforzándome por ver mejor. Me arrodillé junto al ventanal y eché un vistazo. El centelleo provenía de una antorcha.

A aquellas horas era muy sospechoso. Opté por volver sobre mis pasos hasta distinguir, a tientas, la celda de fray Tomás. Abrí y cerré la puerta. El anciano daba unos ronquidos tremendos… e intentó librarse, espantado, de mi mano, con la que le tapé la boca. Le susurré al oído:

—Fray Tomás…, fray Tomás… No temáis nada. Soy yo… Juan… Juan de Sacrobosque… He vuelto.

El miedo pareció aplacarse, pero su voz, baja y ansiosa, buscó mis oídos.

—No habéis llamado, ¿verdad? ¡Y no habréis entrado en vuestra celda! ¡Gracias a Dios! Hermano Juan, ¿qué ha ocurrido? Al poco de vuestra partida hacia Oxford nos visitó el arzobispo de Narbona.

—¿Pierre Amiel, queréis decir?

—El mismo, que Dios os asista. Es un hombre sin misericordia. Vino acompañado de un número considerable de inquisidores dominicos, entre los que se hallaba fray Ferrier, el más feroz de todos.

—Pero, ahora, ¿hay alguno de ellos en el convento?

—Cinco: uno duerme en vuestra celda; otro no abandona nunca el claustro; un tercero está apostado en la entrada principal; el cuarto, a la puerta de la iglesia y el último, abajo, en el subterráneo. Hace casi un mes que están aquí —jadeaba, muerto de miedo.

—¿Pierre Amiel y fray Ferrier se han ido?

—Tan sólo se quedaron dos días, pero nos han hecho muchas preguntas, a los frailes y a los estudiantes. También han indagado en la universidad y han revisado vuestra celda, vuestros libros… Incluso

han hablado conmigo, hermano Juan —su voz sonaba ahogada y su respiración, cada vez más afanosa.

—¿Y qué han preguntado?

—Por qué razón últimamente habíais estado con los hermanos trinitarios de Mirepoix. Y, después, quisieron saber por qué, hace ya tantos años, habíais dado vueltas preguntando por el arzobispo de Narbona, Arnauld Amaury —tomó aliento agarrándome una mano—. Perdonadme, hermano Juan. He tenido que decírselo; me he visto obligado a decir vuestro nombre. No era por miedo a la tortura… No tengo imaginación para inventarme…

—No sois capaz de mentir, fray Tomás, y habéis hecho bien. No temáis, habéis hecho lo mejor. Decidme: ¿os preguntaron algo más?

—Insistieron en si habíamos oído hablar de un tal Jordanus Nemorarius o de Nemore y si vos lo conocíais o si alguien venía a veros ¡He ahí a quién buscaban!

—*Pro di inmortales*! ¿Y os han preguntado cuándo volvería?

—Sí, y les dije la verdad. Bueno, lo que yo creía que era verdad.

—¿Que probablemente no volvería jamás? —Temblaba también yo de ansiedad.

—Sí… y que vuestra intención era permanecer en Oxford. ¿Cómo es que estáis de nuevo aquí, hermano? Por Dios, ¿qué ha pasado?

—Mi buen Tomás, no puedo explicaros nada; tan sólo aseguraros de que el bien guía mis acciones y que Nuestro Señor Jesucristo probablemente aprobaría cuanto hago —y le estreché las manos con afecto.

—Lo sé, Juan, lo sé. Y ahora, partid; huid.

—Un poco más… Media clepsidra y vuelo lejos. Decidme, ¿tenéis algo para escribir?

—Todo está allí, sobre la mesa. Esperad, echaré una capa a los pies de la puerta para que no se cuele la luz de la vela.

Encendió de inmediato una. Su rostro cansado y demacrado apareció en medio de la desnudez de la celda. A pesar de su edad avanzada, su mirada no había perdido dulzura.

El cálamo corrió veloz sobre el pergamino. En poco tiempo escribí dos cartas: un resumen de mi vida en el que hacía una mención especial a la historia de los manuscritos. Las doblé y se las entregué al anciano. Tomé sus manos entre las mías.

—Os ruego que las escondáis. Un día vendrá a buscarme un amigo de Oxford, Roger Bacon, y le entregaréis esta carta. La otra debéis ocultarla donde os plazca, aquí, en el convento, o en la iglesia. Alguien la hallará un día y lo sabrá todo. Pero prometedme que no las leeréis: no sabéis mentir y no sólo pondríais en peligro vuestra vida y

la mía, sino algo que pertenece a la humanidad entera. ¿Me dais vuestra palabra?

—Como queráis, hermano Juan. ¿Cuándo…? ¿Cuándo vendrá vuestro amigo? —dijo con voz agitada y la mirada perdida.

—Probablemente cuando se hayan marchado los inquisidores dominicos del convento. Y ese mismo día ya podréis esculpir la fecha en mi lápida… y regar las flores. No renuncio a ese rincón tan tranquilo, ¿sabéis? Es mío y un pedacito de mi alma vendrá a reposar bajo esas margaritas.

Nos abrazamos. Apagué la vela y me asomé fuera.

Poco después abrí de nuevo el arcón. Además de los dos valiosos manuscritos, tomé de una saca, también llena de polvo, calzones, una blusa, una gruesa capa negra y un sombrero que dejé allí antes de salir para Oxford.

Até los manuscritos alrededor de mi pecho y acaricié la cajita de madera: extraje una larga aguja, muy afilada, y la sustituí por el perno de la hebilla de bronce, ocultando la parte más afilada entre el dobladillo de piel. Había hecho aquello tantas veces, que la oscuridad no me impidió poner a punto mi arma. Después deslicé los dos anillos de hierro por los dedos medio e índice de la mano derecha. Al tacto, los encaré, uno contra otro, de manera que las dos acanaladuras quedasen juntas en función del ángulo de los dedos y sirviesen de base para la aguja de la hebilla. Hice una prueba.

Puse la mano derecha sobre la hebilla, transformada en un minúsculo carcaj, desplacé la aguja entre los dos anillos y la deslicé hacia atrás. Apreté los dedos, un breve chasquido, las doblé de golpe y cerré la mano en un puño… Y de éste saltó la larga aguja, muy bien agarrada entre los dos anillos: como un relámpago, y haciendo un gesto aparentemente natural, empuñé un arma que, usada contra algún punto vital, podía matar a alguien. Me quedé un momento con el puño cerrado. Quería abrirlo, pero preferí saltar por la ventana así. Estaba dispuesto a todo por defender los manuscritos.

Me alejé de París, atravesando la oscuridad húmeda y bochornosa hasta hundirme en la noche sin estrellas. Cuando replegué la aguja hacia el cinturón y la hebilla de bronce, comenzaba a alborear.

Los meses siguientes acabaron con todo mi entusiasmo.

Ya había comenzado el acoso: cada ciudad, cada obispo, cada dominico esperaba cualquier tropiezo que yo pudiera dar para lanzarme a una hoguera con mis manuscritos. Al paso de los días me daba cuenta de que, sin la cruz roja y azul de los trinitarios, no

contaría con la ayuda de nadie… Pero tampoco *podía* llevarla puesta, pues con ella sería mucho más fácil dar conmigo.

Vagaba sin un destino preciso. Montségur resistía el asedio. Mi corazón y la soledad me empujaban hacia aquella montaña. Opté por cubrirme el rostro y las manos, y unirme a un grupo de leprosos, también perseguidos, aunque no con la feroz determinación que los inquisidores reservaban a los herejes. Me alimentaba de bellotas, hierbas, huevos de pájaro, frutos silvestres y toda clase de bayas. Iba siempre a pie, me ocultaba… Atravesé Tolosa y huí a toda prisa del burgo de San Cipriano, a donde me había dirigido para comprar pergamino. Me refugié en Avignonet y Castelnaudary, donde volví a buscar útiles para escribir. Tenía hambre y acepté la hospitalidad de un hombre que imaginó que escapaba de la *santa* Inquisición. Me confesó que también figuraba en la lista de sospechosos de aquel pueblo. Salió para traerme el pergamino y volvió con dos inquisidores mientras yo, desconfiando de todo el mundo, me había echado en una yacija para reposar en una casucha cercana. Los dominicos se acercaron a la barraca. Traté de escapar. El hombre intentó retenerme: le quité la vida de un aguijonazo en el corazón.

Después me refugié en Pamiers. Cuando el verano llegaba a su fin, llegué a Foix. Ya no me fiaba de nadie, pero no cesaba de aguzar los oídos para enterarme de todo. De este modo, pude saber que, el 24 de junio, Sinibaldo Fieschi había llenado el vacío tras un año y medio, y había aportado nuevo vigor a la Iglesia de Roma. Fue entronizado como papa con el nombre de Inocencio IV. No tardó mucho en mostrar al mundo entero la fórmula más absoluta del poder papal.

Mientras recuperaba los valiosos manuscritos de la abadía de Santa Coloma, el conde Raimundo VII de Tolosa se fue a Roma. En Foix se decía que ante la Santa Sede se había firmado el acuerdo que pondría fin a las esperanzas de los cátaros y de las tierras occitanas: el conde de Tolosa había cedido Montségur a cambio de que le retirasen la excomunión impuesta por Pierre Amiel y fray Ferrier.

En Foix di con un creyente cátaro que tuvo el valor de no ocultarse y me proporcionó una gran cantidad de pergamino.

Seguí el curso del Ariège y, al llegar a Tarascón, me desvié hacia la derecha. Me refugié en una larga y acogedora gruta, excavada en las entrañas del monte a lo largo de miles y miles de años. Allí logré traducir, finalmente, del griego al latín la parte final de los dos manuscritos. Estaba emocionado. La nueva teoría de los movimientos planetarios daba un vuelco a todos mis estudios, abría mi mente a una nueva concepción del universo y llevaba mi imaginación hasta el infinito. ¡Y la invención de los caracteres móviles constituía por sí

misma una verdadera revolución!

Había conseguido una bolsa de piel muy resistente. Introduje los dos manuscritos originales y los escondí en una grieta, que cubrí luego con piedras. Retuve bien el aspecto de la roca y, después, con las copias traducidas al latín ocultas en mi pecho y protegidas por una faja de lino, me encaminé hacia la salida de la gruta. La luz de la linterna proyectaba mi sombra sobre un paisaje espectral mientras contaba los pasos que me separaban de la boca.

Cuando salí por el estrecho agujero, mi corazón comenzó a latir con violencia y a sugerir pretextos a mi mente fría, recordándome que necesitaría mucho papel y muchos amigos para copiar el pequeño equipaje revolucionario que llevaba conmigo.

Las primeras luces del alba hicieron que mis latidos se aceleraran más aún. Montségur estaba cerca y allí había papel en abundancia. Además, podría contar con los *boni homines* para copiar aquellas páginas tan valiosas. Montségur aún resistía, pero necesitaban a alguien que pudiese construir buenas balistas, trabucos y manganeles. Nadie me buscaría en Montségur y allí me esperaba un ángel ciego…

Me dirigí hacia Lavelanet y, cuando las tinieblas cubrieron el cielo, llegué a Belesta, donde conocí a Évrard Damors, un *perfecto* cátaro que se proponía romper el bloqueo del ejército de Pierre Amiel para llegar hasta el castillo de Montségur. Debía llevar una carta del obispo cátaro de Cremona al sucesor de Guilhabert de Castres, Bertrand Marty.

Al anochecer del día siguiente, el 3 de noviembre de 1243, acompañado por Pons, un guía del lugar simpatizante de la causa cátara y occitana, llegamos a la parte oriental de la montaña, en el paso bajo la escarpada roca del Porteil, donde hacía guardia un reducido grupo de cruzados de Camon sur Herse.

Nuestro acompañante emitió un silbido largo y agudo. La respuesta no tardó en llegar y un nuevo silbido cruzó el valle. El guía tomó el camino de vuelta apenas oyó cómo se acercaba el soldado. Évrard Damors conocía al recién llegado y me lo presentó de inmediato: se trataba de Guilhem Montanhagol, un trovador partidario de los cátaros. Encendió dos fuegos y nos invitó a sentarnos sobre dos gruesos tocones.

—Debemos esperar a que nos echen las cuerdas. Conviene que descanséis. ¿Conocéis la pared? Entonces es inútil que os asuste más —era un hombre delgado, bigotudo, de pelo negro y ojos claros.

—Guilhem, disculpad. ¿A qué viene ese uniforme?

Al responderme, su voz vibraba con una pasión velada por una dulzura natural.

—Apenas supe de la llegada del ejército de Hugues des Arcis y Pierre Daniel, cambié de nombre y me hice pasar por un tal Bernard Maurand… y organicé un grupo de voluntarios de Camon para enrolarnos con los cruzados. Sabía que el grueso de las tropas estaría acantonado en la otra parte, bajo la cresta oriental de Montségur, y que habría pocos destinados a hacer guardia en este valle. ¡Nadie pensaba que hubiese alguien tan insensato como para intentar una escalada como ésta y menos de noche y en grupo! Así que nos destinaron aquí por conocer el lugar, tal como planeamos desde el principio.

Mientras él atizaba las dos fogatas para mantener vivas las llamas, aproveché para preguntarle si habían evacuado la biblioteca.

—En lugar de interesaros por la situación militar, me pedís información sobre los libros. ¿Puedo saber quién sois? —Y alzó sus ojos, fieros y penetrantes.

—Un viejo amigo de Guilhabert de Castres. ¿Lo conocisteis?

—¡Por Occitania! ¿Y quién no ha escuchado al menos una vez la fuerza y el amor de sus palabras? Pero… ¿no seréis acaso aquel Giordano del que tanto hablaba? ¿Lo sois?

—Sí, Guilhem, lo soy. Pero habladme de los libros, os lo ruego.

—La biblioteca ha sido evacuada casi por completo. Bertrand Marty os dirá dónde hemos escondido los libros. En el castillo quedan sólo los manuscritos más valiosos, los originales. Vos decidiréis qué hacer con ellos y cuándo. Conocen el sistema para comunicarse con nosotros. No olvidéis nunca nuestra señal de vía libre: dos fuegos encendidos a la vez —y movió los dedos índice de manera admonitoria.

—Decidme ahora: ¿sabéis si en el castillo hay mucho papel?

—Debe de quedar aún bastante. Yo mismo guié la última expedición que venía de Xátiva… poco después del comienzo del asedio.

—Por último, Guilhem, ¿creéis que una persona ciega podría descender por aquí?

—¿Os referís a la hija menor del castellano? Es posible. ¡Habría problemas si alguien la viese hacerlo! En todo caso, antes es preciso saber si están en buena forma. Casi quinientas personas en un puñado de tierra y que apenas se han movido para no pisarse unos a otros… Ésa es la cuestión: tendrán los miembros entumecidos. Pero decidme: ¿cuánto tiempo pensáis quedaros allá arriba?

—El suficiente para montar una poderosa máquina de guerra, copiar algunas cosas y organizar la evacuación de los libros que quedan. Sed sincero, Guilhem, ¿dispongo de una semana?

—¡Por Occitania! Pues claro, sobre todo ahora que ya ha entrado el invierno. Ha comenzado a llover y no habrá escasez de agua. Además, quedarán suficientes víveres. Según creo, todo habrá de esperar hasta el próximo verano. Y no creo que estos miles y miles de soldados puedan resistir mucho tiempo. Ya veréis, Giordano, cómo deben levantar las tiendas. Hemos oído a los cruzados, estamos en contacto con ellos todo el día, y ya están cansados, temen la nieve y el frío. El malestar y la impaciencia comienzan a cundir entre ellos.

—Así, ¿puedo animar a las gentes de allá arriba? ¿Puedo decirles, y con razones, que resistan? —Extendía las manos hacia él, hacia la esperanza.

—¡Claro! ¡Debéis hacerlo! ¡Por Occitania! ¿Os dais cuenta? ¡Sufrirían una humillación terrible! Dios asista a las gentes de allá arriba. ¡Un grupo de hombres que tiene en jaque a todo un ejército, un puñado de hombres corajudos que desafían al rey de Francia, al papa y a la Inquisición! ¡Ay si estuviese aquí Guilhabert! No dudaría en mantenerlos unidos… ¿Verdad, Évrard?

El *perfecto* cátaro que escuchaba en silencio nuestra conversación, al darse por aludido, respondió acalorado:

—¡Que Dios lo acoja en su seno! Ay, Guilhabert, Guilhabert… Toda una vida de predicación, de lucha… y nos falta en la hora final. Hubiera querido estar aquí… Mas no temáis, Guilhem. Nos quedan sus libros, su palabra, su ejemplo…

En aquel preciso momento oímos un ruido. Guilhem corrió hacia la roca. Allí estaba la larguísima cuerda que habían lanzado de la cueva que se hallaba a media pared.

—Ojalá podamos hacerlo —dijo Évrard sonriendo—. Giordano y yo ya no somos tan jóvenes.

—Pero sois ágiles y de corta estatura. Y por si no bastara, tenéis al buen Dios, que os protege. ¿Os parece poco acaso, mi buen Évrard? —Guiñó el ojo.

—No, Guilhem, tenéis razón: no es poco. Bien, que Dios acierte a compensaros por todo lo que hacéis por nosotros —y lo abrazó. Después comenzó a trepar. No tardó mucho en desaparecer en la oscuridad de la noche.

Mientras tanto, el joven trovador me explicó un poco quién era, cuál había sido su vida, su odio por la Inquisición… Al acabar, quiso saber de mí: temblaba sólo de pensar en tener que confiarme, pero había llegado la hora de volver a tener fe en alguien. Su mirada orgullosa y sincera me ayudó a liberarme de mi pesada carga.

—Guilhem, podríamos perder el equilibrio y caer al vacío. Te lo ruego: ¿has entendido bien cuál es la gruta de la que te he hablado?

—Y agité sus hombros con energía.

—Según se viene de Foix, se llega a Tarascón, después se gira a la derecha y se sigue camino… La cueva está en la montaña, a la izquierda del sendero.

—Te lo ruego, no escribas nada. Procura guardarlo en tu cabeza.

Guilhem se frotó los ojos y frunció los labios.

—El problema es que hay tantas en aquella región… La más conocida se encuentra precisamente en esa montaña, aunque creo que la entrada no queda a poniente, sino a levante. Allí se refugiaron bastantes cátaros que huían de la Inquisición y el fuego.

—La que yo digo tiene la entrada orientada a poniente. No hay pérdida. Se encuentra situada arriba, a medio camino. Es muy grande, si bien a la cueva se accede en realidad a través de un agujero muy estrecho por el que sólo puede pasar una persona. Tras franquearlo, hay que contar el número de pasos que te he dicho. No puedes equivocarte: ahí sólo hay una roca con esa forma… y sólo una grieta cubierta con piedras —dije mientras oprimía sus brazos para tranquilizarlo.

—¡Por Occitania, podéis estar tranquilo! Pero no hará falta. Veréis cómo todo irá bien en Montségur —y fue él quien me dio un apretón de hombros para animarme.

—Dios lo quiera, Guilhem. Dentro de unos quince días, si aún no estuviera listo para bajar, cualquier otro lo hará y llevará consigo las primeras copias de todo el material en latín que llevo conmigo. Llevadlo donde creáis más oportuno. Ya veremos cómo enviarlo a Oxford. Lo importante es que se conserven a buen recaudo.

—Los esconderemos en otras cuevas o en el castillo de Usson, estad tranquilo. Pero no lo olvidéis: dos fuegos encendidos a la vez, vía libre.

No me di cuenta de que la cuerda ya había vuelto a descender. Évrard la había lanzado. Abracé a Guilhem.

—Si no volviésemos a vernos, continuad con mi obra. Entregadlo todo a mi amigo Roger Bacon, en Oxford. ¡Que Dios os asista!

—¡Ya vos también, Giordano! Ánimo… y no penséis que tenéis el vacío a vuestros pies; reparad en que arriba os espera la joven Esclarmunda —el valor hacía que su rostro brillase.

Comencé a trepar mientras él apagaba las dos fogatas. La pared estaba cortada a pico sobre el valle. De vez en cuando, algún pequeño saliente me permitía apoyar los pies y tomar aliento, pero el deseo de llegar cuanto antes a la cima me daba nuevas energías y reemprendía el ascenso. A pesar del tremendo esfuerzo y de las manos ensangrentadas, me sentía feliz tras tantos meses de huida y soledad.

La pared no parecía acabar nunca. Luchaba con todas mis fuerzas y, cuando me sentía a punto de desfallecer, me mordía los labios hasta sangrar y aullaba invocando a mi Yolanda y a mi Esclarmunda.

Casi a mitad de camino, hice una parada en una pequeña gruta. Un jovencísimo soldado de la guarnición de Montségur había bajado para echar la larga cuerda que ahora retiraba y se disponía a esconder. Tras recuperar el aliento, me exhortó a trepar con la otra cuerda, lanzada desde las cabañas que quedaban fuera del castillo. Continué escalando. No dejaba de medir las pocas fuerzas que me quedaban y a ratos descansaba meciéndome en el vacío mientras me aferraba a los numerosos nudos de la cuerda. Lacerado y sangrando por todo mi cuerpo, tras lo que me pareció una eternidad, noté cómo unos brazos me izaban y me llevaban a una cabaña.

A la luz del fuego, un anciano casi calvo, con una larga barba blanca y una túnica oscura, calentaba algo en una escudilla. Me la pasó: era vino. Bebí con avidez. Al momento me dejé caer sobre la yacija. Mientras me cubría con una manta, hallé las fuerzas necesarias para hablarle:

—Os lo ruego: Esclarmunda de Perella… Decidme, ¿está bien?

El *perfecto* cátaro me sonrió con dulzura. Tomó mis manos entre las suyas… y tuve la impresión de que las heridas me dolían menos.

—¿Sois Giordano, verdad? Esclarmunda siempre habla de vos. No tengáis miedo. Mañana la veréis. No goza de buena salud, pero nunca se rendiría sin haberos visto antes. Ahora, descansad. Dormid, hijo mío. Y que Dios vele vuestro sueño.

Me sumergí en el silencio de la montaña. Cerré los ojos y dejé de oír el crepitar de las llamas que se desprendían del tronco ardiente.

El viento silbaba al filtrarse por los intersticios de las piedras y arreciaba con fuerza la lluvia que se abatía sobre la cabaña. El anciano estaba a mi lado. El dolor de mis manos había casi desaparecido, y las que me apretaban habían perdido las arrugas, como si la piel fuese de seda…

Abrí los ojos: los largos cabellos rubios recogidos en una cola de caballo y partidos por la mitad dejaban a la vista el cuello largo y fino, mientras caían sobre el vestido blanco. Su rostro era pálido, bellísimo, con sus ojos azules llenos de aquel dulcísimo vacío. Ella tuvo que sentir mis manos que querían liberarse, soltar las suyas. Abrí los brazos, se hundió en mi pecho y la estreché contra mí.

—¡Esclarmunda, ángel mío! Catorce años… ¡y vuelvo a verte! Ay, Dios, cuántas veces he venido a Mirepoix, cuántas veces he

preguntado por ti. Hubiera querido venir… pero nunca encontré el valor… sabía que no me hubiera marchado. Pero ahora ya no me iré, *mon douzor*, ya no te dejaré nunca más.

Sus brazos se aferraban a mi cuello y escondía la cabeza en mi pecho. Intentaba apartar sus ojos de los míos. Tomé su cara entre mis manos mientras besaba sus pestañas anegadas de lágrimas.

—Giordano, he pensado tanto en ti… El 21 de junio estaba aquí mismo, delante de esta cabaña, imaginándome el solsticio de verano, recreándolo con la mente. Buscaba tu alma y creí haberla encontrado.

—Recibí tu pensamiento, *mon cor*. Tú me ayudaste a encontrar los manuscritos.

—¿Los has recuperado? ¿De veras los has hallado? ¡Qué feliz soy! —Estaba sentada al lado de mi yacija. Su bellísimo rostro delataba la gran conmoción que sentía.

—Ay, Esclarmunda, cuánto tiempo, cuánto tiempo… Eras una niña y ya tienes veintiséis años. Sin embargo, tu cara parece la misma de siempre. Dime, háblame de ti, de tu familia, te lo ruego.

Se separó de mí, tomando mis manos entre las suyas.

—Todos están aquí, Giordano, como nosotros, prisioneros en este castillo.

—Ya verás como esto se acaba, Esclarmunda: se irán. Y tú vendrás conmigo dentro de unas semanas. Escalaremos la pared de aquí delante, de noche; atravesaremos las montañas y nos refugiaremos en Cataluña, en Berga. Sus gentes son hospitalarias y ya han acogido a muchos de tu tierra. Llevaremos con nosotros toda la biblioteca; yo continuaré leyendo para ti; fundaremos una escuela para copiar rápidamente todos los libros y tú enseñarás a los niños —mientras le hablaba, sus ojos azules comenzaron a llenarse de nuevas lágrimas—. No, no llores más, te lo ruego. Aunque Occitania haya sido conquistada, volveremos a hablar de libertad en otro lugar. Llevo conmigo copias de esos valiosos manuscritos. Verás cómo salimos de ésta y logramos cambiar este mundo. Y nos iremos juntos. ¿Por qué continúas llorando, Esclarmunda?

Hizo un esfuerzo por refrenar su incontenible emoción. Un temblor desesperado alteró su voz:

—Desde hace dos meses, no consigo caminar… No sé qué me ha pasado. Nadie sabe explicármelo. Pero ahora, en mis piernas, salvo en raras ocasiones, no hay vida. Mi hermano Jordán es quien me ha traído en brazos hasta aquí.

La lluvia y el viento arreciaban contra la montaña. Empecé a bramar de dolor, me arrodillé ante ella y le abracé las piernas. Las oprimí. Rezaba. Grité que no era justo. Después imploré el perdón de

Dios y le rogué que la curase. Intentaba transmitirle mi calor, mi vida. Me pasó una mano por el pelo. Sus dedos palparon mis ojos húmedos. Alcé la cabeza y tomé sus manos entre las mías.

—Cambiaremos de planes, Esclarmunda. Esperaremos a que el ejército de Pierre Amiel levante el campamento y, entre tanto, harás todo lo posible por curarte.

—Sí, Giordano. Ahora, háblame de ti.

Y mientras la lluvia continuaba martilleando la montaña y el techo de la cabaña, comencé a contarle todo lo que me había sucedido en aquellos catorce años.

Más tarde, cuando la lluvia y el viento cesaron, en la puerta de la cabaña apareció una mujer diminuta, con los cabellos grises recogidos atrás. En las manos llevaba un paño limpio con algo dentro. Se me acercó.

—¿No me reconocéis, Giordano?

Fue Esclarmunda quien dijo «mamá» y me hizo recordar a la dulce mujer de tantos años atrás.

—¡Corba… Corba de Lantar! ¡Dios mío, cuántos años! —Le estreché una mano, observé las arrugas del rostro y la melancolía de sus ojos mientras me hablaba.

—Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos, ¿recordáis? Cuánto ha pasado desde entonces. Pero me lo contaréis después. Ahora comed algo. Habréis de contentaros con medio pan. Somos más de quinientas almas y quién sabe cuánto tiempo hemos de permanecer en estas condiciones.

Tomé el pan todavía medio caliente, lo partí en dos trozos y acerqué uno a la mano de Esclarmunda, que lo rechazó. Corba bajó los ojos, rehuyendo los míos. Apreté la mano de la joven contra el trozo de bizcocho.

—Debes hacerlo por mí. Pareces un pajarillo arrollado por una tormenta.

Comenzó a comer en silencio mientras su madre se sentaba a su lado acariciándole el pelo.

—Giordano, sólo la esperanza de volver a abrazaros ha permitido que no se rompiese el débil hilo que todavía la ata a este mundo. Y me siento feliz por ello. Le habéis dado el afecto que su padre no ha sido capaz de darle.

—Mamá… te ruego…

—No, Esclarmunda, es justo que lo sepa —y, volviéndose a mí, comenzó a contarme la historia de su familia desde aquel lejano día en

que dejé la montaña por primera vez. Me explicó sobre todo la desilusión de Ramón de Perella, quien deseaba, a toda costa, un hijo varón… mientras nacían Felipa, Arpaix y, después, Esclarmunda. Y, cuando finalmente nació Jordán, Ramón le deparó toda su atención y afecto. Esclarmunda, todavía niña, cayó enferma y no volvió a ver. Por aquel tiempo había inventado un juego. Cuando quería que alguien jugase con ella, que la besase o la escuchara, bastaba con que cerrase los ojos y en su nuevo mundo todo se realizaba—. Y cuando tenía doce años, os encontró, Giordano… A vos, que habíais perdido a vuestra pequeña Esclarmunda. Los meses que pasasteis aquí en el castillo fueron la época más bella de su vida. Me ha contado innumerables veces vuestras conversaciones y ha conservado vuestra flauta como una reliquia e incluso ha aprendido a tocarla. Pero los años y los horrores de la guerra han sofocado sus esperanzas y han detenido prácticamente del todo la vida en sus piernas. Estaba a punto de dejarse ir, pero quería abrazaros. Siempre dice que tenéis que hacer un viaje juntos.

La figura alta de Ramón de Perella se recortó contra la claridad del cielo, ya despejado. Corba se alzó y me saludó:

—Volveré más tarde con algo de comida.

Apenas salió, entró el hombre. Su espesa cabellera era tan rubia como siempre, lo que contrastaba con el rostro y los ojos, que comenzaban a reflejar el paso de los años. Su mirada había perdido el brillo de la juventud.

—Giordano… o Juan, ¿cómo estáis?

—Para los viejos amigos, Giordano. Por lo demás, siempre a la caza de números, de estrellas… y de hogueras…

Sonrió mientras miraba a su hija, que permanecía a mi lado. Después, su mirada volvió a buscar la mía.

—Decidme, ¿os ha sido de ayuda Guilhem de Montanhagol allá abajo, en el valle?

—Mucho. Me ha parecido una persona de gran coraje.

—Y de mucha confianza, puedo asegurároslo personalmente. Un verdadero patriota… además de un enemigo jurado de la Inquisición. ¿Qué dice sobre la situación de las tropas? —En su voz se apreciaba una ansiedad mal disimulada.

En breve lo puse al corriente de cuantas informaciones tenía. Pareció tranquilizarse.

—Esperemos que responda a la verdad. En el castillo la situación comienza a ser insostenible. Es demasiado pequeño, no hay espacio

para respirar ni para tener la menor intimidad. Giordano, además de saludaros, he venido para conocer vuestras intenciones.

A grandes rasgos, le expliqué los últimos acontecimientos, desde la abadía de Santa Coloma hasta Castelnaudary. Le hablé un poco de los libros, el papel y las armas que podían construirse.

—Tenemos todo el papel del que deseéis disponer y, por otra parte, las balistas que tenemos son más que suficientes. El problema, en cambio, es vuestra acomodación. No me refiero sólo a una cuestión de espacio. Preferiría que no os alojaseis en el castillo y que nadie de la guarnición supiese de vuestra presencia aquí. Estoy seguro de la lealtad de los cátaros, pero entre los soldados puede haber una manzana podrida. Y si allá abajo Pierre Amiel se enterase de que estáis aquí, no creo que lo dejase pasar —con los ojos muy abiertos, agitaba nerviosamente la cabeza.

—Cierto, Ramón. Podría acomodarme aquí, pero no quiero ocupar el sitio de nadie. Aceptaré de buen grado compartir la cabaña con el anciano que me ha hospedado.

—El anciano es el obispo cátaro Bertrand Marty y, con él, se alojan otros cinco *boni homines* —y sonreía sin dejar de mecer la cabeza.

—*Summe Iupiter!* ¿Todos aquí dentro?

—¡Éste es el problema de Montségur! Dentro somos casi trescientos cincuenta y aquí fuera hay más de ciento cincuenta cátaros.

—Ramón, decidme. Los libros… los manuscritos de valor… ¿Dónde están?

—¿Bertrand no os los ha enseñado todavía? —sonrió—. Están allá, detrás de vos.

Me volví sorprendido y vi una placa de piedra oscura. La moví con extrema cautela. Detrás apareció una pequeña cavidad… una alacena de piedra excavada en la montaña que contenía al menos trescientos manuscritos bien encuadernados.

—Dios santo, es un tesoro de un valor incalculable —temblaba de impaciencia; me volví de nuevo a Ramón—: pase lo que pase en Montségur, es preciso poner a salvo estos libros y los que prepararemos en los próximos días. Cueste lo que cueste —dije mientras los señalaba con determinación.

—De acuerdo. Mas tarde enviaré a mi hijo Jordán para que os traiga todo lo necesario para escribir. Acomodaos aquí. Los cátaros os ayudarán y alguno se irá a otra cabaña.

—Deduzco que ya lo hicieron esta noche.

—Mejor. Hasta que las cosas se aclaren, es preferible que la gente del castillo no sepa nada de vos —su mirada era recelosa y penetrante.

—Ramón, continuad así, con los ojos y las orejas bien abiertos. No

olvidéis cómo fueron tomadas Béziers y Carcasona. Siempre con engaños y traiciones. Ramón, allí abajo, a la cabeza de esos soldados no hay un comandante, sino un sacerdote de Roma. Tenedlo siempre presente —se lo supliqué con las manos juntas.

—No temáis —y, señalando los libros, añadió—: continuad con vuestra batalla y no penséis en lo demás. Mi yerno y yo sabemos cómo hacer lo nuestro… e intentaremos ser dignos de la excomunión que nos han lanzado.

Con una sonrisa amarga en los labios, se levantó. Estaba a punto de irse cuando Esclarmunda lo llamó mientras intentaba volver el azul de sus ojos hacia él.

—Disculpadme, padre. ¿Me daríais permiso para alojarme en la cabaña de la abuela Marquesia, aquí al lado?

Con el rostro lleno de melancolía, Ramón contempló la mirada sin vida de la joven.

—Por supuesto, Esclarmunda, por supuesto —y, volviéndose hacia mí, se despidió en voz baja.

Las manos de la joven se refugiaron entre las mías, que ya la buscaban. Después me quité la faja de lino del pecho y saqué los pergaminos.

—Esclarmunda, ahora conozco el contenido de los libros que robaron a Aser. Todo es apariencia, cuanto vemos no es verdad. El Sol nunca se levanta por las mañanas ni se pone al atardecer. Es la Tierra, somos nosotros los que nos movemos y tendemos las manos hacia el astro inmóvil para recibir su luz.

—¡Luz infinita! Si yo pudiese volar por los cielos y sentarme sobre una estrella, si volviese la vida a mis ojos y mirase hacia abajo… ¿vería cómo la Tierra gira alrededor del Sol? —Su voz argentina estaba cargada de emoción.

—Sí. Y un día caminaremos juntos por la Vía del Sol, Esclarmunda, y la luz volverá a tus ojos.

Siguieron días de duro trabajo. El repiqueteo de la lluvia y el aullido del viento acompañaron la incesante labor de escritura. Hicimos centenares de copias de todo cuanto había traído. Pese a no disponer de los materiales necesarios para construir un tórculo, conseguí fabricar tipos de madera y disponerlos en una plancha rudimentaria con la cual pude imprimir al menos la primera página de todos los nuevos libros: *La Vía del Sol*.

A mediados de noviembre, por desgracia, llegó otro millar de soldados desde Albi en auxilio del ya poderoso ejército que se había

alineado bajo nosotros. Lo peor de todo era que a su cabeza se encontraba el obispo de la localidad, Durant, constructor de perfectas máquinas de guerra.

Un pelotón de mercenarios había logrado apoderarse de la estrecha meseta de la cresta oriental. Allí fue donde el obispo hizo construir un potente manganel de gran alcance y arrojaba peñascos sin cesar sobre nuestras posiciones avanzadas de defensa. Los soldados de nuestra guarnición acometieron en vano diversas salidas para incendiar y destruir la máquina de guerra. Tan sólo fueron al encuentro de la muerte.

Hablé con Ramón de Perella y con el oficial en jefe, su yerno, Pierre-Roger de Mirepoix. Les dije que estaba dispuesto a dirigir la construcción de un poderoso trabuco. Me rogaron que aguardase unos días, pues preferían que no me exponiese. Estaban esperando a un hábil constructor de máquinas de guerra que debía romper el bloqueo y llegar al castillo. Si no lo conseguía, entonces yo podría intentarlo.

Una noche, en el valle, bajo nuestra cabaña, se encendieron a la vez dos fuegos y Bertrand de la Beccalaria pudo llegar. En los días siguientes, mandó construir otro trabuco en el puesto de defensa avanzado de levante, lo cual, por fin, equilibró la suerte de la batalla que se libraba sobre las vertiginosas rocas que circundaban el castillo.

Mientras tanto, la vida era cada vez más tétrica y tortuosa: los víveres disminuían, la moral decrecía. Todos habían esperado que, con la llegada de la nieve, el ejército de Pierre Amiel levantara las tiendas. Sin embargo, el invierno sólo había traído frío y muerte tanto en el castillo como en las cabañas de piedra. Todos esperábamos otro conato más de revuelta del conde de Tolosa y, de hecho, de vez en cuando llegaba alguno de sus mensajes que animaba a la guarnición del castillo a resistir.

Había abandonado definitivamente la idea de escapar. Mi destino permanecería ligado al de Moho Segur. En cuanto podía, me refugiaba en la cabaña que quedaba junto a la mía, donde Esclarmunda vivía con Raymonde de Cuc y la abuela Marquesia. Esta última era una mujer sin edad y sin temores o angustias, cuya dedicación a la causa cátara le había extremado la dulzura. Pasar un rato con ella nos alejaba de las miserias que nos rodeaban. También Corba venía con nosotros y pasábamos horas y horas recordando nuestras vidas.

Diciembre transcurrió tristemente. El tiempo volaba en las alas de la lluvia o tras los copos de nieve. En el castillo, un sentimiento de opresión se extendía como una mancha de aceite por estar obligados a vivir apiñados unos con otros, compartiendo sudor, hambre, ansias de vivir, de amar, de respirar, de gritar… En las cabañas que había a las

afueras del castillo, en cambio, el frío entumecía los miembros, el hambre sofocaba la sangre, el espíritu ya comenzaba a separarse de los cuerpos sufrientes y martirizados.

Los primeros días del nuevo año de 1244 transcurrieron sin grandes cambios ni nada digno de la atención. Sólo cuando caían las tinieblas, se oían los gritos de alguna escaramuza en la cresta oriental.

La mañana del 3 de enero, un soldado de la guarnición, Jordan du Mas, fue encontrado muerto de una puñalada en la espalda en su posición, la más cercana al castillo —el último baluarte— y a pocas decenas de pasos de las murallas. Mientras observaba la nieve manchada con la sangre del soldado y la postura del cadáver, Pierre-Roger de Mirepoix tuvo la prueba que confirmaba que en el castillo había un traidor.

No tardó en llegar la trágica noche del día siguiente.

Raymond de Saint-Martin y Amiel-Aicard, los *boni homines* que compartían conmigo el angosto refugio, habían recitado sus plegarías y cerrado los ojos. Yo había entrecerrado la puerta de cañas para impedir a los gruesos copos inmaculados que entrasen en nuestra cabaña. Apagué la única de las cuatro mechas encendidas de la lámpara de aceite y me acurruqué. El silencio absoluto de la montaña que acogía en su cumbre a tantas criaturas que sufrían se había convertido en el mudo compañero de la nieve que caía del cielo y que envolvía todo con su blanco manto de hielo.

Intentaba quebrar la capa de escarcha que impregnaba mi ánimo y acallar el íntimo temor que a veces me hacía creer en el destino. Me reproché mi actitud y me llené de dudas por haberme dejado llevar también por el corazón… pero de pronto mi mente se proyectaba en la cabaña de al lado, sumergiéndose en la azulada dulzura de los ojos de Esclarmunda. Mis manos encerradas entre sus frágiles y finos dedos eran como las alas de un pájaro: sentían cómo soplaba el viento, llevaban un mensaje de libertad al alma, la alegría de planear en el aire: entreabrían, ante mis ojos, el fulgor de amor del castillo transparente… Abrazado a mi cuello, un pequeño ángel de luz. Pero el sueño, arrebatado por el delirio, se hizo añicos al caer en las garras del íncubo. A través de una llaga candente, una horrible voz tronaba: «hombre, hombre, ¿qué produces? ¡Gusanos, esputos y heces!» y lanzaba tinieblas cenagosas en aquel mundo de paz mientras el aire se convertía en un lodo viscoso, las alas braceaban… Caía… Pero la voz límpida de un haz de luz me detenía al borde del abismo, llevándome a una estela brillante que partía del castillo en forma de pentágono.

«Este camino nos lleva a casa, a nuestro valle de luz. ¿No estás contento, papá?». Después, también los ojos dulcísimos de Yolanda venían a mi encuentro mientras me hundía en un olvido sin sonidos ni colores.

El cuerno celeste del Sabaoth comenzó a emitir un aullido lúgubre y apocalíptico. Abrí los ojos. En la oscuridad, un frío aún más horrible se apoderó de mi ánimo.

—¡Alto ahí, Giordano, alto ahí! ¡No enciendas la linterna! Podríamos favorecer a los asaltantes —era la voz arrebatada de Amiel-Aicard.

El cuerno, en los bastiones que quedaban encima de nosotros, lanzaba su desgarrador reclamo mientras de la cresta oriental llegaban gritos de batalla y desesperación, de victoria y muerte.

—¡Maldición! ¡No puede ser! ¡Se oyen las voces de los cruzados aquí al lado, cerca de la última posición de defensa! Por Dios, ¿cómo es posible? ¡Voy a ver!

—¡Quieto, Giordano, no te muevas! —Era la voz agitada de Raymond de Saint-Martin—. No cambiaréis la suerte de la batalla de ahí fuera. Pero podéis intentar la huida. ¡No podemos echar por tierra todo el trabajo que hemos hecho! Os lo ruego, quedaos aquí, proteged los libros junto con aquella criatura que no puede defenderse. Yo iré —y una ráfaga de viento indicó su partida.

También yo me precipité en el hielo de la noche. Poco después volví a entrar con la joven cogida a mí, completamente temblorosa. Busqué bajo la yacija los dos anillos de hierro y me los coloqué en la mano derecha. La mano de Esclarmunda los rozó y, al comprender, su corazón comenzó a latir enloquecido. Intentaba decirme algo, pero le tapé la boca con la mano.

—No, *mon cor*… No puedes pedírmelo. Para quitarme los libros y apoderarse de tu vida… Tendrán que verter mucha sangre.

Amiel-Aicard intentó tranquilizarnos:

—No os dejéis llevar por la desesperación. Veréis cómo se trata de una escaramuza más violenta de lo habitual pero no determinante para el éxito del asedio. Recemos a Jesús por quienes están dando su vida.

Pero los gritos de victoria de los cruzados cubrían el aullido del cuerno, cada vez más lúgubre. Besé el pelo de Esclarmunda, intentando calmarla. Dejó mi mano, reluctante, mientras me dirigía hacia la salida. Abrí la puerta de cañas y paja.

Sobre los bastiones, algunas antorchas azotaban el blanco de la

montaña. Apenas se entreveía la violenta batalla que se libraba sobre la cresta oriental. Por los gritos, no era difícil imaginarse lo que había pasado: los cruzados se habían apoderado de la última posición defensiva. Ya sólo quedaban las murallas del pequeño castillo como último baluarte.

Me pareció ver una figura negra que se dirigía hacia nuestra cabaña: deslicé los dos anillos sobre la hebilla de bronce, extraje la punta afilada y cerré el puño. Cuando llegó a nuestro lado, la sorprendí por la espalda apuntándole con el arma al cuello… Pero de inmediato reconocí a Corba. La solté, temblaba.

—¡Dios mío, Giordano! Por un instante he creído que habían llegado hasta aquí. ¡Gracias, Dios mío! —La voz vibraba de angustia.

Entramos en la cabaña y ella, a tientas, buscó a su hija. Después se volvió hacia Amiel-Aicard:

—Encended una luz. Por esta noche creo que todo ha terminado.

Cuando la débil llama comenzó a temblar, el rostro desesperado de Corba nos confirmó la gravedad de lo ocurrido. Estrechaba a Esclarmunda contra su pecho y le acariciaba el cabello con furia mientras nos observaba con una mirada transida de dolor.

—Debíamos haberlo previsto. Mi yerno lo intuyó ayer por la mañana, cuando fue a ver el cuerpo de Jordan du Mas. Hay un traidor en el castillo.

Me senté frente a ella intentando tranquilizarla.

—Es inútil, Giordano: es el inicio del fin. Vos teníais razón: tomaron Béziers, Carcasona y otros cien castillos con engaños y traiciones. ¡Lo mismo han hecho con Montségur! Probablemente ya estaban a punto anoche, pero el pobre Jordan du Mas debió de descubrir algo… y el traidor lo mató, retrasando la señal convenida. Esta noche, en cambio, todo tiene que haber ido bien. Algunos soldados heridos han podido escapar de la muerte volviendo al castillo. Han escuchado las últimas palabras de los moribundos y no ha costado mucho comprender qué ha pasado: nos han atacado por la espalda, ¡por alguien del castillo!, y engañados por los guías, ¿lo entendéis? Los guías locales que acompañaban a alguien como vos que quería entrar y salir del castillo por caminos que sólo ellos conocen. Han hecho la señal convenida, han hablado en occitano… y de improviso se han abalanzado sobre ellos los cruzados de Pierre Amiel y los mercenarios. Ha sido una carnicería. Hemos perdido la última posición defensiva. Ahora el obispo Durant podrá ordenar que monten una máquina de guerra. Dios mío, todo se ha acabado. Occitania ha desaparecido, el catarismo también. Esta pobre criatura ya no verá la luz de la esperanza.

Estábamos todos acongojados. Sabíamos muy bien que aquello era el principio del fin. Una vez más, con dinero y engaños, Judas había vendido a Cristo. De nuevo Satanás se apoderaba de todo.

—Corba, decidme: ¿de dónde han llegado? ¿Qué camino han seguido en una noche como ésta?

—Casi ciertamente han trepado por la pared de la cresta oriental.

—¡Imposible! —exclamó Amiel-Aicard estupefacto.

—Sin guía, sí, pero con la ayuda y la protección de Satanás, han conseguido escalar aquellos picos tan espantosos. Ahora han abierto camino y Pierre Amiel y fray Ferrier ya pueden acomodarse para asistir al espectáculo final. Giordano, preparaos para escapar. Al menos, salvaos vos con vuestros libros —la voz, tan delicada, parecía presa por la desesperación.

—Y bien, Corba. Los soldados heridos que escucharon las palabras de los moribundos, ¿mencionaron a algún guía?

—Sí, pero ahora no recuerdo…

—¿Un tal Pons?

—Sí, sí… Ahora que lo decís… ¿Por qué? ¿Lo conocéis? Dios mío… ¿Quizás era el guía que os acompañó? —Con los ojos entristecidos, la mujer jadeaba.

No quise responder, pero también Esclarmunda y Amiel habían comprendido lo que eso significaba. Esclarmunda me buscó con sus ojos sin vida.

—Giordano, saben que tú estás aquí…

—No tiene mayor importancia, *mon douzor*… Nunca me hubiera marchado sin ti. Lo que debo hacer, lo llevará a cabo Amiel o cualquier otro.

En la noche blanca, un último aullido del cuerno descendió desde los bastiones del castillo al lado de las cabañas para luego morir en el valle.

Ramón de Perella y Pierre-Roger de Mirepoix, por medio de Corba, me aconsejaron que comenzase a organizar la evacuación completa de los libros y los objetos de valor. La situación se había vuelto crítica. De hecho el obispo Durant dirigía la construcción de un potentísimo trabuco que había comenzado un metódico trabajo de derribo. A pesar de la estrechez del muro oriental, era blanco de muchas balas de piedra. Se habían desalojado las cabañas del lado occidental de la montaña… y muchos cátaros se refugiaron en el castillo donde no sólo era imposible construir otros refugios, sino que había sido preciso evacuar la parte central.

Un muerto tras otro, la guarnición mermaba a diario. La situación fuera y dentro del pequeño pentágono de piedra se hacía insostenible. Bertrand de la Beccalaria mandó construir en vano dos balistas, pues no consiguieron compensar la fuerza de la nueva enorme máquina de los cruzados. Tampoco se podía intentar montar otra similar dentro del castillo, pues faltaba espacio, madera… y piedra para tallar los pesados proyectiles, mientras un ejército de hombres, diseminados por toda la montaña, se dedicaba por entero a esculpir blancos peñascos que el potente trabuco lanzaba con una regularidad impresionante, día y noche, sin descanso. En un solo día contamos cerca de ochenta lanzamientos, de los que una treintena se saldaron con éxito. Derrumbes, nieve, hielo —todo a la vez— y el invierno que avanzaba y los víveres que disminuían…

Pocos días después de la terrible noche del 4 de enero, el obispo cátaro Bertrand Marty llevó a nuestra cabaña todo el oro, la plata y el dinero del castillo de Montségur.

Entregué todo a los *perfectos* cátaros Matheus y Pierre Bonnet, junto con una parte de los libros más valiosos, para que los escondiesen en un lugar más seguro. Si Montségur caía, debían enviarlos a los hermanos cátaros del norte de Italia. Gracias a Dios, Guilhem de Montanhagol y los otros hombres de confianza de Camon todavía se afanaban al pie de la temible pared, aún más difícil de escalar o descender por la nieve y el hielo. Una noche vimos encenderse dos fuegos a la vez y, con la ayuda de gruesas cuerdas y una enorme dosis de valor, los dos *perfectos* cátaros alcanzaron el paso del Porteil y atravesaron la línea de los cruzados. Mientras tanto, nuestra guarnición una noche consiguió frustrar un ataque de los soldados de Pierre Amiel, quienes habían intentado asaltar las murallas del castillo valiéndose de escalas.

El 21 de enero, Matheus volvió por el mismo camino con un mensaje para Pierre-Roger de Mirepoix. Era preciso resistir a cualquier precio porque, para Pascua, se fraguaba un nuevo conato de rebelión del conde de Tolosa que acabaría por liberar Montségur. La noticia voló de boca en boca y levantó un poco la moral de todos. Pero la poderosa máquina de guerra continuaba con su martilleo. En el castillo las gentes parecían fuera de sí y esperaban con angustia la llegada de una de aquellas malditas esferas.

Decidimos hacer un último intento.

El 30 de enero Matheus descendió una vez más por la temible pared llevando consigo parte de los valiosos manuscritos. Logró

contactar con dos señores de la región, aliados de la causa cátara y occitana, Bernard
d'Allion
y Arnaud
d'Usson,
a quienes entregó una gran suma de dinero para reclutar al famoso *Corbario*, un salteador conocido por sus hazañas temerarias. Con veinticinco de sus mejores hombres intentaría destruir la poderosa máquina de guerra del obispo de Albi y reconquistar la posición sorprendiendo a los cruzados por la espalda.

El 26 de febrero, cuando ya temíamos por la vida de Matheus, dos fuegos se encendieron a la vez a nuestros pies y, con las manos y la cara ensangrentadas por tan terrible escalada, el *perfecto* cátaro regresó llevando con él a un soldado para ayudar a la guarnición.

Corba nos hacía de mensajera. Llamó a su marido y a su yerno, quienes preferían mi cabaña a la torre del castillo para mantener estas entrevistas. El misterioso traidor se movía sin que nadie lo molestase entre la multitud desesperada del pequeño pentágono de piedra.

Se hallaban presentes también Bertrand Marty, Raymond de Saint-Martin y Amiel Aicard. En el rostro de Matheus se reflejaban no sólo las señales de la enorme fatiga provocada por el ascenso, sino también la angustia por haber perdido la última esperanza. Era otra noche de viento y lluvia, marcada por la inevitable llegada de las balas de piedra. Cuando el soldado fue acompañado al interior del castillo, Matheus recuperó las fuerzas con una pequeña escudilla de vino caliente. Sin demasiados preámbulos, le pedí que nos revelase todo.

—El oro, la plata y los libros se encuentran a buen recaudo, pero, por lo que atañe al resto, no hay nada que hacer, Giordano. A pesar de la gran recompensa, Corbario no está dispuesto a atravesar la garganta de Lasset, infestada por un verdadero ejército cruzado. Además, Guilhem Montanhagol me ha puesto al corriente de cuanto puede oírse en el campo cruzado. Primero, el constructor del trabuco, Bertrand de la Beccalaria, ha sido enviado directamente por el conde de Tolosa con la misión de levantar el ánimo de la guarnición, sea con máquinas de guerra o con sus propias palabras.

—Pero eso es una buena señal —interrumpió Pierre-Roger de Mirepoix, cuya voz parecía haber recuperado un entusiasmo que incluso devolvió el color a sus mejillas.

Y Matheus, con la mirada triste desaprobaba con la cabeza:

—No, Pierre-Roger, no es así: Raimundo VII aguarda cada día la respuesta de Roma. Montségur es tan sólo una moneda de cambio: si el papa levanta la excomunión al conde, obtendrá Montségur. Por eso

Raimundo ha enviado a uno de sus mejores hombres: para que nos permita resistir el mayor tiempo posible. Podemos decir que el valor que estáis demostrando todos vosotros beneficia a sus planes. El asedio dura ya nueve meses y, si resistimos un poco más, veréis cómo Pierre Amiel y fray Ferrier le levantarán la excomunión.

—¡Pero dentro de este castillo no sólo está Bertrand de la Beccalaria! ¡También nos encontramos mi suegro, mis mejores hombres y yo! Si hay que rendirse, lo decidiremos nosotros y no el señor conde —el rostro del joven brillaba de indignación y coraje.

Ramón de Perella lanzó una mirada cargada de amargura. Después habló con tono quedo:

—Pierre-Roger, no nos engañemos: nuestra guarnición la forman ya más mujeres que hombres. Hay muchos muertos y heridos. No creo que podamos hacer demasiado en estas condiciones. Sólo Corbario y un ataque por la espalda podía destruir esa maldita máquina. Y Corbario ha fracasado.

Frené a Bertrand Marty, quien deseaba intervenir.

—Discúlpame, Bertrand, y perdonadme todos por tomar la palabra, pero creo que he podido hacerme una idea muy clara de la situación. ¿No os dais cuenta de que están jugando al gato y el ratón? ¿No habéis entendido lo que os ha dicho Matheus? ¡Hay un ejército cruzado en la garganta de Lasset! ¡Ni siquiera Corbario ha logrado pasar! Pero él, Matheus, entra y sale de Montségur.

Todos miraron estupefactos el rostro aterrado del *perfecto* cátaro, quien quería volver a hablar. No le di tiempo y continué.

—No, amigos míos. Que Dios me perdone por estas palabras, Matheus. No hay nada sospechoso en ti. Pero éste es el hecho: a ti te permiten salir y entrar. ¿No os habéis preguntado por qué? Me diréis que allí están Guilhem Montanhagol y los amigos de Camon. Muy bien. Pero toda la montaña está rodeada por un verdadero ejército de cruzados y aquí, precisamente aquí abajo, ¡hay un agujero!

—Porque la bajada es impensable y nadie osaría nunca escalar esta pared —terció Bertrand Marty con voz suave y sincera.

—No, Bertrand, no es por eso —continué—. No conoces a gente como Pierre Amiel o fray Ferrier. Su sangre está impregnada de malicia. ¡Jamás cometerían un error como ése! Quizás al principio, pero no en este momento. No, hay otra explicación: piensan que allí abajo hay alguien de nuestra confianza, pero no hacen nada por saberlo, de hecho, no quieren sospechar de nadie ni tampoco averiguar cuántos son exactamente. Aparentan ignorarlo. El cerco, allá abajo, es más amplio, extenso. Lo controlan todo, las entradas y las salidas. Es cierto que han seguido a quienes se han alejado de aquí y

saben perfectamente dónde están el oro, la plata y los libros. Y a Corbario, además de impedirle el paso, le han pagado también, copiosamente… ¡y antes que nosotros para evitar la tentación! En el fondo, no hemos de sorprendemos: un mercenario mira sólo el dinero.

—Pero ¿a qué vienen estos mensajes? ¿A qué esperan? —preguntó impaciente Pierre-Roger.

—Ahora, algo muy importante —continué—. Les importan ciertos hombres o cosas. Pero de mucho peso: un oficial, por ejemplo. Tú, tu suegro, Bertrand Marty, yo… ¿Comprendes? Para decidir pronto la suerte del asedio. Pero, por encima de todo, quieren un libro —di un puñetazo rabioso sobre la palma de mi mano izquierda.

—Pero hemos evacuado todos los manuscritos, Giordano. Ya no queda nada más —terció Matheus, muy acalorado.

Miré las facciones alargadas de Pierre-Roger sin prestar atención a la última exclamación.

—Decidme: os han traído el mensaje para que resistamos hasta Pascua. Esto también lo saben los muros. Además, habéis recibido otro mensaje de Pierre Amiel y de fray Ferrier donde os sugieren que vosotros, vuestras familias y los soldados de la guarnición podréis obtener la libertad y que incluso podrá olvidarse la matanza de Avignonet… si os rendís y entregáis a los cátaros y a un tal Jordanus de Nemore o Johannes de Sacrobosco, ¿no es cierto?

—Giordano, pero ¿cómo podéis pensar algo así? —respondió el joven entre jadeos.

Esclarmunda, tendida sobre la yacija, había guardado silencio hasta aquel momento. Se dirigió a su cuñado:

—Pierre-Roger, tu voz no es sincera. Mi corazón no se deja engañar. ¿Por qué no dices la verdad?

El comandante de la guarnición fulminó los ojos sin vida de la joven. Después, mordiéndose los labios, admitió que tenía razón y que le habían traído el otro mensaje también, pero que lo había ignorado.

—¿Y estaba mi nombre?

—Sí. De hecho, habían escrito tres: Giordano Nemorario, Juan de Sacrobosque y Palis Giordano.

Amiel-Aicard me repitió el comentario de Matheus sobre la evacuación de los manuscritos.

Miré uno a uno todos los rostros de los presentes.

—Amiel, amigo mío. Necesito confianza absoluta y, como pienso que Montségur tiene los días contados, necesito la colaboración y el silencio de todos vosotros. Matheus creía haber puesto a salvo todos los libros, pero, mientras tanto, me encargué de hacer más copias del más valioso, el titulado *La vía del Sol*, que contiene datos científicos

que, por sí solos, podrían cambiar la historia de la humanidad. ¡Ésas son las copias que debemos poner a salvo! Todo cuanto se ha llevado fuera hasta ahora probablemente se encuentra ya en sus manos.

—¿Desde cuándo tienes esa sospecha? —me preguntó Corba sorprendida.

—Desde siempre, pero he tenido que continuar con la farsa hasta que la historia fuese lo más convincente posible para Pierre Amiel y fray Ferrier, porque si hubiesen capturado a Matheus, incluso si lo hubiesen sometido a tortura, habría confesado que todos los libros habían sido evacuados. Y también porque no estaba seguro de poder confiar en todos vosotros.

—¿Y ahora os fiais, Giordano? —tronó la voz retumbante de Ramón de Perella.

—Sí, Ramón.

—¿Y qué sugerís ahora?

—Que no hagamos ningún intento de fuga o evacuación. A estas alturas deben de creer que hemos puesto todo a buen recaudo. Entretanto prepararemos a cuatro hombres. Cuando celebréis la rendición, tomaos vuestro tiempo: pues al saber que hemos cedido, la moral de los cruzados se elevará y pensarán en volver a casa. Probablemente querrán alguna garantía, tal vez rehenes: de ese modo se quedarán más tranquilos. La noche antes de la entrega del castillo, los cuatro hombres deben intentar fugarse al mismo tiempo. Ésta es la única esperanza.

Pierre-Roger intervino, con la mirada encendida y la voz airada.

—¿Por qué habláis de la rendición como si se tratase de algo que ya ha ocurrido? Quiero intentar por última vez incendiar o destruir esa maldita máquina con la ayuda de mis hombres.

—¡Que Dios os ayude, entonces! Digamos que este plan se llevará a cabo tan sólo si vuestra acción fracasase. Y ahora queda por elegir a los cuatro hombres. Han de ser ágiles, de toda confianza y dispuestos a todo. Los mejores.

—Giordano —era Esclarmunda; me acerqué a ella—. Giordano, ve tú, te lo ruego. Deja Montségur.

—No, Esclarmunda, nunca. De hecho, esa noche me dejaré ver para tranquilizar a Pierre Amiel y fray Ferrier. Ésa es nuestra última esperanza: sólo ofreciéndoles mi cuerpo quizás aflojen las redes…

La joven comenzó a llorar en silencio. Sólo se oía la lluvia que continuaba cayendo sin cesar.

Finalmente, Amiel-Aicard hizo acopio de valor.

—Matheus, Poitevin, Hugo y yo. ¿Qué te parece, Giordano?

Pronunció las últimas palabras mirando a Matheus, que asintió.

Todos estuvimos de acuerdo. A cada uno se le asignó un destino: París, Venecia, Palermo y Toledo. Poco después, nos saludamos y salimos. Le rogué a Corba que aguardase un momento.

Nos quedamos solos. Corba se sentó a nuestro lado y estrechó la cabeza de su hija contra su pecho.

—Esclarmunda…

—Me iré con la abuela Marquesia, mamá…

—No te dejaré sola.

—No, mamá. Están Filipa, Arpaix, Jordán, papá…

—Iremos juntas, mi niña: tú, yo y la abuela… y dejaremos este mundo sin piedad y sin amor.

Temblaba al oírlas hablar de ese modo, pero no me atreví a pronunciar palabra. Sólo escuchaba cómo el viento acompañaba ululando otro lanzamiento de piedra de la máquina gigante, el último derrumbamiento, los últimos gritos. Apreté la mano de Esclarmunda mientras mis pensamientos volaban a lo lejos, hacia Nemi, Béziers, París, Oxford…

Poco después, Corba me preguntó por qué había querido que se quedase.

—Os lo ruego… Quizá sea éste el momento en que se decide el destino de Satanás y el de los pueblos futuros. Cualquier cosa que digamos de ahora en adelante debemos estar dispuestos a callarla incluso bajo tortura —mi voz vacilaba.

—¿Aún algo más, Dios mío? ¡No me diréis que también el plan de evasión es otra tentativa de desorientar a los hijos del Mal!

—No, Corba. Podrían lograrlo. Pero conozco a esas criaturas de Lucifer: por lo que respecta a su malicia, son verdaderos titanes y, si uno realmente quiere combatirlos, debe hacerlo con sus mismas armas. Por eso he pensado en otro plan que nadie, *nadie* —les supliqué juntando las manos—, debe conocer… Salvo nosotros tres.

—De acuerdo, Giordano. Vos tenéis más experiencia y sabéis lo que hacéis. Decidme.

—Necesito una joven, de poca estatura, pero valerosa, y con iniciativa.

—¿Una joven? —preguntó sorprendida Esclarmunda.

—¿Y qué debe hacer? —añadió la madre.

—Escuchadme, Corba. Lo más importante es que sea de toda confianza.

—Dejadme pensar… Hay algunas… Girauda… Lombarda…

—Mamá, no conozco su aspecto, pero sé lo que busca Giordano. ¡Se halla tan cerca de nosotros que no te has parado a pensar en ella!

—¿Te refieres a la pequeña Perella? ¿Nuestra criada?

Esclarmunda juntó su mano con las mías mientras intentaba mirarme con sus ojos transparentes.

—Giordano, ella es la que necesitas. Su corazón es puro. Es una joven que cumplirá con la misión que le asignes. Puedes estar seguro.

—Excelente. Corba, ¿podéis traerla aquí?

—¿Ahora? ¿Con lo que está cayendo? —Me miraba con los ojos muy abiertos.

—Sí, ha llegado el momento. Procurad que nadie os vea. ¡Por lo que más queráis!

—Voy ahora mismo, de inmediato, y os traigo algo para comer.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, una ráfaga de viento hizo que la pequeña lámpara de aceite de cuatro bocales oscilase. Cerró la puerta de paja desapareciendo en la oscuridad de la noche.

—¿Y si cayese ella también? —me preguntó Esclarmunda con ansiedad.

Miré con arrobo el rostro delicado, la profundidad azulada de aquellos ojos, así como la dulzura y la fuerza que irradiaba.

—También está Guilhem de Montanhagol y, gracias a Dios, ya está fuera.

—¡Así que ya son dos para intentarlo! Pero ¿adónde irán, Giordano?

—Guilhem a Oxford, a por mi amigo Roger Bacon.

—¿Y la pequeña Perella?

—Podrá escoger su destino con plena libertad. Quién sabe, tal vez al centro de Europa.

—A lugares completamente distintos que los otros cuatro.

—Alguno conseguirá sacar el libro de este país. Cuando haya caído Montségur, el rey, la Iglesia y la Inquisición suprimirán incluso las palabras *libertad* y *esperanza*.

—¿Y la historia de tu vida que estás escribiendo?

—Si no me equivoco con Guilhem, él mismo vendrá a retomarla…

—¿Así que has huido al sur para llevar a la Iglesia tras de ti… y cubrir a quienes llevarán hacia el norte las *llaves del saber*?

—No, Esclarmunda, no lo he pensado… si es eso lo que quieres decir. No podía imaginar que acabaría pasando esto. He venido por ti, para llevarte conmigo, para refugiamos en Berga y, allí, construir la máquina para difundir el saber.

—Y ahora tomas la decisión de afrontar la muerte a mi lado.

—Sí, Esclarmunda.

—Da igual si lo apruebo…

—Da igual.

Apoyó la cascada de cabellos rubios en mis hombros. Permanecimos en silencio escuchando la lluvia, esperando a Corba y a la joven.

La lluvia y el viento habían agotado sus fuerzas cuando entraron. Corba nos saludó y, después de dejar sobre el arcón una tajadera de cocina cubierta con un paño blanco, nos dejó solos. La joven con la capa negra corrió hacia los brazos de Esclarmunda. Después se volvió hacia mí: sus ojos castaños rebosaban dulzura y fuego a la vez. Llevaba su larga melena negra recogida tras la nuca. Era pequeña, como Corba, pero las mejillas inflamadas y su aspecto, tan sencillo, daban sensación de agilidad y salud.

—Perella, atiende: Montségur está a punto de capitular. Ya no queda ninguna esperanza.

—Por desgracia, en el castillo todos hemos reparado en ello, señor.

—Cuando el comandante de la guarnición sea obligado a rendirse, ¿qué piensas hacer?

—Seguiré a mi señora y a la señorita Esclarmunda. Han torturado y quemado a mi prometido, a mis hermanos y a mis padres. En mi vida sólo he contado con el afecto de la señora Corba y Esclarmunda. No quiero volver a ese mundo lleno de miedo donde sólo triunfan quienes odian y se traicionan. Prefiero morir, señor, antes que arrastrarme y mendigar su perdón —su voz era muy parecida a la de Esclarmunda: dulce, mas llena de fuerza.

—Perella… ¿y si nosotros te pidiésemos que te pusieras a salvo para cumplir con una misión muy importante?

—¿Y por qué yo? Soy mujer, joven e inexperta… Hay tantos sargentos y caballeros… todos saben de armas… Creo que os servirán mejor.

Apretaba con afecto la mano de Esclarmunda, quien no tardó en intervenir, dirigiéndose hacia mi voz.

—No es cierto, Giordano. Habla así por el afecto y la devoción que siente por mamá y por mí.

Perella sujetó la cara de la joven entre sus manos.

—Esclarmunda, por favor, te lo ruego…

—Pero ¿no lo entiendes? Ofreceremos nuestros cuerpos a aquellas fieras porque hemos aceptado a Nuestro Señor Jesucristo… ¡y hemos desobedecido a la Iglesia de Roma! ¡Hemos buscado la libertad y combatido la opresión! Moriremos para no caer esclavos, para no arrastrarnos a sus pies, para no renegar de lo que habíamos creído hasta ahora.

—Sí, Esclarmunda. Por eso iré contigo. Porque lo he comprendido.

—¡Luz infinita! Pero, entonces, todo habrá sido inútil, Perella.

Nuestra muerte será sólo una de las tantas carnicerías que el Mal habrá realizado. Nos habremos inmolado en vano, pues con nosotros habrá desaparecido toda esperanza para nuestro pueblo… ¡para todos los pueblos oprimidos! Alguien debe continuar nuestra labor: Satanás no puede recorrer el mundo y apropiarse de los sueños, del trabajo y de la libertad de los pueblos. Alguien debe proseguir la obra de Guilhabert y Giordano. Perella, amiga mía: ofrece un rayo de luz a estos ojos apagados. Sálvate, haz lo que te pide Giordano.

La joven la abrazó en silencio, cerrando sus ojos enrojecidos por el llanto, luchando contra sí misma. Después se dirigió a mí.

—¿Qué debo hacer, señor? —Se mordisqueaba los labios en un esfuerzo por refrenar su emoción.

—Cuando se proclame la rendición, deberás esconderte en un agujero estrecho que hay ahí fuera, en la roca. Llevarás contigo agua y provisiones. Te taparás con las piedras que encuentres en el interior, encajándolas de tal manera que sólo tú puedas quitarlas. El castillo quedará abandonado hasta la llegada del buen tiempo, por lo que tú, y sólo tú, decidirás cuándo habrás de salir. Aguza el oído, muévete siempre de noche y si la ladera principal de la montaña presentase algún peligro, ven a esta cabaña, coge la cuerda que estará escondida en este hueco y descuélgate por esta parte de aquí delante hasta llegar a la caverna que queda a mitad de la roca. Después utiliza la otra que encontrarás allí para llegar hasta el valle. Pero ten en cuenta que esto sólo es una mera precaución, nada más. De todos modos, no temas: podrás descender sin problemas por el camino principal y, cada vez que te encuentres con un extraño, explicarás que tu malvado patrón y los malditos cátaros te habían emparedado viva pero que has conseguido liberarte. Dirás que lo hicieron para impedir que abjurases de ellos y contases todos sus orgiásticos ritos paganos.

—¡Nunca podré fingir así! —Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Claro que sí! Tu habilidad para mentir y la máscara con la que te ocultarás de vez en cuando logrará derrotar a los hijos de Lucifer. Irás siempre cubierta con una capa negra y te harás pasar por una apestada o una leprosa. Sobre todo, odiarás a los señores excomulgados; Occitania y los condenados cátaros representarán para ti la encarnación del Mal. Si es preciso, finge, blasfema, roba… mata incluso si te ves obligada a ello, pero has de llegar a aquella gruta que queda cerca de Tarascón.

La animé con mis puños alzados y vibrantes. Le di todas las indicaciones que también había facilitado a Guilhem Montanhagol. Le mencioné el contenido del libro.

—Basta con que lleves las páginas en griego. Las que están en latín

no son importantes.

—¡Pero si no sé leer ni escribir! —Sus ojos ardían desesperados.

—Olvida todo cuanto te he dicho. Lleva contigo los dos manuscritos. No te preocupes, son muy pequeños.

—Pero ¿adónde, señor? ¿A quién debo entregarlos? —Agitó su bella cabeza mientras extendía las manos.

—Tu destino será el norte, el centro de Europa. La meta exacta la decidirás tú misma. Escoge un lugar donde establecerte. Dependerás sólo de ti, de tus conocimientos, de tu inteligencia, de tu instinto. Elige el lugar más seguro y a la persona más digna y adecuada. Sin apenas entender el contenido de esto que llevarás contigo, has comprendido lo importantes que son estos libros. Sólo esto cuenta.

—¿Y por qué una mujer, señor?

—Porque tu cara de ángel engañará a cualquiera. Todos creerán lo que cuentes. Porque ellos consideran que la mujer es un ser inferior, un animal, una criatura capaz de satisfacer deseos insanos, adecuada sólo para la servidumbre y la procreación. ¡Brasas del infierno! ¡Por eso venceremos en esta batalla, Perella!

—Me parece una responsabilidad demasiado grande para mis pobres manos —dijo mientras conseguía vencer su emoción.

—Tienes razón: tu misión es grande, enorme. Pero tú entregarás las *llaves del saber* al mundo. No corras, no te apresures. Eres muy joven y tienes toda la vida por delante. En cuanto puedas, únete a una caravana de peregrinos y leprosos, y nunca bajes la guardia. Lo conseguirás, Perella, estoy seguro. Esclarmunda te guiará, su alma será tu luz.

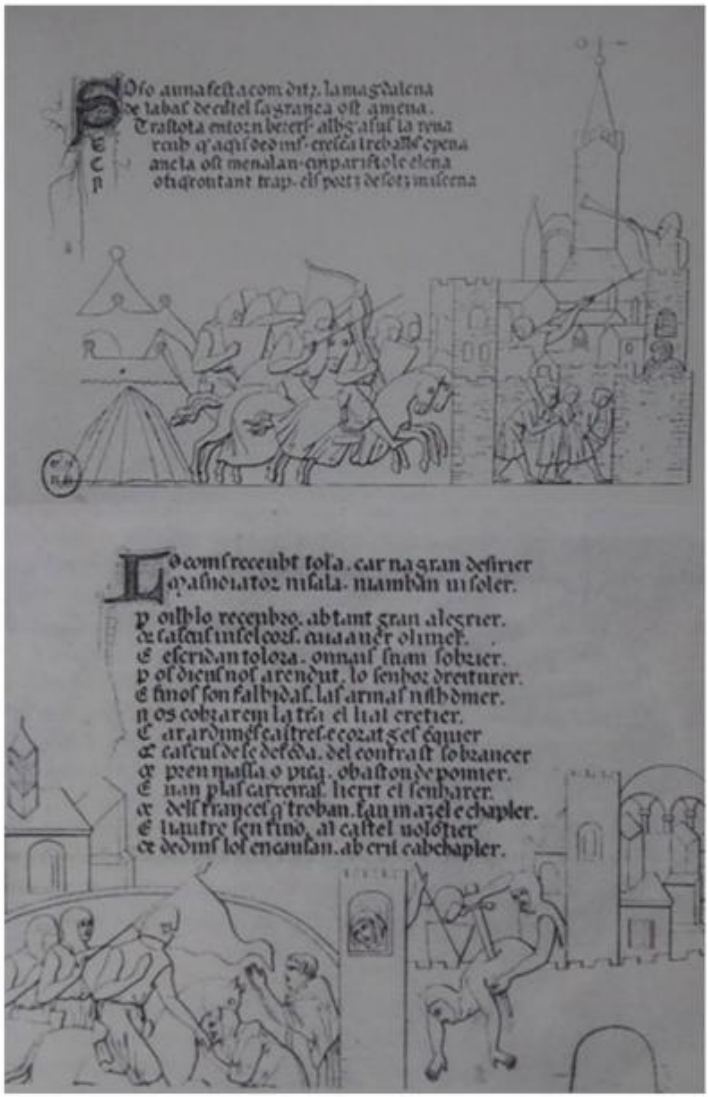
La joven se echó de nuevo en los brazos de Esclarmunda, sin separar sus ojos enfebrecidos de los míos. Luchando contra la emoción que había embargado el ánimo de todos, Esclarmunda me susurró:

—Ha vuelto a llover. Es un buen momento para que le enseñes el agujero donde tendrá que esconderse. No hay tiempo que perder.

Se oyó la llegada del enésimo peñasco, el ruido de derrumbe en el castillo y gritos de dolor. Perella besó los ojos de su amiga:

—Esclarmunda, esta vez Satanás ha hecho mal las cuentas…

Capítulo XII



El retomo del conde Raymond VI a Toulouse (Arriba).
La toma de Béziers (Abajo).

La noche del primero de marzo se hizo el último intento desesperado por destruir el gigantesco trabuco. Treinta voluntarios debían descolgarse por las murallas del castillo, pasar por el angosto corredor, sin caer en el precipicio, y asaltar la explanada de la cresta oriental, donde se hallaba la máquina de guerra.

Entre los soldados se encontraban el joven hermano de Esclarmunda, Jordán, y un catalán, Pere Ferrier, primo de fray Ferrier, el feroz inquisidor dominico. El comandante de la guarnición de Montségur estaba muy contento de que Pere se hubiese ofrecido para aquella empresa; lo consideraba uno de sus mejores hombres… si bien alguien había hecho circular el rumor de que era el traidor. ¿Quién mejor que él —decían—, el primo del otro Ferrier, para hacer doble juego? Y también Pere se sentía orgulloso por tener la posibilidad de rescatar su buen nombre con una acción heroica.

La operación comenzó enseguida después de un tiro fallido de un proyectil. Todos habíamos aguzado el oído mientras esperábamos, rezando, soñando con un grito de victoria en occitano. La noche era tranquila, sin lluvia ni viento, con las quebradas de la montaña cubiertas de nieve. El suave silencio de la noche fue roto por el metálico chocar de espadas. Después, aullidos de dolor, gritos de furor e invocaciones de socorro. La batalla fue breve y el clamor se apagó. Sólo se oyeron los gemidos de los heridos. Poco a poco, las dos partes retiraron sus cuerpos y la quietud volvió a la cima de Montségur. Quedó claro que ningún grito de victoria en occitano rompería aquel silencio.

Cuando más tarde volví a la cabaña con Raymond de Saint Martin, Pierre-Roger nos acompañó. Deseaba nuestra opinión acerca de la decisión que debía tomar. Intenté tranquilizarlo:

—Habéis hecho todo cuanto estaba en vuestra mano, no debéis amargaros. Ya estaba escrita esta página de la historia de Montségur: tan sólo debéis procurar que esta capitulación la tengan que esperar

con ansia. Decidles que los cátaros necesitan tiempo para celebrar sus ritos y prepararse para la muerte. Aducid cualquier otro motivo, sea cierto o no, para ganar tiempo. Fijad la fecha lo más tarde posible. Conviene que lleguen muy desanimados. Quizás aquel día tengan el ánimo y las fuerzas tan mermadas, que, alegres y exultantes por el triunfo, aflojen el cordón en torno al castillo y nuestros hombres puedan pasar.

—Pero estad seguro de que pedirán rehenes como garantía —en su rostro se apreciaba claramente la resignación.

—Concedédselo. Es más, si exigen la presencia de cualquiera de sus hombres en el castillo, no os opongáis.

—De acuerdo, Giordano. Tendré en cuenta vuestras sugerencias. Ahora debo ir a desanidar a una serpiente oculta en el castillo —su voz estaba cargada de furia. Hizo un amago de irse.

—Pierre-Roger —Raymond lo sujetó por el brazo—, la venganza no os traerá ningún beneficio. Dejad a ese infeliz. Nada ni nadie podrá devolvernos a los hermanos que hemos perdido esta noche.

—No puedo, Raymond. Aún existe un código de honor entre los militares y he jurado por la muerte de mis hombres que ese traidor no dejará el castillo para recoger las treinta monedas de la mano de esos malditos hijos de Satanás —y desapareció en la oscuridad.

Al día siguiente, la gigantesca máquina de guerra se detuvo y llegaron a la fortaleza los primeros representantes del arzobispo Pierre Amiel y del inquisidor Ferrier para negociar la rendición.

En el centro del patio de armas encontraron a Pierre-Roger de Mirepoix y a Ramón de Perella, quienes los esperaban.

Entre los escombros había sido erigida una horca. Los dos cruzados, al final de la negociación, fueron invitados a llevarse el cuerpo ahorcado y sin vida del traidor Guilhem Vidal. Los dos emisarios titubearon. Ramón de Perella se dirigió a ellos con una sonrisa cargada de ironía y amargura:

—Vaya, no os preocupéis. El arzobispo y el dominico se alegrarán de que no lo enterremos en tierra excomulgada e infectada por la herejía. Al fin y al cabo, era uno de los vuestros. Aunque, a decir verdad, no traicionó a estas gentes a cambio de una santa sepultura… Tomad el cuerpo y lleváoslo.

Los dos hombres quitaron el dogal que rodeaba el cuello del cuerpo inanimado y lo depositaron en el suelo. Después, uno de ellos se lo cargó a la espalda y se fueron.

Había asistido a la escena desde un rincón, sentado sobre una de las esferas de piedra diseminadas por el patio. El gris del invierno comenzaba a disolverse lentamente: un rayo de sol se coló a través de

las nubes y se dejó caer con suavidad sobre los escombros y los montones de cascotes.

Mediada la tarde, los dos cruzados regresaron para comunicar la respuesta. Poco después, Ramón de Perella se dirigió adonde yo estaba. Lo esperaba con impaciencia.

—¿Y bien? —le pregunté con un tono grave.

—Han aceptado todas nuestras condiciones… También la de la tregua mínima de dos semanas, siempre y cuando les entreguemos algunos rehenes como garantía. Mi hijo Jordán ya se ha ofrecido. Concederán la libertad a toda la gente refugiada en el castillo, incluida la guarnición, además del honor de mantener nuestras armas sin que se nos confisque bien alguno. Tan sólo debemos firmar una declaración en la que mostremos nuestro desagrado por lo ocurrido.

—¿Vuestro desagrado?

—Nuestro desagrado… no nuestro arrepentimiento. A mi yerno, al igual que el resto de los hombres que participaron en la matanza de Avignonet, se le ha concedido el perdón. La única contrapartida es que este montón de piedras pasará a ser propiedad de la Iglesia y el rey de Francia.

—Pero… ¡se trata de una victoria en toda regla, Ramón! En realidad, son ellos los que se han rendido y, aunque todo esto se deba a un acuerdo entre el conde de Tolosa y el papa, podemos considerarla como tal.

Sin embargo, la mirada y el rostro de aquel hombre mostraban una gran pesadumbre.

—Giordano… A los cátaros y a ti… Os espera la hoguera.

—Pero eso ya estaba claro desde el principio del asedio: Satanás puede renunciar a cualquier cosa, salvo a los cuerpos que se han atrevido a desafiarlo.

—¡Nosotros también hemos luchado contra los cruzados! —tronó.

—Tan sólo habéis participado en una pequeña batalla para defender vuestra tierra, vuestro castillo, vuestros derechos. Mi caso es distinto: he intentado expulsarlos, borrarlos de la faz de la Tierra. Los cátaros, aunque por otra vía, también se han enfrentado a ellos hasta el punto de obligarlos a escoger entre la supervivencia de su satánica Iglesia de Roma… o el amor de Cristo.

—Giordano… Entre ellos se encuentran mi suegra, mi mujer y mi hija, y no se detendrán ante las llamas. Son obstinadas. Las conozco.

Miré a aquel hombre dolido y confuso.

—No se trata de obstinación, Ramón. Es amor, fe, dignidad. Y es humano que vos no lo comprendáis, porque si así fuera las seguiríais. Además, debéis tener presente que vuestras vidas se las debéis a

quienes se sacrificarán en el fuego. Sólo una gigantesca hoguera aplacará la sed de sangre de esos condenados. Saben perfectamente que un verdadero cristiano prefiere morir antes que renegar de su amor a Cristo. Saben que nadie se postrará a sus pies para mendigar esta vida. Pero, si algo tan impensable ocurriera, Ramón… ¡les echarían a viva fuerza a la hoguera! A un soldado puede dejársele incluso la espada, pero es preciso quemar a un cátaro. No debe quedar huella de su pasado ni de su palabra. Su voz los aterroriza porque despierta las conciencias. Su grito empuja hacia la libertad y precipita en la preciosa ascensión del amor. Y muchas voces pueden crear una ventisca que acabe por sembrar la revuelta. No lloréis por ellas, Ramón. Están a punto de emprender el verdadero camino de la luz.

—¡Estáis loco! Creía que al menos vos teníais los pies en la tierra. Jamás habría imaginado que os dejaríais llevar por su fanatismo —desaprobaba con la cabeza desesperado.

—El hecho es que, en un mundo como el nuestro, donde el hombre es Dios sobre la Tierra, no podéis concebir que tres mujeres, sin consultaros ni pediros permiso, hayan mostrado el valor necesario para desafiar, y llegar al sacrificio último, a esa espantosa organización que hace temblar a pueblos enteros. Ramón… vuestra hija Esclarmunda está ciega, apenas puede moverse… pero posee un coraje tal, que sólo podría ser igualado por un ejército. Su fuerza se llama amor y es capaz de romper cualquier atadura para salir al encuentro de la luz. Y yo, un simple hombrecillo, he tenido la suerte de seguir su estela —el hombre me miraba con una expresión de estupor e ira—. Ramón, sólo sabía luchar… luchar… Y, mientras combatía, iba perdiendo el sentido de por qué lo hacía. No me daba cuenta de la niebla que me iba envolviendo. Esclarmunda ha aclarado toda mi vida. Ha logrado arrebatar mi alma de este cuerpo antes de abandonarlo a las llamas. No lloréis por ella.

—No he sido un buen padre para ella… del mismo modo que no he sido un buen yerno para Marquesia ni un buen marido para Corba. Hasta hace unos días, he pasado buena parte del tiempo discutiendo con mi yerno sobre los derechos hereditarios de estas ruinas —lloraba, se desesperaba; tenía la mirada confusa de un hombre que había perdido su firmeza ante el destino, rota por aquella guerra, tan distinta de las otras. Continuaba mirándome, buscando algo en su alma o en la determinación que quizá reflejaban mis ojos—. Pero ¿nunca habéis tenido dudas? ¿Acaso sólo existen para vos el blanco y el negro, la luz y las tinieblas, el Bien y el Mal, Giordano? ¡Siempre sabéis lo que se debe hacer, de qué parte estar! Para vos, debo de ser una pequeña, ciega, monstruosa criatura racional, un miembro de esta

miserable pocilga que en nada ha contribuido a la historia del hombre, un caudillo que no ha sabido estar a la altura de estos tiempos ni de esta misión. Sí, quizás estéis en lo cierto al hablarme y mirarme de esa manera. En todo cuanto está sucediendo, no me atrevo a alzarme contra lo que vos gritáis, aunque, para mí, ésta no es una guerra entre el Bien y el Mal. Para mí, los cátaros y los occitanos son víctimas de la necesidad histórica. Esa necesidad que hoy se llama Santa Sede y reino de Francia, simples y sólo simples acontecimientos históricos. ¡Maldita necesidad histórica! —El vozarrón sonó apesadumbrado; sus ojos mostraban la desesperación—. En lugar de ir al galope a Oxford y cambiar el curso de la historia, ¿para qué habéis venido aquí? ¿Para dejaros caer en las fauces de Satanás? Quizá bajo vuestra imagen de héroe perfecto y valeroso se esconde un ser humano, ¿una criatura capaz de olvidarse de la humanidad entera sólo por la luz de los ojos sin vida de mi hija?

Sus palabras y las verdades que me había dicho me conmovieron, pero preferí guardar silencio. Poco a poco, dejamos de mirarnos. Mientras un viento frío se colaba entre los escombros del patio, lo dejé y volví a mi cabaña.

Debía apresurarme para terminar estas memorias: sólo me quedaban dos semanas. Por fin había un poco de paz en el castillo. Se curaban las heridas y se compartían sueños y temores.

Ya no se lanzaban proyectiles que causaban muerte y destrucción. Tampoco había traidores. Tan sólo había gentes que se disponían a partir y gentes que se preparaban para morir.

Capítulo XIII

Raymundo VI recibe la absolución en Saint-Gilles, grabado del siglo XIX.

Han pasado casi dos semanas. Hace unas noches, el cielo era límpido, aunque frío. La Luna debía de ocultar Aldebarán, la estrella más brillante de la constelación de Toro, y por fin he hallado un poco de paz para hacer la última serie de observaciones y cálculos. El paralaje de la Luna llena es igual al de su cuadratura, ¡En ambas posiciones, la distancia entre la Tierra y la Luna es idéntica! ¡Toda la teoría de Aristarco era cierta!

Hoy es 14 de marzo de 1244.

La noche está avanzada. He encendido las cuatro lucernas: ya no necesito racionar el aceite de linaza. Los *boni homines* que comparten conmigo esta cabaña tampoco duermen: leen y dejan que su ánimo se hunda en la quietud de la montaña.

Uno de los cruzados que se encuentran ante la puerta principal se llama Bernard Maurand. ¡Es Guilhem de Montanhagol! He conseguido comunicarme con él gracias a un niño, que dentro de poco le dará un odre para el vino… en cuyo interior se halla el manuscrito de *La vía del Sol*. Guilhem ya ha preparado un hueco oculto en la silla de su caballo. Si todo va bien, un día vendrá a recuperar también estas memorias, que dentro de un rato esconderé en la profunda gruta que queda a media pared.

Junto con sus compañeros de Camon sur Herse ha abandonado la posición en el valle por orden del hermano Ferrier, quien, desde hace unos días, se ha convertido en el oficial en jefe de todos los cruzados, pues Pierre Amiel ha tenido que volver a Narbona para realizar una misión importante.

«Querido Giordano —me cuenta Guilhem en la hoja que me ha traído el chico—, me he visto obligado a quitarle la vida a un compañero al que aterrorizaba la idea de acabar en la hoguera y que estaba dispuesto a traicionarme. Dios me juzgará por lo que he hecho, pero no puedo echar por tierra, ni en los brazos del enemigo, nuestras últimas esperanzas. Este inevitable derramamiento de sangre me ha permitido, por otra parte, conquistar la confianza y la benevolencia del sanguinario Ferrier, a quien decidí contar lo ocurrido, explicándole

que hube de defenderme y que mi víctima estaba a punto de traicionar a los cruzados, favoreciendo probablemente cualquier fuga. Les he recomendado que doblasen la vigilancia porque me parecía que mi compañero podía haber evacuado todo el valle. Elogió mi comportamiento y me aseguró que, en estos momentos, nadie podría intentar escapar del castillo… porque teníais cosas más importantes que resolver, pues debíais decidir si elegir o no el tormento del fuego. Y decidir —de una vez por todas— ¡si acabar o no con vuestro sometimiento a Satanás!».

Al leer las palabras de Guilhem, me he convencido de que el cerco no se ha aflojado y que Lucifer espera a que le ofrezcan los últimos corderos, antes de que se acabe esta obra infernal.

No hace mucho, cuando hablaba por última vez con Poitevin, Hugo, Matheus y Amiel, no les comenté nada sobre mis pensamientos, he continuado actuando hasta el final, mientras les ayudaba a colocarse la faja correctamente sobre el pecho, con la copia del manuscrito bien escondida. No he dejado ningún cabo suelto, pues Lucifer es muy meticuloso y siempre está atento a los detalles más insignificantes. Cuando, mañana por la noche, se represente el último acto, debe quedarse ilusionado con nuestros ardides, de manera que su pecho pueda henchirse de soberbia y de Mal. Aullará de alegría y su orgullo le hará creer que está a punto de estallar cuando capture a los cuatro valientes fugitivos y las copias de *La vía del Sol*.

Y precisamente en medio de aquellos gritos de satisfacción, entre el humo cargado con el hedor de nuestros cuerpos quemados, Guilhem y Perella se escabullirán y conseguirán escribir un epílogo revolucionario.

Mañana por la noche volveré a estar con Esclarmunda en el patio de armas y, en compañía del resto, cantaré, rezaré, soñaré y recordaré.

Dejaré bien claro a los cruzados que no haré nada por huir y cubriré la fuga de mis cuatro compañeros.

Ayer Corba recibió el *Consolament* de manos de Bertrand Marty. Esclarmunda lo hará mañana. Hoy, después de la hora sexta, la he acompañado a la torre del castillo. Antes de almorzar, ha preguntado a Perella si podría tener una cuba de agua caliente. Su amiga la ha ayudado a lavarse y después la ha cubierto con una túnica celeste. Después nos hemos sentado a la mesa con su padre y sus hermanas.

Al atardecer he visitado los bastiones. La colina que quedaba a nuestros pies parecía un hormiguero: se avistaba un inmenso ejército de cruzados, el mismo que había esperado la rendición de los últimos

rebeldes durante más de diez meses. Ya hace dos días que los bosques han sido asaltados y que se han abatido los árboles más secos para convertirlos en leña y transportarlos hasta allí, al fondo, a la derecha… al final de la senda principal. En el patio se ha preparado el gigantesco estrado en el que habremos de comparecer. Lo han erigido con maestría. No en vano quienes lo han hecho son expertos en las obras de este tipo. En el pasado, algunos se venían abajo y el satánico espectáculo acababa por convertirse en una escena burlesca. Por eso han puesto tanto cuidado al preparar la pira en Montségur: un enorme cadalso rectangular elevado sobre el suelo —casi dobla la altura de un hombre—. A la izquierda, la escalera para subir en el patíbulo. Bajo el estrado se han amontonado fajinas, haces de brezo y leña seca distribuidos en capas bien apretadas. En el centro se alza un centenar de postes a los que probablemente seremos atados. Alrededor, se han colocado enormes recipientes llenos de pez que se verterán en el último momento para impedir que la humedad de la madera pueda aguar la fiesta.

Observaba el trajín incesante en torno a la pira para dar los últimos retoques mientras el sol se escondía detrás de la montaña manchada de nieve. Lanzaba violentos destellos sobre una nubecilla gris que lo perseguía. Después, el astro incandescente desapareció, dejándola sola, pero aún inflamada.

Cuando las tinieblas envolvieron la montaña, apareció el brillo de las estrellas. He bajado a la torre. Esclarmunda se ha apoyado en mi hombro y mi brazo. Hemos ido hacia el patio. Se esforzaba, apretaba los dientes, luchaba… pero lo ha conseguido. Son las últimas pruebas. Quiere caminar sola hacia la hoguera.

Sentados por todas partes, los *perfectos* cátaros —hombres y mujeres— vestían una sencilla túnica de color azul oscuro, ceñida a la cintura con una faja o una cadena. En el centro, habían encendido un fuego y se habían fijado algunas antorchas en lo que quedaba de las paredes. Alrededor, recostados sobre los muros, sentados o de pie, muchos soldados de la guarnición, con sus mujeres y sus hijos.

He acompañado a Esclarmunda al lado de su madre y su abuela, y luego he procurado alejarme. Sin embargo, tras estrecharme la mano, me ha dado a entender que me quedase con ellas. En los bastiones, todavía armados, nuestros soldados hacían guardia. En la puerta principal, dos cruzados, el único signo del mundo exterior. Al lado del fuego, el obispo cátaro Bertrand Marty, casi calvo, de rostro enjuto y cubierto por una barba blanca.

Ha juntado las manos en gesto de oración y ha mirado alegre a la *perfecta* que se encontraba a su lado.

—Hermanos cristianos, oremos junto a nuestra hermana Raymonde.

Raymonde de Cuq es una mujer que se parece bastante a la madre de Esclarmunda. Pequeña, con los cabellos blancos recogidos detrás de la nuca, de aspecto frágil… hasta que se encuentran sus ojos entre verdes y castaños, en los que se adivina toda la fuerza de un alma que se siente dueña absoluta de su propio destino: la fuerza de un amor inmenso. Ha comenzado a recitar la bellísima plegaria que tantas veces había escuchado en Béziers o Montségur. Nuestras voces la han acompañado.

—Padre Santo, Dios justo de las almas buenas, tú que no yerras jamás, que no mientes ni dudas, por miedo a que la muerte se nos lleve en el mundo del Dios extranjero, del Príncipe del Mal, permítenos saber lo que tú sabes y amar lo que tú amas, porque no pertenecemos a este mundo y tampoco éste es el nuestro.

Después recitamos un padrenuestro y ella pasó a comentar un versículo de la oración, tal como suele hacerse.

—Queridos hermanos cristianos, aunque en estos momentos tan sólo deberíamos resumir nuestro paso por esta tierra, creo que es justo y necesario comportarnos hasta el final como hemos venido haciéndolo hasta ahora, sin renegar ni un instante del amor dedicado a Nuestro Señor Dios. Antes de comentar el padrenuestro con nuestras propias palabras, querría que tuviésemos un pensamiento de amor y gratitud a todos los mártires que nos han precedido, a todos los *boni homines* que, con su ejemplo, han enseñado a nuestro corazón a luchar por todos los hermanos de la Tierra, sea cual fuere su estado o religión, y no tener miedo de amar, de gritar, de buscar la verdad. La verdad es libertad. Hablo de nuestros hermanos cuyos cuerpos han sido reducidos a cenizas y fango, cuyas almas hoy rezan junto a nosotros. Gaucelin, Johan Cambitor, Jeanne Filesacs, Raymond Blasque, Guilhabert de Castres, Esclarmunda de Foix y tantísimos otros que, sí, nos han enseñado que este mundo es efímero, vano, frágil, inútil, ilusorio, pero necesario para ganarnos el retorno a nuestra patria eterna —unió las manos en gesto de plegaria y después nos abrazó a todos extendiendo los brazos.

Mientras escuchaba, he tenido la sensación de que era transportado en el tiempo, hacia el pasado. He revivido la primera prédica de Guilhabert en Béziers, cuando yo era un joven enamorado y acariciaba la mano de mi Yolanda en aquella sobria sala pintada de blanco.

Y en ese preciso momento en que mi corazón se veía inundado de

nostalgia… en ese momento Esclarmunda ha buscado mi mano. ¿Qué nos une? Hay algo que no logro comprender, que escapa a mis sentidos, a mi mente. Parece que Esclarmunda y yo estemos separados, que poseamos vidas autónomas, pero de vez en cuando todos nuestros pensamientos, nuestras almas, se rozan. Me ha ocurrido varias veces: cuando me asaltaba el recuerdo de Yolanda, Esclarmunda se refugiaba entre mis brazos y, en momentos de desesperación, siempre encontraba nuevas fuerzas en el cariño de sus palabras.

Ignoro qué escribo. Llevo toda la vida escribiendo, luchando, huyendo, matando… y amando. Alguna vez paro mientes en mi pobre existencia y en lo que el Mal me ha hecho, aunque sólo ahora comprendo que, como hombre, apenas valgo nada. Yo represento algo si puedo comunicar, mi amor tan sólo vale si puedo volcarlo en alguien, la rabia que trasluce este escrito sólo tiene sentido si puede dirigirse hacia alguien y consigue sacar al hombre de su sopor.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Que el Príncipe del Mal también es importante? ¿Que las tinieblas también dan sentido a esta vida? Pero ¿quién es el Príncipe de las Tinieblas? ¿Quién eres, Lotario de Conti de Segni? ¿Quiénes somos los dos? ¿Por qué te encontré en aquella torre, en Nemi? ¿Por qué yo, un pobre expósito, he desafiado tu poder y tu imperio? ¿Acaso necesitabas un enemigo como yo para acrecentar tu orgullo y tu poder de destrucción? ¿Acaso yo necesitaba un gran enemigo de la libertad como tú para alzar la vista de mis números y mi mundo ficticio? ¿Eres tú, Príncipe del Mal, otro dios? Debo saberlo porque, si fuese así, todo tendría un sentido. ¡Todo! ¡La muerte de esta joven ciega que me ha cogido la mano, mi muerte, la muerte de estas criaturas que han escogido el amor! Pero si no eres otro dios, si sólo eres un ángel rebelde, si fueses una criatura de Dios… ¿qué sentido tendría? ¿Acaso todo esto es un montaje teatral? ¿Acaso tú, oh Dios de la Luz, nos has puesto a prueba? ¿Y para ello has sido capaz de crear e insuflar el hálito vital a seres como Inocencio III y Arnauld Amaury? ¿Para probar mi fuerza de espíritu has permitido que degollasen a mi Yolanda? ¿Que rajasen su vientre con un cuchillo para sacar a mi Esclarmunda y matarla antes de que pudiese ver la luz del sol? Perdóname, Señor, perdóname si yo, como todas estas criaturas, necesito creer que el Príncipe de las Tinieblas es otro Dios, ¡alguien al que puede reconocerse y combatir! Perdóname. Es todo lo que esta criatura tuya puede pensar y hacer dentro de esta cáscara.

Perdóname, Señor, perdóname porque mientras el coro ha

comenzado a elevar su vehemente voz al cielo estrellado y aferraba la mano de Esclarmunda, me he fijado en el mechón rubio que descendía por su delgado cuello hasta la túnica celeste, en sus profundos ojos azules, su naricilla, su bellísimo rostro y sus finísimos labios en forma de corazón… He temblado al pensar en el fuego que devastará la pureza de esos rasgos y he comenzado a llorar porque no quiero que muera. Soñaba con vivir a su lado, cuidarla con mi amor, curar sus piernas y sus ojos, y llevarla un día a contemplar un alba o un ocaso sin que yo le describiese los colores del sol. Lloro porque el mundo y la vida han vuelto a mi interior y desearía tener una fe tan firme como la suya.

Ahora ella eleva su voz, sola, a ti, y está arrebatando a todos por una emoción sin fin… Oh Dios… Dios… dame un poco de luz… Qué fácil era cuando luchaba… ¡Maldita sea!, qué difícil es abandonar esta prisión. ¿Por qué, Señor, has abierto el cielo y nos has mandado esta espléndida noche estrellada? ¿Por qué Esclarmunda es tan bella? Señor, es más difícil… es más difícil dejar esta cáscara… Ay, Señor, creía que en estos últimos momentos no me asaltarían las incertidumbres. ¿Por qué me cuesta tanto unirme a la voz clara de Esclarmunda y hablar contigo como hacen esas gentes? ¿Por qué mi mente, que casi siempre logra intuir y comprender mi alma, por qué a veces la rechaza y la niega, echa mano de la lógica y dice que basta, que no se puede ir más lejos? ¿Por qué, Señor Dios, sufro esta lucha dentro de mí? ¿Por qué yo, que estoy firmemente convencido de la existencia de la luz que llevo dentro… por qué ahora lloro al pensar que dentro de un día acabará mi amor humano por este ángel que tengo a mi lado?

El coro ha vuelto a elevarse y Esclarmunda ha llevado sus manos a mis ojos. Poco a poco, la noche se ha vuelto más fría. Mi llanto se ha secado. Ha habido la confesión pública: Esclarmunda y yo hemos hecho partícipes a todos, en voz alta, de nuestra vida. De nuevo hemos cantado… y esta vez me he unido a ellos.

Cuando una luminosa Luna ha ascendido por detrás del monte Tabor, hemos vuelto a nuestras cabañas: nos esperaba la pequeña Perella, quien ha llorado amargamente entre los brazos de su amiga. Luego la he acompañado a la angosta grieta en la roca, le he dado dos aguijones de acero, guardados en unas vainas de cuero con lazadas.

—Lleva una en cada pierna, Perella… y no dudes en usarlas si es necesario. Y cuando te asalten la angustia y la desesperación, cuando estés a punto de ceder, piensa en el fuego que engullirá a Esclarmunda. Adiós, mi pequeña valiente.

—Adiós, señor. Mañana permaneced al lado de Esclarmunda —me

abrazó conmovida y entró en la grieta, comenzando a construir, piedra sobre piedra, una inextricable llave.

He mirado el firmamento por última vez. Sería muy bello explorarlo a la luz de la nueva teoría: la Tierra ya no es el centro del universo. Nunca lo ha sido. Y el Sol, el astro de luz y fuego… ¡se ha convertido en el centro de todo! Lo alcanzará Perella. No sólo tengo esperanzas: Dios me dice que tantas muertes y masacres no han sido en vano. Pasado mañana, en Montségur, acabará la historia del catarismo occitano. Falta un día para que concluya la guerra de un pueblo que ha luchado por su libertad. Pasado mañana, la Inquisición y el imperio del Mal se desharán de las últimas trabas en el camino de la tiranía. Pero no conseguirán detener a Perella. Dios la ayudará… Debe ayudarla… Es una pequeña criatura… Como yo… Como Aser…

La abuela Marquesia rezaba en silencio. Sobre su rostro surcado de arrugas se traslucía la pureza de la serenidad, la dulce conciencia de haber conseguido borrar cualquier sombra humana. Esclarmunda invocó mi nombre.

—Giordano.

— votre noms signifia que vos donats clardat el mon per ver etz monda N'Esclarmunda,

.

He tomado la mano que ha extendido hacia mí. La he besado suavemente en las pestañas que, al darse cuenta de que acercaba los labios, se han cerrado por un instante. Después he intentado descifrar la profunda transparencia de sus ojos claros.

—Esclarmunda… no son carentes de luz: están llenos de profundos resplandores… He comenzado a leer dentro de ellos.

—He regalado tu flauta a Perella. Me ha dicho que la llevará consigo para no olvidarnos nunca.

Me he arrodillado delante de ella escondiendo mi rostro en su seno, mientras un profundo sentimiento de paz ha aplacado por fin mi angustia y desesperación. Las delicadas manos de Esclarmunda me han acariciado el pelo y su voz me rozaba el alma.

—No tengas miedo, Giordano. ¿Recuerdas el sueño que tuvimos hace tantos años? Hemos vivido con antelación nuestro viaje. Nuestra alma es inmortal, juntos hemos logrado recordar su origen y su destino. Juntos tuvimos su verdadero sueño… volver al valle eterno y dejar atrás este exilio y esta prisión, abandonando para siempre esta primordial ciénaga de sombras. ¿No te das cuenta de lo que sufre nuestra alma aquí? ¿No recuerdas ya la estela de luz que partía de este

pentágono de cristal?

Epílogo

Estas últimas páginas fueron añadidas al manuscrito original por el trovador Guilhem Montanhagol, quien vivió alrededor de 1244. Este poeta y patriota occitano, que había cantado las gestas de la noble perfecta *cátara Esclarmunda de Foix, fue un rebelde contra la Iglesia de Roma y contra el rey de Francia, y fue, sobre todo, un enemigo jurado de la Inquisición*.

Ha transcurrido otro mes desde el 16 de marzo de 1244.

He recuperado también este manuscrito y he terminado de leer, prácticamente ahora, la vida de Jordanus de Nemore. Me hallo en la cueva indicada por él y siento el deber de añadir estas páginas a su historia.

La noche del 14 de marzo —la misma en la que logré que me asignasen el puesto de guardia en la puerta del castillo de Montségur —, mientras escuchaba los cánticos y las plegarias, luché por frenar las emociones que me asaltaban. Giordano consiguió entregarme, a través de un chiquillo, un pequeño odre que pude esconder sin dificultad en el hueco que había preparado en la silla de montar. La vida que me vi obligado a quitar a mi compañero —a punto de traicionarme— no sólo consiguió salvarme, sino también sustraer aquellas revolucionarias páginas. Sé que habré de rendir cuentas a Dios de cuanto he hecho, pero prefiero afrontar su juicio antes que ver cómo triunfa el Mal en mi tierra.

Al terminar estas páginas, ocultaré la memoria de Giordano en la misma grieta donde tenían que estar los manuscritos de Plauto y Teofilato. Una pequeña pero valerosa joven ya los ha tomado y se dirige hacia su destino. Llevaré sólo conmigo una copia de *La Vía del Sol*, escondida en el odre, y partiré hacia Oxford para entregar a Roger Bacon una copia de las *llaves del saber*.

*

Al alba del 16 de marzo todo estaba preparado.

En el campamento de los cruzados reinaba una impaciente atmósfera de espera: todos querían ver la cara del grupo de rebeldes que había logrado, durante casi un año, retener a aquel ejército bajo el sol, la lluvia o la nieve. Además, era hora de terminar con aquello y volver a casa. Los últimos dos días había lucido un sol frío. Aquella mañana, en cambio, era negra, plomiza.

Me había acomodado al final de la senda principal, al lado de la gigantesca pira. Un poco más lejos, más allá de donde se encontraba el senescal de Narbona, Hugues de Harcis, estaban todas las autoridades de la Iglesia: el limosnero y el superior del monasterio de Caunes, Raymond de Faric y Raymond de Autignac, los dominicos Guilhem-Sanche, Eudes y Guilhem-Jean, el despiadado inquisidor Pierre Durant y su feroz compañero, Ferrier, prior de los dominicos de Narbona y mano derecha de Pierre Amiel… el único ausente. Había, además, un grupo de frailes predicadores que portaban grandes crucifijos en la mano, venidos de todas partes para asistir y participar en aquella infame representación.

La empinada senda estaba flanqueada por una larga columna de cruzados que serpenteaba por todos los recovecos, hasta llegar a la parte más alta del castillo.

Hacia la hora tercia, comenzaron a salir los soldados de la guarnición, con Pierre-Roger de Mirepoix a la cabeza, recibido en honor de armas. Le seguía su señor, Ramón de Perella, con sus hijas Felipa y Arpaix, y después el resto de las gentes del castillo, hombres, mujeres y niños. No conseguí leer en ninguno de sus rostros la menor sensación de alivio por haber salido de aquella prisión y haber recobrado su *libertad*. Ramón de Perella parecía caminar hacia el cadalso en lugar de cumplir con una honrosa rendición. Su expresión era la de un hombre destruido.

Todos se situaron al lado de la pira, mientras a su alrededor una decena de dominicos se acercaba con antorchas en la mano. Precedidos por un fraile de mirada impasible que agitaba un turíbulo con el que arrojaba fúnebres vaharadas de incienso, comenzaron a llegar los *perfectos* cátaros cubiertos con sus túnicas de color azul oscuro, descalzos, con los pies ensangrentados, las manos atadas por detrás de la espalda con cuerdas y cadenas, cantando dulcemente el himno que había escuchado hacía dos noches. Cuando alguno de ellos no podía mantener el paso, uno de los muchos frailes predicadores, que jalonaban aquel vía crucis, lo obligaba a caminar entre gritos y empujones. Al frente iban Bertrand Marty y Raymonde de Cuq,

seguidos por Guillaume de Johannis y el resto. También marchaban algunos hombres de la guarnición que se habían convertido, así como sus esposas: Pons Narbona y Arzendis, Arnaud Domec y Bruna… y todos los demás. La lenta procesión y el cántico que de ella se elevaba no sólo llenaban de angustia mi ánimo, pues era muy probable que también se sintiesen así los soldados que lo contemplaban con ojos entristecidos. El hermano Ferrier debió de intuir que la dulzura de aquel canto comenzaba a contagiarse y ordenó a los frailes que comenzasen a aullar a la muerte: la suave y melodiosa cantinela quedó ahogada por el *Veni Creator*. El coro de los predicadores me causó un escalofrío. Pero la mirada llena de paz de los mártires cristianos parecía estar muy lejos de aquel estruendo infernal. Los cátaros continuaron cantando con una serenidad que se traslucía en sus rostros. Daba la sensación de que los envolviese una luz que los protegía de los insultos y las agresiones.

Sólo dejaron con las manos libres a los que se vieron obligados a transportar a sus compañeros enfermos o heridos. Pierre Durant llevaba consigo una lista y llevaba el recuento: según tenía entendido, se había condenado a doscientas quince personas a la hoguera. Cuando los enfermos se acercaban a la escalera, se los arrancaba de los brazos de sus portadores y se los lanzaba con fuerza sobre el cadalso, en medio de la pez. Los cátaros que podían subir por sí mismos, eran acompañados por las muecas y los gestos horribles de los dominicos que empuñaban cruces negras. *Veni Creator Spiritus… mentes tuorum visita*. El coro alzaba la voz hasta convertirla en un aullido atronador que helaba la sangre. *Accende lumen sensibus, infunde amorem cordibus*.

Sobre la plataforma, algunos frailes se movían como endemoniados, atando cátaros a los palos mientras otros, arrastrando grandes palanganas de madera, untaban de pez túnicas y rostros.

Entre insultos, empujones y blasfemias, la larga procesión de mártires descendió de su digno Calvario para encaminarse hacia la muerte. Al final de la fila se encontraban las tres mujeres de la familia Perella. La anciana Marquesia a duras penas conseguía caminar, pero no podía apoyarse en su hija Corba porque llevaba las manos atadas a la espalda. Sosteniéndose como pudieron, llegaron hasta la escalera del patíbulo, con el rostro iluminado por la dulzura y la serenidad. Me fijé en la mirada desesperada de Ramón de Perella. Cerraban la larga y lenta cola Giordano, que llevaba Esclarmunda en sus brazos: la joven iba cubierta con su túnica celeste. Se detuvieron al final de la vereda y ella, tras soltar el hombro y el brazo de su compañero, comenzó a caminar por su propio pie. Cuando pasaron a mi lado, hice un

esfuerzo para no mirarle a los ojos. Me di cuenta de que él hacía lo mismo. Pero no pude resistirme y me fijé en Esclarmunda. Era una criatura de una belleza poco común, con sus cabellos rubios partidos sobre la frente, recogidos en la nuca y que descendían como una cascada sobre sus hombros. Sus rasgos eran finísimos. Sus ojos, de un azul maravilloso, aunque sin ningún asomo de vida, reflejaban una misteriosa luz.

Giordano se detuvo casi a mi lado y se volvió hacia la cara repulsiva del hermano Ferrier. El cruzado que guardaba la fila intentó empujarlo, pero el inquisidor se lo impidió con un gesto. Se dirigió a Giordano en latín, con voz desabrida.

—El cardenal Rainiero no nos creerá cuando le demos la noticia.

—¿Eres tú el primo de Pere, el que ha dado su vida para defender a estas gentes? —Más que ironía, en su voz se adivinaba un cierto estupor.

—El mismo, micer Giordano… ¿O preferís que os llame Juan? Así que Arnauld tenía razón cuando decía «esa langosta de Joel no estaba en el asqueroso hervidero de insectos de Béziers» —la mirada altiva del monje se posó un momento sobre Esclarmunda. Después volvió a fijarse en Giordano sin apenas parpadear, resoplando orgullo por su nariz—. ¿Creías que ibas a ser más listo que yo, gran sabio? ¿Acaso pensabas que con cuatro argucias podríais vencerme, a mí, a quien guía la mano de Dios? Os teníamos controlado desde el principio. Hemos descubierto todos los escondrijos donde guardabais el oro, la plata… y los libros. Por si fuera poco, esta noche hemos apresado a Hugo, Poitevin, Matheus y Amiel-Aicard —forzó una mueca al ver la expresión de angustia de Giordano—. Se acabó todo, ingenuo alborotapueblos. Para ti y para tus compadres. No habrá ninguna revolución en el campo astronómico o científico. Dentro de poco, tus cenizas se mezclarán con las de tus libros. Con las de esos condenados rebeldes y su sucia historia. ¿No sientes cómo el viento hincha los pulmones? Dios lo quiere. Y también nos ha encomendado que de vosotros no queden ni las cenizas. El cierzo se las llevará consigo y las dispersará —agitó los brazos—. Cuando un tumor avanza e invade los miembros sanos… bueno, valiente Jordanus… hay que amputar…

Giordano desaprobó con la cabeza, en los ojos una mirada de misericordiosa ironía.

—Sí, Ferrier, tienes razón: posees una habilidad muy venenosa. Pero no ha sido Dios tu guía: ha sido el terror que te provoca la muerte. Para ti, morir es tan sólo separarse del fango, disolverse en la nada. Para ti, con la muerte, el hombre se convierte en nada. E intentas ahogar ese miedo con la sensación de ebriedad que te

confiere el poder de dar la vida y la muerte. Pero ése es un poder reservado a Dios, Ferrier, no a los hombres. Dentro de poco, la visión de nuestro sufrimiento y de nuestros cuerpos en agonía te procurará un inmenso placer, aunque enfermizo, y tu orgullo te hará creer que has dominado la vida. Pero en ese momento habrás condenado a tu ser a desaparecer en la nada. Ahora quítate y continúa chapoteando en tu miseria, estúpida criatura.

Intentó moverse, pero el inquisidor, con una mueca furiosa, lo detuvo, reteniéndolo por el hombro:

—Al menos mi nombre pasará a la historia. Tú, en cambio, es como si nunca hubieses existido. ¡Confundirán a Giordano Nemorario con Giordano de Sajonia! Y, si un día alguien hallase alguna de tus obras, ¡la atribuirá al más grande de los Inquisidores Generales! Ya puedes irte… Soy yo quien te lo permite… y te lo ordena. ¡Ahora puedes ser borrado de la vida, de la tierra y de la historia junto con esas mugrientas zorras de Sansón apareadas por la cola y cuyo único destino ha sido el de arrancar la viña del Señor; esas ovejas que abandonaron la grey con el sueño de convertirse en lobos y que han intentado dar dentelladas y hundir la nave de Pedro; esas bestias inmundas que han matado a nuestros hermanos inquisidores de Avignonet!

En aquel momento el coro de dominicos entonaba el *Gloria* de un modo que ponía los pelos de punta. Los pobres mártires ya habían sido atados a los postes que se erguían por encima de la pira. El cielo era más negro si cabe y el cierzo comenzaba a silbar entre las montañas, siempre más fuerte, siempre más helado.

Tan sólo faltaban Giordano y Esclarmunda.

Temblaba, comprendía todo cuanto decían, pero debía continuar fingiendo. Giordano había organizado otras cuatro fugas… y todas habían sido descubiertas. Tan sólo quedaba yo, y aunque mi ánimo estaba transido de dolor, debía callar… o mentir.

Giordano, con los ojos ardientes, había mirado al feroz inquisidor y al fin le había contestado, aunque no en latín, sino en occitano, con su voz profunda, armoniosa, a voz en grito.

—El papa ha revocado la excomunión del conde de Tolosa y lo ha perdonado. En cambio, quería a estas doscientas quince criaturas para quemarlas vivas… y así será. Y todo porque se han atrevido a desafiarlo, porque se han atrevido a leer y difundir el Evangelio, el amor de Cristo. Han cuidado de los leprosos… y no los han enviado a la hoguera. Han animado al hombre a que camine solo, sin vuestro permiso, sin vuestra guía. Son el germen de la desobediencia: han mostrado que se puede ser un buen cristiano incluso sin vuestra

verdad. Han demostrado que se puede vivir sin vosotros. ¡Por eso mandas quemar a esas criaturas! No por el asesinato de Avignonet. Porque de lo contrario los echarías a ellos en la hoguera. ¡Míralos: también ellos están preparados para asistir al espectáculo! Pierre-Roger de Mirepoix, Bertrand y Gahiard del Congost, Guilhem y Pierre de Planha, Raymond y Raymond-Guiraud de Ravat… Todos ellos desenvainaron las espadas y cortaron las cabezas de Guilhem-Arnauld y Etienne en Avignonet. Ellos, ¡y no los cátaros! Ellos, y no esta joven ciega que ni siquiera ha pensado en hacer daño a nadie. ¡Y en cambio tú has honrado como héroes… a los justicieros de Avignonet! Explica a estos miles de soldados por qué salvas y respetas a quienes han asesinado a los representantes del papa… ¡mientras prenderás fuego al cuerpo de esta joven!

El coro continuaba, pero muchos de los soldados que estaban a nuestro lado miraban con estupor la escena tan poco habitual en que un maldito hereje osaba a desafiar al inquisidor en jefe. Ferrier captó aquella atmósfera, el murmullo que comenzaba a extenderse. Veloz como un rayo, arrebató una antorcha a un fraile e introdujo con una ferocidad inaudita la punta encendida en la boca de Giordano, quien no tuvo tiempo de esquivarla ni de defenderse.

Se oyó un aullido de rabia y dolor procedente de aquella cavidad horrorosamente mutilada y humeante. Esclarmunda estuvo a punto de caer a sus pies. Ferrier devolvió la antorcha, sucia de carne y sangre, al fraile y, mientras se volvía, oí un leve chasquido metálico: un largo y afilado estilete de hierro emergió del puño derecho de Giordano. Su mano izquierda había aferrado Ferrier por el cuello. La rudimentaria arma estaba a punto de traspasar el corazón del inquisidor, cuando la mano de la joven lo detuvo.

Ferrier palideció: había comprendido que su vida dependía de aquella criatura indefensa. El coro había dejado de aullar. El viento continuaba mugiendo, envolviendo a la multitud silenciosa con ráfagas heladas.

Esclarmunda, con voz dulce pero firme, dijo algo más que una plegaria:

—Detente, Giordano, no lo hagas. Quizá sea esto lo que desea: que te condenes junto con él, que acabes tu vida matando y creando un mártir para el imperio del Mal —e intentaba alejar el puño que se apretaba contra el hábito negro. Acercó la mano al estilete y, mientras los dos hombres se fulminaban con ojos sanguinarios, logró abrir el puño y alejar el arma del corazón del religioso. La lanzó en medio de una de las muchas matas cubiertas de nieve y barro. Buscó la boca atormentada de Giordano y la rozó delicadamente con sus dedos—.

Déjalo, *mon cor*. Sí, el manuscrito ha sido destruido y nadie podrá entregar al mundo las *llaves del saber*. Ferrier y el imperio del Mal han triunfado, pero no sobre nuestras almas…, no sobre nuestras almas…

Había algo extraño en la voz de la joven: un tono demasiado dócil, demasiado sereno. Comprendí que intentaba tranquilizar al inquisidor. Y en la mirada de Giordano, húmeda y brillante, aprecié un resplandor, como si suspirase aliviado. La lucha había terminado. No todo había sido en vano.

Esclarmunda buscó la mano de Giordano:

—Ahora guíame tú…

Y en medio de un silencio irreal, pasaron por en medio del grupo de cruzados enmudecidos que no podían apartar la vista del rostro atormentado del rebelde y de la bellísima cara de la joven ciega. Subieron por la escalera mientras manos frenéticas extendían pinceladas de pez embadurnando la túnica celeste. Abrazaron a la abuela y la madre de Esclarmunda mientras acababan de atarles el último nudo.

Ferrier, todavía con una mueca desencajada, hizo una señal a los suyos: las antorchas fueron clavadas en la gigantesca pira. El fuego prendió lentamente y fue tomando fuerza gracias al viento que aullaba de dolor hasta que todo se convirtió en una llama altísima que envolvió la túnica celeste de la joven y que, como un relámpago, devoró su bellísima cabellera rubia para pasar luego a afear su figura inmaculada.

Había sido su voz la que entonó la última vehemente melodía. Los dominicos intentaron que su *Veni Creator* fuese más sonoro, pero callaron de improviso: los soldados de la guarnición de Montségur los rodearon y los amenazaron apuntándolos con sus espadas.

El coro que cantaba entre las llamas se quedó solo, dulce, desesperado… acompañado por el incesante crepitar de la leña que ardía mientras torturaba los cuerpos de aquellas criaturas inocentes. Cuando el fuego devastador comenzó a sofocar la voz entrecortada de la joven, el olor a carne quemada impregnaba toda la montaña y unos nubarrones infernales se acumulaban a nuestro alrededor… allí, justo encima del castillo pentagonal, el cielo comenzó a aclararse.

Un relámpago trazó una pálida estela sobre una de las vertientes de la montaña. De la imponente antorcha humana pareció desprenderse una pequeña nube de luz que comenzó a subir por el escabroso sendero… y luego corrió libre por *la vía del sol*.

Glosa al margen de *La herejía*

La hoguera del 16 de marzo de 1244 se había apagado; el viento del norte dispersaba las cenizas de los últimos mártires cátaros y occitanos. Sin embargo, dos criaturas habían conseguido escapar de aquella gigantesca pira. Después de que las tinieblas descendieran sobre el castillo pentagonal de Montségur —y yendo siempre por caminos distintos—, lograron poner a salvo las *llaves del saber*.

Setecientos cincuenta años después, éste que escribe *captura* esa historia destinada a la inviolabilidad del misterio y el olvido, y la traduce con un estilo *modelado por el conocimiento y de amarga nostalgia*.

Tras terminar de escribir *La herejía*, me di cuenta de que no podía detenerme: debía proseguir el viaje en busca de las *llaves del saber*. Aunque nadie lo había conseguido, quizá yo tuviese mejor suerte, pues había descubierto el principio ordenador de esta historia: los tres manuscritos. Desgraciadamente, no soy filólogo ni historiador, sino novelista. ¿Tal vez me correspondía escarbar entre las raíces de la cultura occidental para desenterrar aquellos acontecimientos que decidieron la suerte del mundo? Las dudas y la perplejidad se desvanecieron cuando Claudio Magris afirmó: «en el mosaico arruinado de la historia, es preciso aventurarse a la búsqueda minuciosa de acontecimientos auténticos y olvidados, historias ciertas y desaparecidas, existencias realmente vividas y, para salvarlas, para recomponer el mosaico, son necesarias la fantasía, la hipótesis, la ilación, la reconstrucción alternativa de la realidad, las mentiras piadosas y poéticas celebradas por los antiguos, que se oponen a la falsificación ideológica y el olvido».

Y de este modo me dediqué a frecuentar bibliotecas, iglesias y monasterios de media Europa. Y, naturalmente, comencé por Roma, y

no sólo porque vivo y trabajo allí, sino por la Biblioteca Vaticana. Quien haya leído *La herejía* podrá imaginar cuál fue mi primera solicitud: quería echar una ojeada a un antiguo códice con unas comedias de Plauto…

Pero no contaba con aquella impensable, increíble negativa: con el pretexto de que no era docente universitario, se me condujo a la puerta tras desdecirse de el permiso que me habían concedido por teléfono la víspera (¡cuando yo no había mencionado mi *Códice Vaticano Latino 3870*!). Supliqué, asegurando que me bastaría con echarle un vistazo, sin ni siquiera rozarlo, apelando incluso al papa León XIII, quien había abierto los Archivos de la Biblioteca, «poniéndolos a disposición de todos los estudiosos de cada nacionalidad y confesión». Sin embargo, tanto la mirada como el comportamiento del intachable secretario mostraban desconfianza y molestia. ¡Por Dios! Daba la impresión de que aquel hombre tuviese miedo de que alguien excavase justo en la historia de aquel manuscrito, en las divertidas comedias de Plauto donde se da rienda suelta a las alegrías de Sosias y Anfitrión, ¡en el *Códice Vaticano Latino 3870*!

En aquella lluviosa mañana de otoño abandoné la Biblioteca Vaticana fortalecido por aquel rechazo: ya intuía que *Roghi fatui*[1] que me disponía a escribir, no era una visión, una alucinación, sino por el contrario, ¡manifestaba una insólita claridad con la que todo parecía ser desvelado! Entre pensamientos desbocados y palpitaciones incontrolables, comencé a vagar sin dirección alguna. En determinado momento, me encontré bajo el agua que chorreaba de las palmeras, abedules y magnolios: me había adentrado en un pequeño jardín salpicado de monumentos y vegetación, entre la nueva sala de audiencias del Vaticano y San Pedro. En un camposanto. En el Cementerio Alemán. Mientras la lluvia arreciaba, dejé el jardín para resguardarme en la iglesia; tomé el folleto donde se explicaba la historia del lugar y leí distraídamente que los muertos allí sepultados eran innumerables, famosos y desconocidos. «La oración —continuaba la nota ilustrativa— debe hacerse, como es lógico, para todos, aunque los visitantes suelen buscar las tumbas de los más conocidos». Y enumeraba exactamente a diez: Josef Antón Koch, pintor paisajista; Ludwig Curtius, arqueólogo; Stefen Andrés, escritor; Augustin Theiner, prefecto del Archivo Secreto Vaticano… Todos ilustres desconocidos.

Salí del pórtico mientras llovía a mares. Me entretuve mirando las lápidas oscurecidas por el tiempo. De pronto, un nombre me llamó la atención: *Johannes Müller genant Regiomontanus, Astronom-Mathematiker*… ¡Regiomontano! Un escalofrío de sorpresa me turbó:

¡Regiomontano no figuraba entre los diez nombres famosos! Había numerosos monumentos y estelas suntuosos que honraban la memoria de ilustres desconocidos y, para uno de los astrónomos y matemáticos más grandes de todos los tiempos, tan sólo había una pequeña lápida, casi oculta.

Mientras hacía estas sencillas consideraciones, un hilo de luz se deslizó por mi mente. ¿Por qué Regiomontano me recordaba a Anfitrión? Anfitrión, Sosias, Plauto… El manuscrito que no me habían dejado ver… El *Códice Vaticano Latino 3870*, ¿quién lo había encontrado? Lo había leído en alguna parte, pero no lo recordaba: sigue, sigue, lucecita… ¿El cardenal Giordano Orsini? No, no: se lo había comprado a un joven alemán. Sin embargo, el hilo me llevaba a la palabra *cardenal*… ¡Claro! ¡El joven alemán también se había convertido en cardenal! Nicolás de Cusa… ¡Nicola Cusano! El gran filósofo, matemático, astrónomo… ¡y amigo de Regiomontano! ¡Nicolás de Cusa, el oscuro y tímido mecenas de la *santa arte* de la imprenta!

Y mientras dejaba de llover, me acudieron a la mente las palabras nítidas, precisas, del papa León XIII: «No podemos negar que el mal causado por la imprenta es inmenso ni se engañarán quienes quieran atribuirle todos los males de la sociedad contemporánea».

Y así, durante cuatro años más, escarbé en los sótanos y las bibliotecas de abadías y monasterios de Inglaterra, Alemania, España, Francia, Italia, Grecia, Turquía y Armenia. Aunque me presenté como lo que soy (*académico de ninguna academia*), encontré siempre la mayor colaboración… y aprovecho la circunstancia para expresar a todos mi agradecimiento, con la sola excepción —además de la Biblioteca Vaticana— del monasterio de Poblet, en España, pues apenas el monje bibliotecario intuyó que mi *investigación filológica* apuntaba directamente a Arnaud-Amaury, me puso en la puerta.

Finalmente, terminé *Roghi fatui*. Pero en el mosaico que había conseguido recomponer faltaba una pieza; necesitaba un eslabón más para la cadena. Tras quedar fuera Guilhem, quedaba sólo la valiente Perella. De Montségur a Cusa. Un eslabón de ciento cincuenta años.

De Henne Krebs, el padre de Nicolás de Cusa, se sabía casi todo: alemán de cien generaciones. De su madre, Katarina Röhmer, nada.

Partí para Alemania, hacia el valle del Mosela: el último viaje. Andaba a la búsqueda del eslabón que uniría *La herejía pura* con *Roghi fatui*, de la evidencia que me permitiría reforzar la prueba que revolucionaría la lógica dominante de los acontecimientos históricos.

Una tibia mañana de otoño. Eran las nueve menos cuarto, la hora a la que se abriría el museo dedicado a Nicolás de Cusa, una fundación que se encontraba en su casa natal, sobre la orilla izquierda del Mosela. Un vientecillo compasivo refrescaba mis mejillas acaloradas. Me había sentado en un banco de madera, frente a las aguas azuladas que discurrían lentas, intentando liberar mis pensamientos agitados con el vuelo de los pájaros que surcaban el cielo sobre el río para refugiarse tras las ruinas del viejo castillo del pueblo de enfrente, Bernkastel. Saqué del chaquetón las notas que había tomado la víspera en la habitación del hotel. Una minúscula reseña bibliográfica. Una mirada cautelosa al portalón del museo, una ojeada distraída a las notas.

—Prosdócimo de Beldomandi, matemático y astrónomo en la Universidad de Padua hasta el 1428, fue maestro de Nicolás de Cusa. Por él pudo conocer la historia de Giordano Nemorario (alias Giovanni de Sacrobosco). Para no traicionar el secreto de su alumno, aun sabiendo que se conocían tan sólo tres obras de Sacrobosco, no se resistió a escribir estas palabras en su comentario al Tratado de la esfera: «*Además de* De computo, De algorismo *y* De sphæra, *hay otros muchos trabajos que me llevaría mucho tiempo enumerar aquí*».

—Del manuscrito original de las epístolas de Teofilato Simocata (entregado por Aldo Manuzio a Nicolás Copérnico), se han perdido las huellas.

—Las comedias de Plauto consultadas por Adriano Turnebio sénior (las que no había conseguido sustraer Giordano Nemorario) desaparecieron en el incendio que destruyó la abadía de Santa Colomba en Sens durante las luchas religiosas de 1567.

—El palimpsesto del siglo VII con las comedias de Plauto y el Antiguo Testamento (del Primer Libro de los Reyes *al segundo de los* Paralipomeni), *traído desde Armenia es uno de los códices más famosos de la Antigüedad. El cardenal comendatario de y de Nemi, Raniero Capocci, quitó su contenido (las páginas griegas con numeración arábiga y el proyecto de tórculo con tipos móviles) y lo depositó en la biblioteca del segundo piso del palacio diocesano de la iglesia de Santa María en Cosmedin, en Roma, donde lo encontró, a comienzos del siglo XIX, el*

cardenal Angelo Mai, quien después pudo enterarse de toda la historia en el transcurso de sus largos paseos al atardecer con un desconocido erudito armenio.
Sant'Anastasio

Al precioso manuscrito le dieron el nombre de Palimpsesto ambrosiano *y en la actualidad se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán (G 82 sup.).*

—El otro manuscrito que contiene las doce comedias desconocidas de Plauto (en las que el cardenal Raniero Capocci había introducido parte de las llaves del saber *tomadas del* Palimpsesto ambrosiano,) *fue entregado por Katarina Röhmer al hijo de Nicolás de Cusa, quien lo vendió en 1429 al cardenal Giordano Orsini, quien a su vez lo cedió a la Biblioteca Capitular de San Pedro en 1438. Más tarde fue donado al papa León X. Hoy se conserva en la Biblioteca Vaticana (Códice Vaticano Latino 3870).*

A las nueve en punto llega una señora de mediana edad, de movimientos acompasados y con un manojo de llaves en la mano: abre el museo y me precipito detrás de ella; tiemblo de impaciencia mientras enciende las luces, le pregunto dónde está el árbol genealógico de Nicolás de Cusa y apenas tiene tiempo de indicarme que está en el primer piso, pues subo volando las escaleras. Al lado de una ventana desde la que puede admirarse el Mosela, hay un enorme óleo sobre tabla. Con el corazón en la garganta, me acerco.

A la izquierda, Henne Krebs, con la historia de siglos y siglos de antepasados alemanes.

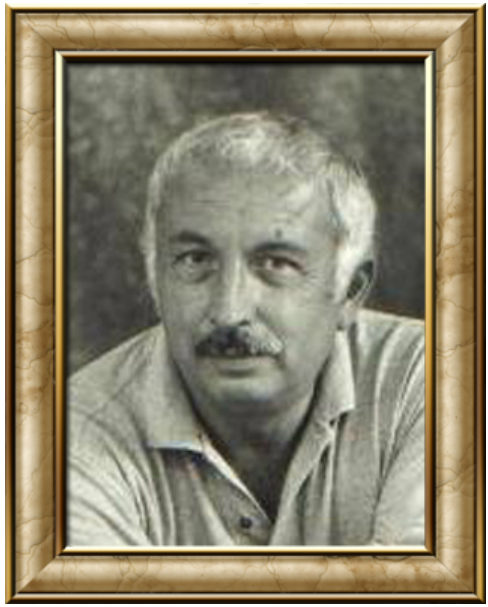
A la derecha, salvo el nombre de Katarina Röhmer, nada.

La guardesa, que me ha seguido preocupada e intrigada, me planta encima sus ojos penetrantes. Le suplico que me diga cualquier cosa sobre Katarina Röhmer.

—Lo siento, pero de ella no queda ninguna huella escrita, ningún documento. Piense que el mismo Nicolás de Cusa nunca aludió a la procedencia de su madre…

La muerte en el corazón, hago ademán de irme… cuando la mujer añade:

—… sin embargo, según la tradición oral, la tatarabuela de Katarina no era alemana, sino latina, de Provenza… Para ser más precisos, de una región que entonces se llamaba Occitania.



ADRIANO PETTA: (Carpinone, Italia, 1945). Medievalista especializado en la Historia de la ciencia, ha dedicado parte de los últimos veinte años a la investigación para sus novelas históricas. Ha colaborado con el historiador Giovanni Gonnet, profesor de historia del Cristianismo y una de las figuras más señeras en los estudios sobre el catarismo.

Además, ha publicado dos novelas históricas, *Roghi fatui* y *Ipazia, scienziata alessandrina*, que forman parte con *La herejía* de la trilogia dedicada a la lucha entre la razón y la religión.

Notas

[1] *Roghi fatui* es la segunda parte de *La herejía* y lleva por subtítulo «De los cátaros a Giordano Bruno, al último anticristo», en la que el autor sigue las huellas de las *llaves del saber* partiendo del padre de la santa arte de la imprenta, el cardenal Nicolás de Cusa, relacionando la injerencia de la religión en las universidades de París, Oxford y Cambridge con el nacimiento de las Academias, el asesinato de Regiomontano, las epístolas de Teofilato Simocata, traducidas por Copérnico y publicadas por Manuzio, el auto de fe de Giordano Bruno hasta concluir con el asesinato del «respiro de la razón», Galileo Galilei. < <